

COLECCIÓN DE ESCRITORES MEXICANOS

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

ANTON PEREZ
Y
JUANITA SOUSA

Prólogo

de

FRANCISCO J. SANTAMARÍA



EDITORIAL PORRÚA, S. A.
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 1974

Red Nacional de Bibliotecas Públicas

COLECCIÓN DE ESCRITORES MEXICANOS

— 90 —

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

ANTÓN PÉREZ

y

JUANITA SOUSA

COLECCIÓN DE ESCRITORES MEXICANOS

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

ANTON PEREZ

Y

JUANITA SOUSA

Prólogo

de

FRANCISCO J. SANTAMARÍA

Edición

de

ANTONIO CASTRO LEAL



EDITORIAL PORRÚA, S. A.

AV. REPUBLICA ARGENTINA, 15

MEXICO, 1974

FT
863N
S26
A58
NT 19150

Primera edición en esta colección, 1974.

Copyright © 1974

Esta edición y sus características son propiedad de la
EDITORIAL PORRÚA, S. A.
Av. República Argentina, 15, México 1. D. F.

Derechos reservados

Queda hecho el depósito que marca la ley

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

PRÓLOGO *

Antón Pérez es todo Sánchez Mármol i su obra por excelencia como novelador de la escuela costumbrista, por lo cual no podía faltar en esta Colección de escritores mexicanos.

Sánchez Mármol es a las últimas guerras del juarismo —guerra de Tres Años y guerra del Imperio— lo que Mariano Azuela a la revolución de 1910-1920. Sólo que el episodio nacional de la Guerra de Intervención que recoge Sánchez Mármol en su novela toca a un rincón tan lejano i tan escondido entonces como Tabasco, donde se realizaron acciones de heroísmo i de exaltado amor patrio, pero tan poco conocidas, aun como hazañas locales de aquel Estado, que los historiadores apenas si de pasada las mencionan en toda esa larga etapa de la vida nacional. Tabasco no tuvo narradores ni corresponsales que pudieran hacer oír la voz de los hechos que allá se consumaban.

Tabasco hizo heroicamente desalojar su suelo a los invasores antes que muchos otros Estados de la República. Hasta hoi se celebra con fausto i esplendor patriótico el 27 de febrero de 1864, fecha en que fue tomado "El Principal" por los guerrilleros republicanos.

Comoquiera que sea, al terminar la contienda, después de 1867 en que fueron ejecutados los tres principales responsables de la traición i de la guerra, entre

* Conservamos la ortografía especial del autor. A.C.L.

ellos el llamado emperador, renace el movimiento literario, reverdecen las bellas letras, pues mientras rujen los cañones e impera la espada, la literatura calla i las letras se retiran medrosas para esperar tiempos de paz, en que solamente pueden prosperar.

Entonces aparece *Antón Pérez* de Sánchez Mármol, la novela de la posguerra contra el Imperio, en Tabasco: episodio que pudo pasar en cualquier otro lugar del país i que pinta a maravilla, con trazos inmortales de plasticidad i realismo, la convulsión social i las repercusiones consiguientes por aquel capítulo de la vida política del país.

Antón Pérez es un episodio real, vivido por los protagonistas, que fueron personas conocidas, aunque de diversas clases, de la sociedad tabasqueña. Rosalba, de la aristocracia, i Antón, “pardo”, “ni tan alto que osara envanecerse de haber brotado de la aristocrática cepa cunduacanense, ni tan bajo que pudiera confundirse con la escoria de su pueblo”, como dice el autor al empezar su narración, en uno de esos párrafos que parece de José María de Pereda o de cualquiera otro de los grandes noveladores del movimiento literario español de fines del siglo XIX.

La literatura posreformista de Méjico llena toda la etapa del porfirismo, desde José María Vijiil i Guillermo Prieto, vinculados al juarismo, hasta Victoriano Salado Alvarez —el narrador selecto *De autos* i *De Santa Anna a la Reforma*—; Rafael Delgado, que era otro provinciano; José López Portillo y Rojas, con *La parcela*; Emilio Rabasa con *La bola* y otras tres novelas de igual ambiente; Angel de Campo (*Micrós*) más alejado del medio político i más cerca de Gutiérrez Ná-

jera; Manuel H. San Juan, con *El señor gobernador*; Quevedo y Zubieta, con *La camada*, todo relacionado con el ambiente político del porfirismo i la vida social dentro de aquel réjimen.

Allí se mueve Sánchez Mármol como pez en el agua. *Antón Pérez* no es más que un capítulo de la vida guerrillera en la época de Juárez, como *Los de abajo* de Azuela a la salida del porfirismo imperante. Sánchez Mármol es un estilista, que hoi puede tenerse por clásico al modo de Juan Valera i Benito Pérez Galdós en España, con relieves de crítico literario en *Letras patrias*, i de novelista imaginativo en *Juanita Sousa* i en *Pre-vivida*.

Resplandece, apenas vuelto a Tabasco, como periodista republicano, escribiendo en *El Aguila Azteca* con Justo F. Santa Anna, o en *El Disidente* i *El Radical*, con Arcadio Zentella, periódicos estos dos últimos que mantienen vivo el fuego patrio del juarismo durante la guerra contra el Imperio.

Sánchez Mármol fue vibrante periodista de médula republicana, como Francisco Zarco; narrador estupendo de prosa llana i tersa, como puede verse, además de sus novelas, en sus obras sueltas, reunidas por Manuel Mestre Ghiliazza, pluma fulgurante de periodista también, y publicadas bajo mi gobierno en Tabasco, en 1950, con prólogo del ilustre pensador positivista Agustín Aragón. Contienen sus artículos, cuentos i narraciones; discursos, entre los que sobresalen, por su vigor y elocuencia, fundamentalmente tres: el que escribió a la muerte del jeneral Pedro Baranda, el que pronunció en la inauguración del Instituto Juárez de Tabasco —en que campeó también el de Casasús— i el panejórico del

poeta José Peón Contreras, de porte i corte académicos.

En resumen, brilla Sánchez Mármol en las letras de finales del siglo xix, cuando la vida literaria de México, orientada ya hacia el modernismo, alcanzaba su mayor esplendor bajo el régimen porfirista.

Se incorporó a la barca de Luis G. Urbina i Carlos Díaz Dufoo i toda la pléyade contemporánea. Gutiérrez Nájera, el iniciador de la evolución literaria de la época, se había quedado en el camino, i el maestro Ignacio M. Altamirano, que hizo florecer el jardín criollo, había desaparecido poco antes. Esa barca era la del maestro Justo Sierra, i en ella apareció Sánchez Mármol desde que estudiaba en el Liceo Yucateco, donde escribió i publicó con Alonso de Rejil i Peón, su primer libro: *Poetas yucatecos y tabasqueños* (1861).

La crítica no ha dado a Sánchez Mármol la importancia que tiene como narrador fácil i de peculiar gracejo, ni como prosador i estilista. *Antón Pérez* mereció, sin embargo, juicios laudatorios de relevantes plumas como Francisco Sosa —que escribió también una extensa biografía de él—, Joaquín Baranda y Victoriano Salado Alvarez.

Sánchez Mármol desaparece con el porfirismo, pero su espíritu liberal republicano sufrió las pausas de la hora política dentro del régimen al cual sirvió largamente como diputado i senador: tal parece que la sumisión a la Dictadura opacó antes de tiempo su numen, i calló para siempre desde muchos días antes de su muerte.

Como estudio sintético acerca de la personalidad de Sánchez Mármol nada mejor que el artículo que Alfonso

Reyes —discípulo suyo en la Escuela Nacional Preparatoria, le dedicó en uno de los tomos de *Simpatías y diferencias*. Pero sólo se concretó a juzgar —cariñosamente, por cierto— de la obra de Sánchez Mármol con suma jeneralidad, con vista hacia el fondo sociológico o sicológico de la misma. Resta, pues, por precisar la estructuración elevada, la calidad de la expresión en el estilo de Sánchez Mármol que, por lo selecto i cuidadoso, por lo impecable i lo terso —influido por Juan Valera como ya se ha dicho— es de un positivo aliento clásico.

Como nota final, no puedo olvidar ni dejar de referir cómo conocí a Sánchez Mármol. Llegué un día, pobre i desamparado de todo el amparo de parientes influyentes o pudientes, a la capital del Estado, San Juan Bautista, allá por 1903, a la Dirección de Educación Pública, a solicitar examen a título de suficiencia, de quinto y sexto años, porque no había podido yo concurrir a estudiarlos en la única escuela de primaria superior del Estado que había en la capital: la “Romero Rubio”, de la que más tarde fui director. Llegué, como es natural, todo encojido. Me apersoné con el funcionario que tuve más a la mano, el Secretario, el bondadoso profesor Enrique Enríquez, que me recibió con amable solicitud, como se recibe a un “ribereño” —como decimos allá a un campesino avisado— i me ofreció anunciarme con el Director de Educación, tan luego como llegase éste.

Me brindó asiento, i desde allí me llamó la atención un viejecito cargado de hombros, calvo como la calvicie, de cara ancha i labios delgados, acucharados i sumamente expresivos, que parecía que paladeaban sin cesar.

Con las manos cojidas atrás, el viejecito, vestido de finísimo traje de alpaca avellanada, como su tez, se paseaba en diagonales o caminaba por los ángulos del salón, i dictaba a tres amanuenses que, pluma en mano, tomaban el dictado de tres cosas distintas.

Se dirigía a cada uno como lo haría un apuntador de teatro i le dictaba una frase larga, casi un período, i por un lado una ironía, una pulla que no podía ser más que de un escrito de carácter político; por el otro una bellísima frase literaria, sin duda de una novela o de un cuento, i al tercero, en voz alta, una cita legal o los artículos de la lei en que se fundaba un alegato, porque fue al par notable abogado. Por todo esto me llamó la atención el viejecito, que hoi ha consagrado la gloria.

Se escribieron diversos juicios elojiosos de *Antón Pérez*; pero el único que le hizo una observación suave fue Joaquín Baranda, opinando que Antón, el protagonista, no merecía muerte tan cruel, picoteado por las auras, i que mejor lo hubiese muerto en combate.

Lo que pasó es inexplicable, sobre todo si se tiene en cuenta, no sólo la manga ancha que Sánchez Mármol tuvo para las cosas mundanas, sino su extraordinario buen humor, su bonhomía, porque era condescendiente i afable por excelencia, indulgente i bondadoso, cordial i cariñoso, galante i extremadamente urbano i educado en su trato, jovial con toda clase de jentes; salado i zumbón en la charla entre amigos, ironista siempre; picante i malicioso entre las damas.

Joaquín Baranda fue amigo entrañable i agradecido de Sánchez Mármol; en el homenaje a la muerte de su hermano el jeneral Pedro Baranda, pronunció Sánchez

Mármol uno de los mejores discursos de su vida, como que eran sagrados los vínculos de amistad entre ellos. Pues bien, desde la famosa carta de Joaquín a Sánchez Mármol, que contiene el mejor juicio, entre muchos, que se escribieron con motivo de la publicación de *Antón Pérez*, la sola objeción de Baranda por la muerte dada al protagonista, fue motivo de tal disgusto para Sánchez Mármol, que jamás volvió a visitar la casa de Baranda, enfriándose así su amistad hacia él. Esto me lo ha referido, con suave i dulce amargura, otro gran espíritu selecto, Manuel Ghilazza, amigo dilectísimo de ambos.

FRANCISCO J. SANTAMARÍA

DATOS BIOGRÁFICOS

Manuel Sánchez Mármol nació en Cunduacán, pueblo del Estado de Tabasco, el 25 de mayo de 1839. Fueron sus padres Ceferino Sánchez y Josefa Mármol. En una escuela particular de su pueblo hizo sus primeros estudios, y en 1853, a los 14 años, una beca le permitió ingresar al Seminario Conciliar de San Ildefonso, de México, en donde terminó el bachillerato de leyes en 1862. Se recibió de abogado en San Cristóbal (Chiapas) el 13 de noviembre de 1865.

Desde muy joven lo atrajo el periodismo y la literatura. En la escuela redactó, con un compañero, dos periódicos manuscritos: *El Rayo* y *El Investigador*. En 1861 publicó, en colaboración con Alonso Regil, una antología de *Poetas yucatecos y tabasqueños*. Organizó la sociedad literaria La Concordia, cuyo órgano fue el periódico *La Guirnalda*.

En Tabasco, durante la Intervención Francesa, defendió valientemente con la pluma la causa nacional, y ocupó después diversos cargos públicos: Secretario general de gobierno, Magistrado del Tribunal Superior y diputado a la Legislatura local. En 1868 fue electo diputado al Congreso de la Unión, pero, por diversas circunstancias, no pudo ocupar su curul.

En 1871 va como diputado al Congreso de la Unión y es reelecto varias veces, unas por el Estado de Veracruz y, otras, por el de México. En 1876 fue Ministro de Justicia del Presidente José María Iglesias y, después del triunfo de Porfirio Díaz, regresa a Tabasco, en donde es el primer director del Instituto Juárez (1879) y después en 1883-1886, del de San Juan Bautista, hoy Villahermosa.

Su carrera periodística fue activa y constante en la primera época de su vida. Defendió las ideas liberales en su periódico *El Aguila Azteca*. A sus artículos en *El Clamor Público* —que fundó con Pedro de Regil, Eligio Ancona y Ramón Aldana— debió su entrada al Ayuntamiento de Mérida; con José Peón

Contreras y Manuel Roque Castellanos fundó el periódico satírico *La Burla*, que fue suprimido por el gobierno de Yucatán. Colaboró en varios periódicos, entre ellos, *El Repertorio Pintoresco*, de Crescencio Carrillo y Ancona, *El Album Yucateco* y *El Disidente*, y, ya en la capital, *El Federalista* y *El Siglo XIX*.

En 1892 se radica definitivamente en la capital. Abre su bufete de abogado y da clases en la Escuela Preparatoria de historia de México y de literatura. Es diputado un período tras otro hasta 1906, en que pasa a ser Senador y lo fue hasta su muerte.

Su producción literaria comprende —además de numerosos artículos políticos y literarios, discursos y panegíricos— cuatro novelas: *Pocahontas* (1882), *Juanita Sousa* (1892), *Antón Pérez* (1903) y *Previda* (1906), y una reseña de la literatura mexicana: *Las letras patrias* (1902).

A C.L.

BIBLIOGRAFÍA

- Poetas yucatecos y tabasqueños.* Antología con notas críticas. En colaboración con Alonso de Regil y Peón. Mérida, 1861.
- Las letras patrias. En México, su evolución social.* J. Ballescá y Cía. México, 1902. I, vol. 2o., págs. 603-663. Hay edición aparte del mismo editor.
- Obras sueltas.* Discursos, artículos políticos y literarios, panegíricos, narraciones y cuentos. Cía. Editora Tabasqueña, S. A. Villahermosa, 1950-1951. 2 vols.

NOVELAS

- *Pocahontas.* Sátira política. Tip. Juventud Tabasqueña. San Juan Bautista, 1882.
- *Previdida.* Imp. de Escalante. México, 1906.
- ANTON PÉREZ. Imp. de Francisco Díaz de León. México, 1903. 2a. ed. Editorial Yucatanense. Mérida, 1950.
- JUANITA SOUSA, 1892, con el título de *La pálida.* — 2a. ed. Laso y Cía. Impresora y editores. México, 1901.

En nuestra edición hemos corregido los errores de las anteriores y modernizado la ortografía y la puntuación.

A.C.L.

DOS CARTAS SOBRE "ANTÓN PÉREZ"

En vista de que el ilustre lexicógrafo Francisco J. Santamaría (1886-1963), autor del prólogo y de numerosos estudios sobre el lenguaje —entre los cuales lo consagra su *Diccionario de mexicanismos* (Editorial Porrúa, 1959)— considera la carta de Joaquín Baranda “el mejor juicio” sobre *Antón Pérez*, y de que ésta y la respuesta de Sánchez Mármol tocan problemas sobre la novela naturalista en México, creemos que el lector agradecerá la publicación de ambas cartas, perdidas en las páginas de la *Revista Positiva*.

Habría que observar que, por lo menos, es exagerada la opinión del Dr. Manuel Mestre Ghiliazza sobre que la crítica de Baranda a la novela *Antón Pérez* enfrió definitivamente la amistad de Sánchez Mármol hacia aquél. Baranda declara en su carta que sólo se veía “por casualidad” con Sánchez Mármol, alejamiento que, en general, sigue imperando entre los escritores en México. Por su parte, Sánchez Mármol —a pesar de que Baranda le pedía que la considerara una “carta íntima”— solicitó su permiso para publicarla, como lo hizo, y el lector podrá ver —en la respuesta de Sánchez Mármol— los términos efusivos en que éste agradece los elogios de Baranda.

A.C.L.

CARTA DE JOAQUÍN BARANDA *

México, julio 10 de 1903

Sr. Lic. Don Manuel Sánchez Mármol,
Ciudad

Estimado amigo:

Recibí el ejemplar que tuvo usted la bondad de enviarme, de su última novela intitulada *Antón Pérez*. En la primera hoja se sirvió usted poner con mano cariñosa *Inmemoriam*. Y aunque por conocidos antecedentes comprendí la tierna significación de aquellas palabras, para acabar más que de comprenderla, de sentirla, me consagré a la lectura de dicha novela, preparándome como el goloso, a quien se ofrece rico manjar, a saborear el intelectual que usted me ofrecía, aderezado con los primores de inteligencia y las filigranas de estilo, con que usted, cual voluptuoso artista, viste y exorna las producciones literarias.

Y no ha de extrañar mi ansiedad, casi rayana en hambre canina, por devorar la novela, pues de antaño sabe usted que soy modesto pero entusiasta y sincero admirador de su literatura; y a guisa de prueba recuerdo, que de recuerdos vivimos los viejos, y viejos somos los dos, aunque ni usted y ni yo queramos serlo, recuerdo que allá en lejanos tiempos, cuando aún no se despegaba por completo de los hombros de usted la beca del Seminario Conciliar de Mérida, Yucatán, publicó usted la revista de un baile de trajes de *La Unión*, que resultó nueva en la forma, no pudiendo serlo por su manoseado

* *Revista Positiva*. México, 6 de diciembre 1903.

objeto. Estaba escrita con facilidad, con gracia y elegancia; y a usted le consta que me la aprendí de memoria en su mayor parte, y que hoy, después de tantos años, aún no ha caído totalmente de esa facultad del alma, como llaman a la memoria los sicólogos espiritualistas que nos sirvieron de texto o, hablando a usanza del día, de ese fenómeno que figura en el arsenal de la novísima sicología experimental.

Otros ejemplos podría aducir para ampliar la prueba, que muchos guardo en mi archivo, pero no es pertinente, dado que usted no ha de negar mi aserto, y me circunscribo, para renovar los laureles de usted, a traer a colación aquel valiente y patriótico artículo que publicó en un periódico de Tabasco, en el período álgido de la Intervención Francesa y del Imperio que pretendió implantar, artículo que dio la vuelta al mundo, haciendo conocer en todas partes el carácter inquebrantable y la imponente actitud del inmortal Juárez.

Leí la novela y no me dio calabazas, como suelen darlas las novias veleidosas a sus más rendidos adoradores. Por lo contrario, *Antón Pérez* sobrepujó a mis esperanzas. Se derrama en precisión, en colorido y en galanura. Es usted el mismo escritor sugestivo y elegante de ahora cuarenta años; es usted escritor más correcto, maduro y persuasivo que lo era hace igual lapso de tiempo, ¡ Mis cordiales plácemes por ello!

Ha espigado usted en el terreno de la novela histórica a la que en diversas ocasiones ha manifestado afición y preferencia, mereciendo su labor calurosos aplausos. *Antón Pérez* ha servido a usted de pretexto para referir algunos episodios de la heroica resistencia que el pueblo tabasqueño opuso, de 1863 a 1867 del siglo próximo pasado, a los invasores franceses y a sus aliados, como la opuso siglos antes a los conquistadores españoles, y en la primera mitad del mismo siglo XIX, a los invasores norteamericanos. Es un hecho que ni el patriotismo, ni el valor de los conterráneos de usted han decaído con el transcurso del tiempo, sino que perma-

necen altos, muy altos, como arrogante enseña de la autonomía y de la independencia nacionales.

Ha pasado con usted lo que dice el eruditísimo Menéndez y Pelayo en sus *Estudios de crítica literaria*, ha sentido usted la necesidad de refrescar su inspiración en la fuente de lo real, y ha acudido a la historia, necesidad a que deben su nacimiento el drama histórico de Schiller y la novela histórica de Walter Scott. Ha comprendido usted, como el autor citado, que lejos de ser la historia prosaica por su índole, es la afirmación y realización más brillante de toda poesía actual y posible, sin que se necesite de otra cosa que de ojos para verla, alma para sentirla, y talento de ejecución para reproducirla. Y usted al recorrer la historia de su tierra natal en sus más hermosas páginas, ha encontrado en ella esa poesía, y dicho sea en justicia, ha tenido usted ojos para verla, alma para sentirla y talento para relatarla.

A tal extremo, que le ha transmitido usted a sus lectores esos ojos y esa alma, y han visto y han sentido como por encanto, cosas que pasaron cuando probablemente muchos de ellos todavía no habían venido al mundo. Los hechos históricos se sobreponen en la novela a las ficciones de la imaginación; y en el drama mismo que usted desarrolla, no juegan como elementos principales ni la lujuria desgraciada y las funestas intrigas de doña Socorro Castrejón de Castilla, ni el amor que por Rosalba del Riego se apoderó en cuerpo y alma de Antón Pérez, hasta llevarlo al crimen y a la muerte. No, lo que palpita en la leyenda de usted es el sentimiento de acendrado patriotismo, dignamente personificado en los ilustres coroneles Pedro y Gregorio Méndez, Sánchez Magallanes, Eusebio Castillo, los mayores Vidaña y Ramírez, el capitán Manuel González, de Campeche, el Lic. Mariano Pedrero, y en los oficiales y soldados que sin dinero, ni armas, ni parque, dieron relevantes pruebas de abnegación y de valor para cosechar, en desigual combate, los inmarcesibles lauros de la victoria. A estos nombres pudo usted, sin faltar a la

modestia y con honrosos títulos, haber agregado el de usted, que no escatimó sus servicios de todo género, en aquellas circunstancias, por lo que ocupa lugar de honor entre los defensores de la patria.

Confirman mis expresiones en el sentido expresado, el contraste que pone usted en relieve, comparando la conducta de esos esforzados mexicanos con la del entonces Gobernador de Tabasco, don Victorio V. Dueñas, en quien todos, amigos y enemigos, reconocieron valor a toda prueba, serenidad, inmenso prestigio en el Estado y otras cualidades que pudieron haber hecho de él un héroe y, sin embargo, no lo fue, porque no quiso serlo: abandonó la capital obedeciendo a su temperamento frío, glacial, a su fatalismo de árabe que ni teme ni espera; vaciló, la duda dominó a la fe, y en este estado de ánimo, no se determinó a cobrar lo perdido, ni aún en vista de los elementos que espontánea y unánimemente se le ofrecían para llevar a feliz término tan laudable empresa.

Este juicio de Dueñas lo pone usted en labios de mi inolvidable hermano el general Pedro Baranda, que proscrito de Campeche, víctima de las pasiones políticas y de rencillas personales, proscrito de Campeche después de haber sido si no el principal, cuando menos, indiscutiblemente, uno de los principales caudillos de su emancipación política, fue a refugiarse al Estado de Tabasco, en donde encontró franca y generosa hospitalidad, para combatir, sin disputar grados ni jerarquías, por la causa nacional, como fue con posterioridad y con idéntico objeto a la costa de sotavento de Veracruz, en donde el immaculado general don Alejandro García siempre mantuvo incólume, izado al tope, el combatido pabellón de la República.

La indicada reminiscencia, y una y otra más, como la de la completa derrota del rancho San Jacinto de la expedición imperialista que en dos canoas armadas en guerra pretendió atacar Jonuta, y en cuyo hecho de armas figuró como jefe mi referido hermano, por haberse puesto voluntariamente bajo sus órdenes el mayor

Vidaña y el destacamento que mandaba, esas reminiscencias, repito, explican el *In-memoriam* de la dedicatoria a que aludí al principio de mi carta. Usted ha evocado la memoria de mi hermano, no como algunos la de ciertos muertos, para falsear la historia, satisfacer pasiones malsanas y derramar sobre ella emponzoñada bilis; la ha evocado usted con el corazón; la ha honrado usted rindiendo culto a la verdad y a la justicia, en cuantas ocasiones se le han presentado; la ha evocado, porque no olvida usted que es la de un hombre que contó a usted siempre entre los escogidos de su estimación y su cariño, y usted corresponde con creces a esos tiernos sentimientos. No podía haber llamado a mis puertas *Antón Pérez* bajo mejores auspicios.

Decía yo que la novela que traigo entre manos es la apoteosis del patriotismo y como consecuencia forzosa, el castigo de la traición. Difundir el amor a la patria por los procedimientos correlativos que usted emplea, es educar al pueblo poniendo a su alcance ejemplares enseñanzas. La novela de usted no es de las que repueba y considera perjudiciales para la juventud su ilustrado amigo don Victoriano Salado Alvarez; no es la novela pasional sino la histórica, que en concepto del propio señor, es la que trata de infundir el amor patrio y el conocimiento de las cosas pasadas mediante la representación artística. No me cabe duda de que usted, al escribirla, tuvo presente los cánones sobre la materia de un gran maestro: de nuestro conocido, admirado e incansable don Juan Valera, quien creía y cree firmemente, que una novela corta o larga, debe ser libro de pasatiempo y solaz; debe elevar y no consternar el ánimo; debe, como decía Aristóteles, purificar las pasiones; esto es, que, por muy trágica que sea, el terror y la compasión que inspire han de estar purificados, han de producir en nosotros el deleite estético y no la pena, hay de serenar y elevar el espíritu y no perturbarle, humillarle y deprimirle. La obra de usted llena semejantes condiciones, salvo algunos reparos, que con la venia de usted, me voy a permitir hacerle.

No está del todo purificada la pasión política o patriótica, como usted quiera, que condena a la pena de muerte más cruel al protagonista de la novela, *Antón Pérez*. No lo presenta usted en los primeros pasos de su vida militar, exento de patriotismo; en los arranques juveniles, en esos que no se preparan ni se fingen, en esos que nacen del corazón y de cuya sinceridad no es lícito dudar, demostró Antón que, como usted dice, no era en manera alguna extraño al sentimiento nacional, ora celebrando, propagando y enalteciendo el espléndido, significativo y trascendental triunfo del invicto Zaragoza, el memorable 5 de mayo de 1862, suceso que traía el corazón de Antón hecho hoguera de entusiasmo; ora enjugándose el llanto del coraje que nublaba sus ojos y enronquecía su voz, cuando leía los conmovedores detalles de la rendición de Puebla, en la que González Ortega, el héroe de Silao y Calpulalpam, dio un ejemplo digno de la antigua Grecia, que los que lo presenciaron de cerca no supieron seguir en sus angustias de Sedán y Metz.

¿Cómo es que de la noche a la mañana el joven republicano, el decidido patriota, faltando a sus deberes de mexicano y de militar, quema lo que había adorado, y se pronuncia por el Imperio, manchándose con el delito de infidencia? ¿Cómo, en un abrir y cerrar de ojos, el protegido del coronel Méndez, se convierte en el brazo derecho del simpático y audaz aventurero Arévalo, que más feliz que Antón, fue a morir valientemente en el sitio de Mérida, defendiendo la santa causa de la República? Usted atribuye la sorprendente transición y el repentino cambio al amor, cuyo poder dominante y excluyente nadie podrá negar: el amor, que puesto en manos de una jamona descocada y envidiosa, símil de la astuta serpiente bíblica, sirvió para despertar la vanidad en el incauto joven, mostrándole a Rosalba cual tierra de promisión, asegurándole que para llegar a ella era indispensable atravesar algo peor que el Mar Rojo y el desierto, las ensangrentadas aguas del Guadalete en las que la traición hundió la monarquía goda.

Acabo de decir que nadie niega la influencia del amor, y me apresuro a rectificar, porque hay quienes la niegan. Y la niega Carlyle, filósofo materialista, historiador y crítico inglés muy celebrado y fecundo, que llena la primera mitad del siglo XIX, en opinión de Antón y Ferrándiz, traductor de Payo. Sí, Carlyle, entre otras consideraciones sobre el tema, exclama: A decir verdad, todo asunto de amor es tan miserablemente fútil, que en una época heroica nadie se hubiera tomado el trabajo de pensar en él, ni menos de nombrarlo siquiera; y Manzoni, el célebre nieto de Beccaria, más admirado aunque menos conocido por su novela *I Promessi Sposi*, que por su oda a la muerte de Napoleón el Grande, Manzoni escribe: "Yo soy de los que afirman que no debe hablarse de amor en términos de inclinar hacia esta pasión el ánimo de los lectores. El amor es necesario en este mundo, pero ha de abundar siempre aunque no se le fomente. No es, pues, útil en verdad, tomarse el trabajo de cultivarlo, porque al quererlo cultivar no se hace más que provocarlo allí donde no se le necesita. Hay otros sentimientos necesarios a la moral y que el escritor debe inculcar en las almas continuamente y con toda la medida de sus fuerzas, tales como la piedad, el amor al prójimo, la dulzura, la indulgencia, el espíritu de sacrificio. . .".

Payot estima las palabras de Carlyle y las de Manzoni las más sensatas que se han escrito sobre asunto tan importante como el amor. Y en el mismo comentario llama "importante asunto" al que Carlyle califica de "miserablemente fútil". Por supuesto que no voy a pasar revista a todo cuanto en prosa y en verso se ha escrito sobre el amor; ni a prever y conjeturar lo que se escribirá en lo futuro, que el amor será el tema obligado y constante de la humanidad, mientras la humanidad exista, porque es la vida, es la luz, como dijo el inspirado autor del *Trovador*, y usted de seguro confirma. Pero para que el campo no quede por los que opinan en el sentido dicho, que bueno y de rigor es, para proceder con justicia, oír el pro y el contra en todas las

cuestiones, voy a citar a usted por ejemplo a Herbert Spencer, que por estar hoy muy de moda, lo tengo a la mano. Spencer asienta que "la sicología del amor oculta muchos misterios; que su violencia ciega produce asombro y a veces espanto en el observador de sangre fría"; y a recordarle también voy, que Descartes, entre las seis pasiones primitivas que admitía, contaba la del amor. La bibliografía del amor es inagotable, y sería arduo trabajo recorrerla desde el divino Platón hasta nuestros días. Pongo punto final, cerrando el tratado, como epílogo o moraleja, con esta sentencia de Ovidio, conocedor del ramo: *Principium dulce est, finis amoris amarus*. Y la pongo en latín, más que por echarla de latinista, que por allí no pecco, por serme conocido que usted no olvida el Nebrija y las oraciones de Cicerón que aprendió en el Seminario; que mantiene usted íntimas relaciones con los Horacios y Virgилios antiguos y modernos; y que cultiva la lengua del Lacio, no obstante haber sido excluída del programa de estudios, por ser incompatible con el carácter utilitario que tiene y debe tener la enseñanza oficial.

Entre el conflicto de opiniones, usted se ha decidido, como tenía que ser, por la de los que sostienen y pregonan la importancia e influencia del amor; y es de extrañar que opinando de tal manera, lo haya usted convertido en su novela en camino de infamia, de crimen y de expiación, dependiendo de su arbitrio haberlo hecho escalar para subir a las cumbres de la honra, de la gloria y de la felicidad. Me ratifico en que el amor no es el fin, sino el medio, en la susodicha novela; en fin, el patriotismo que usted ha querido levantar y glorificar, y que, sin embargo, ha resultado abatido y postergado, puesto que en la lucha que sostiene Antón, triunfa el amor y sale vencido y maltrecho el patriotismo. ¿No hubiera sido mejor y más conducente al plausible propósito de usted, que Antón permaneciera en las filas de los buenos mexicanos, y, dados el valor que usted le reconoce y el patriotismo que usted le atribuye, haberlo puesto en condiciones de demostrar uno y otro,

llevando a cabo proezas que lo distinguieran y levantarán a tanta o más altura que en la que se encontraban Rosalba y su padre? ¿No habría sido de saludable efecto conciliar los dos sentimientos, y poner el amor al servicio del patriotismo, que a la postre también es amor y gran amor, sin la mancha de los impetuosos y torpes apetitos de la carne, que son la característica del amor sexual? Por semejantes derroteros, que parecían los naturales y trillados, ponía usted a Antón sobre Rosalba y su padre, imperialista platónico por tradición y relaciones sociales; y en lugar de que Antón buscara a éstos, éstos lo buscarían a él, como buscan siempre al vencedor los que por haber estado en campo contrario, y cediendo a sus conveniencias, necesitan de bondadoso apoyo y noble protección. No de otro modo dramatizó un caso análogo al que usted estudia, el autor de un drama que estuvo en boga allá también en nuestros años juveniles, y que lleva el nombre ilustre de uno de los héroes de Pavía, *Don Antonio de Leyva*, drama en que se destacan aquellas populares espinelas a la bandera española, que provocaban siempre el aplauso del público.

Ya que entramos en el terreno de los reparos, vaya este otro para apurarlos todos de una vez. La descripción de la acción de guerra del 1º de noviembre de 1863, primer glorioso triunfo de las armas nacionales en Tabasco, como reza el Informe que, redactado probablemente por usted, rindió el coronel Gregorio Méndez al Supremo Gobierno en 17 de octubre de 1867, es una descripción de mano maestra, pintada con tan vivos colores, que se parecen a los de la paleta con que el fecundo y admirado Pérez Galdós pintó el sitio de Bilbao en su episodio histórico *Luchana*. En éste se ve, se palpa la lucha de unos y otros en la oscuridad de una noche glacial, pisando nieve, azotados por el granizo, calados hasta los huesos; y entre los horrores de aquella memorable Noche buena brilla luminosa la personalidad de Zoilo Arratia, sublime creación de la incontrastable fuerza de voluntad, y se ve a Espartero retorciéndose, víctima de penosa dolencia física y de ansiedad y desesperación

por la suerte de los suyos, empeñados en descomunal combate, sobreponerse a todo, y transfigurado por el patriotismo, por ese patriotismo invencible hasta para el amor, se le ve levantarse del lecho, se oye la media docena de ternos gordos que soltó, se oye su invitación a los compañeros que lo rodeaban: el que quisiera divertirse y oír cantar el gallo de Navidad, que venga conmigo; y se le ve, en fin, lanzarse al combate, resuelto a morir o a salvar a Bilbao, como lo salvó.

En la descripción de usted se siente la humedad y el frío de las noches autumnales en la feraz región en que debía librarse la batalla; se oyen las concisas y entusiásticas palabras de Méndez y Magallanes que recorrían su línea: “¡Ea, muchachos! No desperdicien un solo tiro, buena puntería, y el triunfo es nuestro”; se ve al sargento republicano López, salir de entre las ramas y precipitarse sobre el cañón enemigo, del cual se apoderó después de porfiada refriega; se oye el toque de dianas en la línea de Méndez; se ve a Arévalo demostrando singular valentía y desalentado arrojo: se oyen sus cornetas dando el toque de pecho a tierra; se ve, por último, venir y consumir la derrota de los valientes imperialistas. Cuadro completo, al que no le falta ni hablar, como vulgarmente se dice de algunos cuadros para ponderarlos.

En la acción tomó parte principal el protagonista de la novela de usted, Antón Pérez; se condujo con desnudo y arrojo; llegó a la temeridad. Sostuvo combates personales, resultó herido y estuvo a punto de caer prisionero en poder del enemigo. ¿Por qué no lo mató usted en la batalla? Quizá pareció a usted muerte demasiado honrosa para el traidor. ¿Por qué no lo entregó usted a los generosos soldados de la República, a fin de que en poder de éstos Antón muriese de sus heridas, o fuera juzgado y sentenciado conforme a la ley, la ley, única que filosófica, moral y ejemplarmente, debe penar los delitos, que nunca penados fueron en país civilizado por el capricho y las pasiones de los hombres? ¡Ah! usted tenía previsto y preparado el castigo, y desechando su nobleza característica y su habitual modo de pensar y de sentir, se en-

tregó usted a los refinamientos de inverosímil crueldad. Tal vez ejerció imperio sobre usted el rigor con que la legislación antigua castigaba a los parricidas, y comprendiendo en éstos a los que traicionan a la patria, pretendió usted sobrepujar a los decenviros y a don Alfonso el Sabio, que adoptó en las *Partidas* el bárbaro castigo de la ley de las Doce Tablas. Pero semejante suposición no justificaba que haya usted olvidado el espíritu filosófico y humano de la legislación penal moderna; ni atenúan tampoco que al escribir su novela, haya usted igualmente olvidado los preceptos magistrales que antes reproduce, es decir, que su libro debía ser de pasatiempo y solaz; que no debía consternar el ánimo, que habían de estar purificados el terror y la compasión que inspira para producir en los lectores el deleite estético y no la pena. Francamente, el libro de usted en este punto no es de solaz; consterna el ánimo y produce pena.

No podía causar otro efecto este festín a que invitó usted a las aves rapaces, ofreciéndoles el cuerpo herido del desgraciado Antón para que saciaran su voracidad. Al principio, arrojó usted la paleta de Pérez Galdós, empuñando la que le sirvió al apóstol de la verdad y de la justicia, a Zola, para pintar en *Lourdes* la marcha de aquel hospital ambulante, en el que se confundían las manifestaciones asquerosas de todas las enfermedades que afligen a la humanidad, hospital atestado de enfermos que iban a pedir al milagro lo que la ciencia se había declarado impotente para darles, la salud. El mejor elogio que puedo hacer de la pintura de usted, es el que se ha hecho de la de Zola: no se puede leer sin que sienta náuseas el estómago menos delicado. La escena de usted, alumbrada por la luna en su segundo cuadrante, es, en efecto, dantesca, pavorosa, terrífica. El cuerpo de Antón, en las convulsiones de la agonía, que usted prolonga lo más que puede, era pasto de las auras o zopilotes, que lo picoteaban implacables, y cuyos *guztguceos*, neologismo que introdujo usted a título de su afición a la onomatopeya, crisan los nervios. Mucho me temo que hayan crispado

los de la gentil y honorable dama a quien ofrendó usted la novela, al posar sus hermosos ojos en el capítulo relativo.

Acaso cuando escogitaba usted los medios de castigar a Antón, cruzó por la mente de usted el recuerdo mitológico de Prometeo encadenado, como le llamó Esquilo al intitular la primera de sus tragedias; pero aumentó usted indefinidamente el número de los buitres, y les entregó usted, no el hígado, todo el cuerpo de la víctima, que sucumbió al fin, sin aplacar la cólera de su Júpiter, es decir, de usted. No trato de equiparar a Prometeo con Antón, pues sé bien que éste cometió un delito que debía ser castigado, aunque no con inusitada dureza, y que el otro fue un titán que pretendió escalar el ciclo, alegoría preciosa de la humanidad inteligente, que en alas de la ciencia, quiere ascender a las cimas de la verdad suprema y de la eterna luz. Pero insisto en que el recuerdo de Prometeo inspiró a usted la idea del banquete de zopilotes.

A mis reparos contestará usted haciendo valer sus inmunidades y sus derechos de autor, que soy el primero en respetar como buen juarista: lo que no obsta para que yo diga a usted: por este camino me hubiera gustado más acompañarle que por el otro. Y aquí viene a cuento que cuando el excelente crítico y novelista Jacinto Octavio Picón, le echaba en cara al también simpático novelador don José López Silva que "pintaba admirablemente la escoria, la hez, el hampa de Madrid, porque en Madrid había más; y de manera irónica le aconsejaba que siguiera en buena hora presentando ratas, gandules, chupa charcos y estrozonas, carne de presidio y galeras, olvidando al menestral que sólo come de lo que trabaja y a la mujer que quiere a un solo hombre", terció nuestro ya citado don Juan Valera, y con su autoridad reconocida por tirios y troyanos falló que tal vez podría acusarse al señor Picón de que lloraba por lo que daba, o de que pretendía o casi exigía del señor López Silva que pintara cosas distintas de la que quería pintar y que cultivara género distinto del que

cultivaba. Esto podría usted replicar a mis observaciones: que quiero que a su Antón Pérez lo hubiera usted hecho de distinta manera de lo que quiso usted hacerlo, sin tener en cuenta que siendo creación de usted, podía usted hacerlo y deshacerlo a su voluntad. Convenido y acatando esa libertad, no me opongo, ni censuro que siga usted ofreciendo a los buitres en lo futuro, festines como el que les ofreció en la persona de Antón, y a sus lectores escenas espeluznantes.

Por lo demás, se ha mostrado usted en su novela fiel observador de las reglas a que los preceptistas sujetan esa clase de composiciones literarias. Hay unidad y combinación bien entendida: la acción camina desembarazadamente haciendo crecer el interés; y respecto al estilo, nada pide al del más consumado hablista. En resumen, la novela de usted no tiene desperdicio, y empeñarse en buscárselo, acusaría una malevolencia valbuensca de la que por fortuna estoy ayuno, sobre todo tratándose de usted.

No he desperdiciado oportunidad de loar a los que en nuestro país se dedican al cultivo de las bellas letras, y no he de desperdiciar la que hoy se me presenta para tributar a usted las alabanzas que en casos anteriores he prodigado. Las merece usted por su dedicación a un oficio poco meritorio y casi despreciado por inútil en el sentido práctico de la vida; oficio que no es de honra y provecho, porque a la primera la excluye la malquerencia y la envidia, y al segundo, el indiferentismo del público. Las merece usted, porque en la lucha cotidiana por el *panem lucrando*, en medio de sus arduas tareas en el foro, en la cátedra y en el parlamento, economiza usted energías y roba tiempo para utilizarlos en el oasis de la literatura. ¡Que no desfallezca el ánimo de usted, ni prescinda de sus aficiones, y que no dé usted paz a la mano, a fin de que nuevas producciones literarias vengán a demostrar su longevidad intelectual!

No ha de faltar quien tache esta carta de extensa, de oficiosa, porque no me ha pedido usted opinión sobre su novela, y de indigesta por las citas y referencias en

que abunda, la carta, no la novela. Pero como usted me conoce y sabrá a qué atenerse en el particular, no prescindo de enviársela, haciendo constar, para ponerme a cubierta de suposiciones y censuras, que esta es una carta íntima; que no va en pos de publicidad, de la que huyo como del mundanal ruido, la descansada vida que cantó el eximio poeta agustino. No es un juicio crítico, ni cosa parecida. Hágase usted cuenta de que nos encontramos por casualidad, que sólo así nos encontramos ahora, y que echamos un párrafo como los que con frecuencia echábamos en épocas más felices; que las palabras vuelen y se las lleve el viento, y que lo escrito únicamente se mantenga el tiempo preciso para dejar en el corazón de usted, el convencimiento de que, a pesar de todo, estima a usted y le quiere de veras, su afectísimo.

J. BARANDA

RESPUESTA DE SÁNCHEZ MÁRMOL *

Esta casa de Ud., julio 24 de 1903

Sr. Lic. don Joaquín Baranda,
Presente

Amigo muy estimado:

Anoche gocé del favor de recibir su carta-crítica de mi *Antón Pérez*, que nunca acertó a soñárselas más gordas. La leí, la devoré, primero a solas, y luego a los de mi familia, en íntima sesión. A nombre de ellos y al propio mío nuestros más expresivos agradecimientos por la espontánea muestra de estimación y de cariño que se digna demostrarme.

No puede usted figurarse cuán grande buena obra me hace al darme prueba tan inequívoca de que, a pesar de todo, no he perdido el derecho de contarme en el reducido número, y por reducido más selecto, de sus amigos; y, créame, aun cuando ningún otro bien más que ese me hubiera proporcionado la publicación de *Antón Pérez*, él resultaría para mí recompensa sobrada.

Nada falta en su carta para reputarla como el colmo de los halagos; tráeme el abolengo de la simpatía de usted por mí; el recuerdo del interés que allá por el orto de nuestra vida literaria tuve la buena suerte de inspirarle; la carísima renovación en la memoria de aquel su noble hermano, el General, de cuyo afecto me siento orgulloso y no perdono ocasión de proclamarlo así.

* *Revista Positiva*. México, 26 febrero 1905.

El y los Méndez y el grupo de patriotas que iniciaron en mi tierra la lucha contra la intervención extranjera, reclamaban el homenaje debido a sus virtudes cívicas, y para tributárselo por mi parte, que por mío tiene qué ser desvalorado, quise aprovechar el novelucho (cuya forma y composición encomia usted sobre toda medida, sin dejar de condenar su finalidad) para recordarlas, esforzándome en colocarlos en su punto. Plegue a la Justicia lo tenga yo logrado.

Y viniendo a su carta, a la que mi gratitud no sabría ser sorda ni muda, tócame la vez de felicitarle por ella. Verdadero estudio literario, en que campean con brillo igual sus acendradas dotes de literato y de filósofo, al sentirla digna de usted, duéleme no estar a la altura de merecerla.

Notorio lo es que, tanto en literatura como en política, hemos comulgado siempre en los mismos credos; con ligerísima salvedad en cuanto a la segunda; y eso de ninguna manera en lo que mira a los principios, de los que ni usted ni yo tendríamos jamás valor de abjurar. Liberales fuimos, liberales somos y liberales empecatados nos mantendremos, soñando descontentadizos con el advenimiento definitivo de la divina Maga, sin darnos cuenta de que aquella no vendrá nunca en forma concreta sino que, infinita como es, va viniendo y va infiltrándose casi de modo imperceptible en nuestro organismo político, acarreado con nuevas promesas la necesidad de nuevos anhelos. Los avances de la libertad sólo nos son perceptibles por la comparación de épocas históricas. A mi entender, a ella pudiera acomodarse el apotegma jurídico, diciendo: *Distingue tempora et concordabis libertatem.*

Después de verter a cascadas sobre el afortunado *Antón*, a riesgo de asfixiármelo, el encomio más lisonjero, capaz de hinchar a la modestia más avisada, me hace usted el favor de señalarme los puntos de estética en que, al juicioso sentir de usted, me aparto de los

cánones del arte. No discuto sus apreciaciones, porque las hallo correctas, dado el punto de vista desde el cual considera usted el librejo.

Declarólo que no me propuse escribir precisamente una novela patriótica; que al ponerme a darle forma no preconcebí finalidad moral determinada: mi novela está toda en el penúltimo capítulo, ese que usted, con una señora amiga mía, muy aficionada al cultivo de las letras (no la a quien fue dedicado *Antón*) encuentra horroroso, espeluznante, indigno del arte.

Para justificarme a los ojos de usted, va a permitirme me remonte al génesis de mi novelita.

Una tarde, la última vez que estuve en Tabasco, mis hijas Consuelo y Berta y sus respectivos maridos, me notificaron que íbamos a hacer una excursioncita de placer al Paso del Carrizal, punto en que confluyen ese río y el González, con acompañamiento de la alegre y bulliciosa bandada de nietos. (Sólo a condición de tenerlos, no tomo a mal el ser viejo.) Dicho y hecho: allá nos fuimos. Nos metimos en el tranvía, llegados al Paso, descendimos, y por primera distracción nos pusimos a sorber tamañas jicaras de chorote, alternando los tragos con buenos bocados de conserva de toronja.

En tanto que los grandes nos distraíamos viendo descuartizar un enorme lagarto, acabadito de matar y de sacar a la playa, los chicos, de natural inquietos y ansiosos de noveleras, habíanse dispersado en dirección de la orilla del González. Súbito nos llegaron las voces de uno de los chicos —Chemmanuel— que gritaba:

—¡Papá! ven a ver el perro que se comen los zopilotes.

No pusimos asunto a las voces del mozuelo; mas a poco hube yo de percibir los angustiosos ladridos de un perro, e invitando a la gente grande que me siguiera, nos dirigimos hacia donde estaban los muchachos. Hubimos de descubrir entonces, en la margen opuesta, un espectáculo singularmente original, para mí al menos. Un

pobre perro, presa de los zopilotes, yacía en tierra exánime, en tanto que otro, con vida y de pie, sufría la agresión de los necrófagos, que lo atacaban por una úlcera que llevaba en el espinazo.

El infeliz can lanzaba lamentos lastimeros, tratando de escapar a la inmisericordiosa voracidad de los buitres, que haciéndole ronda le cerraban el paso y no lo dejaban huír. Incapacitados de proteger a la desventurada víctima, nos apartamos de aquel horror. Andando, dije a mi yerno, el Dr. Pellicer:

—Esto me sugiere la idea de pintar a un hombre devorado vivo por los zopilotes.

La idea se quedó ahí. Durante mi enfermedad de mi ojo glaucomoso, se reanimó, y ya pensé en darle forma. Pintar aislada la escena, era de suyo repugnante y destituido de interés. Había que combatir algo de algún aliento, y hacerla entrar en la composición como cuadro final. Elegí, pues, un episodio de nuestra guerra contra la intervención extranjera, que eso me daba oportunidad de honrar la memoria de los patriotas con quienes tuve la gloria de alternar, de consignar ciertos detalles de que acaso a esta hora sea yo el único poseedor, y de pagarles mi tributo de gratitud por el afecto y confianza que me dispensaron. También me pareció del caso hacer entrar en la novelucha gente conocida mía y algunas costumbres regionales, poniendo seudónimos a aquellos personajes de que no había bueno qué decir, ejemplo doña Socorro, que fue una señora en carne y hueso real.

Hice a Antoncito inteligente, fogoso, intrépido e impulsivo, a fin de que obedeciera fácilmente a las influencias de un amor desdeñado, de modo que sin violentar la psicología, no pareciese inverosímil su apostasía republicana.

Para preparar la insurrección patriótica de mi tierra y pintar a Dueñas, tipo digno de estudio, arranqué desde la toma de San Juan Bautista por Arévalo, lo cual me daba ocasión de poner en su marco propio a mi ilustre

amigo, el General, hermano de usted, a mis amigos los dos Méndez, a uno no menor amigo, el Lic. Pedrero, y en el diálogo del capitán González Montero con el general Baranda, acabar de dar a conocer los sentimientos patrióticos de éste. Escogí luego la acción de Jahuactal, que casi presencié, a fin de inutilizar allí a Antón, de manera de incapacitarlo para defenderse de la agresión de los catartos. Hícelo imperialista por defección (bien comprenderá usted que me repugnaba hacerlo republicano) con lo que su suplicio venía a ser castigo de su infidencia y de su vanidad al aspirar a un amor para él socialmente imposible. He ahí mi caso; la novela fue escrita para que en ella encajara como cuadro final la agonía y la muerte del protagonista.

Y cumple declarar asimismo que para tal suplicio no pensé ni en el Prometeo de Hesíodo, ni siquiera en el Mazepol de Byron. Mi *Antón* nada de común puede tener con el Titán, creador y redentor del hombre, a manera de Cristo helénico; ni con el jefe cosaco salvado del horrible suplicio a que lo condena una venganza implacable.

Permítame usted que no acepte el reproche de haber sacrificado al amor el patriotismo; no, es precisamente el amor el sacrificado en mi librejo: la víctima es el enamorado Antón que, por perseguir la posesión de Rosalba, olvida el cumplimiento de los deberes más augustos. Si hay algo que resulte odioso, es justamente la pasión que lleva al protagonista, y lo lleva fatalmente, al fin desastroso en que sucumbe.

Y ahora, dada esta explicación, una súplica que fío atenderá usted: la de que me permita usted publicar su carta.

Deséolo por tres motivos: primero, porque la galanura y buena doctrina con que está escrita reclama ser conocida fuera del estrecho círculo de la intimidad; segundo, porque las alabanzas exorbitantes, lo reconozco y lo declaro, que hace usted de mí, me son por extremo halagadoras, y, tercero, y este es para mí el principal, porque publicándose su carta, se verá que, a pesar de

todo, sigue usted honrándome con su amistosa estimación. Vea usted si no hay por qué obsequiar mi súplica.

Y renovándole la expresión de mi agradecimiento, renuevo a usted la de mi cariño.

M. SÁNCHEZ MÁRMOL

ANTÓN PÉREZ

CAPÍTULO I

ANTÓN PÉREZ

Ni tan alto que osara envanecerse de haber brotado de la aristocrática cepa cunduacanense, ni tan bajo que pudiera confundirsele con la escoria de su pueblo. Pardo era Antón Pérez por sus cuatro costados, calificativo con que en la vieja villa se designaba indistintamente a los mestizos de primero y segundo grado, a los mulatos y cuarterones, y hasta a los zambos. No había nacido, pues, *Don*, título reverencial sólo reservado a los miembros de las familias que habían poseído esclavos, siquiera hubieran llegado a menos y aun al último grado de pobreza por el álea de la veleidosa fortuna.

Un pardo, a buen componer, podía llegar a alcanzar el tratamiento de *señor*, y eso no en su forma castiza, sino sufriendo mutilación de la letra final. Al pardo que por alguna labor, que había de ser siempre honrada, alcanzaba algún caudal, se le llamaba *señó*; mas si su riqueza provenía de malas artes, si no estaba en la cárcel, que no era lo común que estuviera, jamás se anteponía a su nombre de pila aditamento ninguno: era fulano a secas. Desdeñado de la gente de copete, sólo tenía contacto con ella cuando era necesitado para prestar algún servicio, no de los más honestos.

Esta ley, como todo canon social, estaba sujeta a excepciones de no escasa frecuencia. El pardo que por su superioridad intelectual, y más principalmente por su bizarría, hallaba ocasión de hacerse notar, podía ya ver de frente a los señores, alternar con ellos, y aun incrustarse en sus familias que, sin dejar de motejar el oscuro origen del pardo en sus intimidades domésticas, se resignaban a aceptarlo entre propios, y hasta a mimarlo, por

la significación que había conquistado a los ojos de los poderosos, reconociéndole, alguna que otra vez, las dotes personales que singularmente lo recomendaban a la estimación de todo el mundo; y digan si tipos semejantes no habían de ser frecuentes en épocas en que los disturbios intestinos de la patria mexicana traían todo revuelto y subvertido. Por supuesto que el que así se elevaba, no lograba alzar al resto de su gente, que permanecía en el estado y condición de que él había ascendido. Y he aquí cómo aquella presuntuosa aristocracia lugareña rendía homenaje, sin saberlo, a la ley fundamental de la democracia.

Antón Pérez era un chico para quien la madre naturaleza, si no pródiga, no había pecado de mezquina. Morenito tirando a bronceado, un tanto enclenque, con unos ojillos, si pequeños, llenos de viveza y radiación, negra y lacia la tupida cabellera, fina la nariz en su nacimiento y dilatada en las fosas, redondo el pulpejo de la barba, más desarrollada de lo que correspondía a su edad.

No contaba más de trece años al momento en que entramos a conocerle. Sus encendidos labios servían para notar la delgadez de ellos, y para lucir, cuando hablaba o reía, dos hileras de blancos y finísimos dientes, como de raza felina. Marcábase en su fisonomía un defecto disimulado, si, por lo abundante del cabello. Las orejas le caían perpendicularmente sobre el plano de las sienas, no pudiendo asegurarse si aquello denunciaba alerta intuitivo o irreflexiva resolución.

En la escuela primaria se había ganado los premios, y había en él madera para un buen hombre de ciencia o de letras, gollería a que mal podía aspirar por la escasez de recursos de su familia, pues no habiendo en su tierra establecimiento alguno de enseñanza superior, habría tenido necesidad de salir de su pueblo natal y de su Estado mismo en busca de un centro de cultura en que ejercitar sus talentos. Cierto que esa dificultad podía haber superado el auxilio de un mecenas; pero

vaya si por aquellos tiempos un mecenas no habría sido en Cunduacán buey con alas.

¿Qué iba a ser Antón Pérez? De no carpintero a lo fino, ebanista, vocablo que aun no se pronunciaba por entonces en la villa, el oficio menos bajo a que podía destinársele, y la familia quería para él, algo más alto que un arte manual; o bien, trajinero de tierra y agua, o bien dependiente de algún *timbiriche* y no de tienda principal, que las de esta especie eran casi exclusivamente servidas por jóvenes oriundos de Asturias, de Cataluña o de Mallorca. Con eso el muchacho hallaría espacio para ir ampliando sus conocimientos, y de no prosperar por el comercio, ya podría hacerse apto para las funciones públicas.

Mientras este problema traía preocupados los ánimos en la casa de Antón, y el de Antón mismo, acertó a arribar a la villa su nuevo Cura párroco, que no había de ser sujeto de corta entidad, ¡como que los anales de aquel curato estaban orgullosos de registrar nombres que brillaban con esplendor en las páginas de la historia nacional, aparte de lo ejemplar de sus virtudes cristianas!

Quien, después de haber regido el Colegio de San Juan de Letrán en la capital de la Nueva España, había ido, cargado de fama, a representar su provincia en las gloriosas Cortes gaditanas; este otro había tomado asiento en las curules del Senado federal, influyendo en la política general del país, por su ultraliberalismo y por la decisión de su carácter; no pocos que se habían distinguido en las Legislaturas locales y en los Consejos de Gobierno, o ejercido la jefatura eclesiástica a título de vicarios de la Sede Episcopal; todos, en fin, celebrados por su prudencia y espíritu apostólico en la guarda de su rebaño.

A estos últimos pertenecía el Padre Fuentes, alma henchida de bondad para todas las desgracias, y de misericordia para todas las abominaciones de la tierra. Traía por ministro al Padre Reyes, más aficionado al estudio de libros que a la ponderación de milagros, pre-

firiendo una biblioteca al confesionario y hasta a la cátedra del Espíritu Santo, a la que no ascendía de grado sino en la necesidad de doctrinar a los feligreses, lo que efectuaba, no concionándolos de propia cosecha, sino por lecturas ascéticas que sabía escoger discretamente. Completaba el personal del curato la señora doña Ana, viuda, emparentada con el Padre Reyes, madre de dos hijas, de las que la menor no excedía de diez años.

¿Qué novedades traía el nuevo Cura?

En las iglesias de la villa ninguna que llamara la atención; mas fuera de ellas, vióse que la casa cural se convertía, del lado que habitaban los dos sacerdotes, en escuela de muchachos, y por la parte destinada a la señora y sus hijas, en escuela de niñas, en la que dábales instrucción de lectura, escritura y aritmética elemental, y, además, de las labores propias del sexo. Una y otra escuela franqueaban gratuitamente sus puertas a niños y niñas de las familias más distinguidas, y no hay para qué decir que la educación que en ellas se daba satisfacía por demás las hondas exigencias de la moral.

En el nuevo plantel no había cabida para Antón Pérez. De origen oscuro, bien se comprendía que la escuela del curato no era para él; aparte de que no la necesitaba, que tenía concluida y bien concluida su instrucción primaria.

El diamante, sin embargo, no podía quedar oculto por mucho tiempo. Cúpole al Padre Reyes la suerte de descubrirlo.

Habíasele invitado a presidir el examen extraordinario que en escuela particular sustentarían dos jovencitos, hijos de familias acaudaladas y a quienes se alentaba para ir a emprender estudios más serios en la ciudad de Las Palmas. La concurrencia era numerosa y selecta, como que según el maestro, distinguido pedagogo español, los muchachos daban paño de qué cortar. Antón Pérez, poseído de curiosidad, desde muy temprano se había colado en el salón de la escuela, y con la venia

del maestro, logró colocarse en punto inmediato al destinado al sinodo.

Al pasear el Padre Reyes a su derredor sus ojillos grises, fijóse en el flacucho Antón que, sin parpadear, atento en alma y cuerpo, seguía con el más vivo interés el curso del examen. Plació al Padre Reyes el juvenzuelo, quizá no tanto por la figura, que era de suyo atractiva, por la actitud de atención y compostura con que asistía al acto o, tal vez, por ambas cosas juntas.

Pendiente de él, en el primer movimiento que en el salón se produjo para proceder a la calificación, hizo signo a Antón Pérez de que se le acercase; obedeció el muchacho, recibióle el Padre imprimiéndole con la diestra un golpecito de cariño en la mejilla y, sin más preámbulo, díjole familiarmente:

—Me esperarás luego que esto concluya.

Antón, medio turbado, con el rostro ligeramente encendido, cobró su asiento y allí se estuvo quieto, notándose en su carita como reflejos de alegría.

Padre y muchacho se encaminaron uno hacia otro, concluido que fue el examen. Repitió aquél su caricia, y con acento paternal dijo a Antón:

—Acompáñame.

Echáronse a andar en dirección al curato. Antón cuidó de dar su derecha al padre y de ir un paso tras de él, respetuosa discreción que acabó de encantar al sacerdote, y ciertamente que no era para menos, pues Antón no había aprendido en ninguna parte fórmulas de urbanidad y procedía por instinto de su natural buen sentido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Padre Reyes, volviendo la cara hacia su acompañante.

—Antón Pérez, señor Padre, servidor de usted.

—¿Y tus padres?

—Mi padre, señor, Pedro Pérez; mi señora madre, Paula Marín, murió, señor, hace ya tres años.

—¿Estás en la escuela?

—Salí de ella, señor, porque me dijo el maestro que ya nada tenía qué enseñarme.

—Bueno —murmuró el sacerdote con sonrisa de satisfacción—. ¿Y qué es lo que sabes?

—No mucho, señor: leer, escribir, un poquito de aritmética y algo de gramática.

—Y ahora ¿en qué te ocupas?

—Pues, señor, todavía en nada serio. Mi señor padre y mis tías quisieran hacerme algo, quisieran que yo estudiara; pero no hay dónde, ni mi familia tiene recursos.

—¿Y tú desearías estudiar cosas serias?

Al oír esta pregunta, Antón adelantó el paso hasta colocarse frente al sacerdote y, alzando hacia él la cabeza, inundado el rostro de regocijo, contestó:

—¡Oh! sí, señor, Padre: si fuera posible ¡con cuánto gusto aprendería lo que se me enseñara! Me aplicaría yo mucho.

Estaban a la puerta de la casa cural; el Padre se inclinó y tomó entre sus dos manos la cara de Antón, moviéndola suavemente de uno a otro lado, y mientras le hacía esta manifestación de cariño, decíale:

—Bueno, bueno, bueno, barrabasito. Hoy es sábado. Mañana, después de misa en el Santuario, te metes en la sacristía, que allí estaré. Conque hasta mañana, y no faltar.

Entróse el sacerdote en la casa, y Antón Pérez, como si algo le bailara dentro del cuerpo, se dirigió a la suya a paso rápido.

Probable es que, obedeciendo a una evolución mental, hubiera querido darse cuenta de lo que por él pasaba. Detúvose un punto en su marcha acelerada. Iba cara al poniente; el sol se había puesto ya; mas eran tan intensos los reflejos en que se encendía el ocaso, sobre el que flotaba ardiendo un cúmulo de celajes con vívida y variada coloración, desde el rojo escarlata hasta el naranjado más tenue, que parecía que aun el sol brillaba sobre el horizonte.

CAPÍTULO II

EL PADRE REYES

El chico llegó a su casa rebosando de júbilo. Contó a sus dos tías cómo el Padre Reyes lo había llamado, llevándolo consigo hasta la puerta del curado, y todo lo que habían platicado. Contagiadas del contento de Antón las dos buenas mujeres celebraron el caso como cosa providencial, encargando al sobrino que, en llegando su padre, se lo contara todo.

Así lo hizo el muchacho. Más tarde, a la hora del chocolate, se habló de nuevo del asunto, y Antón se fue a dormir pensando en levantarse muy temprano para alistarse e irse a la misa del Santuario. Cavilando en lo que había de proponerle el Padre Reyes, se durmió, y a la mañana siguiente, contra lo de costumbre, lo despertaba el toque del alba.

Bien lavadita la cara, echóse lo mejor de su nada complicado indumento: pantalón de dril rayado, camisa de ordinaria crea, bien planchadita, eso sí, calzadas las botillas de gamuza antecada y ceñida a la cintura la banda carmesí de burdo estameñete. Tomado el frugal desayuno, encaminóse a la iglesia a esperar la hora de la misa.

Dicho el *Ite misa est* corrió Antón a la sacristía, donde ya el Padre Reyes se despojaba de ornamentos, alba y amito que, a medida que iba depositando sobre el arcón, el sacristán sacudía, doblaba y guardaba en las enormes gavetas del mueble.

Al notar la presencia del muchacho, volvióse a él sonriendo con toda la cara, que era ancha, abierta y coloradota.

—¡Hola! ¿Conque aquí estás? Así me gusta —díjole con la entonación más jovial que podía dar a su voz gruesa de bajo profundo.

—Buenos días, señor Padre —contestó el chico, yendo a besar con la mayor reverencia la mano del sacerdote. Y como el sacristán alistara el manteo para echarlo sobre los fornidos hombros del ministro de la Iglesia, éste que era de talla más que mediana, y de diminuta aquél, tuvo que doblarse hasta quedar casi en cuclillas.

Tomó de manos de Antón el sombrero de jipijapa, de protectoras alas, dio a besar la mano al sacristán y, recogiendo el vuelo derecho del manteo bajo el brazo izquierdo, salió de la iglesia, se caló el sombrero hasta las entrecanas cejas, espesas y pronunciadas como las de Júpiter, y dirigió al muchacho este conciso imperativo:

—¡Ven!

Antón siguió al Padre Reyes hasta la casa cural en la que entraron y en donde ya aguardaba sobre blanquísimo mantel un bien provisto desayuno que incitaba el apetito. Mandó el Padre a Antón que se sentara, entróse en su alcoba pobre y escueta de mobiliario, mas atestada de libros que yacían en desorden; aquí, sobre una mesa destinada sin duda a escritorio, como lo denunciaban a falta de toda ornamentación, tallados y aún de barniz, los recados de escribir que en ella se advertían; más allá, sobre tosco sillón de vaqueta, sobre la cama misma o esparcidos en las esteras que a guisa de tapetes se extendían al pie de la cama y bajo de la hamaca de finísimo sosquil, abiertos unos, otros con hojas dobladas, marcados los restantes, éstos con cigarros de hoja de mazorca, aquéllos con tiras de papel, de trapo, o con retazos o hebras de cuerdas, desarreglo que bien demostraba la febril afición del Padre Reyes al estudio, o a la lectura cuando menos.

De la alcoba salió desvestido de sus ropas sacerdotales: los pies metidos en amplios pantuflos de paño verde oliva, pantalón de mahón azul, camisa de listado, cuyo desabotonado cuello descubría la gruesa papada, tan gruesa que formaba como una segunda barba, y encima

de todo una ancha bata, también de listado, abierta y flotante de arriba a abajo.

Sentóse a la mesa, posándose en la silla como quien se prepara a una solemne labor, abiertas las piernas y echado hacia adelante el robusto tórax. Miró los platos, dilatáronsele las ventanillas de la nariz, sus labios se recogieron y prolongaron como si se prepararan a una succión, y cubierto en ristre acometió al servicio, alternando entre bocado de aquí y bocado de allá, en sopadas o sorbos, no de la jícara, sino del ancho bol de espumoso chocolate.

Visto el Padre en aquella forma, entregado con afán a la tarea de engullir y paladear, más que por discípulo del Cristo, hubiérasele tomado por un cerdo de Epicuro; y no lo era, ni mucho menos, sino que estaba gobernado de tal naturaleza, que todas las funciones de la vida y sus ocupaciones todas las cumplía dándose a cada una de ellas por completo, abstraído de todo asunto distinto del en que se ejercitaba, lo cual no impedía que por aquella vez ingiriera, entre sorbo y bocado, el breve interrogatorio a que sometió al que podía desde entonces haberse por su protegido.

—¿Conque estás dispuesto a estudiar, Antoncito?

—Sí, señor, si estoy.

—Bueno ¿y qué quieres aprender?

—Lo que me quieran enseñar.

—Poco se puede, hijo; pero veremos. ¿Te gustaría aprender latín?

—Dicen que es muy difícil; pero me aplicaría yo.

—No es cosa *Quis vel qui*, todos los asnos se atascan aquí. No, tú no te atascarías: no eres asno, por lo visto.

Antón quiso dar las gracias, pero no le salió el concepto.

—¿Sabes álgebra?

sin números.

—La he oído mentar. Dicen que es una aritmética

—Alchebr... —murmuró el Padre Reyes—. ¡Qué grandes sabios los árabes! Ah ¿y los indios?... ¡Canastos!

Antón, que no entendió jota de esas palabras, pensó que el Padre se burlaba de él.

—Ya que pareces tan resuelto —prosiguió tras corta pausa— en lo del latín te entenderás con el señor Cura, y conmigo un poquito de cada cosa ¿estás?

—Sí, señor, haré todo lo que pueda.

—Hay que esperar la llegada del señor Cura que fue a la Misa de la Parroquia. El resolverá, y no ha de tardar.

Calló el Padre, y despachado el desayuno, volvió a entrar en su alcoba, en tanto que una criada, maya yucateca, que aun no cambiaba el *hipil* y fustán regionales por la camisa y las enaguas tabasqueñas, levantaba la mesa.

Volvió al saloncito-comedor en que esta escena pasaba, trayendo en la mano un grueso libro encuadernado a la española, y dirigiéndose a Antón, le dijo:

—En esta tu tierra llueve mucho, muchísimo.

—Sí, señor, llueve muchísimo.

—¿Y sabes qué cosa es la lluvia?

—He leído en el *Juanito*, que es el vapor de agua que sube en la atmósfera, forma las nubes y, cuando éstas se enfrían, el vapor se liquida y cae por su peso.

—No tan mal, no tan mal; pero al *Juanito* le faltó mucho qué explicar. A ver, lee aquí.

Y le alargó el libro abierto en el que el muchacho se puso a leer, al principio con alguna timidez y luego con soltura y corrección, las páginas en que el Padre Almeida explicaba el meteoro de la lluvia en su libro *Recreaciones filosóficas*.

Muy contento atendía el Padre Reyes a la lectura del muchacho, en la que no advertía otro defecto que el de la pronunciación peculiar de la tierra, cuando hubo de interrumpirlos la llegada del Cura, que algo fatigado y encendido el rostro, por haber recorrido el no corto espacio que mediaba entre la Iglesia Parroquial y la casa, sin más defensa que la angosta copa de su alto sombrero de felpa negra, exclamaba:

—¡Uf! ¡uf! y bien merecido, zopenco de mí; pues no dejé olvidado el quitasol! . . .

Tipo venerable era el Cura Fuentes: alto, delgado, casi amojamado, blanca la tez y aun erguido, no obstante los sesenta y cinco años que ya denunciaban las nieves de su cabeza y los surcos con que el implacable Saturno hábale marcado frente, entrecejo, comisura de párpados y lados de la nariz.

Vestía zapatillas de raso turco con hebillas de plata, medias negras de seda, sotana y manteo de sarga, y ancho alzacuello de chaquirá negra y oro. En su fisonomía no se notaba cosa que llamara la atención; todo en ella respiraba bondad, sin que la afeara el frecuente parpadeo de sus pequeños ojos pardos, ni el movimiento que, cuando estaba quieto, solían ejecutar sus mandíbulas como si algo rumiaran.

—¿Conque este es el chico? —dijo al advertir la presencia de Antón—. ¿Y qué tal lee?

—No mal, no mal, señor —contestó el Padre Reyes.

Antón se puso colorado hasta las orejas, y en medio de su turbación, dejando el libro sobre el asiento que ocupaba el Padre, que se había puesto de pie a la presencia del Cura, fue a besar la mano de éste.

—Vaya, conque queremos estudiar, Antoncillo. Bueno, muy bueno, con tal que te apliques. . . Y tu padre ¿qué dice?

—Sólo espera saber si me quieren recibir para venir a hablar con ustedes, señor.

—Pues que venga, que venga, hoy mismo si quiere. Tú, desde por la mañana vendrás con tus libros, si los tienes, y si no, aquí se te darán.

—Tengo unos cuantos libros: la *Gramática* de Herranz y Quiroz y el *Fleury* (pronunció todas las letras del nombre) y el *Juanito* y la *Geografía* de Almonte y la *Aritmética* de Urcullu y mi *Catecismo* de Ripalda, y una muestra de escritura, y el *Lavalle* de mis tías, que me dan a leer. . .

—Toda una biblioteca ¡canastos! —interrumpió sonriendo el Padre Reyes, y otro tanto sonrió el Cura.

Antón comprendió la burla y se puso color de grana.

—Por mí, no traigas ninguno de esos libros —continuó el Cura—. Aquí te daré un Nebrija.

¿Qué era un Nebrija? Maldito si el muchacho lo sospechaba; ya sabría al día siguiente lo que era un Nebrija.

—Traerás también —prosiguió el Padre Reyes— tu Herranz y Quiroz, tu *Aritmética* y tu *Geografía*. Y ahora, hasta mañana.

Besó Antón la mano del Cura y la del ministro, y murmurando un “hasta mañana”, partió.

Comunicó las nuevas al padre y a las tías, y sin duda preocupado con lo que le esperaba, aquel domingo no se fue a jugar con los amiguitos, empleando el día en hojear sus libros, que cerraba y tornaba a abrir, mientras sus labios parecían murmurar lo que de ellos guardaba en la memoria.

Fue Pedro Pérez o, mejor dicho, para no rebajar su categoría, señor Pedro Pérez, fue en la tarde a ver a los Padres, y de regreso previno a Antón que temprano, el día siguiente lunes, se fuera con ellos.

CAPÍTULO III

ROSALBA DEL RIEGO

No eran eslabones sueltos de la cadena social nuestros dos sacerdotes: el Cura pasaba por protector de doña Ana, mujer ya bien entrada en años no menos que en gordura, que allá en sus mocedades debió haber tenido sus buenos bigotes. Viuda, el matrimonio habíale dejado una hija, ya viuda también en la época de estos sucesos, guapa treintona, sin sucesión que, a haber querido, no le habría faltado nuevo acomodo, pues sobre ser hermosa y tener unos ojos llenos de travesura, su plática era agradable, casi tentadora, por el ingenio que en ella mostraba y por el timbre argentino de su voz.

Otra hija como de diez años contaba doña Ana, que daba ocasión al mal decir de las lenguas a causa del notable parecido que entre Chonita (Encarnación era el nombre de la chica) y el señor Cura se advertía. El Padre Reyes y doña Ana estaban unidos por muy cercano parentesco, no se recuerda bien si eran hermanos. Traía aquél consigo a un mocetón que, no obstante su corta edad, ejercía funciones de administrador de la casa cural, es decir, de toda la familia de que se componía; y este joven Uriel afirmaba calumniadores ser muestra de que el Padre no había rehusado la carga impuesta a Adán y Eva en los umbrales del Paraíso.

La familia de los Padres habíase instalado en dos casas hitas, comunicadas entre sí, destinada la una, sin duda por el bien parecer, aun cuando ya la edad de los dos clérigos los pusiera a salvo de injuriosas sospechas, a habitación de las mujeres, y la otra, a la de aquellos y Uriel, amén de un mozo chaparro y desgarr-

bado, que hacía de mandadero, de espolique y aun de otros oficios menores, según venía el caso.

Ambos departamentos no lucían otros lujos que los de la limpieza y el buen orden, salvo en lo que concernía a los libros del Padre Reyes, que ya vimos cómo andaban revueltos y a mal traer.

El principal destino de la sala que vimos servir de comedor era el de escuela, en donde hasta media docena de muchachos de las familias más distinguidas de la villa se iniciaban, mal de su grado, en las nociones de la instrucción primaria; quién, juntando las aun no bien aprendidas letras del *Catón Cristiano*; quién, decorando en el *Amigo de los Niños*; quién rasguñando en la pizarra con estridente chirrido alguna de las cuatro primeras reglas de la aritmética; quién, ya tirando a mayores, pendoleando en el papel pautado alguna muestra de caligrafía.

Desde la calle podía decirse si el Padre Reyes estaba o no de cuerpo presente en la escuela: él allí, parecían los muchachos unos angelitos de Dios; él ausente, aquello era peor que campo de Agramante. Nadie en su puesto: todo era bullir y saltar y correr del uno al otro extremo del saloncito, que por lo estrecho no dejaba espacio para mucho, y aquí un pellizco, y allá un tirón de orejas, y acullá un capirotazo; éste que tira un gallo, y el agredido que se revuelve y contesta con un sonoro cocotazo, y el otro que escupe un *hi de pú*, y aquél que, afianzado en cruz a la pared por los puños del forzado adversario, en el ansia suprema de la defensa se arranca de los pulmoncitos el más espeso esputo y lo lanza a la cara del verdugo, y aquello era tropezar y rodar de sillas, hasta que Fermín, el mozo, atraído por el alboroto, se presentaba en la puerta que daba al patio, y con voz tartajosa de perlático, anunciaba a los diablillos que iba a acusarlos con los Padres, y la amenaza, no obstante de quien partía, y que en otras circunstancias hubiera provocado a risa, surtía el mismísimo efecto que el *Quos ego* de Neptuno.

Y aun solían atreverse a más: solían invadir la alcoba del Padre Reyes, montarse a horcajadas en los brazos de la hamaca, y ponerse a hacer el caballito con alternados brincos, no siendo raro que el desenlace de la travesura fuera un soberano batacazo de alguno de los noveles jinetes. Y no había respeto para los libros: este, volteado; cerrado, el que yacía abierto por mitad; quitada la marca del uno, cambiada a otro, con lo que se calentaba la mollera del Padre al reasumir la lectura, culpando a flaqueza de memoria haber perdido el hilo de lo que venía leyendo.

Por supuesto que los chicos se entregaban a este bati-boleo aperciéndose contra toda sorpresa, con un centinela en la puerta que daba al patio y otro en la que daba a la calle, encargados de dar el alerta, ya que alguno de los sacerdotes o don Uriel, o alguna de las criadas de la otra casa, se aproximarán, tarea en que se turnaban con rigurosa disciplina los condenados escolapios.

Maldita la gracia que les hiciera el ingreso de Antón a la casa cural, pues sobre que ya sentía pujos de hombrecito, el Padre Reyes no lo había confundido con ellos sino puesto por separado en la alcoba, lo que le valía honores de guardián de la escuelita, coartándoles la libertad de entregarse a sus travesuras. De aquí nació en ellos de momento, no disimulada ojeriza hacia el maldecido pardo, cuya presencia los privaba del único placer que podían procurarse en su reclusión escolar.

Y decimos de momento, porque Antón, ayudado de su natural campechano, de los más cuantos años que les llevaba y de la superioridad de conocimientos que poseía, fue haciéndose querer de los muchachos, pres-tándose de grado y solícito a las veces, a facilitarles la comprensión de las para ellos reconditeces de la enseñanza, que eran para Antón granos de anís.

Aparte de esto, a muy poco ganádose había la confianza de los Padres, que le encomendaban el desempeño de pequeños encargos para fuera de la casa, y los chicos

sabían aprovechar esas ausencia para darse a sus acostumbrados alborotos.

Como lo previera el Padre Reyes, Antón no se había atascado en el *quis vel qui*; antes daba cotidianas muestras de sus singulares aptitudes, como en público lo proclamaba el Señor Cura, a cargo de quien corría este ramo de la enseñanza del muchacho, en tanto que el Padre Reyes conseguía descansar de la vista, pues Antón había hecho rápidos progresos en la lectura, y era ya quien leía hasta los pergaminos del *Teatro Crítico*, del Padre Feijóo, por quien el sacerdote experimentaba apasionada afición.

A este andar, Antón había llegado a ser algo como parte integrante de la familia cural, sirviendo con frecuencia de órgano de comunicación entre ambos departamentos, el masculino y el femenino. De éste hemos de decir que todo se concentraba en el saloncito destinado a escuela, bajo la dirección exclusiva de doña Ana, pues la hija viuda no sentía inclinación por la enseñanza de letra y aguja, y en cuanto a la jovenzuela, no estaba en condición de ayudar a la mamá, antes era carga, como que figuraba entre las alumnas de la escuela.

Componíase ésta de unas ocho alumnas, y por cierto que ninguna se distinguía por su belleza, que estaban en esa edad, año más año menos, en que la mujer aún carece de sexo, a manera de indistintas crisálidas de cuya envoltura no se sabe cuál mariposa saldrá. Distinguíase entre ellas por la empingorotada estirpe de que era tierno grumo, Rosalba del Riego, familia que si había venido a menos en fortuna, mantenía sus humos aristocráticos, y no de cualquier modo sino con presuntuoso alarde de su cansada hidalguía.

Fuera de eso, Rosalba no se diferenciaba de sus compañeras sino por su desmedrado cuerpecito, su carita pálida y enjuta, en la que la boca figuraba abierta herida de verduguillo —tal era de diminuta— por sus ojillos grises, tirando a cenicientos, y su cabello de oro claro, ahora tonso por causa de enfermedad que la obligaba a traer la cabeza envuelta en un mascate de seda.

A esta circunstancia debíase el mote de “la Pelona” con que la apodaban sus condiscípulas, que así creían herirla y castigarla en su vanidad. Alguna vez Rosalba lloraba de despecho al verse tratada de modo semejante, acudiendo luego a consolarla su innata altivez.

CAPÍTULO IV

LA VIEJA CUNDUACÁN

La consagración de los buenos sacerdotes a las cosas de la Iglesia, su empeño en dar pompa a las fiestas religiosas, hicieron de la vieja Cunduacán una especie de Villa Santa, a la que acudían los creyentes de diez leguas a la redonda, con desdén de su vernácula agiología, no se diga tratándose de la Santa Cruz y de la Virgen que lleva la advocación del pueblo, que a éstas no había competencia que se les atreviera, sino aun respecto de otros bienaventurados de menor fuste.

No había en todo Tabasco Semana Mayor de más brillo ni más conmovedora. Marcábase el miércoles por la procesión vespertina de los Siete Cristos, a la que concurrían uno por cada templo de los de la Parroquia, y al terminar cerrábase la iglesia y comenzaban las Tinieblas con acompañamiento de gemebundos salmos penitenciales; el jueves, solemnísimos Oficios en que la orquesta y cantores, ensayados por el Padre Reyes, echaban el resto. *Stabat Mater* el viernes, con Trenos de Jeremías, tan patéticamente entonados que metían grima y daban calofríos; el sábado, Gloria aturdidora, con desgañitarse de coros, rasgaduras de cuerdas y chillidos de estrangul, amén del repiqueteo general; tronido de cohetes, estallido de cámaras y jubiloso redoblar de tambores.

Luego venía la festividad de la Santa Cruz, que abría el mes de Mayo con la concurridísima feria a la que aflúa gente de todas partes: mercaderes de Chiapas, de Yucatán y hasta de Michoacán remoto. ¡Y aquél era Corpus! Valía la pena el estropeo del viaje para ir a admirarlo. En septiembre, la celebración de la Santí-

sima Patrona y el solemne *Te Deum* del 16, a cuyos regocijos se sucedía el tremebundo *Dies irae* del Día de Muertos, con sus imponentes *De profundis* y *Misereres*.

En pos de esas tristezas llegaban las alborozadoras Misas de Aguinaldo, en las que tenían permiso de hacerse oír todas las voces de la creación, imitadas con pitillos, pífanos, trompetillas de hoja de palmera, carrizos, cañones de pluma, cuernos y caracoles; desde el trino del jilguero hasta el clarineo del gallo; del balido de la oveja al mugido del buey y el bramido de la fiera. Y cátese que van omitidas las fiestas intercalares de los cuatro barrios en que la Villa está dividida, a todas las que atendían los solícitos Padres, cuidando de dar a cada una un atractivo particular.

De todo esto sólo queda la memoria. Ya hace muchos años hundiólo en el abismo del perecimiento la Reforma, que en odio a los abusos ha venido cambiando la genial fisonomía de la sociedad mexicana, tal cual saliera de manos del régimen colonial. Quien dijo progreso dijo cataclismo, y la civilización tiene sus brutalidades, como las tiene la tempestad que, a trueque de sanear el aire, goza del derecho de derribar las elevadas torres y de hender las añosas encinas.

¿Y qué tiene que ver todo esto con los protagonistas de esta certísima historia? Si que viene a cuento, como que en ese medio respiraron y se movieron en híbrida comunión Antón Pérez, el hijo de clase humildísima, y Rosalba, vástago de altiva prosapia.

El muchacho se hacía cada vez más digno de la estimación de sus maestros, por el afán con que se aplicaba al estudio, no sólo de lo que se le enseñaba, sino de todo género de conocimientos del saber, dejando no pocas veces aturridos a los Padres con las preguntas y cuestiones que les solía proponer.

Como mies en espiga sembrada en tierra fértil, así se iba cuajando el grano en la inteligencia de Antón, y pronto supo cuanto de aritmética había en los libros del Padre Reyes, así como alcanzó a iniciarse en la geometría. En cuanto a la lengua madre, era el caso

de no poderse incurrir en su presencia en un solecismo sin que al punto lo corrigiera o lo condenara con disimulada sonrisilla, según la calidad del que cometía el ultraje gramatical. Del latín conocía lo bastante para verter al castellano toda la misa, del *Introibo* al *Plenum gratiae et veritatis* de San Juan.

Dotado de un timbre de voz purísimo, quiso el Padre Reyes incorporarlo a su grupo de cantantes, contra el cual propósito se rebeló alegando que no tenía oído, y cuando se le quiso poner a prueba, adrede se desentonaba, con lo que dejó justificada su insuficiencia. Y no era que no le agradara el canto, de mil amores se habría dedicado a él, mas un retraente decisivo se lo impedía. Rosalba tomaba parte y muy principal en los ejercicios de solfeo, y había advertido Antón que cuando iba por alguna diligencia del departamento de los Padres a la escuela de doña Ana, "la Pelona" clavaba en él los ojos, y las otras muchachas escondían una risa burlesca detrás de la tela de costura o de bordado que traían entre manos. A tal grado se había hecho notoria la afición de Rosalba al guapito Antón, que cada vez que la chica, al tornar a su casa y pasar por la escuela de varones, estiraba cuanto podía el cuellito flaco y macilento para ver de percibir al imán de sus atracciones, allí estaban alerta los endiablados compañeritos para gritar:

—¡Antón! ¡Antón! ¡ahí te busca tu *Pelona*!

Y esto maldita la gracia que hacía al muchacho, a quien tales bromas le enojaban y le encarminaban las mejillas. He aquí el verdadero motivo por el que se había excusado de asistir a las escoletas de canturía.

En tal manera se había penetrado el Cura de las privilegiadas dotes intelectuales de Antón, que habría creído defraudarlas de no proveer, en la medida de su posibilidad, a un cultivo más fructuoso que el que podían alcanzar en el pobre medio en que se venían manifestando. Bien merecían y aun reclamaban cultura científica; era lástima que se malograran, que el chico prometía ser, ya en la Iglesia, adalid formidable de la sana doctrina y luminoso guía de las conciencias; en el

Foro, eminente juriconsulto y sacerdote de la justicia; si en la medicina, instrumento de la Providencia para el bien de la humanidad doliente. Todos estos merecimientos del muchacho los acrecía el cariño que por él experimentaba.

Fijo en estas ideas y contando con las buenas relaciones de que disfrutaba cerca de la Sede Episcopal, se propuso tomarlas muy en serio y encaminarlas a su realización, por lo que, queriendo ante todo contar con la aquiescencia de Pedro Pérez, que por lo que al chico tocaba sabía anticipadamente el regocijo con que acogería el propósito, díjole una tarde:

—Antoncito, harías bien en decir al señor tu padre que desco platicar mañana con él.

—Con mucho gusto, señor ¿a qué hora ha de venir?

—A la hora que pueda. El es hombre ocupado. Dile que al medio día. ¿Estás?

—Sí, señor.

A la hora señalada estaba allí Pedro Pérez a saber qué se ofrecía al Señor Cura. Recibiólo con afectuosa sonrisa, hizole tomar asiento y, sin preámbulos, se fue al grano.

—Señor Pérez, hay qué acabalar a Antoncito. Aquí ya va sabiendo todo lo que se le puede enseñar.

—¡Ah! señor Cura, no puede usted figurarse el grandísimo agradecimiento mío y de toda mi familia por lo que usted, señor Cura, y el señor Padre Reyes hacen por mi pobre Antoncito.

—Todo lo merece el muchacho, señor Pérez; y porque todo lo merece me creo obligado a lo que quiero proponerle. Es una lástima que se malogre su privilegiada inteligencia. Bien merece aplicarle a alguna ciencia especial; pero ni aquí, ni en el Estado podría lograrse esto. Habría qué mandarlo a Mérida.

Pedro Pérez puso una cara en que se pintaban al mismo tiempo el anhelo y la aflicción.

—Bien sé —continuó el benévolo sacerdote— que no cuenta usted con recursos para tamaño intento; no se aflija usted por ello: ¡ojalá y yo los tuviera! Entonces

sería cosa hecha; pero tengo valeres que podrán servirnos. Para eso, mis amigos de allá. No faltan capellanías laicales. Trataré de conseguir una para Antoncito; sólo que necesitaba yo del consentimiento de usted.

—¡Ah, señor Cura! Es el colmo del bien. Ya sabe usted que tengo confiada a usted y al señor Padre Reyes la suerte de mi muchacho. Ni yo ni él tendremos con qué pagar a ustedes tanto beneficio.

—Entonces el asunto queda de mi cuenta. Váyase tranquilo.

Besó la mano del Cura el agradecido Pedro Pérez y se marchó llevando el alma tamaña como el mundo, de contento, y cuando a la noche transmitió a su hijo el proyecto del noble protector, fue tal la embriaguez de dicha de que el mozuelo se sintió poseído, que se olvidó de quién era, llevándolo la fantasía a las regiones del ensueño.

El buen Cura no perdió su tiempo: dirigióse a sus mejores influencias de Mérida y a poco obtuvo respuesta alentadora. Justamente vacaba una beca de gracia en aquel Seminario y ya se iniciaban gestiones en favor de Antoncito. Apresuróse el Cura a enviar la documentación para el caso requerida, pasaron algunos meses, nuevas y más halagüeñas noticias se recibieron, y cuando ya se tenía por seguro el beneficio solicitado, una carta del Secretario de la Mitra vino a echar por tierra toda esperanza. Se había trabajado para otro: ese otro fuélo un protegido del Gobernador a quien se otorgó la gracia al último momento.

Antoncito quedaba condenado a no salir de su pueblo y a correr la suerte reservada a los de su clase y condición.

El tiempo corría, el muchacho se hacía hombre, el desaliento iba carcomiendo sus acariciadas ilusiones, y si seguía frecuentando el trato y la doctrina de los Padres era más por gratitud y costumbre, que por acrecer el caudal de sus conocimientos, que ya muy poco que no fuera la experiencia de los años y la constante práctica

del bien en que era inagotable la enseñanza de los dos sacerdotes, podía aprovechar de ellos.

Hay males precursores del mal: el mayor sobrevino a Antón con la muerte de su amoroso padre, víctima de la fiebre pútrida, endémica en aquel su pueblo.

Los Padres tributaron a Pedro Pérez los últimos honores, como si de persona principal se tratara, que a ello les obligaba el paternal afecto que a Antón tenían. Y en cuanto a éste, sin más bienes de fortuna que la humilde casita que habitaba la familia, se encontró de la noche a la mañana con la carga de las dos excelentes tías, las señoras Toribia y Anselma, ya bien entradas en años, a cuyo sostenimiento tenía de fuerza qué subvenir, deber que no era de fuerza sino de pleno grado y buena voluntad, sintióse llamado a cumplir.

Hubo, pues, de despedirse de sus maestros y protectores, que lloraron su separación como si algo de su propio ser se les arrancara del cuerpo, y se echó a buscar lucrativa ocupación.

Hallóla, desde la primera insinuación, en la tienda del honrado vizcaíno don Ascencio Ajagan, que él, que ya era viejo, manejaba sin más ayuda que la de don José, más viejo aún, a quien todo el mundo designaba con el sobrenombre de "Pecho Negro", por la costumbre que tenía de llevar siempre encima un chaleco generalmente desabotonado, de perpetuán negro.

Allí entró a manejar el único libro de contabilidad que el buen mercader llevaba y la escasa correspondencia que mantenía, trabajo que podía desempeñar de día o de noche, indistintamente. Luego, el Maestro de escuela lo tomó de auxiliar para que enseñara aritmética y sucesivamente el Tesorero Municipal y el Receptor de Rentas lo utilizaron para que cada fin de mes les arreglara los cortes de caja. Por supuesto que todas estas retribuciones sumadas no constituían una ganga, ni mucho menos; pero daban lo suficiente para satisfacer las modestísimas necesidades de las dos viejas tías y del muchacho.

¡Cuán aprisa va el tiempo! Los dos grupos de chieuelos de ambos sexos de que fueran núcleos doña Ana de un lado, y el Cura y el Padre Reyes del otro, habíanse ido dispersando al soplo del destino. Alguna que otra muchacha se había casado, y aun no faltaba quien ostentara ya sobre las sienes la corona de la maternidad.

Rosalba había sido enviada a Villahermosa a recibir una educación más adecuada a su categoría; los Padres mismos, por translación del Cura Fuentes a otra feligresía, habían dicho adiós a la villa, que desolada vio alejarse de su seno a los ejemplares sacerdotes que tan alto levantarán el culto católico y tanto bien derramarán en todas las clases de aquella sociedad. Para Antón, tal despedida significó la condena al abandono más absoluto. Su suerte y porvenir quedaban desde aquel luctuoso día encomendados a su puro esfuerzo.

Y el tiempo siguió corriendo inexorable, sazonando las cosas tiernas y envejeciendo y caducando las ya sazonadas. Y Antón se virilizaba e iba iniciándose en las duras enseñanzas de la vida real.

CAPÍTULO V

FOGUEO

La reacción sonreía triunfante. La conspiración tan mañosamente urdida por ella, ayudada por la codicia de un magnate de incontrastable influencia, había hallado favor en el cerebro del Soñador de las Tullerías. La intervención armada en la política interior de México, aunque condenada en principio por la frágil cláusula del tratado mismo intervencionista, aprestaba las naves de la Tríptica que vientos propicios habían de empujar bien pronto hacia las playas de la maltrecha República.

Para nadie, sólo para la buena fe de la diplomacia, era un secreto que una de las aliadas no traía otro propósito que el de implantar un gobierno exótico, sostenido por sus ejércitos, el cual iba irrisoriamente a apellidar el título de mexicanos. Las otras dos, a manera de cómplices inconscientes, no traían otro programa que el de sacar para sí las mayores ventajas de su colaboración, toda inspirada en sentimientos humanitarios, en la más pura caridad cristiana, el mayor y más acendrado cariño a la desventurada República Mexicana.

Napoleón acariciaba gozoso la realización del pensamiento más grande de su reinado; desajonizar la América. Eugenia elevaba su acción de gracias al Dios de la Iglesia Universal por el nuevo triunfo que la deparaba, y Morny, el codicioso del dinero para el goce, y Jecker, el codicioso del dinero para el deleite de poseerlo, se miraban sonrientes y se estreaban las manos regocijados al contemplar cómo la fortuna cargada de sus dones se adelantaba hacia ellos, en tanto que el Vicario de Dios bendecía desde las alturas del Vaticano el asesinato de la independencia de México. Jamás

alea más hábil y discreta había rodeado sobre el tapete incoloro de la banca internacional. Aquello era la obra de dos extraordinarios.

La joven República, exangüe hasta la agonía, empobrecida hasta la miseria, no iba a poder resistir. Era irremisiblemente una condena a morir, y para que muriera, sólo faltaba que exhalara el espíritu. Y era Juárez el espíritu: es decir, la carne hecha bronce, la idea hecha tenacidad, el deber, Titán o Israel, pronto a luchar contra Júpiter o contra Jehová. Tener por adversario a la Omnipotencia, ¡que duelo más incitador para aquel espíritu condensación de ideales!

La salvación del país que iba a ser agredido dependía de sí mismo. En aquel supremo instante carecía de aliados, y si tenía amigos, ninguna ayuda podían ofrecerle. Aislado en la tierra, nada esperaba de lo alto. No era persona grata a la Corte celestial, y no tenía derecho a esperar que legiones de arcángeles descendieran a combatir por su causa. Y Juárez no fió en el cielo: proveyó a armar a su pueblo en la medida de una posibilidad entonces escasa y angustiosa, cuidando de acrecerla y fortificarla por el avivamiento del patriotismo en las conciencias. El pueblo fue llamado a las armas, y al responder al llamamiento, la República se vio convertida de la una a la otra frontera en inmenso campamento.

Tabasco no fue excepción: que allí el patriotismo es sentimiento orgánico, tan vivo e intenso como el sol que caldea sus llanuras. El Gobernador, acatando las providencias emanadas del centro, encomendó a los ciudadanos de popularidad más reconocida la organización y disciplina de la Guardia Nacional. Cupo la Chontalpa al liberal sin tacha Pedro Méndez, quien con el fervor del entusiasmo procedió a desempeñar su misión en los pueblos a él subordinados, fijando el Cuartel General en Cunduacán.

Convocados los vecinos para alistarse y nombrar sus oficiales, por unánime aclamación fue electo teniente Antón Pérez, y hétenos al chico campeando ya de soldado, oficio para el cual maldita la vocación que hasta

allí sintiera. No hizo gracia a las tías la popularidad del sobrino, que no entendían palabra en achaques de patriotismo, consolándose con la idea de que aquel alistamiento se quedaría allí, sin pasar a mayores.

En cuanto a Antón, en manera alguna extraño al sentimiento nacional y a los deberes que impone, vio aquello como cosa seria y digna, e hizo el propósito de cumplir con amor las obligaciones que su nuevo carácter le señalaba, y aun llegó a experimentar satisfacción íntima lisonjeado con la idea de que aquello podía llegar a serle favorable en sus amorosas aspiraciones.

La encantadora Rosalba iba convirtiéndose para él en un culto permanente, y cuando lograba verla, cada domingo al salir de misa, parecía que el mundo era paraíso de ventura y la vida el dón más precioso otorgado por el cielo. Hasta ahí nada que lo desalentara, pues para colmo se había ganado el cariño y la confianza del Coronel Méndez, de quien recibía el trato más halagador; mas poco a poco su ceguera de enamorado tuvo lucideces aterradoras. Pudo observar que sus asiduidades no eran gratas a Rosalba, en cuyos desvíos él vislumbraba señales de menosprecio; otro habría podido percibir en ellos inequívocas manifestaciones de repugnancia.

Entretanto, los acontecimientos del orden político se sucedían con enfermiza rapidez. La causa de la República, considerada perdida por los hombres más sedudos, parecía frustrar las previsiones pesimistas. En las conferencias de la Soledad, Doblado obtenía espléndido triunfo diplomático alcanzando de los Comisarios de la Tripartita el reconocimiento del Gobierno que venían a derrocar.

El generoso Prim, Lenox el noble, declaraban de modo solemne y abierto sus simpatías por México y los liberales, y se creía que pronto iba a llegarse a una cordial inteligencia de detalles que traería la solución de las tremendas dificultades que la reacción había suscitado. Aun no se descubrían de modo claro las aviesas y des-

mesuradas intenciones del César francés, que para todo evento, la previsión de Doblado había sabido desautorizar.

Si osaba, osaría aislado; si rompía los pactos, habría de tener qué optar entre las contrariedades de una campaña en la zona mortífera de las costas del Atlántico, o el oprobio. No; no había de sacrificar sus propósitos de colosal megalómano, ni había de perdonar las ventajas que la generosidad y la confianza en la fe jurada teníanle concedidas. Rompió los pactos, aceptó el aislamiento, que así él sólo reivindicaría la gloria de la empresa, y, fiado en la consagración del éxito, no vaciló en quebrantar la palabra empeñada, y se precipitó a la lucha con el estigma de la deshonra en la frente, arrojando las protestas de indignación del caballeroso héroe de los Castillejos y del mundo civilizado.

Y las huestes francesas, sobre cuyas bayonetas flameaba el negro pendón de la ignominia, avanzaron, embriagadas de regocijo, a recoger el botín de su felonía. La fe flamígera de Zaragoza las esperaba en Puebla, y allí detenidas, fueron obligadas a volver la espalda, no avergonzadas, que ya no traían vergüenza qué perder, sí convencidas de la entereza del pueblo que venían a sojuzgar.

La fausta, la portentosa nueva cundió con estremecimientos de júbilo por toda la haz de la tierra mexicana, y no hubo un rincón de ella en que no fuera estrepitosamente celebrada. La joven, la extenuada, la combatida República, se erguía gozosa y vencedora en el Continente de Colón contra la armígera omnipotencia del primer ejército del mundo, como la palma de sus costas, que un momento abatida al incontrastable ímpetu del ciclón, se alza majestuosa sacudiendo con orgullo su penacho de victorias. La libertad y la democracia de los nuevos pueblos latinos recibían en la frente de México la confirmación en su fe por la unción de sangre que afirma las virilidades y hace propicios los destinos humanos.

El suceso traía el corazón de Antón hecho hoguera de entusiasmo, y se soñaba predestinado a salir de aquella guerra un héroe legendario. Expansivo y verboso, placiase en relatar, con el vivo colorido que le prestaba su imaginación, los detalles de la victoria del 5 de Mayo, y osaba aventurarse en las incógnitas del porvenir, pronosticando el triunfo definitivo de la causa nacional.

En la esquina frontera a la iglesia del Santuario existía una pequeña tienda, protegida contra los rigores del sol que allí daba de lleno, por un cobertizo, bajo del cual tertuliaban en los días de asueto y en las noches de luna hasta las personas más conspicuas del lugar, que a falta de otra ocupación más honesta, se entretenían en la cristiana tarea de desollar en vivo al infeliz prójimo.

El numen de Pasquino imperaba ahí sin contradicción, a veces tan inspirado, que usurpando extraños fuegos, atreviase a penetrar en los dominios de la calumnia. Aquel era el temido flagelatorio de todas las carnes enfermas o sanas. Al que no se le sabía algo malo, se le inventaba, con lo cual no hay para qué decir que allí se sabía todo y de todo se hablaba.

Punto de obligado tránsito para los que salían del templo, todos lo franqueaban temblando, sobre todo las mujeres, privadas del derecho de hacer parte del corro; que por lo que toca a los hombres, con detenerse y mezclarse en él y ser el último en despedirse del amo de la tienda, ya quedaba asegurado de no ser blanco de murmuraciones.

El tema de actualidad que alimentaba las pláticas era la guerra; cada quien comentando a su modo los sucesos, siempre motejando los actos del Gobierno. Allí, antes que en parte alguna, se había hablado muy desfavorablemente del llamamiento de la Guardia Nacional, asegurando que sólo iba a servir de embarazo y de pretexto para extorsionar a la gente trabajadora con odiosas gabelas.

¡Qué soldados podían ser aquellos para detener el avance de los invencibles franceses! Si el intento no era temeridad, había qué tomarlo por irritante burla. Y ¡qué oficiales! El Antón Pérez que acababa de salir de la escuela, vanidocito, sí, y atolondradito, como que estaba osando poner los ojos en Rosalba del Riego. Con eso bastaba para ver que era un mentecato. Los demás, no cortados por mejor patrón.

Un domingo de tantos, Antón salía de la iglesia, triste y sombrío; se había chasqueado; Rosalba no había asistido a misa. La cabeza sobre el pecho y las manos en las bolsas del pantalón, iba marchando maquinalmente, cuando una voz de las del consabido corrillo vino a sacarlo de su ensimismamiento.

—¡Hola, Antoncito! ¿Por qué vas tan triste?

Chocóle tan indiscreta pregunta; mas conociendo los malos hábitos de la gente que en aquel lugar se reunía, no quiso arrostrarlos; mintió una sonrisa de complacencia, y con el ánimo de evitar que se ejercitase sobre su persona la malignidad habitual, fué derechamente al grupo, diciendo:

—Pues venía yo pensando que muy pronto las tendremos con nosotros. Ya los franceses vienen a comernos vivos.

—¡Cómo! —exclamaron a una varias voces, con no disimulada aprehensión.

—Tal como lo digo. Quizás dentro de una semana tendremos la fiesta en casa.

—Y ¿cómo sabes eso?

—Como que soy el secretario del Coronel. ¿Qué, lo ignoraban?

—Bueno —interrogó uno tantos.— ¿Y qué se piensa hacer?

—Pues lo que hacen los soldados en la guerra, batirse.

Cambiáronse algunos una mirada que bien podía traducirse de burla o de sorpresa, y alguien disparó esta pregunta, que llevaba ribetes de injuriosa:

—¿Pero qué, de veras piensas, Antón, que pueden ustedes batirse contra los franceses?

Antón asumió una actitud de indignación, brilláronle los ojos y con tono perentorio y resuelto, repuso:

—¿Pues qué se imagina usted don Antonio, que seamos una bandada de codornices? ¿Que somos menos hombres que ellos? Pues no faltaba más...

—No te enojés; si lo que yo quiero decir es que a nuestra tropa le falta disciplina, que no está fogueada...

—Ninguna tropa está fogueada antes de ir a la guerra, don Antonio. Bisoños como nosotros, eran los valientes del 5 de Mayo, y ya vio usted cómo hicieron morder el polvo a los Zuavos y a los Cazadores de Vincennes. Lo que hay que tener es vergüenza, pundonor, don Antonio, y eso —concluyó relampagunándole los ojos y llevándose la mano al corazón— eso, don Antonio, sobra aquí.

—¡Ah! Si todos fueran como tú...

—Como yo son todos, y los que acaso no lo fueren, seguirán el ejemplo. El soldado hace al soldado, y adiós, señores —terminó secamente, no ocultando su enojo.

Y dicho así, se marchó a paso medurado.

—Bravo es el muchacho —observó uno de los contertulios.

Y agregó otro:

—Y hará carrera.

CAPÍTULO VI

EL CORAZÓN NO RAZONA

El acontecimiento del día era el retorno de Rosalba del Riego a su pueblo natal, tras de cuatro años de continuada ausencia. Alguien que la había entrevisto al bajar de su caballo, aseguraba que nadie la conocería según venía de cambiada.

Ya no era aquella muchachilla desgarbada y enjuta, de palmito vergonzante y como mendigo de benevolencia; ahora se había transfigurado real moza, si las hubo, capaz de dar celos al lucero del alba. Y aquella gallardía y aquel regio continente con que se erguía sobre la silla. ¡Si para pedir ojos al cielo y no dejar de admirarla!

Con aquello, la curiosidad de verla hormigueaba en todas las voluntades, y ya no se diga de las amigas, las simples conocidas no enfrenaron su impaciencia, y allá se fueron a visitarla. ¿Venía realmente bella? Calláronlo amigas y conocidas, y cuando se veían obligadas a contestar sobre el caso, hacían una ligera mueca difícilmente traducible sin el complemento de la frase que la acompañaba.

—¿Bonita?... pues sí, pero hay ponderación.

Próxima estaba la fiesta del Corpus, día en que todo bicho viviente por canon inquebrantable estaba en la obligación de ventear cuanto de mejorcito guardaba en la gaveta del armario o en el fondo del cofre. Y llegó la gran solemnidad.

Alrededor de la iglesia del Santuario, entonces con honores de la principal, mientras se concluía la interminable Parroquia, estaba ya lista la enramada de palmas por donde habría de discurrir la procesión, con sus

cuatro vistosos altares en las respectivas esquinas y cargados los atravesados rollizos de cuanto flora y fauna producen en la tierra.

Era tal la aglomeración de gente, que rebosando de la iglesia formaba apretadas colas en la puerta mayor y en las laterales hacia el atrio.

Las cuatro campanas, que colgaban de la graciosa espadaña, anunciaron con repique aturdidor que la procesión partía. Un negrazo, ya bastante cano y ligeramente encorvado, con lo que denunciaba el grueso haz de años que llevaba sobre los hombros, procedía agitando una vibrante nola y tratando de ordenar el desfile de la confusa multitud.

Venía luego el Presidente del Ayuntamiento, llevando el guión de terciopelo guinda orlado en su borde inferior de campanillas de plata, cuyo era el mástil; a corta distancia, el Jefe Político con el desplegado estandarte galoneado de oro; y bajo el palio, llevado por los Regidores o Ediles, el Cura, de capa pluvial, llevando al Custodia.

Entonaban el *Pange lingua* tres voces mal concertadas: chillona la del muchacho que hacía de tenor, nasal la del barítono, y bronca de becerro la del bajo, con acompañamiento de dos mal rascados violines; un clarinete cuyas notas agudas despedazaban el tímpano, y un violín que roncaba como enjambre de moscones. ¡Cómo se echaba de menos al Cura Fuentes y a su vicario el Padre Reyes! Aquellos eran artistas.

Si este recuerdo vino a todos, a nadie con más intensidad y ternura que a dos de los que a la procesión asistían: Rosalba del Riego, la una. Antón Pérez, el otro. Aquélla, rememoraba las cariñosas reconvenções del Padre Reyes dado en cuerpo y alma al ensayo de los himnos religiosos para la inmediata fiesta, en que ella tomaba parte de soprano ligera, ora orquestando como empeñoso compositor, ora consonando las voces y corrigiendo desafinaduras; éste, poseído de la emoción de su agradecimiento inextinguible por quienes con tanta solicitud de tanto bien le colmaran.

Rosalba iba mal allí. Iba distrayendo la devoción de los fieles embargados por su extraordinaria belleza, que bella era a no decir más. Sus condiscípulas se decían con un asombro en que vibraba la envidia: “¡si parece mentira que esta sea la Pelona!”.

En su desarrollo, había adquirido una talla más que mediana. Los bordes de la mantilla negra hacían resaltar las bandas de cabello castaño claro que le caían a uno y otro lado de las sienes. Blanca la tez, con un ligero tinte anaranjado; el óvalo perfecto, la frente breve y en arco como el de los modelos griegos. Aquellos sus ojos grises eran ahora de color de acero bruñido y parecían dormitar con vaga somnolencia bajo las alas de las sedosas, largas y dobladas pestañas; las cejas finas y bien separadas, se abrían en arcos escarzanos, y cual si quisieran huir de la curvatura; la nariz recta y delgada caíale perpendicularmente sobre la foseta del labio superior; la boca se le había agrandado, y el labio inferior héchose un tanto pulposo, a modo de sección de pétalo de rosa; y cierto levantamiento de la comisura izquierda, imprimíale una como sonrisilla despectiva.

Para que aquel rostro fuera de belleza irreprochable, habríase deseado que la barba hubiera sido algo más carnosa y más redondeada. La admirable cabeza se erguía sobre un cuello mórbido y fino, y para compararla con la de un querubín de Murillo, sólo se echaba de menos cierto tinte de misticismo.

Vióla Antón y se quedó absorto y aielado. ¿Aquella era Rosalba? ¿Era aquélla la muchacha prendada de él y a quien se había esquivado y de cuya inclinación aun se había avergonzado? Parecíale imposible y, sin embargo, ella misma era; de despreciable gusano, ahora transfigurada en hechicera mariposa.

Mientras a Antón y a tantos más faltaban ojos con qué embelesarse en la divina Rosalba, a la tía de ésta, doña Socorro Castrejón de Castilla, que la iba acompañando, faltábale para devorar al muchacho Antón Pérez, tal así lo encontraba seductor. Y con efecto, guapo estaba el chico.

Cumplía veintiún años. Alto y flexible, sus movimientos estaban dotados de gracia viril. La morena tez, encendida por la temperatura de treinta y cinco centígrados, emitía reflejos cobrizos, que le comunicaban viva animación; los ojos negros y ligeramente velados por los párpados, como si experimentaran alguna fatiga, daban a su mirada una languidez dulce y apasionada; el tenue bigotito que sombreaba el labio superior servía para hacer resaltar la húmeda grana de su boca.

Al desarrollarse, nada había cambiado del adolescente que ya conocíamos. Antón Pérez se había hecho hombre sin detrimento alguno, antes aumentado su nativo bien parecer por el completo desenvolvimiento de su físico, en que radiaba la luz simpática de una inteligencia superior.

Doña Socorro Castrejón de Castilla, rayana en los cuarenta, llevaba impreso en toda su figura el sello del otro sexo. Su genio dominante acedado por su condición de machorra, había alejado de ella, no se sabía a dónde, al marido, oficial superior del antiguo ejército, con el que, fuera de la devoción al régimen colonial, nada tenía de común.

Respetada de todos, no tan sólo por su origen aristocrático, que más que todo por sus hábitos varoniles, que llegaba hasta a gastar bota fuerte y revólver al cinto cuando viajaba, estaba engreída con el acatamiento que de su persona había sabido imponer.

De la fortuna de la familia, que fuera crecida y con buena tropa de esclavos, quedaban los despojos, consistentes en la casa solariega y en La Ermita, propiedad rústica cacaotera, ya no muy boyante a causa del envejecimiento de la arboleda, mal repuesta y no mejor atendida.

Tal era la mujer a quien tan vivamente había impresionado la figura de Antón.

En cuanto a éste, un ojo conocedor habría descubierto a la mañana siguiente, al ver el desorden de su modesto lecho, que había dormido mal. Pues sí que había pasado una noche agitada, casi calenturienta,

fija en el magín la seductora imagen de Rosalba del Riego.

El filtro de Circe discurría ya por las juveniles venas del muchacho, que con serlo, acrecían la intensidad del veneno. Desde aquella pesada noche ya no hubo tranquilidad para él, ni tuvo ya más idea que la de alcanzar la posesión de Rosalba, ni más regocijo que el de absorberse en la contemplación de la que le abría un período indefinido de torturas, que no por serlo carecían de inexplicable encanto.

Rosalba se sintió objeto de los halagos más envanecedores. No hubo cabeza de familia que no deseara tributarle homenaje de afecto, al punto que el mismísimo don Jaime Calvario, jefe de la casa que mayores puntos calzara en la villa, se empeñara en festejar a la hechicera muchacha.

Aparte de las naturales gracias que el cielo había prodigado en aquella su criatura, otras tenía adquiridas, y de hacerlas lucir trató el inofensivo admirador de ellas, don Jaime que, en su condición de hombre casado y de edad provecta, sólo procedía a impulsos de su nativo entusiasmo por lo bello.

La flor y nata de la villa fue convidada a la fiesta, sin que haya para qué consignar que doña Socorro, por obligado miramiento a su alcurnia y por su calidad de tía de Rosalba, figuraba entre el escogido número; como no hay para qué agregar que no contaba en él el humildísimo Antón.

Sabíase que la festejada era diestra en el tañer de la vihuela, único instrumento de música que por entonces fuera dado cultivar a las tabasqueñas; que en cuanto a piano, los que en la capital había, podían contarse con una sola pasada de los dedos de la mano, y eso, tenidos por las familias de más enjundia como lujosa prenda de adorno, que no como objeto de arte práctico.

La gente no invitada a la fiesta bullía bajo la portalería de la casa, y allí Antón, que no perdonaba coyuntura de embelesarse en la contemplación de Rosalba. Acertó a descubrirlo doña Socorro, siempre avizora por

el mancebo, cuchicheó al oído de don Jaime, y éste salió en seguida a introducirlo, para lo cual tuvo que asirlo de un brazo, pues el joven se excusaba y resistía a entrar.

Todo encogido y emocionado, como quien se encuentra fuera de su centro, se escurrió y se fue a sentar en un rincón, no sin que antes recibiera la caricia de una mirada prolongada y sonriente de su protectora.

Don Jaime en persona tomó de sobre una mesa una guitarra y fue a colocarla en manos de Rosalba, rogándole, con los más expresivos encomios y empeños, les hiciera la gracia de tañerla. No se hizo ella de rogar: la registró, la afinó, y con la seguridad que inspira la conciencia del saber, se puso a ejecutar *La plegaria de una Virgen*.

La tierna melodía iba brotando de sus dedos en vibraciones de cristal con matices del sentimiento más puro y hondo, que los oídos recogían avaros, mecidos en el éxtasis por aquella armonía jamás escuchada, y aun hubo ojos que tradujeran en lágrimas el dulce embargo de los sentidos.

Un suave rumorcillo de voces formado por estas exclamaciones ¡Bien! ¡Divino! ¡Precioso! siguió a la ejecución de la pieza, y antes de que Rosalba cambiara de actitud, ahí de doña Socorro que, acercándosele, echándole un brazo sobre los hombros, y dando a sus palabras la inflexión más melosa que podía comunicarles, la dijo:

—¡Muy bien! ¡Divinísimo, linda mía! Ahora es necesario que te oigamos, que celebremos una nueva gracia tuya. Punteas la guitarra a maravilla, pero cantas mejor, cantas como un pájaro enamorado. Vaya, cántanos algo, lo que quieras, que cantado por ti hasta la *Tapatía* va a sabernos a turrón.

Todos apoyaron:

—¡Sí! ¡Sí! ¡que cante!

Y Rosalba, sin hacer melindres, con la misma llaneza con que se había prestado a tocar, se dispuso al canto. Recogiéndose un punto, alzó ligeramente los ojos en

actitud de recordar; de nuevo recorrió las cuerdas, las afinó, asentó la vihuela sobre las piernas de modo que el tórax le quedara más libre, ensayó un registro en *sol* bemol, y con voz de áureo timbre cantó así:

¡ Oh encanto poderoso
que encadenada llevas
el alma, y los sentidos
suspendes y enajenas!

Sin ti me son las horas
siglos de amarga pena,
y a tu lado los días
instantes son que vuelan.

Oh, tú, que hechizo tanto
en tu beldad encierras,
permite que en ti absorto
extático me embeba!

Tú que el secreto guardas
de mi ventura eterna,
del culto que te rindo
no esquives, no, la ofrenda.

Si no antes compasiva
acoge mis ternezas,
mientras tu dulce boca
mi amante boca sella
el pacto que temblando
mi alma y la tuya hicieran.

Vieja era la canción y de todos conocida, como que letra y música eran obra de un ingenio comburgués; mas había sonado al auditorio con gracia tan ingenua, con tal acento de apasionada ternura, con tan íntima expresión de sentimiento, que por nueva la tuvo, y como original le tributó aplauso estrepitoso.

No sabía doña Socorro todo el inmenso bien que estaba procurando a su protegido Antón. Para sí, lo había hecho introducir a aquel círculo en que el muchacho no cabía, y nada de él era para ella, todo absorbido y deslumbrado por el fulgor de Rosalba. Allá, desde su rinconcito había vibrado con las vibraciones de la vihuela pulsada por la que ya era dueña absoluta de todas sus potencias.

No había oído con el sentido, la música había resonado en las profundidades de su conciencia, de la cual las notas surgían como embriagadores hálitos de seducción. Y cuando Rosalba cantó el sencillo romance, aquello le pareció que no cabía en lo concebible; el suspiro cobraba vida y volaba, palpitaba el beso en la vibración de las cuerdas, corporizábase el sentimiento en las ondas sonoras, y todo venía a ser como revelación de un mundo no soñado hasta ahí.

Cuando Rosalba concluyó su canción, se levantó y fue a depositar la guitarra sobre el mueble de que había sido tomada, con aire tal de majestad que, aunque todos anhelaran seguirla oyendo, nadie se atrevió a formular su deseo.

En esto, de un grupo formado en la pieza hita a la sala de la reunión, surgió una voz, casi un grito, exclamando:

—¡ La Bamba! Ahora la Bamba, doña Socorro!

Y a una, damas y señores repitieron:

—¡ La Bamba, doña Socorro!

Ella, que no repugnaba aquella ocasión de lucir sus gracias, se puso de pie, y paseando, con rostro sonriente, una mirada por el concurso, como diciendo, estoy pronta, interrogó:

—¿ Sin música?

Al punto respondióle la pequeña orquesta preparada por don Jaime para amenizar la fiesta, rompiendo a tocar la danza consabida.

Doña Socorro no esperó más. Lanzóse en medio de la sala, y sobre el pavimento de bruñido mármol sus diminutos pies, ágiles como alas de golondrina, fueron des-

cribiendo complicadas figuras de loca geometría, en las que tomaba el cuerpo posturas y balanceos inverosímiles.

Quince y raya habría dado a la más diestra congüeña, si por émula la hubiera tomado en aquel baile africano, y en tanto que así bailaba, declaraban sus admiradores que en la vida había estado la dama más afortunada en la ejecución de su danza favorita, atribuyendo aquel su empeño en sobrepujarse, a la gran complacencia que le causaba el homenaje rendido a su incomparable sobrina.

Jadeante y sudorosa puso término al baile con una brusca parada en firme; bañó con una mirada de triunfo y satisfacción a Antón, que boquiabierto había ido siguiendo los vertiginosos giros de la danzante, y en medio de atronadores vivas y aplausos, se cobró garbosa a su asiento.

Advirtió en aquel momento que el muchacho se había puesto en pie, como en actitud de partir. Fuése a él directamente franca y casi descocada, y con su habitual voz de imperio y de rápida articulación, le dijo:

—Antoncito, no te vayas; se va a bailar, y he de bailar contigo.

—Señora —contestó el joven, todo encogido y turbado— no sé bailar bien... y no puedo quedarme más tiempo. Tengo que ir a mis ocupaciones.

—¿Y qué ocupación puedes tener a esta hora?

—Los libros del señor Ajagan, señora.

—Eso lo atenderás mañana.

—Es hombre muy ordenado. Si no fuera yo ahora, se disgustaría.

—Que se enoje ese viejo... ¿qué le hace?

—Es mi protector, y no debo enojarlo.

—¡Vaya, que sea! Andate con tu Ajagan, tonto. Y ¿qué te ha parecido esto?

—Como en la gloria. ¡Qué voz más celestial la de Rosalba!...

—Y ¿nada más?...

—¡Ah! sí. Antes no sabía yo que la guitarra tuviera tanta música.

Algo corrida se sintió doña Socorro al ver que el elogio que ella provocaba para sí, no parecía, y que la sobrina se lo llevaba solo. Se dominó, diciéndose para sus adentros: este chico está todavía muy tonto. Hay qué despabilarlo. Luego, en voz alta, le dijo:

—Bueno, pues que no quieres quedarte, sabe que me intereso por tu suerte. Te espero mañana en casa.

—Allá iré, señora —contestó Antón respetuosamente. Y deslizándose con timidez por entre los concurrentes, dirigió una furtiva mirada a Rosalba, y se marchó a sus ocupaciones en el humilde escritorio de la tienda de Ajagan.

Aquella noche no podía coordinar guarismos; sumas y restas le salían mal, se le enrevesaba todo, y siete por seis le daba cuarenta y ocho, y cinco no le cabía entre tres. Así andaba su cabeza hecha un torbellino.

No durmió bien. Ocupó la mañana en sus acostumbradas faenas, y al medio día, mecida el alma en vagas esperanzas lisonjeras, fue a cumplir la promesa hecha a doña Socorro.

Era esperado. Acogiólo la señora con las muestras más expresivas de cariño, y hécholo sentar, le habló así:

—Te llamo para tu bien. Eres pobre y quiero ayudarte. No me tengas vergüenza. Abrete con franqueza. ¿Cuáles son tus recursos para vivir? Mira que no te andes con puntillos.

Antón bajo los ojos, se puso a dar vueltas al sombrero entre sus manos, hasta que la señora tornó a animarlo.

—Anda, no seas corto. Habla, niño.

—Pues, señora —contestó el mancebo con acento premioso— no puedo decir ahora que esté mal, me gano ya mis veinticinco pesos al mes.

—¿Y quién te los paga?

—Quiénes, querrá usted decir —continuó Antón con alguna mayor franqueza— pues don Ascencio Ajagan me da diez pesos porque vaya yo un rato cada noche a

hacer los asientos de sus libros y despacharle una que otra carta; cinco me paga el Maestro Collado por la clase de aritmética que doy en la Escuela Pública; otros cinco el Receptor de Rentas, que apenas sabe firmar, porque le arregle yo sus cuentas cada fin de mes, y otros cinco más el Tesorero Municipal por hacerle cosa semejante.

—No está mal. Sólo que es una miseria lo que te pagan Collado y el Receptor.

—Tal vez el segundo sí; no el primero, que apenas tiene veinticinco de sueldo. Tanto como yo gano.

—Pues nada; le dices adiós al Maestro Collado y a Ajagan y al Receptor y al Tesorero Municipal, y te vienes conmigo. La Ermita está pésimamente atendida, los mayordomos se suceden, y todos me roban. Conque te vas a La Ermita de Administrador, con casa y mesa y caballos para tu uso, y criados que te sirvan; es decir, como amo, porque tú mandarás allí. Te correrán los mismos veinticinco pesos que ahora ganas para tus otras atenciones y, además, de las utilidades anuales un quince por ciento. Ya ves no es moco de pavo lo que te ofrezco.

—No, señora, antes es excesivo, lo reconozco, sólo que no puedo aceptar.

—¿Y por qué no? —repuso doña Socorro, vivamente contrariada.

—Porque no he de abandonar a mis buenas tías.

—Si no se trata de tal cosa. La Ermita está a tres leguas de aquí. ¡Un soplo! Te vienes los sábados en la tarde a estarte con ellas, te pasas el domingo, y el lunes a tus faenas. En último caso, si no se conforman, te las llevas a la finca.

—Ellas no están hechas a la vida del campo; pero, al fin, por mi bien, harían el sacrificio. Otro inconveniente hay, insuperable.

—¿Cuál?

—Que yo no entiendo nada de cosas rústicas, y el que gobierna ha de saber lo que manda. Yo no sabría por dónde empezar; aquello no tendría pies ni cabeza, y nada ganaría usted con su infeliz administrador.

—Eso que gane o no gane yo, no te importa; no es tu asunto. Que no sabes de campo, pues yo te enseño, y como no eres lerdó, en dos meses quedarás más ducho que el mismísimo San Isidro. ¿Cuándo quieres que nos vayamos?, anda.

—Pues señora, mucho lo siento. Creo que no he de ir. No me llama la agricultura. Los pocos estudios que tengo hechos, no van por ahí.

—¡Ah! tiras a letrado, a alto funcionario público... —replicó con marcado tono burlesco doña Socorro.

—No me haga burla, señora; bien sé que no sentaré plaza de General ni de Magistrado. Franqueza me pidió usted y con franqueza le manifiesto que tengo mis aspiracioncillas.

—Pero bueno ¿y eso qué obstáculo es? Mejor que mejor. Vas teniendo tu posicioncita, vas haciendo tus ahorritos, te vas poniendo en contacto con la gente de valer, y de La Ermita sales a ser Regidor o cosa mayor. Bien sabes que de las haciendas salen los Alcaldes y hasta los Jefes Políticos ¿quién quita?

—Es que, señora, hablándole en plata, el campo no me atrae ni pizca.

—¡Hum!... Tú no me dices la verdad; al menos me está ocultando algo... algo... que es la causa cierta de tu negativa.

Antón guardó silencio. La señora le urgió.

—¿Por qué no eres franco conmigo, que tanto te quiero?

—Es que... —balbuceó tímidamente.— La verdad es que ahora menos que nunca quiero apartarme de mi pueblo.

—Vamos, vamos, dilo todo —instó la dama, picada de curiosidad al vivo.— ¿A que tienes ya tu novia?

—¿Novia?... no; ya yo quisiera...

—Pues entonces ¿qué?

—Digo que no es mi novia... Tal vez...

—Acaba, hombre ¡Jesús! ¿Tal vez qué?...

—Que pudiera llegar a ser...

—¿Y quién es la muchacha? ¿La conozco?

—Y mucho.

Doña Socorro, mientras Antón callaba, se puso a pensar en el acertijo, y al cabo de unos instantes declaró:

—Pues no caigo, niño. A ver, dame alguna seña más clara.

—Es sangre de usted.

La señora repasó en el magín a quién pudiera Antón aludir, y no atinaba de luego qué persona de su sangre podía ser esa a quien se atrevía el oscuro y desvalido muchacho. De súbito, como un relámpago, vino el recuerdo de las palabras que había pronunciado cuando lo invitaba a que se quedara en la reunión; pero era la cosa tan descomunal, tan descabellada, que no osó descerrar el nombre, sino que por medio indirecto quiso asegurarse de que no iba despistada.

—¿Estuvo en la reunión de anoche? —preguntó.

Antón asintió con un movimiento de cabeza. La señora se quedó azorada; la cara se le alargó, se le redondearon los ojos, entreabriósele la boca, y exclamó:

—¡Rosalba!... Pero ¿estás loco?

Antón se sintió aturdido. Parecióle que el suelo le faltaba y que era levantado en vilo. ¡Conque estaba loco!...

Doña Socorro vio esta emoción del muchacho, algo semejante a la compasión movió su alma, y segura de que aquel delirio insensato se desvanecería, le dijo:

—¡Pobrecito! Ya te curarás. Conque ya sabes, cuando quieras aceptar lo que te he propuesto, aquí estoy. Piénsalo bien. Descó tu bien, y nada más.

Antón, todo corrido, apenas pudo murmurar un “gracias, señora”, se levantó medio tembloroso y se fue muy cabizbajo.

Doña Socorro se quedó pensando: “Habrás visto... pues... cuidado que el chico pica alto... Aspirar a Rosalba... ¡Tiene gracia! ¿Qué se ha figurado?... Decididamente está loco”.

En aquel punto desconocía la filosofía de que el corazón no razona.

CAPÍTULO VII

EL "REGALO"

El barrio de Cuculteupa bullía de animación, como que los vecinos se preparaban a celebrar a su Santo Patrón, el Apóstol San Pedro. En la casa de la fiesta, inmediata a la Iglesia, todo era alboroto y repiqueteo de *metates*, que no descansaban un punto en la tarea de moler el *pinol*, la masa para los tamales y el cacao destinado al *atolpurillo*.

Eran hasta veinte las mujeres que se empleaban en aquella faena, mas habría podido tomárselas por un concurso de locas: tal era la barbullá que traían.

En cuanto a los asuntos que campeaban en su desordenado habloteo y a los vocablos de que hacían uso, no eran, por cierto, para edificar a alma cristiana, y la honestidad menos ruborosa habríase sentido exhausta de sonrojos. Aquí una pulla, allá una alusión preñada de malicia, o ya un porvida calzonudo o una interjección malsonante proferida a todo gazzate. Vino a poner término a aquella baraúnda el estrepitoso ruido de una tamborada que, acompañada de agudos pitidos, iba acercándose.

¡El *Regalo!* ¡El *Regalo!* exclamaron algunas voces y todas se echaron fuera para ver llegar al numeroso cortejo que, precedido de media docena de tambores de varios tamaños y concertado sonido, y de tres pífanos de carrizo a diferente tono, se encaminaba en derechura de la iglesia.

Era el *Regalo* que por tradicional costumbre el barrio de Santiago Zimatlán ofrecía al Santo Patrono de los cuculteupas, que dos veces por año se correspondían, a ocasión de las fiestas de sus respectivos Santos

Patrones. Los santiagueños pagaban el tributo de amistosa cortesía el 28 de julio y el 7 de diciembre, vísperas de San Pedro y de la Inmaculada Concepción; pagábanlo por su parte los cuculteupas el 1° de febrero y 24 de julio, vísperas de la Candelaria y del Apóstol Santiago.

Esta tradición de recíproca reverencia a los Santos principales de los barrios, se remontaba a lejana data. Santiagueños y cuculteupas vivían a la greña desde la época en que la nueva Cunduacán vino a asentarse entre los dos pueblos de indígenas, la inquina de los cuales se acentuaba a tiempo de sus mayores fiestas religiosas que unos y otros se empeñaban en turbar para que quedaran desairadas.

Así vivieron por muchos años, hasta que un cura, poseído de espíritu apostólico, logró poner paz entre ambos pueblos, que andando el tiempo llegaron a quedar incorporados a la villa como sus barrios extremos, y ya nunca se alteró su amistad, renovada y fortalecida por el mutuo obsequio que en la forma que va dicha se ofrecían.

Algo de pagano y primitivo tenía el *Regalo*. Consistía en ofrendas de flores, frutos y pequeños animales, que colgando de unas hasta diez varas forradas de hojas resistentes, y lustrosas de una variedad de musádea, eran portadas en hombros, un conductor a cada extremidad.

Esta *enrama*, como la nombran los hijos de aquella tierra, marchaba precedida de la banda de tambores y pífanos, y al centro iba, grave y solemne, el primer Mayordomo del barrio, llevando el estandarte de su iglesia, el cual era de terciopelo guinda, galoneadas de plata las orillas y con remate de cruz del mismo metal.

Al acercarse el *Regalo* al templo, una comisión de mayordomos de ambos sexos, presididos por el de primer voto, salieron a la puerta de la iglesia a recibirlo. Para aquel acto, mayordomos y mayordomas habían sacado al sol sus mejores arreos. El porta-estandarte de Santiago, indio puro, vestía bragas de pana carmelita, ce-

ñidas con banda verde de estameña, camisa de listado con volantes en la pechera, sin calzas, cubierta la mollera con fino sombrero atasteco.

El primer mayordomo de Cuculteupa, un hermoso mestizo, si ya con buena carga de años, que no parecía fatigarle, tal era de erguido, vestía camisa blanca con pechera abullonada, botonadura de oro, sostenida con doble cadenita de eslabones, pantalones blancos, bien largos y holgados, tan largos, que sólo dejaban ver la punta de los zapatos de marroquín amarillo.

La mayordoma, tercera mujer de aquel maridazo, moza guapa, si las hubo, morena color de canela, de jeme tentador, gastaba camisa bordada de seda negra, cuya profunda escotadura hubiera permitido admirar el nacimiento de sus abultados senos, a no recatarle el pecho pañoleta de seda azul con fleco encarnado sobre el que caía prendida al cuello con doble vuelta, una cadena salomónica de oro puro, de la que pendía un gran relicario del propio metal; enormes aretes chinescos oscilaban colgados de los lóbulos hasta rozar los hombros; sobresalía por detrás de la cabeza una gran peineta de carey cachiruleada de oro, con tres rosetones de filigrana en que se engastaban, amarillento topacio el del centro, y ensangrentados granates los de cada un lado. Las faldas de muselina, con vistosas ramazones, no subían más arriba de los tobillos, lo que permitía admirar dos piesecillos como almendras, metidos, para mejor enseñados, en medias de seda caladas, color de carne y zapatillas de raso rosado.

Al llegar la procesión frente a la iglesia, a la hora en que las campanas se desgañitaban de gozo, hizose a un lado la banda, abriéronse en dos los portadores de la *enrama*, y el porta-estandarte se adelantó majestoso hacia el grupo de los mayordomos cuculteupas, de los que, a su vez, saliéronle al encuentro los dos principales: el santiagueño les hizo una caravana, e inclinando el estandarte, dióles a besar la cruz.

Cambiáronse otra nueva caravana, y cumplido este ritual, el *Regalo* penetró en el templo, que por todas

partes se veía ya decorado de flores, palmas, ramas olorosas, frutos y pequeños animales, procediendo los mismos oferentes a afianzar las varas en las vigas.

El vecindario despertó al estruendo de las cámaras que, al apuntar el alba del día de San Pedro, atronaba el espacio, primer anuncio de la fiesta a lo que llaman en la tierra "romper el nombre". A las ocho las campanas de la enhiesta espadaña anunciaban con jubiloso repique acompañado de camarazos, la primera llamada a la Misa Mayor, que había de entrar a las nueve.

Sólo un habitante de la villa había despertado aquel día antes del alba: Antón Pérez, a quien desde el anterior la idea de que al siguiente tendría ocasión de ver a Rosalba, le traía marcada la cabeza. Tomó su baño cuando aun el sol no apuntaba, más que por obligado aseo, en aquel junio que derretía los ladrillos, como acto de purificación para presentarse digno y decoroso a las miradas de la excelsa mujer que embargaba todas sus facultades.

Vistió lo mejorcito de su no abundante equipo: botinas de charol, pantalón claro de casimir francés, ceñido con banda negra de burato, cuyos flecos, no con mal arte prendidos, caíanle de lado a lado de los cuadriles; camisa la más blanca y mejor planchada de la cómoda, corbata azul celeste con puntas blancas, al cuello; encima, ligera americana de luciente alpaca negra, y así emperifollado, cubierta la cabeza con un fieltro color de ceniza, un tanto arriscado, ansioso de anticiparse a la llegada de Rosalba, se dirigió a la iglesia de Cuculteupa, cuando nuevos disparos le anunciaban el segundo repique.

No era Antón el primero en acudir al templo, que ya le precedía buen número de devotas, solícitas de ganar el mejor lugar.

Llegó a la puerta el mozo, y hubiera determinado mantenerse allí a pie firme, sin que le hostigara el sol, protegido como quedaba por la sombra de la fachada, para poder percibir mejor en la ancha extensión que a manera de plaza se extiende entre la iglesia y la

parroquia, la llegada de Rosalba; mas una consideración hízole mudar de idea: era seguro que al verla, la sangre toda iba a afluirle al corazón, iba a ponerse pálido, y quién sabe si hasta a temblar, y no quería ser objeto de burla de los que su turbación pudieran advertir.

Así que, sin más vacilar, se entró en el santuario. Un fresco perfume de olores indefinibles embalsamaba el recinto que, aparte de la decoración de las paredes y de las vigas, veíase regado de flores de *guayapul** y de hojas de albahaca. Se colocó en la suave penumbra que formaba una pilastra saliente embebida en el muro, y ahí esperó, encomendando su alma a Dios y pidiéndole le fuera propicio en aquella ocasión, que de toda la asistencia de Dios había menester para conjurar los desvíos de la altiva Rosalba.

Pronto sonó, en campanas y disparos, la última llamada; fueron llegando al templo los más retrasados, y con ellos la gentilísima Rosalba, que radiaba con su propio efluvio: tal pareció a Antón, más que el altar cuajado de luces sobre el que se erguía la estatua del primado de la iglesia de Cristo.

Y de verdad que la joven era un hechizo: mantilla negra a la española velaba su cabeza, no de tal modo que impidiera ver a través del punto la ubérrima cabellera de oro mate primorosamente tocada en crenchas que descendían en onda sobre las sienes y se recogían en la nuca en albultadas trenzas.

Vestía sencillísimo traje de muselina de la India, completamente cerrado, con ancha gorguera escarolada que imprimía a su rostro singular majestad, y dábale la apariencia de místico capullo entre cépalos blancos. La falda estaba formada de volantes sobrepuestos con vivos de terciopelo azul. Parecía la muchacha consciente de su alteza, pues avanzaba con lento y soberano andar, se-

* Nombre del racimo de flores de la palmera vulgarmente llamada corozo.

guida de una criada de compañía, portadora de un escalbelito de tijera con asiento de pasamanería.

Al verla Antón se sintió desvanecido, y el corazón no le palpitaba en el pecho sino en las sienas, olvidado hasta del deseo de contemplarla, tan honda y perturbadora fue la emoción que experimentara. Rosalba pasó sin fijarse en su desesperanzado adorador.

Un sordo ruido como de golpe de viento que arremolina hojas secas, atrajo la atención de todos. Era doña Socorro quien lo causaba con la agitación que su andar zarandeado imprimía a sus faldas inferiores, cargadas de almidón. Ella sí percibió a Antón, a quien disparó sonriente una mirada de codicia, y fue a situarse del lado opuesto al que él había escogido, de modo de poder mirarlo de soslayo, a voluntad.

Rosalba quedaba de espaldas a Antón, lo cual no tomó a daño, pues así podía absorberse en la muda contemplación del ser idolatrado, sin miedo de provocar su enojo o su desvío.

Para el que espera, la religión es aliento y fortaleza, y si espera por el amor, es purificación bienhechora del sentimiento que lo embarga en celestial arrobo.

Con mística devoción asistió Antón a aquella misa, en que pudo echar de menos la presencia de los Padres, sus protectores, que sabían dar interés artístico a las solemnidades religiosas.

Al concluir la función, los asistentes se apresuraron a dejar el templo, menos Antón y doña Socorro; aquel para saborear la dicha de ver pasar a Rosalba, la otra para engolosinarse con la contemplación del guapo mozo. Bien pronto comprendió que lo que lo retenía era la presencia de Rosalba, su encantadora sobrina, a quien ella en verdad no encontraba tan hechicera como a los ojos de Antón parecía, y sintió envidia, no de la belleza de su sobrina, sino de su juvenil frescura, que a gozarla, ya habría podido darla quince y raya de momio, en la competencia.

Rosalba se puso en pie, avanzó con la misma majestad con que entrara, y pudo entonces fijarse en Antón,

a quien sólo dispensó una mirada de relámpago, que descarga eléctrica fue para él; tal se sintió sacudido en todo su organismo. El pobre no tuvo por qué regocijarse, que verlo Rosalba y acentuarse en su boca la mueca despreciativa que le era característica, fue todo uno. Había pasado sin advertir la presencia de doña Socorro, quien se encargó de hacérsela notar llamándola en alta voz.

—Hola Rosita, aguárdame.

Detúvose la moza, y juntas se encaminaron a la puerta de la Iglesia, doña Socorro volviendo la vista a cada instante hacia Antón, que todo alelado y como clavado en el suelo, no apartaba los ojos de Rosalba.

En llegando a la puerta hicieron alto, atraídas por la danza religiosa llamada *El Gigante*, que ejecutaban diez cuculteupanos en anacrónico traje del siglo xv y cubiertos con feas máscaras de lengua cabellera, con excepción del mozo que hacía de David. La danza quería representar la lucha del pastorcillo con el gigante filisteo, que se desenlaza con la victoria del betlemita, quien al lograr derribar de una pedrada al formidable atleta, quítale la poderosa espada, le corta con ella la cabeza, la fija en la punta y la pasea triunfante, farsa a que la gente del pueblo y los muchachos mostraban entusiasta afición.

Detuviéronse tía y sobrina a ver el espectáculo, lo que determinó a Antón a salir de su tímida indecisión y procuró acercarse a Rosalba cuanto le fuera posible; mas fue desgraciado en su intento que, apenas advertida por ella la proximidad de Antón, hizo un movimiento de contrariedad y volviéndose a su tía, que al revés de ella se comía con los ojos al simpático mancebo, díjole con marcada impaciencia:

—¡Ea! vámonos, tía Socorro; esto no es para gente seria.

—Pero, hija —contestóle— si esto es muy divertido y, además, es un pasaje de la Historia Sagrada...

—Pues será —repuso alzando la voz como quien quiere ser oído por otro que aquel con quien se habla—

pero hay impertinencias que no se pueden aguantar. Si a usted le gustan, quédese, títa. Vámonos, Chala —agregó dirigiéndose a su criada de compañía.

—Vaya, chiquilla, que si eres voluntariosa... Vámonos, vámonos.

Y todavía lanzó una mirada de fuego sobre el apuesto Antón.

Viólas este partir, corrido de vergüenza.

En el camino doña Socorro se quejó a Rosalba de que sólo de tarde en tarde la viera y se empeñó en que se quedara a pasarse con ella aquel día. Rosalba se excusó, ofreciéndole que la complacería otra vez; mas como la tía insistiera hubieron de convenir en que al siguiente había de venir a comer en su compañía.

Dejó a doña Socorro a la puerta de su casa y se dirigió a la propia, no poco desagradada de la obstinación de ese Antón Pérez en hostigarla, persiguiéndola por todas partes, cuando ella, muy lejos de alentarlo, hábiale dado señaladas muestras de desprecio.

CAPÍTULO VIII

TORMENTO

Muy temprano mandó doña Socorro a recordar a Rosalba su promesa y, obtenido el permiso materno, allá se fue antes de que el sol de canícula cayera a plomo sobre las desiertas banquetas de la vieja villa.

—¡Vaya —díjole la tía estrechándola con efusión— loado sea Dios que quisiste complacerme!

—Y cómo no, tía, cuando tanto la quiero.

—Picarilla: te me escondes para no contarme de tus cosas, tus secretillas; porque secretillos hemos de tener a mí, a tu tía que tanto podría ayudarte.

—Pero si ni pizca de secretillos hay aquí —replicó llevándose la diestra al corazón.

—Cómo no ha de haberlos... De pronto, lo del Antoncillo que como se ve tiene por ti perdida la chaveta.

Hizo Rosalba una mueca de repugnancia, y con visible enojo, repuso:

—¿Y por qué me ofende, tía? ¿Cómo puede usted figurarse que yo ponga asunto en ésc? Me parece que no oculté ayer, cuando salimos de la iglesia, el desagrado que me causa que el canallita se ande fijando en mí...

—No te enojas, hija. Si yo no digo que tú lo quieras ¡qué había de figurármelo! Si te lo menté es por ver por dónde me salías.

—No, tía, pues por ahí no me da usted cuerda. Ni por ahí, ni por ninguna parte.

Pero no me vas a negar que el pardito está muerto por ti.

—Muerto, no lo sé; pero por mí que se muera o que viva, me tiene sin cuidado.

—¡Pues no es atrevido el bolonio! Cómo se ha imaginado...

—Debe estar loco, o tal vez engreído con sus triunfos de la escuela; pero yo no soy premio de gramática. Allá con sus iguales.

—Así me gusta oírte. Así, sensata y digna. El hecho es que te anda bebiendo los humos; que apenas te ve, se conturba todo y palidece y pierde el modo de andar. Que está enamorado de ti hasta las cachas, ni qué dudarle. Quien lo observara cuando te está mirando, lo tomaría por un idiota. Tal abre la boca y se le van los ojos y se le caen los brazos. Lo hubieras visto ayer, cuando te levantaste para salir... Yo estuve pendiente. ¡Hasta pensé que se iba a caer desmayado! ¡Qué aire de embobecido, Dios mío! El muy asno piensa que la miel se hizo para su boca... Nada, hija; cada oveja con su pareja. Pues friolera a lo que aspira...

Doña Socorro no se imaginaba cuán grande era el contento de que estaba inundando el corazón de Rosalba. Las palabras de la tía, que confirmaban su propia observación, la embriagaban de envanecimiento, aun cuando ningún interés real experimentara por el amor de Antón. Había un hombre que se moría por ella, y ese hombre no carecía de mérito, antes era celebrado por sus dotes intelectuales. ¿Cómo no sentirse halagada? Esta sensación le impidió reprimirse, y soltó a decir:

—La verdad, tía, Antón Pérez vale mucho más que esos de la sangre azul. ¡Lástima que su origen sea tan bajo!... Para mí, no tiene más pero...

—¡Ea, malo, malo! Ya te está picando la víbora...

Al escuchar esta reflexión Rosalba se puso encendida como una pitahaya y, casi colérica, con precipitada voz, replicó:

—¿Pero qué se figura usted? ¡Qué! ¿por bajo que sea ese muchacho no se le ha de hacer justicia? Por lo mismo que nada me importa él, no tengo para qué alzarlo ni rebajarlo. Si tiene talento, que lo luzca, que lo luzca dónde y con quién deba. Cada oveja con su pareja, dijo usted, y a eso me atengo.

—Cálmate, niña; si no es para que te enojés. ¿No quieres que te cele? Entonces querrás que te quiera menos. Bien sé que por nada te avillanarías; eso, nunca. Para tí, los de tu esfera.

—Esos andan por aquí, tía —observó la joven ya más calmada.

—¿Y cómo no?... Ahí están Paco Font y Santelices y Montañito, y quizás hasta Torcuato, que aunque de origen algo equívoco, está bien adinerado.

—¡Sí, brava gente esa!... El Paco Font, un infeliz papamoscas; Santelices, un engreído, enamorado de su hermosura, siempre recreándose al espejo, y cuando no, viéndose la sombra al andar.

—Pues y a Montañito ¿qué pero le pones?

—Mis desposorios con un renacuajo. Está bueno para sombrilla. Y no me pida usted parecer del tal Torcuato, que ese, si se diera el milagro, se casaría con una onza de oro.

Tomó doña Socorro entre sus manos la derecha de Rosalba, y acariciándosela con ligeros golpecitos, díjola sonriendo:

—¡Brava mi muchachita! Así te quería yo ver. Estamos de acuerdo: ni Paco Font por bobo, ni Montañito por chiquilicuatro, ni Santelices por Narciso, ni Torcuato por tacaño. Ninguno digno de ti. Ya vendrá, ya vendrá; por fortuna todavía estás pollita.

Antes del almuerzo llevóla al jardín, cuidado con esmero, donde cultivaba flores escogidas: ahí los jazmines del Cabo, las azucenas de la India, las panetelas de aristocrático perfume y los galanes; y de rosas, ni qué pedir: ahí las variedades más raras y nuevas: Paule Meironas, Francias, Bengalas, Patricios. En un tallo de esta especie mecíase una rosa admirablemente desarrollada, de un rojo casi negro. Rosalba dio un gritito de júbilo y sorpresa al verla columpiarse con coquetería, cual si quisiera lucir su encanto, y doña Socorro, deseosa de colmar el gozo de la sobrina, se fue en derechura del rosal, cortó la rosa y la colocó galantemente en el tocado de la hechicera Rosalba, que si bella era de por sí, aque-

lla rosa prendida en su cabello, acaso por el juego del rojo subido de la rosa con el oro mate de su cabellera, a los rayos del sol, transfigurábanla en soñada creación de la fantasía.

Quedóse la contemplando un breve instante y, cogiéndole entrambas manos el tentador palmito, estampó en la brevísima boca apasionado beso.

Pasado el almuerzo, tornó a hablarla del Antón Pérez con estudiado menosprecio, visiblemente empeñada en afirmar el propósito de Rosalba de no hacerse nunca propicia a las descabelladas aspiraciones del infeliz muchacho.

Era la casa de doña Socorro lugar de obligado tránsito, viniendo de occidente, para ir al cuartel al cual hallábase muy próxima, y como después de la organización de la Guardia Nacional había siempre un corto retén encargado de la custodia de las armas y municiones allí depositadas, el Teniente Antón Pérez, a quien estaba encomendada la vigilancia, acudía a él con bastante frecuencia.

Ya bien caída la tarde de aquel día fue a inspeccionarlo y acertó a pasar frente a la consabida casa, justamente en los instantes en que Rosalba se despedía de su visita. El inesperado encuentro causó viva turbación en el ánimo del mancebo que hasta trastabilló al perder el andar, y llegó al cuartel brincándole el corazón en la garganta, y se entró sin poder articular palabra ni aún contestar al Sargento de Guardia, al rendirle novedades. Estúvose así hasta un minuto, echándose luego fuera, más por un movimiento maquinal que voluntariamente, y pudo entonces ver cómo Rosalba, acompañada de una criada, se encaminaba en dirección de su hogar. Como una estatua mantúvose absorto contemplándola, hasta que desapareció al volver de una esquina.

Fuése del cuartel como había llegado, y el resto de aquella tarde y toda la noche se le pasó en devaneos fronteros al delirio, clavada en su cerebro la imagen de aquel su idolatrado tormento. ¿Qué pensó durante las cansadas horas en que estuvo sumido en sus enfer-

mizas cavilaciones? Vano hubiera sido preguntárselo; vano su esfuerzo por reconstruir el complicado e inextricable laberinto creado por su febricitante imaginación.

Aun no se recobraba del estado hiperestésico causado por el tormentoso desvelo, cuando recibía de manos de una criada y de parte de doña Socorro, una diminuta esquila, cuya cubierta rasgó nerviosamente, y leyó:

“Querido Antoncito: Te espero esta tarde para comunicarte asunto de tu interés.”

Era claro que la cita concernía a algo referente a Rosalba, y ya con esta idea fija no pensó más que en la llegada de la hora en que habría de presentarse en la casa de aquella benevolente señora, a cuyo llamamiento tenía que mostrarse solícito, tanto por acatamiento a la categoría de la dama, cuanto por la ilusión de que, sin duda, iba a escuchar alguna palabra de esperanza que alentara sus delirios de enamorado sin ventura. El que espera sabe hallar en todo augurios favorables.

Y nada de eso había, por desgracia. Era que doña Socorro, en el paroxismo de sus descos, había resuelto echar el último albur, por ella compuesto con astucia de mujer.

Hasta allí todas las combinaciones que fraguaba para dar satisfacción a sus miras, habían sido sucesivamente desechadas, por arriesgada ésta, por demasiado cruda esotra, como que había de tenerse en cuenta la inexperiencia y timidez del muchacho.

Leía por entonces la buena señora, para inocente solaz, la divertida novela *Los amores del Caballero de Faublas*, y tal lectura sugirióle la idea que ahora trataba de poner en ejecución, plenamente segura de satisfacer por ese medio los ardores que la abrasaban.

Acudió, pues, Antón a la cita. Una criada, prevenida de que él se presentaría, entró a anunciarlo en la alcoba de la dama, en la que se había reclinado, diciéndose indispueta; hízolo pasar, ajustando en seguida la puerta, para cumplir el encargo de la señora de que

no se la turbara en la plática que iba a tener con la esperada visita.

De pronto, Antón que venía de la plena luz de un sol canicular, rojiza como de día de tempestad, nada pudo percibir.

—Acércate, Antón —díjole la dama, esforzándose por dar a su voz hombruna la inflexión más melosa— me siento algo indispuesta, pero no he querido aplazar esta entrevista, por lo mucho que te va en ella.

—Gracias, señora —balbuceó el joven, cuyas pupilas fueron gradualmente acomodándose al medio, y pudo ver ya distintamente el lugar a que había sido introducido.

La alcoba era espaciosa y el ambiente acusaba un suave perfume de jazmines, emanación de la mata cargada de flor que se enredaba en los barrotes de una ventana y casi del todo la cubría.

En el centro y pegada al muro erguía un amplio lecho de jaspeada caoba, con pilares salomónicos que sustentaban la cornisa, de la que pendía pabellón de finísimo punto. Por la parte inferior corría lujoso rodapié a la aguja, y tendida, cubierta hasta el cuello con albísima sábana, yacía doña Socorro, echado el cuerpo fuera del pabellón, apoyada la cabeza en abultados almohadones, que de suavísimo plumón debían de ser, según lo denunciaba la honda depresión que en ellos se advertía.

El resto del mobiliario constituía una mesita de noche y sobre ella una palmatoria con bujía, y un libro, la novela que traía entretenidos los ocios de la dama, e hita, pegada al lecho, una silla que ninguna particularidad artística ostentaba. Frente a la cama alzábese un enorme guardarropa, con luna en el centro.

Si el mobiliario era por demás sobrio y sencillo, la limpieza de la alcoba era irreprochable y dulcemente enervador el perfume de su atmósfera.

Acercóse Antón tímidamente y, a la viva instancia de la señora, hubo de ocupar la silla que trató de re-

tirar un tanto del lecho, lo que no consintió doña Socorro, diciéndole:

—No; no apartes la silla, antes acércala más, más, así, muy pegadito, para que no pierdas ni un suspiro de las cosas íntimas que voy a comunicarte.

Antón obedeció, y en aquel punto percibió que un pie de doña Socorro quedábale al descubierto. Aquella prenda de su cuerpo era una maravilla de arte: pequeño, sonrosado, profunda la combadura, alto de empeine y los dedos formados en ángulo agudo. Piececillo de adolescente, en una palabra, con exquisito primor modelado.

A pesar de la llaneza e intimidad con que Antón fuera recibido, o tal vez por eso mismo, no salía de su encogimiento, que la dama trató de romper, por no cuadrar a sus miras situación semejante.

—¡Ea! Antoncito —díjole— es preciso que me trates como a tu verdadera amiga, que te sientas aquí como en tu propia casa, que te confíes a mí como a persona que sólo de tu bien se ocupa y se preocupa.

Fue esto expresado con ingenuidad tal, y con tan insinuante entonación, que en efecto sintió el mancebo henchírsele el pecho, y hasta suspiró con desembarazo y aliento, como a quien se quita un peso de encima.

—¡Ah! señora —contestó—. Sí, yo le agradezco en el alma cuanto hace por mí, y ¿cómo no agradecerlo cuando nada he hecho para merecer sus favores?

—¿Y qué necesitas hacer? Yo te estimo, te quiero porque sí; porque siento placer en estimarte. Por eso me duele. . .

Antón, ansioso de escuchar lo que iba a decir doña Socorro, se inclinó instintivamente hacia ella, que prosiguió:

—Sí, me duele el daño que te está haciendo ésa, la vanidosa de mi sobrina.

—¡Ay, señora, y qué daño tan atroz! Para sufrirlo yo.

—De todo tú tienes la culpa. Sin ser un bobo, papel de bobo y de bobo de remate vienes haciendo.

—Qué quiere usted, señora. Soy tonto de naturaleza.

—Tonto, no; bien sabes que no lo eres, menos en este caso en que como tal te estás portando.

—¿Y puedo hacer otra cosa?

—Y por una casquivana...

—Sólo sé que es mi hechizo.

—Para tus ojos enfermos. ¿Por qué no has de ver claro? ¿Bonita? las hay mejores; ¿buena? no lo es; ¿inteligente? lo que hace contigo no lo prueba; ¿sencilla? la soberbia misma. Conque ¿de qué estás prendado? Nada; que ya eres como todos los hombres. Van tras lo que se esquivia; y mientras más desdeñados o Ustedes nacieron para la esclavitud.

—Esclavo soy, no por voluntad.

más despreciados por una mujer, más locos por ella.

—Pero ¿no ves, muchacho, lo que hay de absurdo en tus empeños? No ves que a ella la emborrachan los humos aristocráticos, y que a ti te considera de clase inferior; que te tiene por gente... vaya, por gente baja? —dijo de una vez, resueltamente, como quien dispara el tiro de gracia.

En efecto, aquel golpe le pegó a Antón en el alma. Su amor había hecho olvidar su condición.

No; él no podía ser digno de alzarse hasta la altura de Rosalba, y, sin embargo, a ella se sentía atraído con irresistible atracción, como la molécula a la molécula congénere. La herida no podía ser ni más profunda ni más cruel. Una conmoción nerviosa sacudió su cuerpo, inclinó la cabeza a tamaña pesadumbre y, cubierto el rostro con ambas manos, murmuró casi sollozante:

—Sí, soy humilde; pero no canalla —suspiró tristemente y luego agregó: —¿Y ella ha dicho eso?

—¿Y habría yo de ser? Ella y muy ella, a quien la soberbia la trae por los elementos. Pero es necesario que eso no te importe; que tu dignidad herida te levante, y que sepas devolverle desprecio por desprecio.

—Si eso fuera posible... —volvió a suspirar Antón.— Yo siento que no puedo vivir sino de la vida de ella; sin ella, sólo la muerte puede ser mi amparo.

—¡Jesús! y qué romántico te me pones. Tal parece que fuera de Rosalba no hay mujer en el mundo.

—Y así lo es. Fuera de ella, para mí no hay otra mujer.

—Tonto y retonto. Por fortuna, ya se te pasará la fiebre. Ya los menosprecios de Rosalba te sabrán volver el juicio. Tengo una esperanza. . .

—¿Cuál? —interrogó el joven con ansiedad.

—¿Es ella tu primer amor?

—Nunca me interesé por otra.

—Vaya; pues estás curado. El primer amor nunca cuaja, y bien visto, ni tal nombre merece. Es más bien un ensayo que un sentimiento real. El primer amor se va como un humillo perfumado, cuyo recuerdo sirve luego para divertirnos. El verdadero amor no es propio de tu edad; viene más tarde, y ¡qué dicha si llega a encontrar satisfacción! . . . Es la gloria en la vida! —prosiguió entusiasmándose doña Socorro— ¡es la posesión del Paraíso! Quien lo alcanza, ya puede llamarse feliz. ¡Ah! muchacho, tú no entiendes de eso todavía. Si te confiaras a mí, yo te curaría del mal que estás sufriendo. . .

—¡Ah! señora; si he de decir a usted la verdad, gozo tanto en mis delirios por Rosalba, que acepto casi con regocijo las torturas que su desvío me impone, y si es enfermedad o locura, no quiero curar; no, señora; porque no sé cómo podría seguir viviendo al no pensar más en ella; en ella que es mi corazón, mi alma, mi vida toda.

—¡Tu vida! Vaya una vida que te está envenenando y desesperando. . .

En aquel momento se dejó oír un trueno hondo y prolongado.

Antón se puso de pie, diciendo:

—Viene la lluvia. ¿Me permite usted que me retire?

—No te lo permito, que te vas a mojar. Estas turbadas vienen como huracán. Tras el trueno la lluvia; si no, ya verás. Aquí estás bajo de techo.

Efectivamente, en aquel instante brilló un relámpago deslumbrador, detonó el trueno horrisono, se comenzó a oír el traqueteo de la lluvia sobre el tejado, y reinó en la alcoba densa oscuridad. Antón se volvió a sentar a instancia de la dama, y a indicación de ella encendió la bujía.

—Mira —le dijo— por ahora, basta ya de Rosalba. Ya verás cómo componemos eso. Tú lees admirablemente. Toma ese libro con que me vengo distraendo: ábrelo por donde está marcado, y vas a ver qué lectura más agradable.

Acató Antón la orden, abrió el libro por donde se hallaba la marca, y empezó a leer con su voz musical de barítono y con admirable corrección.

Ni siquiera sospechaba la existencia de libro semejante, y la primera idea que le vino fue de sorpresa de que doña Socorro se ocupara en leer aquello, en que, según iba advirtiendo, la desenvoltura del estilo corría pareja con la liviandad del asunto.

Y era natural que tal pensara el inexperto joven, pues su lectura había dado principio por el pasaje en que el Baroncito, disfrazado de la señorita Brumont, revela a la señora de Lignolle, en la intimidad de su alcoba, a la hora que se siente más enojada contra su insolécito marido, que no es una señorita sino un hombre, en el sentido más fisiológico y completo.

Como a medida que avanzaba la lectura lo escabroso de la situación iba creciendo de punto, Antón solía titubear, se le alteraba la voz y daba muestras inequívocas de turbación. Entonces doña Socorro alentábalo, y aún llegó a decirle:

—¿Qué te pasa, muchacho? Qué ¿no eres hombre? pareces una monjita...

Y herido y estimulado con este doble incitamento, Antón se esforzaba por dominar su confusión.

A esto la lluvia, que fuera tan copiosa como rápida, había cesado. El sol, vuelto a brillar en el despejado cielo, y la alcoba a recobrar su claridad, con lo que la

bujía ya no alumbraba, semejando la flama una lágrima de cristal sostenida por un pibote enrojecido.

Y la lectura continuaba con gran fruición de la dama cuyos ojos relampagueaban de contento; y si interrumpía al lector, era para darle señales del gusto que experimentaba, con breves exclamaciones, como estas:

—¡Qué bien pintado! ¡Ah! ¡qué lindo es eso! ¡Maldito! ¡cómo conoce el asunto! —y otras por el estilo.

Hubo un momento en que la lectura ocasionó algún temblor en la mano que sostenía el libro, el cual se le escapó al voltear una hoja. Se inclinó a recogerlo y, al levantar la cabeza, sintió que doña Socorro se la tomaba entre ambas manos y atrayéndole hacia sí, con temblorosa ansiedad, le puso en la boca un beso apretado y calenturiento.

Y Antón ya no leyó más.

Salió de aquella casa como quien huye de un incendio. Sentíase avergonzado, y con el remordimiento de quien ha cometido una grave falta.

CAPÍTULO IX

CRUELDAD SOBRE CRUELDAD

La llegada del Coronel Méndez, acompañado del instructor de la Guardia Nacional, era motivo de alguna animación en la, por lo regular, tristona villa de Cunduacán. Las dos compañías que formaban su contingente en el Batallón de la Chontalpa, habíanse acuartelado, y recibían instrucción a mañana y tarde, pues se temía que de un momento a otro el Estado fuera invadido por fuerzas imperialistas.

Era el temor por demás justificado, al saberse que el Emperador de los franceses, herido en su olímpica vanidad, se proponía vengar el fracaso de Puebla, lanzando sobre nosotros un verdadero ejército de conquista, cuyo mando se confiaba al vencedor de Montebello.

Día a día los paquetes franceses aportaban a Veracruz nuevas tropas, y el contralmirante Cloué trataba, por su parte, de hacer efectivo el bloqueo hasta ahí nominal de nuestros puertos. La guerra, pues, iba a tomar un aspecto pavoroso, y la necesidad de la defensa imponía todo género de sacrificios, en presencia de un enemigo formidable que, aparte de serlo de por sí, contaba con la cooperación de no escaso número de mexicanos.

El coronel Méndez, para quien el teniente Pérez era un muchacho extraordinario y a quien no escatimaba los testimonios de su cariño, habíale traído aquella vez, para su entretenimiento e instrucción, un libro que las circunstancias hacían precioso, la *Historia militar de Francia*, a cuya lectura se entregó Antón con el afán de quien aspira a ganarse un nombre y una posición,

fijos sus delirantes anhelos en desarmar las esquiveces de Rosalba.

Por interesadas que fueran las revelaciones que había oído de doña Socorro, y por mucho que le humillaran, tenía que admitirlas como ciertas, pues las confirmaba el comportamiento de la altiva joven. Que era de clase humilde, que era gente baja, pues a subir, a alzarse hasta ella a fuerza de trabajo, de sacrificios, de milagros, si a tanto podía, por el propio merecimiento. Conocía la génesis de las clases superiores, los orígenes de las aristocracias, todas brotadas de las capas inferiores de la sociedad, y él se sentía con fuerzas (si le hubieran faltado, su amor se las habría proporcionado crecidas) para levantarse de su bajeza a la mayor alcurnia.

Este era su pensar que enardecía su pasión por Rosalba, en la misma medida que ésta acentuaba sus desprecios, sin que nada fuera parte a desalentarlo.

Próxima estaba la fiesta de la Santa Patrona de la villa y, por excepción, entre los festejos que se preparaban para aquel 8 de septiembre de 1862, habíase acordado dar un baile, y escogido por lugar en que se efectuaría, la casa de la respetable señora Padrón que, bienquista con todos, no se corría riesgo de desaire ni deslucimiento.

Su coronel habría necesariamente de ser invitado, y de él se valdría, en todo evento, para concurrir al baile. Y así fue: tres días antes de que se verificara, una comisión se acercó al coronel a formalizar la invitación, allí presente, por fortuna, Antón Pérez. Aceptólo, y con gozo de éste, por anticipársele a sus deseos, preguntó a la comisión:

—Supongo que ya nuestro teniente Pérez estará convidado. . .

—Creemos que no —contestaron los invitantes.

—¿Cómo no? . . . —repuso el coronel.— Pues si no se convida a los jóvenes, no hemos de bailar los viejos.

Viéronse la cara los enviados, y comprendiendo que debían atender a la indicación que don Pedro Mén-

dez apuntaba, no obstante que consideraran que el muchacho no podía alternar con la gente a quienes el baile se dedicaba, se apresuraron a decir:

—Pues sí, señor coronel, el teniente Antón Pérez queda también invitado, y creemos que irá acompañando a usted.

—Sí, amigos míos— contestó complacido Méndez, que no perdonaba ocasión de humillar a la necia aristocracia lugareña— sí irá conmigo, y ha de bailar con las más encopetadas. ¿Qué dice usted, Antón?

—Que mucho le agradezco el favor. Que iré con usted, mi coronel.

Llegó la fiesta y con ella la noche del baile, que, por cierto, no respondía a lo que hubieran deseado los alegres vecinos.

Un viento húmedo del norte había comenzado a cargar de nubes el cielo, luego de la puesta del sol. Amenazaba llover, lo que no impidió que a las nueve de la noche ya el salón de baile se viera favorecido con la concurrencia de todo lo mejorcito que de uno y otro sexo podía ofrecer la villa. Ahí Rosalba, deslumbradora de belleza, opacándolas a todas, como Sirio en el firmamento en noche sin luna, con lo que no hay que decir era blanco en que los disfavores de las de su sexo clavaban todas sus envenenadas saetas, y no había defecto moral de que estuviera exenta la hechicera joven, al decir de las envidiosas.

Como por cálculo o por instinto suelen las mujeres conscientes de su belleza, vestir con sencillez; sencillísimo era el traje de Rosalba, que hacía resaltar sus encantos personales.

A eso de las diez se presentó el coronel don Pedro Méndez, acompañado de Antón, siendo ambos objeto de los mayores agasajos de caballeros y jóvenes, aquél por la autoridad que representaba y por la estimación que su carácter franco y bondadoso le había conquistado; éste, por su natural simpático que hacía olvidar su oscuro origen, y, sobre todo, por la señalada distin-

ción que el coronel le dispensaba, que era como hacerlo visible a todas las miradas.

Desde el primer movimiento los ojos de Antón quedaron embargados por Rosalba, que esta vez le ahorró el ultraje de la mucca despectiva, lo que bastó sólo para que el infeliz se regocijara con imaginar un cambio de fortuna.

Toda aquella fiesta quedó para él condensada en su precioso ídolo, orientación de su alma y absorción de su sentido; y ya posada en su asiento, en el que cobraba para él todo el prestigio de una majestad en su trono, ya bailando, sus ojos no tenían atención más que para ella.

A poco, el coronel Méndez hacía su despedida; Antón, mal de su grado debía acompañarle, mas no lo consintió, diciéndole:

—Quédese, Antón, iré solo. Usted es muchacho y justo es que se divierta.

Y como el joven oficial insistiera, tornó a decirle:

—No, Antón, iré solo, y si es necesario mandar, le ordeno que se quede.

Marchóse el coronel, y el joven volvió de nuevo a embelesarse en la contemplación de Rosalba, devorado por el ansia de acercársele. Ahora se resolvía, ya se retenía y volvía a vacilar, y ya avanzaba un paso y ora se detenía, hasta que en medio de sus indecisiones, se encontró de súbito frente a ella.

La voz se le anudaba en la garganta, embargada por los latidos del corazón; hizo un esfuerzo supremo; tartamudeó un saludo, y, sin percibir que le fuera contestado, pidióle la gracia de aceptarlo por compañero, lo que rehusó Rosalba secamente, diciéndole que ya no bailarían más. Cortado, zumbándole los oídos, para no caer se sentó en la primera silla que vio desocupada, y lamentando su desgracia de haber ido a ofrecerse compañero de la joven cuando ya estaba fatigada, conformóse con seguir en su éxtasis, admirándola con la fijeza de un idiota.

No tardó en salir de aquel estado. La orquesta preludiaba una danza; el diminuto Montañito se acercó a Rosalba, ofreciéndole el brazo que ella aceptó, y fueron a colocarse en uno de los grupos de bailaradores.

Tan rudo fue el golpe que experimentó al palpar el engaño con que Rosalba lo burlara, que no fue parte a atenuarlo la figura caricaturesca que hacía aquella tan desigual pareja, gentil y gallarda la joven, Montañito enclenque y chaparrito. Apoderóse de él trémula agitación, la sangre le subió febril a la cabeza, martillando sus sienes, y ya sin cortedad, dominado por la ira, no bien recobró Rosalba su asiento, fué a ella sin titubear, y cual si se sintiera con derecho a reprocharla, articuló con ronco y tembloroso acento:

—Se excusó usted de aceptarme por compañero, diciéndome que no bailaba más, y acaba usted de bailar.

Rosalba, tomada de sorpresa, vaciló un instante, se le encendió el rostro, mas fue la turbación un relámpago; su nativo orgullo devolvióle la serenidad, y repuso:

—Sí, bailé. Y a usted ¿qué le importa?

—Me importa, porque para rehusar mi compañía recurrió usted a un engaño.

—Quise ahorrarle un sonrojo; pero, puesto que no entendió usted, he de decirle: véase usted y véame a mí. No es usted mi igual.

—¡Oh! cuánta crueldad... —sollozó Antón, con expresión tal de angustia, que habría ablandado al pecho más empedernido.

Algo hubo de haber podido en el de Rosalba, que dulcificando la voz murmuró:

—No es crueldad, Antón; es mi deber.

Sintió Pérez que el salón daba vueltas y que él mismo no se tenía firme. Vacilando como un ebrio, se apartó de Rosalba, y con movimiento de autómatas recogió sombrero y paragua, y, sin despedirse de nadie, se echó a la calle. Caía una lluvia fina y tupida, y sin percibirse contra ella, con andar de sonámbulo tomó el rumbo de su casa, que no estaba cercana.

Llegó, abrió la puerta del pequeño departamento que le estaba destinado, sólo separado del dormitorio de sus dos tías por un ligero tabique de palma, comunicados entre sí, y hasta aquel momento hubo de advertir que la lluvia lo había calado. Puso el paraguas tras de la puerta, y se dirigió en la oscuridad a la cómoda de cedro que le servía de guardarropa, y sobre la cual mantenía enfundado su revólver Lefauchaux. Buscólo a tientas, y al pasar la mano por la superficie de la tabla para dar con él, lo tiró al suelo. En aquel punto brilló la luz de un fósforo en la pieza inmediata: era la tía Anselma que, encendiendo una vela, se adelantó a alumbrar a Antón, diciéndole:

—No creíamos que vinieras tan temprano, si acabas de irte. . .

Con voz alterada y ronca, contestó Pérez:

—Sí, no me siento bien, tía.

—¿Qué tiene ese? —dijo desde su cama, con acento de inquietud, la otra tía, la mayor, señá Toribia, a quien embargaba por entonces un ataque de reuma.

—Nada, tiíta; si no es nada, quizás un catarrillo —respondió Antón con premura.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó la señá Anselma.— ¡Si estás empapado! Y el paraguas. . . Yo te vi salir con él, porque te advertí lo llevaras, que amenazaba lluvia.

—Creo que lo olvidé en el baile —mintió Pérez.

—Ahora mismo, a quitarse esas ropas, y una friega de aguardiente, no vayas a pescar calenturas.

Y buscando el aguardiente, tropezó con el paraguas, que la hizo prorrumpir en esta exclamación de sorpresa:

—¡Pero si aquí está el paraguas! . . . y está mojado. . . ¿qué te pasó, hijo de mi vida? ¿qué te pasa? . . .

—Pues nada tía ¿qué me ha de pasar? Yo no creía que la lluvia fuera tan recia, y el paraguas no daba para tapar a dos, porque me acompañaba Fortún García, y seguramente por tapanlo a él, toda el agua me cayó a mí.

—¿Y se fue al descubierto tu amigo? —observó la tía.

—Pues por más que hice no quiso llevarse el paraguas —tornó a mentir Antón.

—¡Vaya! ¡vaya! qué Fortún... —murmuró la señora Anselma, y puesta la botella de aguardiente sobre la cómoda, procedió a sacar la ropa que para mudarse habría menester el sobrino. Dejólo solo unos momentos, los indispensables para que se vistiera, y tornó luego al lado de él. Hízolo meterse en la cama, lo arropó con maternal solicitud y, diciéndole:

—¡Ea! ahora a dormir, hijo mío —se marchó llevándose la palmatoria, y preocupada con que algo grave pasaba por la cabeza del caro sobrino, achacándolo a algún nuevo maleficio de la perversísima Rosalba, causa de las perturbaciones que en el muchacho se advertían.

Antón no tuvo por el instante otro pensamiento que el de aquellas dos benditas almas que le amaban con excepcional cariño y teníanle consagrado en absoluto lo poco de vida que les quedaba. Crimen habría sido enorme causarles el mayor de los duelos, abandonándolas por un acto de flaqueza a una desoladora orfandad, y de esta reflexión tomó fuerzas para afrontar su infortunio y vencerlo, que no hay milagro que la perseverancia humana no sea capaz de realizar. Así, pues, trabajaría sin descanso por subir a mayores que, en lográndolo, sería Rosalba el premio de su victoria.

CAPÍTULO X

EL GENERAL DON PEDRO BARANDA

No mató a Pérez la conmoción profunda que sufrió la noche del 8 de septiembre, sólo que por algunos días quedó sumido en tal postración moral y física, que su cara denunciaba las huellas de su espantoso desastre, que de muerto más que de ser viviente parecía.

Un halo hondo y amoratado circuía sus ojos, que miraban con una tristeza tal, que a compasión habría movido a quien antes conociera la viveza de su temperamento; su voz había tomado un timbre opaco, como de convaleciente de mortal dolencia, mas una mirada perspicaz habría podido descubrir en el brillo fosforescente de sus pupilas, que en aquel corazón la esperanza no estaba muerta.

Con efecto, era ya la esperanza, la esperanza que nos hace accesible lo imposible, la única fuerza que lo mantenía de pie y con ardores de luchador. Si antes había luchado con tenacidad, ahora iba a mostrar vigores de atleta y valentía de héroe.

¿Qué había menester para el éxito? Consagración perseverante al trabajo, estudiar sin descanso el oficio de las armas, al que por las circunstancias habíase afiliado, y el que, por esas propias circunstancias, ofrecíale medio seguro de ganar carrera y subir a mayores, a menos que esa otra veleidosa, la fortuna, se le hiciera esquivar.

Dióse, pues, a estudiar y, alternando con los ejercicios militares, la lectura de la Ordenanza y de la *Historia militar de Francia*, con el único paréntesis de la de dos periódicos que el mayor interés le inspiraban, *El Siglo XIX*, en el que Zarco derramaba la diatriba y

el sarcasmo más ático para fustigar el atentado de la intervención napoleónica, y *El Aguila Azteca*, engendro del entusiasmo patriótico de dos jóvenes tabasqueños, absorbíase en la tarea de disciplinarse, para hacerse digno de aspirar a la notoriedad.

Al ojo cariñoso del coronel Méndez no se escapó el singular estado de su secretario. Trató de inquirir la causa, sin que lograra sacar nada en limpio y apenas si pudo obtener del tenientito que aceptara los cuidados de su médico.

En tales ocupaciones concentró Antón toda su existencia, alimentada como por fuego bienhechor ; singular contrasentido! por la imagen de Rosalba, ni un punto borrada en su cerebro.

Gran atención ponía en evitar el encuentro con doña Socorro, y para acudir al cuartel daba siempre un rodeo, excusando así la casa de su sórdida perseguidora.

Este nuevo modo de ser de Antón hizo pensar con gran regocijo a las viejas tías que ya el sobrino se había curado de su insana afición erótica, sólo que no veían con agrado el empeño con que se había dado a la vida militar, temiendo que por ahí el muchacho iba marchando a una muerte prematura.

La amenaza de una cercana invasión al Estado crecía al compás del tiempo, con gran miedo del común de la gente y con gozo no menor del teniente Pérez, que ya no cifraba sino en la guerra el logro de sus anhelos.

El general Forey había puesto cerco a Puebla, dispensando a nuestro bisonño y reducido ejército los honores mismos que a las denodadas hueste de Sebastopol, y si bien en los combates parciales que se libraban no llevábamos la peor parte, el hecho era que el cerco se mantenía, y no nos quedaba otro motivo de confianza que el éxito del Ejército del Centro, encargado de proteger y avituallar a los sitiados.

Mas el general Comonfort, sorprendido y derrotado en San Lorenzo, frustró toda esperanza de socorro, y el 17 de mayo, el general González Ortega legaba a la

historia el monumento más glorioso del honor militar, reviviendo las grandes hazañas de los tiempos heroicos.

El efecto de la rendición del Ejército de Puebla, en una forma no conocida en los anales de la guerra, lejos de amilanar a los defensores de la patria, enardeció su entusiasmo, y desde el día en que les fue conocida, hicieron pacto con la muerte. Antón Pérez, que leía a su coronel en *El Siglo XIX* los conmovedores detalles del suceso, veíase obligado a interrumpirse, para enjugarse el llanto de coraje que nublaba sus ojos y enronquecía su voz.

Los rumores de una próxima invasión se acentuaban; el coronel Méndez llegó a concentrar en su Cuartel General hasta trescientos hombres de su batallón, listos a entrar en campaña al primer momento; así lo hizo saber al gobernador Dueñas, quien contestó dando las mayores confianzas y asegurando que ni el más remoto indicio había de que los imperialistas intentaran una agresión.

Cinco días después de estas seguridades, el 18 de junio, como a las cuatro de la tarde, se comenzó a oír un vivo cañoneo en dirección de Villahermosa, que se tomó en un principio por una salva con que se celebraba algún triunfo de las armas de la República en el interior del país, acaso en la capital misma; mas toda duda quedó a poco desvanecida por la continuación del cañoneo, que bien a las claras indicaba que se estaba librando reñido combate.

Como Méndez no recibiera ningún aviso ni orden de moverse, imaginó que el ataque se efectuaba de sorpresa y, sin vacilar, despachó una estafeta anunciando que su tropa estaba lista para ir a tomar parte en la refriega. A las ocho de la noche el fuego había cesado y desatádose copiosa lluvia, lo que le hizo pensar que el ataque había sido victoriosamente repelido. A las diez regresaba la estafeta, portador de estas dos líneas trazadas con lápiz:

“No hemos podido sostenernos. El enemigo ocupa la capital, nos reconcentramos sobre ésa.”

Méndez se quedó aturdido; alargó el papel a su secretario, y preguntó al correo:

—¿Dónde quedaron nuestras tropas?

—Las dejé marchando para Atasta.

—¿Muchos muertos?

—Sólo oí decir del joven don Pedrito Ampudia.

—¡Ah! tan simpático e intrépido... ¿Y cómo está el gobernador?

—Está muy bien: él me dio el papel. Traían herido en una hamaca al mayor Vidaña.

—Del batallón de "Voluntarios".

Quedóse el coronel pensativo y luego, dirigiéndose al teniente, dijo:

—¿Qué le parece de esto, Antón?

—Que no entiendo jota, señor. Un ataque por sorpresa era imposible. Se decía que la expedición se organizaba en el puerto del Carmen. Sólo de dos puntos de entrada ha podido disponer: por el Usumacinta al Grijalva, o por este directamente... Por el primero habría encontrado el tropiezo de la guarnición de Palizada, que manda el bravo capitán González. Ha habido tiempo de prevenirse y de esperar al enemigo y llamarlos... No; si no entiendo jota, mi coronel.

—¿Qué plan tendrá el compadre?

Era compadre de Méndez el gobernador Dueñas.

—No se adivina. Pero siempre es mejor conservar que recobrar.

—¿Y por qué se retira hasta aquí? ¿Por qué no llamarnos para reforzarlo? ¡Quién sabe! ¡quién sabe! —murmuró el coronel, con entristecido acento.

A las tres de la tarde del siguiente día entraban en Cunduacán las tropas derrotadas, unos trescientos hombres en junto, restos de los batallones "Juárez", "Independencia" y "Voluntarios". El aspecto de los soldados no revelaba desaliento, y ellos mismos no se explicaban el abandono de la capital y aquella retirada de ocho leguas.

Pronto se supo que el número de los invasores no excedía de ochenta hombres, conducidos a Villahermosa

por el vapor de guerra *El Conservador*, y mandados por un valiente joven andaluz, el comandante Arévalo, y aun corrió el vago rumor de que el ataque no había sido otra cosa que un vano simulacro, al cual no era extraño el gobernador. Fundábase la conseja en la falta de todo preparativo de resistencia, ni siquiera una mala trinchera y en lo flojo de aquélla, pues sólo se contaban tres muertos y un herido.

Y el espíritu público a pesar de tales comentarios, no había decaído, bastando una simple circular del Gobierno por la que se llamaba a la Guardia Nacional de la Chontalpa y Huimanguillo, y una proclama del coronel Méndez, para que seis días más tarde hubiera concentrados en el Cuartel General un mil soldados, prontos a combatir.

Dueñas quería contar con el mayor número de tropas para abrir la campaña, y sabiendo que era inútil esperar el contingente de la Sierra, a quien no era simpático, y cuyo espíritu bélico no le inspiraba, por otra parte, confianza alguna, trató de conseguir el concurso de los cien campechanos establecidos en Palizada, a las órdenes del capitán Manuel González. Para obtenerlo, necesitábase de la persuasión de un patriota honrado y animoso, y hallóse este sujeto en el Lic. Mariano Pedrero, que provisto de una carta del general Pedro Baranda para González, su antiguo subordinado, marchó afrontando los riesgos de ser capturado por los imperialistas.

El 2 de julio, coronada la misión de Pedrero, ingresaba en el Cuartel General a la cabeza de su compañía, el capitán González, quien se apresuró a ir a saludar a su antiguo jefe, cuya presencia en el campamento traía ya sabido que carecía de carácter oficial. Recibiólo el general con las mayores muestras de cariño, hízole sentarse, y luego de informado de la manera como había efectuado su comprometida marcha, desde Palizada, le dijo:

—Mucho le agradezco, capitán, que haya atendido a mi llamamiento. Tal vez el gobierno de Campeche

califique la conducta de usted acto de indisciplina; pero intereses más sagrados que los de la Ordenanza, se juegan en el país. Nuestra patria no está circunscrita a sólo el territorio campechano; también Tabasco es México, y los mexicanos estamos obligados a correr al combate allí donde lo reclame la defensa nacional. Por otra parte, defendiendo a Tabasco, defendemos a Campeche. Necesitamos apoyarnos en él para medio contrabalancear la enemiga de Yucatán. Tabasco en poder de los intervencionistas, es Campeche perdido por el aislamiento en que resultaría colocado, rodeado de enemigos por todas partes. Ni siquiera le quedaría el recurso del mar, en que podríamos luchar con ventaja, que marinos tan intrépidos y expertos como los nuestros, no los hay en la extensión del Golfo; más bien poca cosa, salvo algunos golpes de audacia, podríamos realizar por ese lado, pues tendríamos en contra la escuadrilla de los cañoneros franceses. Tenemos, por tanto, que conservar a todo trance nuestra ya difícil de suyo comunicación por tierra entre los dos Estados hermanos.

Hizo el general una pausa; el capitán iba asintiendo con inclinaciones de cabeza a cuanto oía, fijos los ojos en el simpático y persuasivo semblante de su antiguo jefe, quien prosiguió:

—Ya sabe, capitán, cómo son entre nosotros los odios políticos. A mí me ha sido vedado ser patriota en mi propia tierra, y tuve qué confinarme a los Ríos, al lado de amigos viejos y leales, a fin de observar el curso de los acontecimientos y aprovechar la primer coyuntura para ofrecer mis servicios a la causa nacional. Hallábame en Jonuta antes de que el gobierno de nuestro Estado guarneciera a Palizada, cuando se presentó allá, en dos canoas armadas en guerra, una pequeña expedición desprendida de El Carmen para ocupar esa población. Había en ella un corto destacamento, cincuenta hombres, al mando del mayor Vidaña, quien, al tener noticia del avance de las canoas, acudió a mí, me pidió consejo, y como me hallara dispuesto a tomar participación en el combate, me dio el mando de su

escasa tropa, que al instante se vio reforzada con unos treinta jonutecos, que prontos y espontáneos, acudieron al peligro. Ya conoce usted lo que pasó; nos hicimos fuertes en el rancho de San Jacinto, en donde, al intentar los imperialistas su desembarque, fueron completamente derrotados.

—Unos días después de ese suceso llegué yo a Palizada con mi compañía, mi general, donde a poco quedé encampanado por haber sido retirada la guarnición de Jonuta —agregó el capitán.

“Nunca me pude explicar a qué obedeció tan extraño movimiento, cuyo resultado fue dejar al descubierto el flanco izquierdo de usted, e imposibilitar todo auxilio recíproco entre las dos guarniciones, puesto que usted cerraba la entrada al Usumacinta, por Palizada, y Vidaña, protegía a usted por Jonuta.

“Mi presencia ulterior allí era comprometida, y hube de abandonar el punto, viniéndome a San Juan Bautista, en calidad de simple particular, donde me encontraron, no me sorprendieron, los sucesos del 18 de junio. No me sorprendieron, porque no obstante los justificados temores de una invasión intervencionista, desde que la isla de El Carmen se había entregado al enemigo, reforzados por la noticia de que allí se organizaba una expedición sobre Tabasco, el gobierno no se apercibía a resistirla, limitándose el pomposo alarde de los tres batallones nominales que se revistaban en la Capital, amén del de la Chontalpa, listo, aquí, así lo aseguraba la prensa oficial, para acudir al primer amago.

La expedición vino por fin; y ¡qué expedición! más parecía una aventura de atrevidos piratas. ¡Un mal vapor de guerra y ochenta hombres! Aquello era para reír. Y no fue para reír. Mandábala un gachupincito audaz hasta la temeridad, Arévalo. Tras breve cañoneo, que no hizo más víctima que Pedrito Ampudia, empeñado en hacerse matar, se operó el desembarque por el flanco izquierdo; los guardias nacionales se mantuvieron firmes; vino la noche y con ella una lluvia torrencial,

y bajo de esa lluvia y en medio de las tinieblas, se ordenó la retirada a Atasta.”

—¿Pues no dicen, mi general, que el señor Dueñas es un valiente? —aventuró el capitán.

—¿Valiente? no es la palabra. No conoce el miedo. Impávido como una roca y como una roca de hielo. Frío, glacial. Un fogonazo sobre sus ojos no lo haría pestañear. Pero esa misma frialdad contagia todas sus facultades: es inaccesible al entusiasmo. Fatalista como un árabe, ni teme ni espera. Sospecho que considera perdida la causa nacional. No tiene fe en ella, y por eso, ni aliento ni inspiración para defenderla. Me consta que fue el último en abandonar el campo. No; hubo uno que salió después: ese señor Lic. Pedrero, que fue a traer a usted. Simple soldado raso del batallón de “Voluntarios”, hacía su centinela en el punto en que se le había colocado, y allí hubiera permanecido inmóvil como un poste y hecho prisionero por el enemigo, si no lo recuerdo cuando ya veníamos por las afueras. Regresé, di con él, y lo conduje en ancas. No sabía nada de la retirada. Es un estoico.

—Y muy persuasivo, mi general; más con su gesto y actitud, que con la palabra.

—¡Oh! es un modelo de ciudadano. Yo le quiero mucho y tanto lo respeto.

—Señor, y si el señor Dueñas no tiene fe en nuestra causa ¿por qué intenta recobrar lo perdido?

—¡Ah! es un hombre de una suerte singular. Su prestigio en este país es incontrastable. Abandonada la capital, llegado aquí, más como quien rehusa el combate que como quien se retira, los pueblos no le vuelven la espalda, antes acuden espontáneos y se agrupan a su rededor. Estos chontalpanecos son republicanos ardientes; pero son más ardientes dueñistas, y no se conforman con la derrota de su caudillo. Este parece que se contagia y calienta con el ardor de sus partidarios, y créolo resuelto a volver sobre sus pasos, y hay que ayudarlo y no dejar que se enfríe, ya que él es la bandera de estos pueblos.

—Sí, señor, y por eso he atendido al llamamiento de usted, y porque creía que usted, por su graduación, mandaría la campaña.

—No, González. Yo soy un proscrito. Tabasco ha sido mi lugar de refugio, y ahora estoy aquí porque por aquí está el peligro. Conozco mi situación, y no debo inspirar celos a Dueñas, que no consiente sombra a su popularidad. Como simple particular vivía en San Juan Bautista, y como simple particular me presentó al gobernador cuando iba a ser atacado, y como tal me aceptó. Yo no podía disputarle su puesto oficial; yo, casi un extranjero. —Hizo una pausa y luego concluyó.— Ahora, capitán, a portarse como sabe usted hacerlo. Piense usted que aquí no es usted sólo el capitán González, sino Campeche, todo Campeche.

—Ya verá, mi general —contestó González poniéndose de pie. Recibió un abrazo de su jefe y se marchó.

CAPÍTULO XI

EL GOBERNADOR DUEÑAS

El coronel Méndez había hecho encomiástica presentación de su teniente Antón Pérez al gobernador Dueñas, quien, hallándolo por extremo simpático, lo acogió con el mayor halago y, golpeándole el hombro con paternal familiaridad, habíale dicho:

—¡Ea! amiguito: ahora es tiempo y a ganar ascensos, hasta el coronelato, que es lo más de que puedo disponer.

Esta graciosa acogida erigió un tanto al muchacho y sintió brotar en su pecho un vivo sentimiento de cariño y adhesión hacia el Jefe del Estado.

El 6 de julio comenzó el movimiento de avance de los republicanos, y el 9 acampaban en los pueblos de Atasta y Tamulté, frente al enemigo. Pronto se percibió que la imprevisión más completa presidía a aquella campaña, como que ya en el campamento hubo de advertirse que la brigada carecía en absoluto de abrigos de defensa y de instrumentos de zapa, y allá van órdenes a aquella hora para subvenir a tamaño descuido.

Las posiciones de los beligerantes no acusaban un estado de hostilidad, pues el campamento de los republicanos era visitado con la mayor franqueza por individuos procedentes de la capital. Fue dado a Antón observar que uno de los visitantes de aquella mañana había llevado aparte al gobernador y, como si pretendiera sustraerlo a las miradas de todo el mundo, con lo que, dándose traza y maña, siguiólos recatadamente a lo largo del muro de la iglesia de Atasta, por donde ambos se encaminaban amigablemente. De pronto los paseantes hicieron alto; se estrecharon mutuamente las

manos en actitud de despedirse, y pudo percibir estas palabras de boca del gobernador:

—Convenido, amigo don Juan, al pardear la tarde, en la Ceiba. Ahí veremos.

Grandemente intrigó a Antón aquella que parecía ser una cita. ¿Quién era ese don Juan? ¿Era un agente del Jefe, un emisario del enemigo, o qué cosa? ¿De qué trataban? Desde aquel momento estuvo pendiente de los pasos de Dueñas, temeroso de que fuera a dar en una celada.

A las cinco de la tarde viólo aparecer montado en una hacanea zaína, tan de escasa alzada que los estribos rozaban la hierba. Seguía un ayudante. Ya fuera del pueblo, camino de Villahermosa, se detuvo, y volviéndose al ayudante, le dijo:

—Quédate aquí, Bernabé. Aquí me esperas; no te muevas.

Oyendo esto Antón, corrió a su cuartel, se ciñó su espada, tomó dos soldados de su mayor confianza, hizolos armarse, y seguido de ellos tomó por el pie de la loma, por cuyo dorso va el camino que conduce a la Ceiba.

Muy pronto descubrieron la esbelta figura del gobernador, que de flaco, rayaba en amojamado; y siempre marchando y ocultándose por lo más bajo del suelo, percibieron la ramosa y robusta Ceiba, cuya copa se enrojecía con los reflejos postreros del sol poniente. Dueñas avanzó tranquilamente hasta quedar bajo del árbol y esperó, no mucho tiempo; pues antes de que un minuto transcurriera, tres jinetes se adelantaron por rumbo opuesto, al encuentro de Dueñas. En aquel punto, Antón, con sus dos soldados, se puso al abrigo de unas matas, y dijo a aquellos al oído, desenfundando y preparando su revólver.

—¡Listos! Preparen sin hacer ruido, y quietecitos.

De los tres aparecidos, había sólo conocido al don Juan de la mañana: al centro cabalgaba con arrogancia un joven de bella figura y aspecto marcial, que por singular contrasentido vestía blusa roja, prenda y color

con que en la guerra de Reforma se distinguieran los liberales o rojos; y al otro lado, otro individuo ya entrado en años, de bigote entrecano y aire no menos marcial. Avanzaron hasta ponerse al alcance de Dueñas, haciendo el don Juan la siguiente presentación:

—El señor don Victorio Dueñas; el señor gobernador don Eduardo Arévalo.

Dueñas se encaró enojado con el don Juan, diciendo secamente, con su voz cansada de semibarátono:

—El gobernador, soy yo. Ahí a mi espalda hay dos mil hombres que lo hacen bueno.

Quedó muy cortado el don Juan. Dueñas dio la mano al joven andaluz que se la alargaba, y al corresponder al saludo que le dirigía el otro jinete, exclamó con afectada sorpresa:

—¡Ah! Garrido ¿usted por acá?

—Sí, don Victorio; ya sabe usted, yo siempre con los míos.

—¡Que me cuenta! Ignoraba yo que fuera usted francés —la sorna picó a Garrido, que replicó:

—Francés, no; aliado y amigo de ellos.

—Pues que sea para bien —contestó sonriendo el interlocutor.

Llenadas las formalidades de cortesía, Arévalo abordó el asunto.

—He querido, señor Dueñas, tener con usted esta conferencia, por lo mucho que a usted y al Estado les va en ello.

—A mí... ¡pst! —contestó el gobernador, acariciándose tranquilamente la lengua, castaña y ya encaneciente barba.— A mí lo que me importa es echar a ustedes de mi tierra, y a eso vengo.

—Eso es inútil, señor Dueñas. No necesita usted echarnos. Si usted avanza sobre la capital, no se la defenderemos; haremos lo que usted hizo con nosotros, se la dejamos.

—Yo no se las dejé. Tenía yo promesa de que ustedes se limitarían a un mero reconocimiento. Fui crédulo, y he pagado mi confianza.

—Pues sí, se la dejamos; sin más que no haremos como usted. Utilizaremos nuestros dos barcos de guerra, que ahora tengo dos, y cañonearemos desde ellos la ciudad hasta arrasarla por completo.

—¿Y a mí qué se me da de eso? Arrásenla.

—Sí que ha de importarle. ¿Y el comercio? ¿y las víctimas, y tanta propiedad destruida? Y todo ¿para qué? para quedarse en medio de sus ruinas, no vencedor, porque no va usted a tener a quién combatir. Ya lo dije: al avanzar las tropas de usted nosotros evacuaremos la plaza.

—Y si tal es el intento de usted ¿para qué las trincheras, para qué los caballos de Frisa de que ha rodeado usted la ciudad?

—¿Quién dice tal, señor? Ni una trinchera, ni caballos de Frisa. Eso es pura invención. Lástima que no pueda yo enseñarle la ciudad.

—Mi deber es recobrarla, sea como sea.

—Y ¿con qué fin? Para perderla luego, en un desastre completo. El Gobierno de la que fue República ha desaparecido. Juárez huye a refugiarse en los Estados Unidos; sus ejércitos se han desvanecido como el humo, o pasádose al Imperio; nuestras tropas entran a las capitales bajo arcos de triunfo, aclamadas por la multitud. Toda resistencia es inútil y hasta criminal.

—Las capitales no son la nación. La masa del pueblo no está en ellas, está en los campos y en las montañas, y Oaxaca, tierra de héroes, se levanta amenazadora.

—¿Y qué podrá Oaxaca en su aislamiento? Puebla es nuestro en toda su extensión; todo Veracruz está sometido; Yucatán está en masa con nosotros; Campeche no resistirá quince días, el almirante Coué lo atacará por mar, y por tierra los yucatecos. ¿Qué logrará usted con recobrar su capital? Una semana después tendrán ustedes una expedición en forma, contra la cual, aun cuando fueran ustedes Cides en persona, nada podrían. Convéngase, señor Dueñas. Pactemos paces, y no se sacrifique usted, ni sacrifique a su gente.

—Yo no puedo pactar con usted ni con nadie —respondió con firmeza el gobernador— soy el Jefe del Estado por la ley, e iremos a la capital.

—Siento su resolución. Ninguna gloria le espera, porque, se lo repito, no tendrá usted contra quién combatir —repuso Arévalo, visiblemente contrariado. Después de una pausa, con la expresión de quien vuelve de un olvido, sacó de la bolsa interior de su blusa roja de paño un paquete de papeles, y alargándolo a Dueñas, prosiguió:— Perdone usted; no recordaba el encargo de quien no puede ser a usted sospechoso, de poner en sus manos este paquete. Contiene una carta y periódicos.

—Gracias —contestó el gobernador, tomando el paquete que dejó caer negligentemente en una de las bolsas exteriores de su saco de alpaca.

—Y ahora —dijo Arévalo— nada hay qué agregar; nuestro parlamento queda abierto.

Nada replicó Dueñas. Tomó la mano que le presentaba el jefe imperialista; apretó luego la del don Juan y, en cuanto a Garrido, se limitó a decirle: —Adiós, Garrido— e imitando a sus tres interlocutores, aunque con menos presteza que ellos, hizo volver grupas a su haca, y lentamente se dirigió al campamento republicano.

Como un relámpago pasó por la mente de Antón Pérez la idea de tender allí al jefe imperialista, con lo que toda la campaña quedaría en aquel punto victoriosamente terminada; mas con la propia instantaneidad la rechazó, avergonzado de haber concebido tamaña felonía. Mantúvose algunos momentos más con sus dos soldados en su escondite, en tanto Dueñas se alejaba, siguiéndolo luego a buen paso y a regular distancia, que más que ésta protegíalos de ser descubiertos por el gobernador, la noche que ya iba envolviendo en sus sombras la tierra.

Halló Dueñas a su ayudante, ya inquieto de la tardanza del Jefe en el mismo puesto en que lo dejara, y seguido de él continuó para el campamento; llegó al

Cuartel General, echó pie a tierra, penetró en su dormitorio, y con la misma negligencia con que recibiera el paquete de manos de Arévalo, lo tiró sobre una mesita que le servía de escritorio, y salió luego, armada la diestra de un fuetecito, sin dejar de acariciarse la lengua barba, más que a recorrer los cuarteles, a chacotear "con los muchachos", como llamaba a los oficiales de la brigada.

A las ocho, tertuliaba ya en su alojamiento con los oficiales superiores, echado de largo a largo en una hamaca, que abandonaba de tiempo en tiempo para ir a ingurgitar tragos de ginebra del frasco que en el rincón inmediato agonizaba sobre un grosero *tapestle* de caña cimarrona, único momento en que apartaba de la boca el puro de legítimo huimanguillo, fuerte y apagón.

A las diez disolviase la tertulia, después de preguntar cada uno al gobernador si tenía qué ordenar; y, cada mochuelo, a su olivo.

A las primeras horas de la mañana siguiente, el gobernador, montado en su haca y sin aceptar la compañía ni de un asistente, se puso a recorrer el campamento de Atasta a Tamulté, sólo por distraerse, que no con ánimo de atender al buen orden y distribución de sus tropas. No dejaba de contrariarle el escuchar a cada paso el grito de los centinelas anunciando su presencia, y la formación consiguiente de las guardias para hacerle los honores, formalidades que hubiera deseado impedir, a no hallarse en todo su imperio los rigores de la ordenanza.

A las ocho de la mañana ponía término a su paseo y entregaba la haca a un asistente; sin soltar el puro de la boca, casi siempre apagado, ni dejar de restirarse la barba, se entró en su cuarto-dormitorio, rasgó el paquete que de Arévalo recibiera la tarde anterior, tomó la carta que en él venía, se fue a tender en la hamaca que le servía de lecho, y rasgando la cubierta que contenía dos cartas, vio que una era del amigo más querido que en la tierra contaba y la otra dirigida a este amigo, nada menos que por el Regente del Imperio.

Aquella, fechada en México, decía así:

“Querido Victorio:

“Gran contento me causó la noticia de que habías abandonado nuestra capital al amago de la expedición imperialista que fue sobre ella, pues el hecho parecía probar tu buen consejo de no entrar en una lucha en que todas las desventajas serían para ti y las malas consecuencias para Tabasco entero. Tu resistencia habría carecido de objeto, porque de lograr rechazar esa expedición, inmediatamente se habría organizado otra a que te hubiera sido imposible resistir, ni aún contando con elementos diez veces mayores de los que pudieras proporcionarte.

“Por esto aplaudía yo tu determinación; pero he aquí que las últimas noticias que llegan a ésta nos hacen saber que tu retirada a Cunduacán tuvo por objeto levantar nuevas fuerzas para recobrar San Juan Bautista. Delirio, Victorio, delirio. Sacrificio inútil, porque a nada más que a tu desgracia y a la ruina del Estado conduciría la resistencia.

“El Imperio es acogido por todas partes con entusiasmo; los pueblos vuelven la espalda a Juárez, que huye a refugiarse en los Estados Unidos. Las columnas franco-mexicanas avanzan en todas direcciones, sin encontrar obstáculo; el ejército regular en que Juárez cifraba sus esperanzas de ambicioso se disuelve o se pasa en masa a nuestras banderas, y puedo asegurarte que antes de que el año termine no quedará sombra de oposición efectiva.

“Las gavillas que se mantengan en armas, serán asunto de pura policía, que se encargará de acabar con los bandidos. Te acompaño esta carta del Regente, tan lacónica como expresiva. Arévalo tiene instrucciones precisas de facilitarte un honroso acomodamiento.

“Quien te quiere.”

La carta del Regente, decía:

“Estimado señor y amigo:

"Me es grato remitir a usted el diploma de Comendador de la Imperial y distinguida Orden de Guadalupe.

"Hubiera deseado enviarle juntamente el del señor Dueñas, mas en tanto se mantenga en armas contra el Imperio, sería cosa bien irregular otorgarle tamaña distinción.

"Ya se dan instrucciones confidenciales al Jefe imperialista en Tabasco para que provoque un acomodamiento honroso con el señor don Victorio."

Traía la carta este *Post scriptum*:

"Juárez, con sólo dos batallones que le están aún adictos, evacuó San Luis, rumbo al Norte. Va a caer en la trampa. Vidaurri lo atrapará. Acaba de llegar el parte oficial de la derrota de López Uruga al atacar a Morelia. Su ejército, único regular que le quedaba a Juárez, huye en dispersión."

Leídas, rasgó en menudos pedacitos ambas cartas, los estrujó y los arrojó negligentemente. Fué luego a la mesa-escritorio, y sin desenfajillar los periódicos, vio sus títulos *L'Ere Nouvelle* y *L'Estaffete*, y no sabiendo francés, los tiró sobre el mueble con la mayor indiferencia. No habría hecho otra cosa si hubieran estado en castellano.

Y con el rostro impasible, apagados sus pequeños ojos azules bajo los cansados párpados, se afiló la nariz con índice y pulgar de la mano izquierda, luego, con la derecha, se peinó la barba en sentido inverso, y se encaminó a la salita. Llamó a un ayudante, y presente que éste fue, le ordenó:

—Chapuz ve a decir al mayor Castillo que lo espero.

Cinco minutos después aparecía el mayor Castillo, a quien el Gobernador recibió con marcada afabilidad, diciéndole:

—¿Qué tal, Eusebio? ¿Qué dicen los muchachos?

—Que están ansiosos de ir sobre la capital.

—Valientes muchachos. Eso hay que pensarlo y decidirlo. Para eso te llamé. —Dueñas tuteaba a todo el mundo.— Vamos a tener esta noche una junta de guerra. Te encargas de convocarla para las siete de la noche.

—Y ¿a quiénes cito?

—Pues a mi compadre Méndez y a los capitantes de las compañías.

—¿También al capitán de los campechanos?

—Se entiene; de toda preferencia.

—¿No tiene usted más qué ordenar?

—Que me avises cuando ya los hayas citado.

El mayor Castillo se marchó a desempeñar su encargo.

CAPÍTULO XII

CONATO DE REBELIÓN

Apenas recibió la cita el capitán González, no atinando cuál sería el objeto de la junta, se dirigió en busca de su general Baranda para pedirle consejo. Hallólo en su alojamiento y le expuso de plano el asunto que lo llevaba.

—Mi parecer es —díjole el general— que se trata ya de emprender el ataque. Tal vez mañana se abran las operaciones.

—Pues qué ¿nada se ha comunicado a usted?

—Nada: lo ignoro todo. Aquí soy un postizo a quien para nada se tiene en cuenta. Es natural. . . —la voz del general, al hablar así, vibraba con acento de irónica amargura.

A las siete de la noche el coronel Méndez y el cuerpo de capitanes hallábanse reunidos en el Cuartel General, en donde Dueñas los había recibido con la jovialidad que le era característica, sin abandonar la hamaca, desde la cual presidía la asamblea, con perezosa negligencia, montados los pies en equis.

Cuando el mayor Castillo le informó de que nadie faltaba, carraspeó, se perfiló la nariz, se acarició la barba, y con voz lenta y reposada, dijo:

—He reunido a ustedes, porque se trata de un asunto muy grave que no quiero resolver por mí, antes de oír el parecer de ustedes. Esta campaña tiene por objeto el recobro de nuestra capital, que no pudimos defender con éxito por falta de artillería. Sin artillería no podíamos responder al ataque del vapor de guerra en que se apoyó la expedición imperialista, pues nuestros cañoncitos carecían de alcance para causarle el menor daño.

“Muchos de ustedes vieron cómo nos fueron inútiles. A su tiempo comprendí la necesidad que teníamos de artillería para la defensa de la plaza, la pedí al Gobierno General, pero no fui atendido; creo que no entró nunca en las ideas del Gobierno defender las costas, persuadido, sin duda, de que nada íbamos a poder contra los formidables elementos de la marina de los aliados; y creo que el gobierno tuvo razón.

“Ahora estamos lo mismo que antes: cuatro cañoncitos, más bien simples pedreros, constituyen nuestro peritrecho de artillería, solamente propio para ametrallar las calles; en cambio, el enemigo en vez de uno, cuenta ya con otro buque de guerra, y si tuviéramos la fortuna de recuperar la ciudad, tan sólo sería parte de ella, pues al querer ocupar las calles inmediatas al río seríamos barridos como barajas.

“Y no pararía ahí la dificultad; nuestra posición sería insostenible, porque al lograr echar al enemigo, despechado se vengaría cañoneando y arrasando la población, con daño de las familias que sufrirían las consecuencias de un bombardeo impune, supuesto que careceríamos de medios de impedirlo, ni de hostigar siquiera al enemigo, que se colocaría fuera del alcance de nuestros tiros.

“Considero, por tanto, como una temeridad intentar un ataque que ningún fruto nos promete. Es ir a dar dado, pues si reconquistamos la capital, no podremos conservarla. Mientras estemos aquí, al frente del enemigo, podemos estar seguros de que no se atreverá a venirnos a librar batalla; pero es el caso que no podemos mantenernos aquí indefinidamente.”

—¿Y por qué no? . . . —interrumpió el joven capitán Gregorio Méndez, del batallón de la Chontalpa.

—Por varias razones. Primero, porque limitándose el enemigo a provocarnos a escaramuzas, nuestras municiones se irán consumiendo, hasta agotarse, y no tenemos medio de reponerlas, habiendo recogido cuanta pólvora y plomo había en el Estado; segundo, porque va a venir la estación de las lluvias y la inundación de los

rios, que va a imposibilitar nuestro avituallamiento, y, tercero, porque cuando nos encontráramos así debilitados y aislados, los buques de guerra podrían efectuar un movimiento sobre nuestra retaguardia, formalizando un ataque por el Paso de Tamulté, con lo que seríamos tomados entre dos fuegos, o bien cortarnos, ocupando los pueblos de la Chontalpa, por Nocajuca y Jalpa. Necesitamos poner en salvo a esos pueblos, y voy a exponerles el plan que me tengo formado.

Hizo una pausa, se levantó, fue a tomar un sorbo de ginebra al rincón ya conocido, y vuelto a la hamaca, en la que recobró su postura, continuó:

—El coronel Méndez se establecerá en Cunduacán, con las fuerzas de la Chontalpa, de Huimanguillo y de la costa, y ahí se hará firme, protegiendo así todos los pueblos de aquel rumbo; yo marcharé con el Batallón “Juárez”, rumbo a la Sierra, estableciendo el Cuartel General en la población que las circunstancias señalen como la más a propósito, y desde allí amagaré a los intervencionistas, para impedir se muevan sobre Cunduacán, así como las tropas aquí situadas les impedirán se muevan sobre mí. Por ese medio la capital resultará virtualmente bloqueada, sin que pueda contar con otros abastecimientos que los que reciba por mar. ¿Qué les parece?

El capitán González creyóse obligado a hablar, y dijo:

—Yo de ese plan no entiendo, porque no conozco la tierra. De mí no se ha ocupado el señor Gobernador. He sido engañado, pues todo lo que se me aseguró y por lo que se me hizo moverme, fue que se necesitaba de mi concurso para recobrar la capital, y que a tal logro se contaba con todo género de elementos de guerra. ¿Qué voy yo a hacer?

—Capitán —repuso Dueñas— yo no lo he traído por engaño, ni me dirigí a usted de oficio. Se trató de la conveniencia de utilizarle en la campaña. ya que su presencia en Palizada se hallaba comprometida, y se le despachó a un comisionado confidencial para que

tratara el asunto con usted. El Lic. Pedrero logró persuadirle, y se vino usted con él. Yo no me he desentendido de usted, y le invito a venir conmigo a la Sierra, o a incorporarse con el coronel Méndez.

—Véngase con nosotros, compañero —dijo con solitud el capitán Gregorio Méndez.

—Me tendrán por desertor en Campeche. Mi defensa habría sido concurrir a la recuperación de la capital del Estado. Y ya que mi presencia y la de mis soldados no tiene aquí objeto, me volveré con ellos, como Dios me dé a entender, a mi Estado. Sabremos abrirnos paso.

—Capitán González —repuso el Gobernador— la resolución de usted será respetada y se le ministrarán recursos para su marcha. Mayor —continuó, dirigiéndose a Castillo— ordene al pagador Castaldi que ministre al capitán González los haberes que necesite para su marcha.

—¿Cuántos días?

—Los que él pida.

González guardó silencio, que pareció contagiarse a todos los circunstantes. Dueñas lo interrumpió, diciendo:

—Se va a levantar un acta de lo aquí acordado, que firmaremos todos.

—Yo no firmo —murmuró el capitán Méndez.

—Ni yo tengo para qué —adhirió González.

—En efecto —se corrigió el gobernador— no hay necesidad de acta, si ustedes están conformes en que no se haga.

—Nosotros somos subordinados y obedecemos —agregó el capitán Prado, del batallón de la Chontalpa.

—Ahora —concluyó Dueñas— a prepararlo todo para estar listos. El mayor Castillo comunicará la orden del día en que se señale en que disposición y a qué hora desfilarán las compañías.

Esta declaración fue tomada como señal de que la junta se disolvía. Todos fueron abandonando la salita, taciturnos y sombríos, sin despedirse del Jefe; sólo el coronel Méndez, que amaba a Dueñas con cariño sin-

gular, y que había asistido a la asamblea, mudo como ya hemos visto, confundido ante la resolución del amigo y superior, se quedó a solas con él, con la esperanza de que había de obtener explicaciones más satisfactorias que las que acababan de darse.

El capitán Méndez se dirigió al capitán González, y con voz trémula y precipitada interrogóle:

—¿Qué piensa de ésto, compañero?

—Que huimos frente al enemigo.

—Pues no huíamos nosotros.

—¿Y cómo no?

—Mi compañía me seguirá; conseguiré que las de Cárdenas y Huimanguillo, y tal vez las de Cunduacán nos sigan; reconocemos a usted por jefe, y con los suyos caemos sobre la capital y nos posesionamos de ella.

—¿Ya lo pensó usted bien?... Cometeríamos un acto de insubordinación.

—Ya no tenemos jefe. Usted ve cómo el gobernador nos abandona...

—La ordenanza es muy severa.

—¿Y quién, y con qué autoridad nos la aplicaría?

—En fin, déjeme usted pensar un momento. Dentro de media hora le resuelvo.

El capitán González, en vez de dirigirse a su cuartel, se fue en busca de su general Baranda. Hallólo, le expuso todo lo ocurrido en la junta; la indignación que en algunos había causado; la resolución del capitán Méndez, y el ofrecimiento que le había hecho de resolverle sobre si le prestaría o no su concurso.

—¿Qué consejo me da usted, mi general?

Este, como si se desentendiera de la solicitud de González, exhalando un hondo suspiro, murmuro:

—¡Qué lástima! ¡Cuánto buen contingente malogrado! Y todo, por la maldita falta de fe de este hombre...!

Guardó silencio, se paseó con la cabeza baja, echadas y asidas las manos hacia atrás. El capitán le seguía con la vista. Luego, deteniéndose, continuó.

—Bravo y entusiasta patriota es este joven Méndez ; qué lástima! El entusiasmo lo ciega. Capitán, esté usted seguro que ninguno lo seguirá en sus arranques. El es una excepción. Estos liberales tabasqueños son fanáticos dueñistas. Donde no está Dueñas no está nadie.

—¿Opina usted porque yo rehuse, mi general?

—No va a haber necesidad, porque nadie de los suyos seguirá a Méndez. Ya verá usted. . . En fin, tenga usted en cuenta que se trata de un acto de grave insubordinación. Dueñas es quien manda. Yo no puedo dar a usted un consejo que le comprometa.

—¿Pues qué hacer? . . . ¿Qué va usted a hacer, mi general?

—¿Yo? . . . Buscar salida. Me iré con el licenciado Pedrero a su tierra, Teapa, y como por aquí ya no ha de haber nada, me internaré por Chiapas hasta ganar Oaxaca, y de ahí. . . Dios dirá. En cuanto a usted, capitán, eso de Méndez es una calaverada. Procure usted ganar a toda costa el territorio de Campeche, donde puede usted ser útil todavía.

—Así lo haré, mi general —contestó González, en actitud de retirarse.

—No se vaya así, capitán. Es muy probable que ya no nos volvamos a ver; si acaso, hasta dentro de mucho tiempo, quién sabe en qué circunstancias. Déme un abrazo, y a cumplir con sus deberes de mexicano.

González se arrojó en los brazos que le abría el general, ambos hondamente conmovidos, y se separaron.

Volvía el capitán, cabizbajo, en busca de Méndez, cuando llamó su atención un alboroto como de tumulto que se producía en dirección de la plaza de Atasta, donde se acuartelaban el batallón "Juárez" y el de la Chontalpa. Paró el oído, y no le cupo duda, era un verdadero tumulto, lo que le hizo apretar el paso en alcance de su cuartel. Llegado a él, puso su compañía sobre las armas, y despachó a un cabo a que inquiriera lo que sucedía. Momentos después llegaba presuroso y jadeante el capitán Méndez, visiblemente turbado.

—¿Qué ocurre, compañero? —preguntó González.

—¡Que son unos cobardes! —contestó el interpelado con palabras temblorosas y entrecortadas por la ira.

—No hay quien nos siga; son unos cobardes... ¡que no tenemos artillería!... ¡Madre es la que no tienen...! Que cuando don Victorio no ataca, es que no se puede; porque don Victorio es la razón de todo en esta tierra. ¡Maldito él sea, y malditos los que lo adoran!

—Calma, compañero. Todavía está usted muy joven. Lo que no se puede hoy, se podrá mañana.

—¡Mañana! ¿Y la vergüenza de hoy?

—No le alcanza, compañero. Otro u otros cargan con ella. Y dígame ¿qué significa ese alboroto que se oye por el rumbo de la plaza?

—Borrachera, compañero, y nada más. Ni esos que gritan con furor de aguardiente, que estamos traicionando, se resuelven a luchar. ¡Cobardes! ¡Cobardes!

El alboroto a que se referían los interlocutores había-se calmado cuando ya tomaba las proporciones de un amenazador tumulto. Habíalo motivado la difusión de la noticia del acuerdo por el Gobernador en la junta de aquella misma noche.

El teniente Peralta, del batallón "Juárez", poco aficionado a los rigores de la disciplina militar, estimulado por las excitaciones de la soldadera "La Amozoc", apodo que debía al pueblo de su origen, que corría fama de querida del teniente, le había propinado, sin gran esfuerzo por parte de ella, sea dicha la verdad, copiosas libaciones de aguardiente, amorosamente compartidas. *Sotto voce* se había murmurado que las tropas eran víctimas de una traición, y que la resolución del Jefe era el resultado de manejos de los intervencionistas. El vientecillo fue tomando cuerpo, y Peralta, emparejado con la Amozoc, ambos con el *jumo* arriba, se encargaron de vociferarlo por aquella parte del campamento, aquél, con la tizona desenvainada.

—¡Estamos traicionados! ¡Estamos vendidos! ¡Se nos entrega al enemigo! —iba gritando la pareja, con aullidos como de locos.

Ya se sabe cuánto es contagiosa la idea de traición en un ejército que ha sido derrotado, o a quien se retira sin combatir, de frente al enemigo; y las vociferaciones de Peralta y de la Amozoc comenzaban a hallar fácil acogida entre las tropas que las escuchaban.

Percibíanse ya conatos de rebelión, sobre todo en las compañías de Cunduacán, algunos de cuyos soldados seguían a Peralta. Advertido por Antón Pérez, corrió presuroso a detenerlos y hacerlos volver a su cuartel, alcanzándolos precisamente en el momento en que se aproximaban al alojamiento del gobernador, y cuando el alboroto iba en formidable *crescendo*.

Dueñas, que escuchó el ya cercano vocerío, comprendió lo que pasaba; se caló su cachucha, echóse fuera y, sin tomar cautela alguna, se dirigió al encuentro del grupo de alborotadores. En unos cuantos pasos se halló frente a Peralta, y con voz imperiosa y seca, le impuso:

—¡Cállese, borracho!

—¡Usted nos vende! —gritó la Amozoc.

El montón se había detenido, Peralta enmudecía; Dueñas alumbrado por la rojiza y temblorosa luz de las fogatas, asumía tamaños de gigante, y sin prestar atención a la injuria de la ebria, intimó a Peralta:

—¡Envaine esa espada, insolente! ¡A su cuartel!

El teniente, por un movimiento automático, obedeció, y con aquello quedó disuelto el tumulto. Antón Pérez, admirado de la sangre fría de que acababa de dar muestra tan solemne el gobernador Dueñas, aprovechó el instante para hacer tornar a su cuartel a los soldados de su compañía.

A las diez de la noche circulaba en el campamento la orden extraordinaria en que se prevenía el levantamiento del campo y se establecía la hora y el orden en que las tropas romperían la marcha: el batallón "Juárez", rumbo a Teapa, el de la Chontalpa y compañías libres, a Cunduacán, donde se establecería su Cuartel general.

CAPÍTULO XIII

LA TRAICIÓN

Más que retirada, lamentable derrota semejaba el desfile de las tropas republicanas abandonando su campamento. El paso de los ríos se efectuaba en el desorden más completo, mezclándose en una misma canoa soldados y oficiales de diferentes compañías. Los conductores de los caballos, algunos de estos lanzados al agua sin desensillar, se atropellaban sin curar de los riesgos a que exponían a los animales y a la gente que iba en los cayucos, en peligro de voltearse con las guiñadas bruscas y en opuesta dirección que el arranque de las bestias les imprimía.

Sin antecedentes de la causa determinante de aquella marcha loca, un espectador habría tomado aquella escena por el retorno de una monstruosa gira, aun mareadas las cabezas con los vapores de la fiesta y aun no recordado el sentido, roncadas las gargantas del reciente jacarear; y un pintor habría encontrado asunto para un cuadro de movimiento vertiginoso de multitudes, ya arremolinadas entre las altas hierbas, ya gesticulando confusas a bordo de las chalupas en arriesgado balanceo, a causa de la agitación de las aguas chapoteadas vigorosamente por los bufantes caballos, ansiosos de ganar la orilla.

Los imperialistas no debían de estar muy seguros de sí, pues cuando la aparición de sólo una media compañía habría bastado para convertir aquella retirada en afrentosa rota, no osaron turbar el movimiento de los republicanos. Tal parecía que si a Arévalo hubiera sido dado poner puentes sobre los ríos que iba cruzando la

tropa enemiga, de oro, que no de plata habríalos echado.

La marcha continuó en el mismo desorden, sin que el coronel Méndez, único jefe superior, intentara ordenarla; que él iba triste y taciturno, llevado maquinalmente por su caballo, indiferente a cuanto pasaba a su rededor. Cerca de él marchaba Antón Pérez, no menos taciturno que su jefe, presa de las ideas más sombrías, pues con el fracaso de la campaña, sus halagüeñas ilusiones iban tornándose en negro humazo que envolvía su espíritu en hondísima y desalentadora melancolía.

Solían venirle como ráfagas de alucinadora esperanza, e imaginaba que todo podría repararse con mantenerse a pie firme en Cunduacán, y reconfortados los corazones, recomenzar la abandonada campaña, que habría de ofrecerle ancho campo en qué hacer valer sus nobles aspiraciones; mas apenas extendía su mirada sobre los soldados en marcha, que parecían soportar penosamente el peso de los fusiles y caminar más como inertes mecanismos que como seres vivientes, volvía a caer en su postración, y entonces, la imagen de Rosalba, como nunca radiante, reaparecía en su cerebro, no benévola y accesible, sino impropicia y como jamás fuera de alcance.

A esa hora indecisa en que huye la luz para ceder el puesto a las sombras, la mermada brigada de operaciones entraba en Cunduacán a la desbandada, y en decaimiento mayor que el que mostrara en el camino, pues ahora se agregaba el de los disparos de los fusiles que los soldados descargaban a su antojo, con lo que difundieron en la villa la alarma y el terror.

El coronel Méndez se cobró a su antiguo Cuartel general, dictó las disposiciones que tuvo por más urgentes y esperó el consejo de la noche.

La primera nueva que le rindieron al amanecer del siguiente día, fue que las avanzadas habían desertado en masa. Algo más tarde se le daba parte de que las compañías de Cárdenas y Huimanguillo estaban para llegar a las manos por agravios entre sus respectivos

jefes, y que ya se formaban una frente a otra, en son de batalla.

Fuése a ellas, logró calmar la ira de que se manifestaban poseídas, hízolas volver a sus cuarteles, con la promesa de que aquél mismo día serían socorridas y retiradas a sus pueblos. Y así lo hizo, en efecto, despachándolas con prudente intervalo, las de Huimanguillo primero y luego las de Cárdenas, a fin de evitar que en el camino, que para ambas era forzosamente el mismo, se renovara su resentimiento y fueran a destrozarse en escandaloso encuentro.

Cuidó de que aquella noche las avanzadas fueran de gente escogida entre la de mayor confianza, recomendando a los jefes de día las recorrieran con la mayor frecuencia, pues ya circulaban rumores de que los imperialistas, sabedores del desbandamiento que se operaba en las filas de los republicanos, se apresuraban a venir sobre ellos.

La desmoralización cundía. Durante la noche, de las compañías de Cunduacán habían desertado de su mismo cuartel el mayor número de soldados, quedando reducidos a ochenta. Sólo se mantenían íntegras las de la costa, que no excedían de doscientos cincuenta hombres. La situación se hacía crítica, y bien se percibía y palpaba que con aquella tropa era imposible intentar resistencia alguna, y hasta habría el riesgo de que a la simple noticia de la aproximación del enemigo, huyera desconcertada.

De fuerza había, pues, que abandonar la partida. Así lo acordó el jefe, habido consejo con los capitanes, y aquella mañana misma, a las diez, las compañías de la costa tomaban el camino de Comalcalco, esperando solamente para disolverse lo que quedaba de las de Cunduacán, la partida del coronel Méndez, con su hermano al capitán y sus ayudantes, señalada para el mediodía.

El almuerzo de despedida iba a serles servido en la casa de un amigo de intimidad, situada en la calle del Santuario, frente a la cual, a las doce del día, veíanse

ya los caballos ensillados, piafando de impaciencia, tenidos del diestro por asistentes y estaferos. En el interior debía reinar la mayor animación, como lo demostraba el jocoso ruido de voces y de risas que llegaban hasta la calle.

En esto, con andar precipitado, casi corriendo, demudado el semblante, penetraba un individuo en la casa en que se servía el almuerzo, y sin parar, jadeante, se entró hasta el comedor y, mal articulando las palabras, exclamó:

—¡En salvo, señores! ¡En salvo! No hay tiempo qué perder.

—¿Qué ocurre, Vencho? —preguntó el dueño de la casa.

—Que si no se marchan ahora mismo, están perdidos.

—¿El enemigo? —interrogó el capitán Méndez, poniéndose de pie.

—Peor que eso. Acaba de pronunciarse el cuartel por el imperio, y ya viene a prenderlos.

—¿Cómo? —articuló el coronel.

—Como lo digo. Pero, por Dios, no hay tiempo qué perder. Escápense.

—¿Y quién ha hecho eso, don Vencho? —tomó a decir el coronel.

—Antón Pérez —contestó don Vencho con acento perentorio.

—¡Imposible! —exclamó el Jefe.

¿Qué había de cierto en tan alarmante nueva?

Doña Socorro, atenta a cuanto pasaba en las filas republicanas, pronta a ayudar al triunfo de su causa, había desplegado todos los recursos de su astucia para acabar de desmoralizar a los restos de la brigada y fomentar la desertión. Sus esfuerzos iban alcanzando el éxito más cumplido, y al ver completamente desecho el cúmulo de elementos de guerra que se habían agrupado en derredor de Dueñas, no cabía de regocijo.

Mas no contenta con tamaño logro, al ver que las compañías de la costa, las más fieles a la causa de la República, evacuaban la villa, a cuya lealtad se aban-

donaban por unas cuantas horas los hermanos Méndez, tuvo una inspiración digna de su cerebro. Concibió la idea de capturarlos para ofrecer a Arévalo el más preciado trofeo. ¿Cómo realizarlo? Difícil era, no para ella, capaz de todo en los dominios del mal.

Allí estaba Antón Pérez: Rosalba sería el resorte.

—¡Paulina! ¡Paulina! —llamó y acudió una criada.

—Ahora mismo, corriendo, llégate al cuartel, pregunta por el teniente Pérez, y de mi parte que urge venga al punto.

Partió Paulina, encontró a Antón, comunicóle el recado, el teniente hizo una mueca y contestó con visible desagrado:

—Que allá iré. Ahora estoy muy ocupado.

No habían pasado cinco minutos, cuando tornó la criada con nuevo y más urgente llamamiento a Antón, quien no se manifestó más solícito que al primero, limitándose a contestar de modo brusco:

—¡Que allá iré!

Doña Socorro se moría de impaciencia, horas se le hacían los instantes, e iba y venía asomándose a la puerta ansiosa de la llegada de Antón; pero Antón no parecía.

Consada de esperar, entró con resolución a su alcoba, se echó un rebozo sobre los hombros, y fuése derechamente hasta la puerta del cuartel. Sin que tuviera qué anunciarse, un soldado corrió a dar aviso al teniente de la presencia de la señora, y ya esta vez no pudo esquivarse, y marchó al encuentro de ella.

Doña Socorro, que era visto no quería perder momento, hizo a un lado su natural soberbia y, sin dirigir a Antón el más insignificante reproche, díjole con afectada sorpresa:

—Pero ¿qué haces, niño? Si ésta es tu hora.

—No comprendo, señora.

—Entonces no estás en este mundo. Si se te escapa esta ocasión, adiós de tus esperanzas. . .

—Aun no caigo, señora.

—¡Ah! vamos; ya no piensas en Rosalba. . .

—A Dios pluguiera, señora. Hoy con más desesperación que nunca.

—Pues hoy es cuando ya no debes desesperar; hoy se realizan tus esperanzas. Tu suerte está en tus manos.

—¡En mis manos! —exclamó el joven atónito.

—En tus puras manos, niño. Rosalba se te entrega.

—¿Dónde está ella? —preguntó más atónito aún.

—Aquí, en tu cuartel.

Pensó Antón que doña Socorro se mofaba de él, mas ella sin dar tiempo a nuevos asombros del teniente, se apresuró a aclarar el enigma.

—Tú sabes que nuestro partido, el Imperio, se compone de la gente más decente del país. Si entras en él lograrás alternar con las clases más encopetadas. Rosalba no corresponde a tu amor de pura soberbia, no porque no le intereses, que hasta te quiere, yo soy quien te lo digo; y cuando vea que no eres el oscuro pardo del pueblo, sino sujeto de significación y hasta de importancia, antes que tú vayas a ella, se adelantará y ella vendrá a ti. Como te lo digo. Ea, pues, ahora o nunca. Vas a colocarte en primera línea, a ser la primera autoridad de la villa, y quién sabe qué más. Tu dicha depende de ti, está en tus manos.

“Anda, entra en tu cuartel, pronúnciate con tus muchachos por el Imperio, y para que tu golpe sea decisivo, para que de un brinco saltes a la mayor altura, anda, apodérate de los Méndez, están almorzando en casa de Sánchez, ahí los haces prisioneros y te ganas todo el favor y privanza del general Arévalo. Anda, no vaciles.”

Doña Socorro había soltado toda esta tirada sin parar, acompañando sus palabras con gestos y ademanes que habría envidiado el más consumado retórico.

El pobre de Antón se sentía mareado, estaba cogido, y sólo acertó a aventurar esta objeción:

—Pronunciarme, sí; pero aprisionar a mi antiguo jefe que tanto me ha querido, señora, eso sí me parece demasiado, no tengo valor para tanto.

—¿Y qué daño le vas a hacer, inocente? ¿Crees que corren algún riesgo con Arévalo?

—¿Y quién dice que no?

—Ninguno, ninguno. ¿Acaso los cogerá combatiendo? Al contrario, se van a hacer grandes amigos, y los Méndez van a ser también de los nuestros. Sobre todo, es de tu interés acercarte a Rosalba lo más que se pueda, deslumbrarla. . .

—Sea, señora —murmuró Antón con voz trémula.

Y sin más vacilar, se metió en el cuartel, habló con los dos sargentos de la mermada compañía, mandaron éstos formarla, hubo un rápido cambio de palabras con los soldados, y entonces Antón, desenvainando su espada y colocado frente a las filas, gritó con voz todavía temblorosa:

—¡Muchachos! ¡Viva el Imperio!

—¡Viva! —contestaron a una los soldados.

—Ahora, sargento Beltrán —dijo Antón— quince muchachos a guardar el cuartel con usted y veinticinco con el sargento Federico, que me sigan.

La orden fue al punto obedecida, y a la cabeza de sus veinticinco hombres, se dirigió Antón a la casa en que los Méndez almorzaban alegremente.

En el momento en que el coronel prorrumpía en la exclamación “¡Imposible!” para negar el aserto de don Vencho, oyóse en la acera de enfrente el sordo golpe de fusiles al caer en descanso.

—¡Sargento Federico! —ordenó Antón— adelántese a notificar al coronel Méndez y a los oficiales que le acompañan, que se den presos.

No tuvo necesidad de entrar a la casa el sargento, pues en aquel punto el capitán Méndez se lanzaba fuera, y de pie, desde la acera opuesta, erizados de punta los lacios cabellos y la no menos lacia barba, y fulminantes los ojos, tal como si fuera el vivo genio de la indignación, prorrumpió en estos gritos, que le salían borbollantes de la espumante boca:

—¡Bravo, teniente Pérez! Así cumple usted el juramento que hizo usted a su bandera; así emplea usted

las armas que la patria puso en manos de usted para su defensa. ¡Traidores! ¡Traidores a su bandera, traidores a la patria! ¿Qué buscan aquí? ¿Qué quieren de nosotros Asesinarnos; no vamos a defendernos. Teniente Pérez, colme usted su crimen, cumplan con su papel de asesinos. Aquí estoy yo ¡maten! —y diciendo esto, dio un paso adelante, y abriéndose la solapa de la chaqueta, presentaba el pecho—. ¿Qué les detiene? ¡Traidores! ¡Asesinos!

En aquel momento, un soldado de los que escuchaban la violenta y ultrajante increpación, alzó el fusil, en ademán de apuntarlo. Antón Pérez lo advirtió, y desvainando la espada se fue sobre el amenazador soldado, gritando:

—¡Abajo esa arma! Al primero que se atreva a disparar lo atravieso.

El capitán Méndez, seguía:

—Prefiero la muerte a la ignominia de verme en presencia de ustedes. ¡Traidores! ¡Asesinos!

—Asesinos, no lo somos, mi capitán, ya lo está usted viendo —repuso Antón.

—Yo no soy capitán de bandidos traidores, ex-teniente Pérez.

—No somos traidores —tornó a replicar Pérez— queremos salvar a nuestra patria de la usurpación de los yanquis.

—¡Sí, salvarla! Y la entregan al extranjero. Lindos patriotas, famosos mexicanos —proseguía Méndez—. Quisiera yo no tener ojos para ver a ustedes, quisiera yo ser rayo para exterminarlos. Raza maldita, raza de alacranes que pagan a la patria, a nuestra santa madre, royéndole las entrañas. Teniente Pérez, una última palabra; en nombre de la patria, en nombre del juramento que prestó usted a su bandera, en nombre del deber santo, le llamo al cumplimiento de sus deberes de soldado, de mexicano, de honradez: deponga usted esas armas que de benditas está usted convirtiendo en infames. Teniente Pérez, dignos cunduacanecos ¡Viva la República!

Nadie contestó.

En aquella sazón, las muchas personas que había en el interior de la casa, ocupadas en contener al coronel Méndez que en el paroxismo de su furor había intentado traspasarse con la espada, y que al serle arrancada de la diestra, había caído en un convulsivo vértigo de rabia, rodearon al capitán, y a viva fuerza, arrancándolo en peso, lo metieron adentro; en tanto que el amo de la casa, ayudado por algunos más de los que creían gozar de mayor ascendiente en el ánimo de Antón, se acercaron a parlamentar con él.

Rápida fue la plática y debió de ser persuasiva, como que el teniente, volviéndose a poco a sus soldados, mandó echar armas al hombro, y a la cabeza de la pequeña columna, se encaminó al cuartel.

Doña Socorro, que bañada en un mar de contento estaba pendiente de lo que ocurría, se quedó sorprendida al ver desfilar la tropa sin traer entre filas a los prisioneros, volvió a echarse el rebozo encima, y fué en busca de Antón, quien parecía estar en espera de ella, pues salió a encontrarla.

—¿Qué ha pasado, chico? —inquirió la dama con viva ansiedad.

—Nada; que no pude sobreponerme a los sentimientos de cariño y respeto que profeso al coronel.

—Pues buena la has hecho. ¿No ves que dentro de algunas horas volverá con sus fieles de la costa, y cacrá sobre tí, y lo sufrirá la población?

—No vendrá, señora. Tengo seguridades.

—¿Te ha empeñado su palabra de honor?

—No he hablado, ni hubiera podido hablar con él de vergüenza.

—¿De vergüenza?

—Sí, señora; vergüenza tengo de la felonía que le he jugado. Ah, señora, Dios sabe que a no estar de por medio esta desesperación mía que se llama Rosalba, no habría quebrantado mis juramentos ni la ley de respeto y estimación que me obliga para con el coronel Méndez.

¡Ojalá y en el curso de los acontecimientos se me proporcione ocasión de darle testimonio de mi gratitud!

—Ya está hecho, y a lo hecho pecho. Quiera Dios que no te arrepientas. De pronto tus méritos para con Arévalo no van a tener la misma magnitud que si le hubieras de presentar la buena presa de los hermanos Méndez.

—¿Y qué iba a hacer el general con ellos? Tal vez lo liberte yo de una carga.

—No hablemos más de esto. Ahora, al avío. Levantas tu acta de proclamación del Imperio y sin pérdida de tiempo la comunicas de oficio. Yo también voy a escribir y a ponerte por las nubes.

Aquella misma tarde fue despachado el expreso conductor de los papeles oficiales en que Antón Pérez daba parte del espontáneo sometimiento de la Villa a la causa imperialista, y de la carta de doña Socorro, en la que sin regatear elogios al bravo joven que había encabezado ostensiblemente el movimiento, sacrificaba su modestia declarándose el alma del atrevido golpe.

No cupo el regocijo en el pecho de Arévalo, que con la adhesión de Cunduacán, el imperialismo quedaba adueñado de toda la Chontalpa, y se apresuró a contestar en la forma más encomiástica al joven Antón Pérez, a quien, prometiendo un porvenir deslumbrador, le enviaba el despacho de capitán, con el ofrecimiento de ir en breve a estrecharlo entre sus brazos.

Doña Socorro iba a sufrir mareos con el incienso que la prodigaba, y ya tenía para contarse entre las grandes damas que en las intrigas de Corte han decidido del destino de las naciones.

Con efecto, dos días después, Arévalo, con ruidoso cortejo de numeroso Estado Mayor y de amigos, se presentó en Cunduacán, donoso, arrogante e irresistible. Joven, bien personado, resuelto, y con la viveza propia de su raza, fue acogido con agasajadora simpatía. Lo más principal de la villa acudió a presentarle sus homenajes, y no faltó de los primeros don Rafael del Riego, antípoda de su homónimo asturiano el héroe de Cabezas

de San Juan, que el nuestro don Rafael era acérrimo partidario de los gobiernos fuertes, o sea del pan y palo, y a no ser su innata pusilanimidad, ya se hubiera metido en armas para guerrear por la buena causa.

Tuvo para Antón el jefe imperialista las más señaladas distinciones, y como no faltó quien le insinuara cómo andaba el joven capitán fuera de quicios por la bella Rosalba del Riego, con indiscreción andaluza tocóle la herida, y de curarla se ofreció garante.

—Como usted ha de ser quién mande aquí —díjole a la postre— y como tengo necesidad de tenerle a mi lado, me ha de indicar usted a quién desea se encomienden las funciones de la autoridad pública.

—Gracias, señor —contestó Antón— designe usted a quienes guste.

—Ni conozco a nadie aquí, ni puedo tener confianza en quien usted no la tenga. ¿Es hostil a usted en sus pretensiones el don Rafael del Riego, padre de su Rosalba?

—Lo ignoro —respondió Antón, poniéndose de color de grana.

—¿Qué le parece de Prefecto Municipal? Y le haremos entender ser usted quien lo propone.

—No sé como recibirá esa distinción; mas temo que sabiendo le viene de mí, tal vez rehusara.

—Pues qué ¿no es adicto a nuestra causa?

—Adicto lo es, pero no ha de ser extraño a las esquivas de su hija. Es gente aristócrata, y me tiene muy en menos.

—Pues haremos porque le tengan en más.

Llamó a un ayudante, ordenóle que fuera en busca de don Rafael del Riego, con recado de necesitarlo, y dijo a Antón:

—No se me vaya, compañero, que ha de presenciar esto.

Y para entretener el tiempo en provechosa plática, puso a preguntar sobre peculiaridades y circunstancias de los pueblos y de las personas de aquella región tabasqueña.

No tardó en presentarse don Rafael del Riego, con cara compungida, barriendo el suelo con el sombrero y sonriendo a Antón con sonrisa de tímido halago.

—Señor del Riego —le dijo Arévalo —tenemos necesidad de constituir autoridades, y por adicto a nuestra causa, el señor capitán Pérez propone a usted para Prefecto Municipal.

Don Rafael dirigió a Antón una expresiva mirada de agradecimiento, y turbado y titubeante, tras breve reflexión, contestó:

—Señor: grande honra se me hace con el cargo que por indicación del capitán Antón Pérez, a quien tanto estimo, trata de encomendárseme. Con gusto lo aceptaría, porque soy ardiente partidario de nuestra noble causa; pero es el caso que ahora no gozo de buena salud, y no voy a poder consagrarme cual es debido a las labores del empleo.

—¿Quiere decir que se excusa usted de servirnos, —observó el jefe imperialista, dando a su voz inflexión de reproche.

—No tal, señor. Con gran gusto serviré; sólo que de momento no me es posible. . . —y siempre titubeando y angustioso, fija la mirada en el semblante de Arévalo, prosiguió:— Un corto plazo, señor, mientras me curo, un mes. . . dos meses. . . Quiero servir de verdad.

—Ya oye usted, Antón, su candidato se niega a servir.

—Que no me niego, señor. De momento, no puedo; pero ya que se me dispensa confianza, que mucho agradezco a usted y a este mi querido Antón, me atrevo a proponer quien me substituya interinamente.

—Veamos ¿a quién nos propone?

—Pues a mi primo don Felipe Ruiz, le conoce Antón. En otro tiempo fue capitán reaccionario.

—¿Qué dice usted, capitán Pérez?

Antón sonrió con sonrisa un tanto despectiva, y contestó:

—En fin, como no ha de batirse, no me parece malo.

—Pues será nombrado Prefecto Municipal el primo de usted don Felipe Ruiz. Y en cuanto a usted, señor del Riego, quedo confiado en que ha de servir a la buena causa, y, sobre todo, que ha de ser el mejor amigo del capitán Antón Pérez, que es como si se tratara de mí mismo.

—Gracias, mi jefe —murmuró Antón.

—Si siempre lo he querido mucho... —dijo el tímido del Riego, con afectada efusión, y para confirmar sus palabras, echó los brazos al joven capitán, quien no se dio a aquella muestra de afecto, comprendiendo que era sólo el miedo el que la inspiraba.

Ido el don Rafael, Arévalo a solas con Antón Pérez se entró en cordiales confidencias, que tras de halagar el amor propio del joven, le hincharon el pecho de lisonjeras esperanzas, y hasta tuvo un sentimiento de gratitud para doña Socorro que lo había puesto en tan buen camino.

—Necesito que usted me acompañe en la excursión que voy a efectuar por estos pueblos de la Chontalpa, que no conozco —díjole— y en la que me va usted a ser sumamente útil. Voy a hacer extender el nombramiento de Prefecto a ese señor Ruiz, de cuya bazarria no parece tenga usted el mejor concepto —y acercándosele y golpeándole el hombro con abierta familiaridad, continuó, sonriéndole: —¡Mire cuál se le encariña su futuro papá!...

Antón bajó la cabeza visiblemente turbado al escuchar el bienhechor pronóstico.

—Ahora, amigo, a dar al nuevo Prefecto las instrucciones que juzgue usted convenientes, y a alistarse para nuestra excursión que comenzará mañana mismo.

Fuése Antón tan fuera de sí, tan embargado por la sensación de bienestar que experimentaba, que le pareció como si un ser distinto brotara del fondo de su conciencia.

Cuando a la vuelta de la excursión fue Antón a despedirse de sus cariñosas tías, pues el jefe imperialista no consintió en que se le separara, lejos de que las

buenas mujeres hallaran lenitivo a su pesar con el montón de dinero, tan grande como jamás lo vieran ante sus ojos o se lo imaginaran, que les entregó, abrazadas al cuello del amado sobrino, sollozaban sin consuelo, mal articulando palabras incoherentes, tan doloridas, que parecían el último adiós al muerto que se va.

CAPÍTULO XIV

SÁNCHEZ MAGALLANES Y EL CAPITÁN GREGORIO MÉNDEZ

Dos días bastaron a Antón para darse cuenta de la poca regularidad que reinaba en la tropa imperialista. Arévalo, intrépido y fogoso, cifraba el éxito, más que en la disciplina de sus soldados, en el denuedo y el arrojo, estimulados por la expectativa del botín que les tenía ofrecido para todas las ocasiones en que tuvieran qué combatir, aparte de la buena soldada con que los retribuía, en lo cual, como quien gasta de lo ajeno, era el andaluz de mano bien abierta.

Llamóle la atención el joven capitán sobre los peligros que ofrecían hombres de guerra así gobernados, y Arévalo, que era perspicaz, oyó con provecho las observaciones modestamente apuntadas por Antón, que, aunque no había batallado hasta allí en campaña alguna, no corto caudal de saber había sacado de sus lecturas de la *Historia militar de Francia*.

A eso se debió que desde el día siguiente el jefe imperialista se preocupara seriamente de los detalles de la disciplina, y el imperio de la ordenanza comenzaba a hacerse sentir entre su tropa, compuesta, en su mayor parte, de mercenarios aventureros de diversas nacionalidades. Los soldados ya no vivieron entregados a la holganza, amenazando a la gente pacífica con sus escandalosos desmanes, sino que se les hacía emplear el tiempo en ejercicios militares y en la enseñanza que recibían en los cuarteles.

Este nuevo modo de ser fue del mejor efecto, pues al par que la gente se hacía más apta para el combate, la alarma en que mantenían a la población tornóse en

sosiego y confianza. La causa imperialista se robustecía con las noticias que por diferentes conductos llegaban a la capital de Tabasco.

El general republicano López Uruga se había pasado al enemigo con todo su cuerpo de ejército, en su Cuartel general de San Marcos; el general Bazaine, a manera de Júpiter Tonante, fulminaba sus legiones en todos sentidos; las capitales del centro y algunas del norte eran ocupadas triunfalmente, y allí donde los fieles a la patria intentaban sostenerse o recobrar lo perdido, recibían el escarmiento de su temeridad. Dos columnas paralelas avanzaban victoriosas hacia los Estados de la frontera norteamericana, y Juárez escapaba milagrosamente de la felonía de Vidaurri, comprometido a capturarlo y entregarlo al expedicionario de Napoleón III. Los soldados de la República, desnudos y hambrientos, dispersados en todas direcciones, sólo alentaban por la simpática atracción que ejerce el sacrificio sobre los corazones bien templados.

En la atmósfera resonaba solo un ruido: el *Hossanna* de bienvenida a los redentores de México. Había para dormir tranquilo con este éxito consumado del soñador de las Tullerías, y tranquilo dormía Arévalo, cuando a la media noche del 6 de octubre, fue bruscamente despertado por un ayudante que penetró en su alcoba para comunicarle la súbita presencia del Prefecto de Cárdenas.

—¿Qué ocurre? —gruñó con enojo, incorporándose.

—Ahí está él.

—Que entre.

El aludido no aguardó a que se le comunicara la orden. Bastóle oírla, para penetrar en la alcoba.

—¿Qué pasa, González? ¿Qué significa su presencia a esta hora? —interrogó Arévalo.

—Que no he huído como un cobarde. Solo, no podía defenderme contra doscientos asaltantes. Debo estar con vida, que ¡voto a Dios! mejor me hubiera sido haberla dejado, a la solicitud de un amigo, que me impidió entregarme al enemigo.

—¿Qué enemigo? —volvió a interrogar Arévalo con alguna ansiedad.

—Los liberales. A las cinco de la mañana han caído sobre Cárdenas, encabezados por un viejo, por Sánchez Magallanes. Conmigo, ni un soldado; no contaba yo más que con diez guardias de policía que ¡miserables! se pasaron a los asaltantes.

—¿Qué número de fuerzas contará ese Magallanes?

—El amigo que me salvó los calcula en doscientos.

—Retírese, González —articuló de mala manera el jefe imperialista—. ¡Ayudante! —gritó— que venga en el acto el capitán Pérez.

Antón no se hizo esperar.

—¿Que manda, mi jefe?

—Que los liberales han sorprendido a González, haciéndolo huir de Cárdenas. ¿Quién es Sánchez Magallanes?

—Un viejo liberal, muy astuto, según cuentan de él.

—El es quien acaudilla a esos bandidos. Vamos sobre ellos, que me está hirviendo la sangre.

—¿Puedo hablar?

—Para oírle le llamo.

—Yo no procedería así. Ante todo, hay que salvar a Cunduacán y cerciorarse de lo que haya ocurrido después del asalto de Cárdenas. Ni Cunduacán podría defenderse del ataque de los cardenenses, ni el Prefecto Ruiz sería capaz de hacer frente. Ahora mismo marchó; preparo la resistencia si aun es tiempo, o pongo en salvo aquellos elementos, que son de tanto precio. Mis paisanos, señor, son soldados ejemplares.

Tan oportuna y categórica pareció a Arévalo la indicación de Antón Pérez que, aceptándola de plano, se limitó a decirle:

—Bien pensado, compañero. Cuidado, sí, con alguna temeridad.

—No la habrá, mi general. Por lo demás, el miedo es mal pertrecho de guerra. Llegaré a Cunduacán, despacharé a un muchacho de confianza rumbo a Cár-

denas, y antes de que expire el día sabremos a qué atenernos. No creo tenga importancia lo acaecido.

—Tampoco yo se la doy. González ha procedido como un cadete.

Despidióse Antón, y sin perder tiempo, con la sola compañía de su asistente, tomó camino de Cunduacán. En realidad no le preocupaba aquello. Por locura, la más temeraria, reputaba el atrevido acto de Magallanes. No era aquella la hora de volver por la causa de la República, por todas partes vencida y arrollada. El Imperio se imponía como por mágica virtud, y demencia habría sido dudar de su triunfo definitivo.

Mal apuntaba el sol cuando llegó a la villa, e incontinentemente procedió a expedir un escotero de la mayor confianza que, acercándose a Cárdenas lo más posible, inquiriera lo que por allí pasaba. En Cunduacán de nada se tenía noticia.

Con la misma premura ordenó al Prefecto Ruiz, a quien nada inició, procediera a reunir las compañías locales. De ellas, sólo pudieron ser habidos unos cien hombres, que no habiendo motivo de alarma, todos andaban ocupados en sus ordinarias faenas.

A las tres de la tarde regresaba el expreso. Había llegado a Cárdenas encontrándola tranquila, pues los ocupantes del día anterior, la tropa liberal que acaudillaba Sánchez Magallanes, sólo había permanecido en ella unas cuantas horas, retirándose rumbo a los bosques de Santa Ana, y no había quedado rastro de ellos.

Con estos datos que merecieron a Antón fe completa, dispuso que los cien soldados que lograra reunir marcharan en el acto para San Juan Bautista, siguiéndoles él media hora más tarde.

A las siete de la noche saludaba a Arévalo y, sin esperar pregunta, le dijo:

—Los liberales de Magallanes no las tienen consigo. Se limitaron a dar el golpe, asustando al Prefecto. Horas después evacuaron la población rumbo a Santa Ana, según los diceres que recogió mi enviado. Magallanes es un taimado a quien hay que beber los vientos. Bien

pudiera ser que su retirada fuera un falso movimiento para caer sobre Cunduacán y sorprenderla con la mayor facilidad, por ser accesible en todos sentidos. Si este es su intento, es preferible dejársela; que caiga en la ratonera y allí lo atrapamos, y de un solo golpe acabamos con su bellaquería. De eso me encargaría yo, si usted me confía la empresa. La tropa de Cunduacán estará aquí dentro de una hora, la dejé pasado el río González; trae bravos oficiales; no cuento al Prefecto, porque éste viene de miedo de quedarse solo.

—Muy bien, capitán. ¿Y cómo sabremos si Cunduacán ha sido ocupada por el enemigo?

—Dejé gente lista, que venga a escape y nos comuniqué novedades.

—Perfectamente. Ahora disponga usted dónde ha de acuartelarse su gente, que ya daré órdenes al mayor Garrido haga se cumpla lo que usted ordene.

—Gracias.

—Le espero a cenar conmigo; y en seguida a tomar algún descanso, que bien estropeado ha de sentirse.

—Gracias —repitió Antón, y se fue a arreglar la instalación de sus soldados.

Cuando pasado el día siguiente sin ninguna novedad, había para pensar que lo de Magallanes había sido necia intentona desvanecida en humo, otra sorpresa vino a turbar la quietud de los imperialistas. Poco antes de la media noche echaba pie a tierra a la puerta de la casa de Arévalo un caballero que vestía pantalón y chaqueta militar.

No parecía que trajera premura, no obstante que su caballo y el del mozo que le acompañaba, se mecían de cansancio, respirando con fatiga. No se hallaba allí el bizarro andaluz, que asistía a un baile que ofrecía el comercio, deseoso de ganar su gracia.

Por él preguntó el recién llegado al ayudante de guardia, e informado donde se encontraba, rogóle fuera a dar parte de su presencia. El ayudante, que le conocía, no se imaginó fuera por cosa extraordinaria, tal era el reposo con que hablaba.

Apenas supo Arévalo de quién se trataba, comprendió lo ocurrido. Llamó a Antón Pérez, con él se escurrió fuera de la sala de baile, diciéndole:

—Otro espantado. Ahí tenemos a Romanco, que, de verdad, no es asustadizo. ¿No cree usted que los de Cárdenas hayan caído sobre él?

—Bien puede ser, señor.

Ya frente al fugitivo Prefecto, cuyo aspecto no revelaba emoción ninguna, interrogó el Jefe:

—A ver, Romanco ¿qué ha acontecido? Y sea breve, porque tengo que volver al baile.

—Que Comalcalco se ha sublevado. Más de doscientos me han atacado el cuartel y mis pobres veinte soldados sólo tuvieron tiempo de poner pies en polvorosa. He escapado a uña de caballo, rompiendo cercas y tomando por atajos. En Jalpa estuve a punto de ser atrapado.

—¿Magallanes? —interrogó Arévalo. Y como el Romanco no comprendiera la pregunta, Antón se la trajo.

—El general quiere saber quién es el cabecilla de esos pronunciados.

—Ha de ser Gregorio Méndez. Cumpliendo órdenes de mi general, ayer lo despaché, para que bajo su palabra de honor viniera a presentársele.

—Sí: iba yo a sacarlo de la tierra. Me han asegurado que los hermanos Méndez son peligrosos. Y ¿qué más?

—Que había su complot formado. Algunos amigos me pidieron acompañarlo; consentí, ningún peligro veía en ello. En llegando a Jalpa, allí se les agregaron algunos más, y como Pedro por su casa, se dirigieron a la Prefectura y se apoderaron del depósito de armas y municiones que en ella había sin custodia alguna, como si para ellos estuvieran allí. Han de haber penetrado en Comalcalco por la noche, y arreglado el golpe.

—¿Y cuál Méndez es ése?

—El comerciante; muy popular entre aquella gente, inofensiva, al parecer.

—Pregunto al capitán Pérez, que ha de saber más.

—¡Ah! —contestó el aludido—. Sí que le conozco. Es un republicano muy entusiasta y valeroso.

—Ese informe tenía, y que él y su hermano son hombres peligrosos; por eso había yo acordado la expulsión de ambos.

—Ahora sí que no hay tiempo qué perder —agregó Antón—. Hay que evitar a toda costa la reunión de los de Magallanes con los de Comalcalco.

—Señores —dijo el llamado Romanco, que no había comprendido las últimas palabras del capitán Pérez— tengo el deber de recobrar lo perdido. Déme usted cien hombres, esos me bastan; y con mi cabeza respondo a usted de escarmentar a los sublevados. Esa sola demanda me trae ante usted y no me la va a negar.

—Pues por negada, Romanco. Yo seré quien vaya a escarmentar a esos insolentes y a recobrar Comalcalco. Lo más que puedo concederle, y eso porque sé que no es usted cobarde, es que sea de los nuestros. Irá usted bajo las órdenes del capitán Pérez.

—¿Y mi antigüedad, señor?

—Pues no irá usted. ¡Es curioso! se dejan sorprender y defienden prerrogativas. En la milicia, lo primero es merecer.

—Gracias, señor —murmuró Antón— yo no me creo con derecho a ningún merecimiento.

Arévalo, sin hacer aprecio de las palabras del joven capitán, le dijo:

—Ya está mi plan hecho. Tomaremos el mayor número de caballos de los más fuertes de que podamos disponer; les echamos encima dos jinetes; y, saliendo del baile, derecho a Comalcalco.

—Muy bien, señor; pero ¿derecho? —preguntó Pérez.

—Sí; hay que acortar distancias.

—Derecho entiendo por Nacajuca y Jalpa...

—Eso es.

—Por ahí fracasamos. Serían advertidos los sublevados y tendrían tiempo de huir el bulto.

—Pues ¿y por dónde?

—Por Cunduacán, señor.

—Por allí tendremos que hacer un rodeo muy largo, y nuestros caballos van a inutilizarse. Dieciocho leguas. . .

—No, señor, no alargamos distancia, antes la acortamos. Yo conduciré la expedición, y por ahí estoy seguro de que sorprenderemos a los rebeldes.

—Pues por Cunduacán. Ahora, al baile. Ahí está Garrido y haré que proceda a alistar la caballada disponible, y la mejor gente.

—De la mía, señor. Esa conoce el terreno palmo a palmo.

—De la suya, de preferencia.

A las cinco de la mañana los madrugadores veían con algún asombro el desfile de ochenta caballos, cada uno llevando dos jinetes, armados de infantería, que tomaban en dirección de Atasta. ¿A dónde irán? se preguntaban los que los veían pasar. Y los que se tenían por bien informados, decían: "Van sobre Cárdenas, ocupada por los liberales."

En la hacienda de la Trinidad hizo la expedición un breve alto, y con esta ocasión el administrador desplegó las mayores atenciones y solicitudes para con el jefe imperialista, tal cual si fuera el más entusiasta partidario de la causa. Cuando volvieron a emprender la marcha, Arévalo hizo observar a su capitán Pérez las excepcionales muestras de adhesión que acababa de recibir del administrador, a lo que Antón contestó:

—No hay que fiarse, mi general. Para mí son puras apariencias, papel estudiado. Este don Mariano Aguilar no puede sernos adicto. Es un viejo liberal muy marrullero. Toda la guerra de Reforma la hizo bajo las banderas del general Corzo, caudillo chiapaneco. Tiene toda la malicia y doblez de los coletos. No hay que fiarse, mi general.

A las nueve, la tropa entraba ruidosamente en Cunduacán. Rancho para los soldados, un pienso a los caballos, y a todos un descanso, y a la una, otra vez en marcha camino de Jalpa. Una hora después, por indi-

cación de Antón Pérez, se abandonaba el camino y, guiados por dos prácticos, se entró por una senda a través del bosque alto y espeso.

—Capitán Pérez —dijo el jefe a nuestro héroe— usted es aquí el más experto y a usted encomiendo el mando. Garrido —añadió, volviéndose al mayor— no se obedecerán más órdenes que las del capitán Pérez, pena de la vida el que no las acate.

—¡Gracias, señor! —exclamó Antón—. Acepto la responsabilidad y me atrevo a pedirle una gracia.

—Otorgada —contestó sin vacilar el andaluz—. ¿Diga cuál?

—Tengo mis cuentas pendientes con los hermanos Méndez. Si caen, deseo disponer de la suerte de ellos.

—Ya estaba concedida.

Y esto dicho, echóse Antón a la cabeza de la tropa.

Cosa de las cinco serían cuando mandó hacer alto, echar pie a tierra a un jinete de cada caballo, y a formar. Fraccionó en seguida sus soldados en cuatro cortas secciones, dos de a pie y dos montadas, comunicó sus últimas instrucciones a los respectivos oficiales que las mandaban y ordenó el avance.

Cinco minutos después desembocaban a un amplio camino, y una vez allí, las guerrillas tomaban las direcciones indicadas por Antón. El, con una de infantes, descendió por una vereda estrecha al albeo de Río-Seco, la que sin dificultad y sin que se les sintiera, condújoles al interior mismo de Comalcalco. La corneta dio el toque convenido, y los imperialistas avanzaron hacia el centro de la población, por los diferentes puntos convergentes que Antón había previamente señalado.

Los republicanos, enteramente desapercibidos, fueron tomados por sorpresa, y apenas si unos cuantos pudieron tomar sus fusiles que, fugitivos, disparaban al aire.

Tan desprevenido como su gente, el jefe no estaba en el cuartel. Paseábase a pie visitando casas amigas, cuando los imperialistas, más para amedrentar que para

causar daño en donde no se les oponía resistencia, hicieron una descarga. Voló a ponerse al frente de los suyos en los momentos en que por una calle transversal desembocaba una columna enemiga. Advirtiéndolo un pacífico vecino que, asustado, se asomaba por una puerta entreabierta, y gritó al sorprendido jefe:

—¡ Por aquí! ¡ Por aquí, don Gregorio! ¡ Sálvese por aquí!

No se hizo el sordo. Entróse, y tras él el solícito vecino, no dudando que se le vendrían encima los invasores. A fin de dar tiempo a que el querido patriota se salvara, cerró violentamente la puerta, la afianzó con una tranca, único medio de seguridad de que disponía, y se quedó sosteniéndola. Antes que un minuto transcurriera ya estaban allí los perseguidores, empujando la puerta y queriéndola hacer saltar a culatazos; mas la puerta no cedía, y entonces, en su despecho, pusieron a acribillarla a balazos.

A los primeros disparos cayó exánime el generoso salvador del jefe republicano. Cedió al fin la puerta, recogieron el cadáver en triunfo, y con gritería salvaje llevaronle arrastrando hasta la plaza. Acudió Arévalo, informáronle que aquél hombre allí muerto había impedido la captura del jefe de los sublevados, que era Gregorio Méndez en persona, y le propusieron colgarlo de un largo poste que ahí inmediato se erguía —resto de los que se habían sembrado para despedir los globos de la recién pasada fiesta de San Miguel, patrono de la villa— a lo que accedió de grado y aún celebrando el chiste. Ahí permaneció el rígido cadáver de Gil Flores —era el nombre de la víctima— hasta que la piedad de Antón Pérez lo hizo bajar y entregar a la humilde, desolada familia a que el muerto pertenecía.

Estrepitosa alharaca hicieron los imperialistas de su incruenta y fácil victoria, comunicando Arévalo por expreso a la capital el parte pomposo del suceso a su secretario y confidente, quien se apresuró a darlo a conocer por la siguiente proclama:

“¡Compañeros! ¡la Plaza de Comalcalco está colgada de bandidos! ¡Viva nuestro valiente colorado Arévalo!” *

¿Qué suerte había cabido al jefe republicano?

Salvado de momento por Gil Flores, rompiendo cercas y salvando tapias alcanzó el patio de su propia casa. Su caballo estaba allí listo; una criada tenía el ronzal, tomóle Méndez precipitadamente, de un brinco estuvo sobre el animal y, encomendando cuerpo y alma a Dios, partió a escape, como pudo y por donde pudo, e iba gritando:

—¡Muchachos! ¡a monte adentro!

Así se desvaneció aquel pueril conato de insurrección tabasqueña contra el Imperio, que tan robusto nacía bajo el omnipotente padrino de Napoleón III.

Para Antón Pérez hubo recompensa ruidosa: fue ascendido a mayor y creado Prefecto político de la Chontalpa, quedándole subordinados todos los Prefectos municipales del Distrito. Era ya casi un jefe de Estado.

* Histórico.

CAPÍTULO XV

FIRMEZA INQUEBRANTABLE

Al mediodía del 29 de aquel mismo mes, un acontecimiento que las circunstancias hacían aparecer extraordinario, sorprendía la atención de los vecinos de Cunduacán. A aquella hora, Gregorio Méndez y Sánchez Magallanes entraban en la reaccionaria villa, a la cabeza de unos trescientos infantes y de un escuadroncillo de cincuenta caballos.

Por audacia inconcebible tenía ese movimiento de los republicanos chontalpanecos, tras del golpe aniquilador que sufrieran en Comalcalco al ensayar con acierto infelicísimo su levantamiento en armas, que nadie osaba poner en duda las pomposas versiones que del suceso hicieran los imperialistas ponderando su victoria, y no escaseando punto de exageración al número de los que habían sido colgados, en castigo de su temeridad, en la plaza misma de la villa en rebelión.

Tal escarmiento no era para alentar sino a dementes empeñados en su perdición, con venir a ponerse al alcance de las zarpas de los tigres vencedores; perdición irremisible, sobre todo para los dos caudillos, a quienes sus adversarios habían declarado fuera del estado social; puesto a precio sus cabezas, y abandonados como bestias feroces a los instintos de los malvados, incitados al crimen por la codicia de la recompensa prometida. A nadie se le ocurría que este modo de combatir al enemigo, llevaba implícita la revelación de la impotencia de quienes a tal recurso encomendaban la defensa de su causa.

En verdad que la vista de aquella tropa no era para augurarle suerte mejor que la que día antes cupiera a

los insurrectos de Comalcalco. Su equipo, ridículamente heterogéneo, rompía con toda idea de unidad. Fuera del ordinario y amarillento *chontal* que resguardaba las cabezas, de los que algunos conservaban aún ceñida la base de la copa de un listón rojo, ya desteñido por la lluvia y el sol, cada soldado era ejemplar diferente.

Tres tambores batían una marcha ronca y acata-rrada, acompañados de una corneta, rajado y el gañote que sonaba chirriante y fuera de tono. Tal era la banda de la risible "Brigada de Operaciones", pomposo título con que los quijotescos cerebros de los dos cabecillas habían bautizado a aquella desorganizada e indigente guerrilla.

Su armamento quebrantaba toda uniformidad. Era como un museo arqueológico de fusiles en marcha: unos cuantos Enfields, vizcaínas de varia especie, escopetas de diferente calibre, y hasta fusiles de chispa o cazoleta. No hay qué hablar de fornituras: por una docena de cartucheras, lo restante de la tropa llevaba su dotación de tiros sueltos en garnieles: quién de piel adobada; quién de cuero crudo de venado, o en redecillas de caza tejidas de fino ixtle.

Esto, en cuanto a la infantería. Del escuadroncillo que marchaba a vanguardia, fuera de los caballos, verdaderas hacas por su alzada, que no se veían flojas ni enclenques, antes lucidas y rijosas, no había mejor qué decir: salvo una que otra carabina de ordenanza, los jinetes venían armados de mosquetones y retacos, hechos éstos de escopetas recortadas, de calibre desigual, ni más ni menos que el de los fusiles.

Completaba su equipo la canana al cinto, del que colgaban, tanto en jinetes como en infantes, tajantes machetes de la afamada fábrica de Collins, arma que si por los que la portaban infundía respeto, era notoria su desventaja para el combate, atento a que sólo podría tener uso en las luchas cuerpo a cuerpo.

De municiones no debían andar muy pertrechados, pues si bien al centro de la columna iban como hasta doce cargadores, claramente se advertía que eran porta-

dores de bastimento, que no habían de conducir en desabrigadas redes de anchas mallas municiones de guerra.

Detrás de la columna venían los caudillos, cabalgando en sendos caballos garbosos y bien mantenidos, con silla de fino talabarte leonés, vaquerillo de colgantes crines y cabezada de plata, y aquellos vestidos de sencillas blusas de lana rayada, sombrero charro con filete de oro al borde del ala, por único adorno, bota fuerte de charol el Gregorio Méndez, de simple vaqueta Sánchez Magallanes, ambos seguidos de cuatro ayudantes, que constituían todo el personal del Estado Mayor.

La gente se preguntaba azorada de dónde había salido, cómo se había formado aquél pequeño ejército después del descalabro de Comalcalco, que hiciera abortar el conato de rebelión, gracias a la intrepidez de Arévalo y a la estrategia del improvisado batallador Antón Pérez, a quien, sin duda, cupiera la mejor parte de la hazaña. ¿Cómo el pánico con que huyeron y se dispersaron los sorprendidos rebeldes, resultaba ahora aliento para venir a provocar a los vencedores, que era provocación flagrante aquel avance sobre la capital, ocupando la llave y cabecera de la Chontalpa?

Nada: que aquellos desalmados estaban locos de remate y nadie daba un ardite por su vida.

Como no había en la villa guarnición, ni quien les hiciera resistencia, tomaron tranquila posesión de la plaza principal, acuartelándose en la cárcel y en la casa consistorial, en tanto que los caudillos se instalaban en una amplia y hasta elegante casa de portales, defendidos por corrida verja de hierro, situada en la misma plaza.

No habían querido aquéllos prevenir su arribo a la villa mandando preparar con anticipación alojamiento ni rancho; no lo primero, porque conocían de sobra las condiciones de la población; no lo segundo, porque deseaban no enconar sus antipatías hacia los republicanos con cupos de guerra de ninguna especie, y ambas cosas, para no dar ocasión a que corriera el parte a la capital de que la villa estaba amenazada de ocupación. Por esto

traían consigo provisiones de boca, que una vez ocupada la villa ya se proveería a los medios de subsistencia.

No bien hubieron tomado los caudillos una ligera refacción, que ambos eran ejemplarmente sobrios, tornaron a cabalgar y seguidos de dos ayudantes fueron a inspeccionar los varios puntos por donde la población, completamente abierta, podía ser atacada de fuerzas enemigas. No que no los conocieran, mas querían cerciorarse del estado de los caminos que por ahí daban acceso a Cunduacán. Hora y media después, Méndez, el jefe ostensible de los republicanos, ordenaba al mayor Ramírez destacara guardias avanzadas, de cinco caballos cada una, con destino a los cuatro rumbos principales, con la mira de prevenir una eventual sorpresa.

Al volver los jefes a su alojamiento se encontraron con que eran esperados por un buen número de personas de viso, e imaginaron que acudían a precaver de exacciones a la población, que ya sabían cómo eran desafectos a la causa republicana los hijos de Cunduacán.

Méndez Magallanes eran sujetos de notoriedad en toda la Chontalpa, donde contaban con numerosas amistades, y fueron viendo que eran de estos amigos de los que se componía el grupo, del que hacían cabeza el Presidente municipal que, a falta de Antón Pérez, ejercía la Prefectura, y don Rafael del Riego, que aunque imperialista de corazón, tal cual se lo imponían sus tradiciones nobiliarias, ni él ni sus acompañantes eran gente de guerra; mas acudían a pagar tributo de respeto y cortesía a la autoridad de la fuerza, siquiera esa autoridad fuera de momento, por lo que pudiera suceder. Perteneían al número de los cautos, conocedores de la veleidad de la fortuna, y de cómo la guerra y la política ofrecen azares capaces de burlar las previsiones más sesudas. Nada más común que estos individuos desprovistos del valor de sus opiniones, eternamente dispuestos a aplaudir los caprichos del dios Exito, para quienes "siempre brilla hermoso el vencedor", que dijo el lírico extremeño.

Como que del Riego, no sólo era amigo del viejo Magallanes, sino que hasta tuteaba a Gregorio Méndez, a quien había visto nacer.

Entre estos visitantes, uno alto, mofletudo, encendido, tupido de barba, siempre rasurado, con lo que tomaba el aspecto de un prior de convento, de cejas espesas que se proyectaban sobre los ojos a modo de cobertizos, peludas las gruesas orejas, bien encanecido y calvo, a mayor abundamiento, don Manuel de Torres, centralista del año de treinta y cinco, politicastro, católico y liberal republicano del año de veinticuatro, y, por ende, intolerante, había contemplado, arrasándosele los ojos de compasivo llanto, la entrada de la tropa de Méndez, y conmovido hasta lo más hondo de su pecho ante el espectáculo de aquellas que él consideraba víctimas destinadas a inevitable sacrificio; enemigo, en el fondo de su alma, de la intervención extranjera que venía a abrogar la República y a sustituirla con la forma monárquica, mas convencido de que no había poder humano que evitara la caída de aquélla, tras largo meditar, bien afirmado en su convicción, obedeciendo al impulso de su conciencia, determinó ir a hablar claro, muy claro, a los caudillos republicanos para ver de apartarlos de su temeraria empresa.

Contaba con la autoridad de sus años, con sus antecedentes de viejo liberal, con el prestigio de la sensatez que todo el mundo le reconocía. Que no era atendido, paciencia; cumplía con su deber, y con eso le bastaba.

Hubo de pensar a quién de los dos caudillos habría de dirigir sus reflexiones, y se decidió por Méndez, joven, generoso y humilde; no a Magallanes, que a título de viejo había de ser obstinado, temoso, egoísta, y por ello incapaz de oír consejos ni de otros más viejos que él.

Esta determinación lo llevó al alojamiento de los caudillos, la tarde de aquel 29 de octubre.

Viendo que los visitantes se hacían morosos, resolvió abordar a Méndez, y acercándosele, le dijo en el tono más respetuoso:

—Señor don Gregorio: deseo tratar con usted un asunto de la mayor importancia. ¿Podría usted, cuando sus graves atenciones se lo permitan, concederme una media hora de audiencia?

—Y cómo no, señor Torres —contestó el caudillo—. Si quiere usted, ahora mismo.

—¡Oh! no: verdad que hay premura; pero tiene usted ahora a sus visitas... Quizá algún otro asunto preferente...

—¿Quisiera usted esperar?... —repuso, señalando con la mirada a los visitantes, que maldita la gana que tenía de que siguieran distrayéndole el tiempo con las banalidades de una plática insulsa.

Don Manuel comprendió.

—Esperaré, sí señor —dijo y fue a sentarse a un rincón de la sala pavimentada de mármol blanco y negro, en que la escena tenía lugar.

Allí se estuvo quieto, sólo denunciada su presencia, cuando hacía pausa la plática general que allí se seguía, por el sonido peculiar de sus labios, a manera de paladeo, manía que había contraído desde que le faltaran los incisivos y caninos de la mandíbula inferior.

A las siete quedaba libre Méndez de sus visitantes e invitaba al señor de Torres a pasar al cuarto que le servía de alcoba, apenas alumbrado por mezquina esteárica, puesta en una palmatoria de hoja lata, que descansaba sobre ordinaria mesa de cedro. Hizo que su asistente colocara dos sillas, no menos toscas que la mesa, pegadas a ésta, y ocupando una de ellas, invitó al robusto anciano a ocupar la otra, diciéndole:

—Vamos, señor don Manuel, aquí me tiene usted a sus órdenes.

El viejo tomó asiento, se acarició las manos, pasándose sucesivamente la una sobre la otra, hizo una fuerte aspiración, que hinchó su tórax bovino, ejecutó con repetición el movimiento peculiar de sus labios, y abriendo las piernas, sobre cuyos muslos descansó el aglobado abdomen, habló así:

—Usted me conoce, señor don Gregorio, y la franqueza con que me voy a expresar me la inspira el concepto de bueno y de leal de que disfruta usted entre todos cuantos le conocen. —Hizo una pausa, paladeó, volvió a acariciarse las manos, y luego, dijo— Sabe usted que soy liberal que repugno, sepa usted que lo repugno, que repugno la monarquía que vienen a establecer en nuestra patria las bayonetas francesas. No soy hombre de armas; fuilo otro tiempo, cuando Evaristo Sánchez y los Maldonados; ahora, ni por mi edad, ni por mis ideas iría a la guerra. Hoy he presenciado la entrada de usted con sus tropas, y al verlas he sentido lástima, lástima tan honda, que me arrancó lágrimas.

—¿Lástima?... ¿Lágrimas?... —interrumpió Méndez.

—Sí, señor don Gregorio: llanto de lástima; porque me intereso por usted, por Magallanes que fue en otro tiempo mi adversario político: él federalista, centralista yo: por esos valientes que les acompañan. Usted y Magallanes y ellos marchan a un sacrificio tan cierto como estéril. ¿Qué van a lograr? Ser vencidos, destrozados, aniquilados por un enemigo superior a ustedes, no en valor, eso sí que no; sí en armas y en disciplina, superioridad reforzada por lo que resguarda sus espaldas, todo el poder de Francia; de Francia que ha humillado a la misma Rusia, vencido a Austria e impuéstose a Europa entera. ¿Y qué somos nosotros al lado de ella? Una pobre y desventurada nación que nada puede por sí ni cuenta con ninguna ayuda extraña.

—¿Nada puede por sí? —tornó a interrumpir el caudillo—. ¿Pues qué dice Puebla, qué dice el cinco de Mayo?... ¿Cuánto nos apoca usted, señor don Manuel!

—Precisamente: el cinco de Mayo prueba que nuestro pueblo es heroico, que el heroísmo pudo realizar un milagro como aquél. ¿Y luego?... ¿a la larga?... Forey con un ejército formidable para vengar la derrota, y la invencible Puebla quedó vencida, y la capital de la República a merced de los vencedores, y el Presidente Juárez huyendo hacia el norte, sin destino definido.

¿Quién sabe dónde está hoy?... Ni él mismo sabe dónde estará mañana...

—Juárez es la fe, algo más que la fe, la firmeza inquebrantable, él salvará a la patria, señor Torres, no lo dude usted, él la salvará —afirmó Méndez, con acento de convicción.

—¡Ojalá! —prosiguió el viejo—. Iba yo diciendo que Francia es incontrastable, y en esta empresa tiene que serlo mucho más, porque cuenta con buena parte de mexicanos que la secundan.

—Mala parte, señor Torres. Esos mexicanos son unos desnaturalizados, purísimos traidores, hablando en plata.

—Lo que digo y repito —continuó don Manuel— es que es una temeridad, una locura lo que usted y Magallanes intentan. La patria impone deberes sagrados, ya lo sé; pero no pide imposibles, no exige locuras.

—Pues sí que impone hasta imposibles, señor Torres; y no nos toca calificar cuáles lo sean en los azares de la guerra y en la obligación de defenderla.

—No se haga ilusiones, don Gregorio. La lucha entre el gato y el ratón es imposible. Y nosotros en esta guerra somos el ratón.

—Si así fuéramos a pesar todos los mexicanos ¡pobre patria sin hijos! No, señor don Manuel, yo no entiendo el patriotismo que razona, yo obedezco el patriotismo que siente y empuja.

Torres comprendió que por aquel camino no llegaría a su objeto, así que, cambiando de rumbo, prosiguió:

—Comprendo la cólera de usted y la de Magallanes contra los que han puesto precio a sus cabezas, confundiéndonos con los bandidos más execrables. Pero ¿y esos infelices que les siguen ciegamente, movidos por su adhesión y cariño a usted, por qué pagarles su adhesión y cariño llevándolos al matadero, por vengar agravios personales?

—¡Qué mal me conoce usted, señor de Torres! ¡Qué mal conoce usted a mi compañero! ¡Cómo rebaja usted el móvil que impulsa a estos nobles mexicanos, a quie-

nes usted califica de infelices! —replicó Méndez, con mal reprimida vehemencia—. Ni yo, ni Magallanes, buscamos la satisfacción de nuestros rencores, ni queremos castigar personales agravios, ni ponemos en la balanza el peso de nuestras vidas.

“Cumplimos con el mayor de los deberes cívicos, y no hemos tratado para nada de embaucar a los que nos siguen; ellos nos han aclamado y pedido que los acaudillemos, que los llevemos al combate contra traidores y extranjeros, y eso hacemos. Nuestra autoridad no les ha sido impuesta, ellos la han creado y la acatan, y nosotros la ejercemos regocijados y orgullosos.

”Que me han puesto fuera de la ley, que mi cabeza vale al que la entregue una recompensa de cinco mil pesos, todo esto nada significa ante el interés de la patria. Y me río y nos reímos de la amenaza; que no hay tabasqueño, ni aún en las filas de los imperialistas, que fuera capaz de intentar ganarse el premio. Ni yo ni Magallanes significamos nada: si quisiéramos, con sólo deponer nuestra actitud armada, el enemigo nos concedería cuantas garantías le pidiéramos. Mas Dios sabe que no cuidamos de nuestras personas.

”Y sépase, señor de Torres —continuó el caudillo poniéndose de pie, en la misma solemne postura que tomara frente a la tropa de Antón Pérez, el día en que éste tomó causa por el Imperio— y sépase que mientras viva, y haya diez tabasqueños que estén dispuestos a la lucha contra el extranjero y sus aliados, he de continuarla como pueda y donde pueda. Y el día que me viera solo, dejaría esta mi tierra querida y me iría a otras tierras mexicanas en busca de los buenos mexicanos que perseveraran en la brega.

Don Manuel de Torres se había puesto de pie, y contagiado o intimidado por la emoción que dominaba a Méndez, murmuró con voz trémula;

—¡Dios ayude a usted en su santa empresa, noble corazón, y que El, para quien no hay imposibles, le dé la victoria!

Tomó su sombrero, hizo una profunda inclinación de cabeza, alargó la mano al caudillo que se la estrechó con efusión, y se marchó persuadido de que aquél cerebro andaba enfermo, y pensando que tal vez habría llegado a mejor resultado hablando del asunto con el viejo marrullero Sánchez Magallanes.

Aquella noche, doña Socorro, que no abandonaba Cunduacán haciendo recluta de gente para enviarla a Arévalo, después de despacharle aviso de la ocupación de la villa, temerosa de sus culpas para con los republicanos, salió a escondidas, camino de la hacienda.

Al siguiente día todo era trajín en la villa y ajetreo de la gente. Bajo uno de los seculares tamarindos que entre el río y la Parroquia extendía sus aún lozanas ramazones, a pesar de los parásitos muérdagos que sobre ellas se mecían y de la multitud de "gallinas" que crecían en sus bifurcaciones, media docena de soldados se ocupaban en descuartizar un hermoso buey, que la tarde anterior había comprado el mayor Ramírez para rancho de su tropa.

Frente a los cuarteles pululaban chicuelos de ambos sexos, vendedores ambulantes que voceaban, portando en oscilantes yaguales o portajícaras, desayunos de espumoso chocolate, provistos de bollos o de sabrosas hojaldres de harina de maíz cubiertas de panela fundida, que los soldados se apresuraban a comprar y a devorar con fruición, por el módico precio de un real.

Al ver la solicitud con que las industriosas cunducanecas proveían a las necesidades de la tropa republicana, el empeño y aun el mimo con que eran atendidos los oficiales, que contaban en la villa con relaciones de parentesco o de intimidad, habríase creído que entre los vecinos y sus no esperados huéspedes había comunidad de bandera.

Y no era así ni tenían qué ver nada en el caso las afinidades políticas. La gente del pueblo y la burguesía del lugar, la mujeres, sobre todo, eran extrañas al conflicto entre republicanos e imperialistas. Los partidarios de la intervención francesa pertenecían a la clase alta,

antiguos reaccionarios o bien centralistas, a cuyo impulso obedecían las clases inferiores dependientes de aquella por algún concepto.

La masa de la población carecía en el particular de ideas propias, y la prevención y aparente antipatía que mostraba hacia los nativos de los otros pueblos de la Chontalpa, provenían de un sentimiento de pretendida superioridad, de celos o de rivalidades de campañario.

El mayor Ramírez, el Cuartel Maestre, como quien dice del diminuto ejército republicano, no se daba punto de reposo por atender a las funciones de su encargo. No era un culto ni mucho menos; mas su entusiasmo, su amor rayano en fanático por su causa, sugeríale procedimientos y provisiones que no habrían desdicho de un cumplido veterano.

Hijo de Juchitán, entró de simple soldado raso bajo las banderas de la restauración constitucional, en las que por su bizarría y disciplina logró ganarse la divisa de teniente, en la campaña de Tehuantepec. Mucho aprendió en ella, como que tuvo por jefe al ya desde entonces hazañoso coronel Porfirio Díaz, cuyas proezas a tal punto formidaron a sus adversarios, que llegaron a tenerlos por personificación de la victoria.

En esta escuela se educó el mayor Ramírez, sin que nunca alcanzara a descubrirse la misteriosa causa que lo determinara a separarse de una carrera que prometía serle gloriosa, ni por qué abandonó la tierra natal para venir a establecerse en Huimanguillo, de donde partió a presentarse a Sánchez Magallanes, al primer conato de insurrección contra los imperialistas de Tabasco.

Consciente de la comprometida situación en que habían venido a colocarse con el atrevido avance que acababan de ejecutar, trató con afanoso empeño de procurarse a toda costa municiones de guerra, empresa que casi la estimaba por imposible, más que por la adhesión de la villa a los imperialistas, por la celosa requisición que sabía habían llevado éstos a cabo de cuanto material de guerra podía ser habido.

En vano llamó a todas las puertas en demanda, a cualquier precio, de pólvora o plomo; nada encontró: allá por el escondido barrio de El Carmen, acertó a hacerse con dos redes de pesca, que logró le fueran vendidas para aprovechar las plomadas fundiéndolas y transformándolas en balas; pero aquello era cosa tan mínima, que apenas había material para menos de dos paradadas. No se dio, pues, punto de reposo y siguió en su activa pesquisa.

Alcanzó, al fin, a mover la piedad de un mozo de tienda, quien le reveló que su principal escondía en la trastienda, debajo de unas piezas de ropa, algunos botes de pólvora fina y saquillos de munición de caza. rogándole no lo comprometiera por aquella denuncia, y el discreto Ramírez, fuése callandito al primer cuartel, tomó una escuadra, se dirigió a la tienda señalada y, pretextando que se trataba de aprehender a un desertor que se aseguraba habían visto acogerse a la tienda, formulando respetuosas excusas y previa la espontánea venia que le anticipó el mercader para que penetrara en el interior, simulando explorar escondrijos, dio con los botes y los saquillos, y volviéndose a aquél le reprochó la ocultación, cuando era pública la solicitud con que se deseaba adquirir municiones de guerra.

Disculpóse el comerciante con que aquello no era material de guerra, sino de caza menor, y para desarmar al aparentemente enojado militar, agregó, que puesto que le servía, dispusiese de ello gratuitamente, que mucho gusto llevaba en contribuir con esa miseria a la defensa de la patria. Ramírez dio las gracias, sin deponer la seriedad que venía afectando, y queriendo aprovechar la coyuntura, alejó a la escuadra con la carga de unos diez botes y cuatro saquillos, y a solas con el mercader, con voz melosa y de secreto, preguntóle si no podría haber de aquellos materiales en alguna otra casa de comercio. Contestó negativamente, y aseguró que era muy difícil los hubiera, a causa de la requisición que bajo severas amenazas habían consumado los tenientes de Arévalo.

De allí se dirigió el mayor rebotando contento al cuartel de la Casa Consistorial en que instalaba su improvisada maestranza, y hubo de ver que la pólvora era de la inglesa más fina, de grano duro y de reflejo metálico, con lo que bastaba con media carga para obtener tiros regulares. Fundió el plomo de los perdigones, hízolo moldear en los baleros que de diferentes calibres se había provisto, y halló que todo en junto, plomo de las redes y de los saquillos, no le produjeron más que cosa de quinientas balas, y que le sobraba pólvora hasta para mil cartuchos.

Era por demás pensar en plomo; la substitución no le fue difícil: imaginó hacer balas o palanquetas de hierro, y ya se disponía a hacer derribar una ventana de casa enemiga, enteramente abandonada, cuando alguien le advirtió que allí mismo, en el interior, había un rollo considerable de varillas del metal. Hizo forzar la puerta, halló las barras, trasladólas a la Maestranza, de allí a las herrerías más cercanas, donde fueron cortadas en reducidas barillas.

A esto se redujo toda la operación, pues el mayor había hallado que, por fortuna, el espesor de las barras correspondía al calibre menor de los fusiles, que lejos de ser un inconveniente para el servicio de los mayores, resultaba una ventaja, porque el peso mismo del hierro economizaba el uso de la baqueta, bastando con dejar descansar el arma para que el cartucho descendiera hasta el fondo del ánima.

Ahora, pensó, cuán útil sería, a fin de corregir tanta variedad de armamento, formar grupos, dotados de fusiles de un mismo calibre; mas al tratar de hacer efectiva esta idea, tropezó con la obstinada resistencia de los soldados, que no consintieron en separarse de sus compañeros para ir a formar con soldados de otra procedencia, como que cada compañía estaba compuesta de gente de una misma localidad; ni menos consintieron en cambiar su arma por la de otro, que cada quién quería a la suya como a cosa propia.

Ramírez no insistió en su pensamiento, antes lo abandonó sin enfado, comprendiendo la ventaja que resultaría en el combate de que cada soldado usara de su propio fusil. Efectivamente, si desventaja era aquella disparidad de calibres, compensada quedaría de sobra por el conocimiento que cada soldado poseía en el manejo de su arma, que todos ellos, gente de campo, eran tiradores amaestrados en la caza de venados y jabalíes, faisanes y aves menudas.

Ya en el parte de la tarde pudo dar cuenta a sus jefes que la tropa quedaba municionada con una parada íntegra por plaza, y que por tanto, estaba pronta a entrar en combate. Que este no había de hacerse esperar, era para el mayor cosa tan cierta como que él estaba allí.

A las once de la noche anterior, Arévalo hacía llamar con apremio a Antón Pérez. Acudió al punto y el jefe imperialista lo recibió alargándole la esquila de doña Socorro que el escotero de ésta acababa de entregarle.

Decía así la esquila:

“Gregorio Méndez y Magallanes han entrado hoy a ésta con unos trescientos desarrapados, pésimamente armados y me aseguran que sin municiones.”

Leída, devolvióla a Arévalo, quien le interrogó:

—¿Quién es este Magallanes? Ya de Méndez me ha dicho usted bastante.

—Casi lo opuesto de Méndez. Este es hijo del entusiasmo, franco por candor. Puede decirse que no tiene más facultad que esa, que le inspira cuanto hace. Por entusiasmo ciego se ha lanzado a esta calaverada de luchar contra el Imperio. Magallanes es un viejo socarrón, antiguo liberal federalista. Tiene las mañas propias de su edad, reforzadas por una malicia diabólica. Al verle y oírle nadie daría por él un comino; flaco, enteco, con voz afeminada, como de pito rajado; pero sus ojos lo traicionan, pequeños y movedizos, como de pájaro asustado.

—Pues hay que ir sobre ellos, sin pérdida de tiempo.

—Así lo pienso.

—Esta misma madrugada marcharemos.

—Me permito llamar la atención de usted sobre que soy el Prefecto político de la Chontalpa.

—Por lo mismo. No entiendo. . . ¡

—Que usted se quedará aquí tranquilo, atendiendo a los graves asuntos de gobierno. A mí es a quien toca ir a recobrar la cabecera de mi mando.

Arévalo sonrió.

—¿Conque no quiere usted compartir conmigo la gloria del triunfo? . . . ¡Ah, pícaro! ¡que tiene usted su plan para apoderarse de su linda Rosalba!

Antón Pérez sintió que la sangre se le subía a la cabeza y, pasada su emoción, murmuró:

—No la quiero robada.

—Pero sí conquistada.

Y al observar la turbación que aquel giro ocasionaba a su bravo teniente, cambiando de tono prosiguió:

—No, amigo Pérez; no irá usted solo. Soy muy egoísta: que en todo caso la victoria sea de los dos. Conque a alistarnos y en marcha.

—¿Puedo hacer una observación? —interrogó Pérez.

—Cuántas guste. Sabe usted que es el único a quien las consiento.

—¿Y si ese movimiento de los liberales fuera en falso? ¿Y si a esta hora ya no están en Cunduacán? ¿Y si han dividido sus fuerzas para llamarnos la atención y sorprender la capital por el flanco, por Nacajuca? . . .

Arévalo parpadeó; meditó un momento, y dijo luego:

—Bien podría ser. . . Hay qué cerciorarse. Tome usted, pues, un piquete montado, y a explorar rumbo a Nacajuca.

Antón esperó a que Arévalo completara sus órdenes; mas viendo que no continuaba, dijo a su vez:

—No basta, general (este tratamiento daban ya los imperialistas al afortunado aventurero), no basta señor:

que un oficial u hombre de confianza marche hacia Cunduacán, hasta donde pueda, sin riesgo.

—Bien pensado. ¿A quién mandaremos? Hay qué escoger a un conocedor que sea precavido.

—Tengo uno muy bueno: el sargento Vértiz.

—Pues arregle todo. Y para ir con usted escoja la mejor gente.

—Yo no necesito gente, mi general: iré solo.

—¿Cómo? —exclamó Arévalo, con indisimulada sorpresa.

—Con gente, llamaría yo la atención. Los liberales han de contar con algún agente por aquí, y pudieran ser advertidos.

—¡Venga esa mano! —contestó el aventurero, alargando su diestra a Antón—. ¡Eso es ser hombre, y hombre de guerra! ¿A qué hora piensa usted partir?

—Despacharé a Vértiz a las cinco de la mañana, y una hora después saldré yo.

—¿Piensa usted llegar hasta Nacajuca?

—Sí, si fuere preciso.

—Mucha cautela, amigo mío. No vaya a cometer una imprudencia.

—Descuide usted, mi general.

CAPÍTULO XVI

IMPACIENCIAS DE ARÉVALO

Como Antón lo había dicho, a las cinco de la mañana despachaba al sargento Vértiz, con instrucciones de que avanzara, sin comprometerse, hasta donde pudiera, y tomara cuantos informes le fuera posible recoger, no sólo acerca de la presencia de los republicanos en Cunduacán sino de su número y elementos con que contaban. El montó en su caro alazán, hermoso e inteligente animal, y se encaminó, a guisa de paseante, por Tierra Colorada.

Llevaba el corcel a corto andar, con ojo avizor, escudriñando al paso las chozas habitadas por los labriegos: cruzó el González y, sin apretar la marcha, siguió así, deteniéndose breve tiempo en los ranchos situados en aquel camino, ora a pretexto de calmar la sed o de demandar lumbre para encender el puro.

A las diez arribaba al paso de Perera, al mismo tiempo que por opuesta dirección llegaba un individuo, cabalgando rocín mosqueado, gacho de la una oreja, medio renqueando de un cuarto delantero, cuya avanzada edad, más que el tardío andar y la flacura, denunciaban las hundidas cuencas de los ojos.

Vestía el buen hombre burda chamarreta, pantalón de dril y zapatos ahulados del país. Antón le conoció al punto: era don Bartolo Madrigal, mercader ambulante, especie de buhonero de Jalpa, el que, por su parte, reconoció a Antón, a quien no hacía mucho viera y saludara en Comalcalco, momentos después de la victoria, a donde fuera con ocasión de su comercio.

Saludáronse ambos conocidos antes de echar pie a tierra, y la cara de Madrigal, toda azorada, reveló no escasa sorpresa de aquel encuentro.

—¿Usted por aquí, señor comandante? Pero qué ¿no sabe usted que el enemigo está en Cunduacán?

—¡Tal cosa me dice!... —contestó Antón afectando sorpresa no menor—. Nada sabía yo. ¿Y usted cómo lo sabe?

—Vengo de mi pueblo, de Jalpa, a donde desde anoche y esta mañana están llegando algunas familias de allá, de miedo de una tropelía de los liberales.

—¿Y qué dicen? ¿quién manda la tropa? ¿cómo cuántos serán?

—Pues dicen que no llegan a cuatrocientos, con unos malos fusiles; pero con unas caras que meten miedo. Los mandan ese endiablado de mi paisano, Goyo Méndez, y el viejo Magallanes, el sanantoñero, que mal rayo lo parta.

—¿Y no han mandado ninguna tropa a Jalpa?

—No, señor, ni lo piensan. Aseguran muy formalotes, los muy chiflados, que se vienen derecho sobre la capital. Hace algunos días mandó Goyo Méndez un comisionado al pueblo a que le consiguiera gente, pero los jalpanecos estamos en nuestros cabales. Sólo unos cuatro o cinco, de los Magaña y los Alejandro, de la parentela de don Goyo, se dejaron embarbascar que es una lástima, porque son hombres de trabajo y honrados. Dicen los infelices que van a defender la patria, y buena patria que van a hallar con la zurra que se les espera.

A esto el ama del Paso, que así se llama en tierra tabasqueña el lugar de parada que hay en los puntos por donde se cruzan los ríos, salió a ver quiénes eran los transeúntes que departían como va relatado, a la sombra de un copudo mango. De los dos, sólo Madrigal, a quien dirigió afable saludo, le era conocido, limitándose a contestar el “buenos días” de Antón.

—¿A dónde, bueno don Bartolo? —interrogó la dueña.

—Ya sabe, doña Luteria: a comprar cosillas a la capital para mi comercio. Con el alboroto en que anda la Chotalpa, hay esperancillas de ganarse algo.

—¿Y no tiene usted miedo de que le perjudiquen?

—¿Y quién, señora? Todo el mundo me conoce, y para nadie soy ofensivo. Yo nada tengo qué ver con las cosas políticas, y con nadie me meto.

Con efecto, aquella cara en que no se marcaba edad, aquel aspecto pacato y sumiso, no podía hacer desconfiar de don Bartolo ni a los ojos de la más refinada suspicacia.

—Señora —dijo Antón a la que Madrigal llamara por doña Luteria— ¿no haría usted el favor de prepararnos de almorzar?

—Señor: de mil amores, pero no hay nada en la casa. ¿Si se conformara usted con un poco de arroz, huevos fritos y frijoles?

—Con lo que haya es bastante, señora. Vamos de camino, y hay qué ir ligero de estómago.

—¡Ah! y un pedazo de tasajo asado —agregó la doña Luteria.

—¿Ya ve usted? ¿Y para qué más? —repuso Antón.

—Ese almuerzo será para usted solo, señor comandante; por mí no se moleste, que allí en las árganas traigo mi bastimento —dijo Madrigal.

Tamaños ojos abrió doña Luteria al oír dar a Antón el título de comandante, que en aquellas circunstancias no dejaba de ser motivo de zozobra tener qué habérselas con hombres de armas, y aplazando para después inquirir menudamente con don Bartolo quién era aquel sujeto, se entró con premura en la cocina a alistar el almuerzo, en tanto que Antón replicaba a Madrigal:

—Eso lo guarda usted para otro día, quiero que hoy me acompañe usted.

—Es que bien puedo complacerle trayendo a la mesa mi pobre bastimento —replicó don Bartolo.

—No, hombre; déjelo allí, a menos que lo que nos sirva la señora sea poca ración para usted.

Dejólo por la paz el mercader, muy contento en su interior, más que por la economía que de su provisión iba a hacer, reservándola para merienda, por la invita-

ción con que lo distinguía el bragado joven comandante Pérez.

No tardó en asomar la señora, anunciando que el almuerzo los esperaba, y penetrando los accidentales compañeros en una salita, cuyo lujo lo constituía la mayor limpieza, sentáronse a la estrecha mesa, toscamente labrada de madera de cedro, cubierta de blanquísimo mantel, relumbrante de planchado, esplendidez que el ama quiso, sin duda, otorgar a la importancia que atribuía a uno de los comensales. Ella preguntó si querían tomar una jícara de *chorote* * acabadito de batir, apresurándose Antón a contestar:

—Venga, señora el chorote, que no está usted dando de comer a ningunos extranjeros.

El curso del almuerzo fue entretenido, con animada plática, tocando a Antón la iniciativa.

—¿Conoce usted a don Rafael del Riego, de Cunduacán? —interrogó a Madrigal.

—¡Vaya, si le conozco!... Es muy buena persona, y tiene una hija, la niña Rosalba, que si no fuera herejía, me atrevería yo a compararla con nuestra Santa Patrona, la Virgen de Candelaria.

Antón no pudo contener un suspiro que brotó de lo más hondo de su pecho, ni impedir que la sangre le subiera a la cara. Don Bartolo no advirtió la emoción que sus palabras produjeran en el joven militar, y como si con aquella pregunta se le hubiera dado cuerda, prosiguió:

—¡No sólo muy linda, sino tan buena! ¡Qué afabilidad, si no conoce el orgullo! Cada vez que llevo a su casa con alguna venta, no sabe qué hacer conmigo. Que siéntese don Bartolo; que qué toma usted, don Bartolo; que torna que vira, don Bartolo por aquí, don Bartolo por allá. Y la niña me ataranta con tanto aga-

* Gacha de masa de maíz cubierta de espuma de cacao semi-torrado. Bebida muy estimada de los tabasqueños que la usan como vehículo en las comidas o ya como alimenticio refresco.

sajo. Si digo a usted, señor comandante, que no hay en el mundo criatura como ella.

Madrigal no sospechaba el daño que estaba haciendo a Antón. A medida que él hablaba sentíase éste como atarantado, pensando para sí: cómo se ve que no la conoce en lo íntimo. ¡Qué no es orgullosa!... cuando es la soberbia misma; ¡que es buena y afable!... cuando es cruel hasta la perversidad... Dígalo yo a quien no ha perdonado desdén ni menosprecio por el horrible pecado de amarla hasta la adoración. ¡Pobre hombre que no la conoce! Y haciendo un esfuerzo para sacudir las ideas que las palabras de Madrigal le sugerían, preguntóle bruscamente.

—Hay un camino que conduce a Jalpa, entre el de la capital a Cuenduacán ¿no es verdad?

—Sí que hay. Tomando por las haciendas de Santa Isabel, la Concepción y Santa Ana.

—¿Y como qué distancia habrá por allí para llegar a Cuenduacán?

—Cerca de ocho leguas.

—Es largo.

—Hay otro más corto, mucho más corto, tomando por El Burrero a salir a los pueblos de indios de Ana, Cúlico y Huaymango; qué ¿no lo conoce usted?

—Nunca he pasado por ahí. Sólo conozco el que conduce de Huimango a Comalcalco, por el Potrero. Y ¿qué distancia tiene ese otro camino?

—Pues no pasa de cuatro leguas. Ya sé que conoce usted el camino que acaba de mentarme. Por ahí les cayó usted a los pronunciados.

—Sí, por ahí.

—Recordará usted que por el que yo dije hay un mal paso, el atascadero de la Ceiba. En este tiempo sólo con muy buenos caballos se puede cruzar. Mi pobre penco se quedaría allí enterrado.

Don Bartolo había hecho honores de hambriento al almuerzo, engullendo hasta el último bocado y sorbiendo hasta el pozo de su obesa jícara de *chorote*. En cuanto

a Antón, desde que aquél mentó a Rosalba, no volvió a tocar plato. Continuaron en plática floja y sin interés.

El sol declinaba. Antón propuso a Madrigal le hiciera compañía en su regreso a la capital, lo que rehusó, porque necesitaba dar descanso a su maltrecho jamelgo el resto del día, para seguir caminando el siguiente, muy temprano.

—Se me quedaría en el camino, señor comandante ¿no ve usted qué estado guarda mi pobrecito animal? Me lo dejó baldado la maldecida *lherba*.*

Consultó Antón su saboneta, que ya la gastaba y bien rica; eran las tres de la tarde. Pagó el almuerzo, venciendo la resistencia de la señora Luteria que se negaba a cobrarlo, y hubo de advertir la estimación que de ella se había ganado, porque mientras él departía con Madrigal, había hecho que un mozo se ocupara en cuidar de su caballo, lo que descubrió al oír a la buena señora exclamar:

—¡Tacho! Trae el caballo del señor comandante y ensíllalo.

En efecto, a poco apareció un criado trayendo el caballo del ronzal, que procedió a ensillar debajo de un cobertizo de palma, hito a la casa, donde había depositado los arreos de montar. Al acercársele Antón, díjole:

—Ya bebió agua, lo bañé y comió su maicito.

Gratificó Antón al solícito mozo, dio las gracias a la señora, y despidiéndose de ella y de Madrigal, montó y tomó el camino de Villahermosa.

En la soledad de su marcha su cerebro sufrió el asalto, como de enjambre de avispas, de todos los recuerdos que se relacionaban con Rosalba. Aquella obsesión debió, sin duda, ser suscitada por el caluroso encomio que de la mujer amada hiciérale Madrigal.

Tales recuerdos no eran, ciertamente, para regocijar el corazón del joven apasionado; mas su vida, todo su ser estaba en tal modo absorbido por Rosalba; había

* Especie de tarántula.

ésta en tal manera llegado a ser condición necesaria de la existencia de Antón, que el cúmulo de torturas en que se resumía cuanto con ella se ligaba, era para él inefable deleite.

Su imaginación y su memoria, en colaboración febril, se complacían en renovarle los atributos físicos de aquel ídolo que radiaba en su desolado corazón, como deidad misteriosa en medio de los escombros del derruido templo. Y tornaba a ver la luz suavísima de aquellos ojos tiernamente azules, encendidos para el arrobamiento de un amor sin zozobras; ojos como tranquila mar, apenas rizada por los besos del enamorado céfiro, que atrae y convida y llama para inmergirse en él como en el fondo de dicha inacabable; y tornaba a ver aquella cabellera de oro pálido, orto de día de invierno, plácido, suave, tibio y sutil, que no inyecta, sino que insinúa la vida sin estremecimientos, como tenue savia que calladamente se desliza y sólo se revela por los penachos de verdura que coronan el entumecido tronco; y tornaba a ver aquel busto escultórico, pagano y místico, al mismo tiempo, de correctas curvas, modelo que tuvierase por ideal a no mostrarse en él la vida por el acompasado y regular movimiento de la respiración, donde el seno, si de carne, guarda misteriosos hechizos no traducibles en humana lengua; y tornaba a ver aquellas manos, amasijo de azucenas y rosas, de carnosos y afilados dedos, en que las articulaciones se marcaban por hoyuelos de gracia tan exquisita, que en vano hubieran intentado reproducirlos pincel como el de Vinci o cincel como el de Benvenuto. . .

Y desesperaba el infelice amante con aquella reproducción de la imagen de Rosalba. ¡Oh! no era ella, no era la que él amaba. Amaba él a la Rosalba exterior, a aquella personalidad esquiva, desdenosa, soberbia, hacia la cual se sentía gravitar, con la fatalidad del satélite, sin lograr nunca acercársele, siempre atraído, repelido siempre, como por un horror igualmente fatal al contacto y a la separación. No; la Rosalba que él fingía, era él mismo, estaba en él y él era amante, no autólata.

Luego pensaba que aquel su suplicio jamás hallaría término; que sus ansias jamás se verían satisfechas; que no había meta en la carrera de sus deseos; que era un predestinado a la desdicha, cuya negra estrella ni Dios mismo podía convertir en luminosa. Y cuando así iba pensando, una sonrisa como de loco dilató sus labios; su rostro, profundamente triste, súbitamente se iluminó de júbilo.

¡Oh! no —decíase— no tengo razón de desesperar. He de llegar a ella, he de alcanzarla. Me lo ha prometido Arévalo, me lo prometen mis propias obras. El desvío de Rosalba no es menosprecio; me quiso cuando ella y yo éramos unos mozuelos. Yo entonces sentía vergüenza de que me quisiera. Aquella vergüenza es mi castigo. ¿Quién sabe si lo que ella hace conmigo no sea más que venganza de lo que yo hice con ella? No era bonita, y yo la desprecié; ahora es bella como la mayor deidad, estoy loco de amor por ella y toma su desquite; pero ¡qué desquite más cruel! ¡Qué tortura para mí más espantosa!... ¡Ah! no; su desdén no es desprecio, no puede serlo: es soberbia pura.

Me encuentra muy por abajo de ella; yo, de extracción humilde, ella aristócrata... Hay que subir hasta ella, y subiré, y no se avergonzará de mí, antes se sentirá orgullosa. Ya soy mayor, prefecto de la Chontalpa. Mañana que derrotemos a los de Cunduacán, que tenemos que derrotarlos indefectiblemente, entraré triunfante, ganaré la tenencia del coronelato; seré el santo de la fiesta, y ella, Rosalba del Riego, la soberbia la vanidosa, querrá ser la dueña, la soberana del héroe del día, y ya no me repugnará; ¡quién sabe si aún me buscará!...

¡Oh! y si algún resto de desvío guardare para mí en el fondo de su alma, he de consagrarme a ella con tanto amor, con tan absoluta adhesión, con ternura tanta; habrá de recibir de mí tanto homenaje, he de abrumarla en tal manera con la magnitud de mi cariño, que quedará desarmada, y se entregará a mí tal cual

la deseo, con toda la espontaneidad de su alma, con todo el ardor de su corazón.

En esto advirtió que llegaba a la orilla del González. El sol se había puesto; un luminoso ocaso bañaba la redondez del cielo; cirrus ligeros, como copos de algodón cardado, ardían en llamarada rojiza, anaranjada luego, que después flotaban vagamente con coloración cenicienta o como espirales de humo desvanecido.

Un pasajero, muy conocido de Antón, se adelantó del otro lado en su cayuco, le saludó cortés y respetuosamente, corrió a desensillar el alazán, colocó los trastos en el fondo de la canoa, arrió el caballo del barranco a la orilla del río, entregó el ronzal a Antón para detener la bestia, y ya listos, empujó con el remo la embarcación y, en menos de dos minutos, ganó la banda opuesta. Se apresuró a ensillar el corcel, alargándole Antón un duro.

—No tengo vuelto, mi Jefe —díjole el mozo, devolviéndole la moneda—. Hay me pagará su merced.

—Tómalo. Todo es para ti.

Dio las gracias el pasajero, y saludó sombrero en mano al espléndido mayor.

Anocheceía. El cielo puro se poblaba de estrellas, y de ilusiones el alma de Antón, surgidas a influencia del contento que le embriagaba, embargado el pensamiento con el recuerdo de Rosalba, fuera del realismo de la vida, en un mundo de ensueños.

Así continuó su camino, aspirando el aire embalsamado con la suave fragancia de las maravillas en flor que tapizaban el suelo y con el caliente perfume de las damenoches que crecían a una y otra vera de la vía. Eran tan fuertes los efluvios que de éstas emanaban, que sintió como si una sutil embriaguez se fuera difundiendo por su cuerpo y enervando sus miembros.

De pronto llegó a él como una queja lejana, que a intervalos y a medida que caminaba se iba repitiendo cada vez más distinta. Ya no era quejido, era lamento de agonía. Sofrenó el caballo, detúvose para escuchar

con más atención, y no le cupo duda, por allí había un ser humano presa de algún dolor horrible.

Siguió camino, siempre parado el oído, y le pareció que los lamentos degeneraban en estridente chirrido, y poco a poco se fue desvaneciendo la ilusión auditiva hasta descubrir la causa que la determinaba: el aspa de una bomba de viento movida de cuando en cuando por el suave aircillo de la noche, hacía girar el eje, que algo tomado de orín, chirriaba al dar vueltas. Rio Antón del engaño y, advirtiendo que se hacía tarde, dio andar a su alazán.

De súbito lanzó éste un bufido, detúvose. Orejeó asustado: jinete y caballo habían visto atravesar el camino un objeto blanco, como ser animado. El ardido joven sintió involuntario espeluznamiento, que dominó al punto y, apretando los ijares del animal, fue adelante, en el mismo momento en que del fondo de la espesura partían lúgubres ululeos de un tecolote. Antón no pudo impedir viniera a su mente la abusión tan popular de su tierra, de que aquel canto era de mal agüero.

En esto llegaba al altozano por donde se entra a la ciudad; lo bajó y, en la primera choza enteramente pegada al camino, a la escasa luz de una vela de sebo fijada sobre un banco o cosa que lo parecía, vio a una muchacha de simpático aspecto que, puesta de pie, cosía con marcado afán una prenda de vestir y, a media voz, con acento de dolorida queja, entonaba o, mejor dicho, suspiraba estos versos:

El amor nace con penas,
con penas se hace constante,
quien no pena no es amante
y si es amante, es apenas.

Oyéndolos Antón, exhaló hondísimo suspiro, y murmuró:

—¡Verdad!...

Y no se dirigió a su casa sino directamente a la habitación del jefe imperialista. Llegó, soltó la brida a un asistente, preguntó por el general, quien oyéndolo, salió con premura a su encuentro. Consultaron ambos sus relojes, eran las siete de la noche.

—Aquí me tiene, mi general; nada malo de nuevo.

—Hace dos horas que regresó Vértiz. Véngase a mi alcoba; allí estaremos solos.

Ordenó Arévalo que no estaba para nadie, encaminándose al lugar indicado, y allí frente a una mesita de caoba, alumbrada por una lámpara de petróleo, de pantalla verde, con recados de escribir, se sentaron los dos personajes.

—¿Qué dice Vértiz? —interrogó Antón.

—Todo muy bien. Es atrevido el muchacho. Que llegó a la Trinidad sin tropiezo; que pidió noticias al dueño o administrador, el nuestro conocido don Mariano. Las que le dio le parecieron exageradas: que los republicanos son como seiscientos hombres, regularmente armados, que les notaba entusiasmo por pelear, y aseguraban que pronto vendrían sobre nosotros, deteniéndolos sólo el abastecimiento de municiones y la llegada de más tropas procedentes de Chiapas. Entonces determinó introducirse en Cunduacán, para ver por sus propios ojos. Logró que el don Mariano le facilitara una silla vaquera, una camisola de brin y un sombrero chontal, y tomó, no por el camino derecho, sino por otro cuyo nombre no recuerdo.

—Por la montaña de Santa Rita —completó Antón.

—Sí, eso es, Santa Rita. Iba ya a salir al camino real cuando advirtió la presencia de gente montada. Apeóse, amarró el caballo, se dirigió cautelosamente hacia la encrucijada y pudo ver claramente un grupo de diez caballos a pie firme, que sin duda servían de avanzada. Comprendió el riesgo que corría, volvió a montar y regresó al rancho. Ya en la loma, se encontró con un vaquero conocido suyo; se le acercó y echaron su plática. Supo del vaquero que aquella misma mañana, muy temprano, había ido con otro compañero

a entregar dos reses a los liberales; que se había paseado por los tres cuarteles en que se alojaban, y había contado los fusiles: no pasaban de trescientos, más los mosquetes de la caballería muy reducida. Las armas muy desiguales y corrientes. Esto trae el sargento Vértiz. ¿Y usted, mayor, qué descubrió?

—Enteramente conformes. Llegué hasta Perera; díme ahí con un viejo conocido, venía de su pueblo, Jalpa. Los liberales no piensan por ahora moverse de Cunduacán; platican que van a venir sobre nosotros, lo que nadie cree. Los informes de Vértiz completamente exactos. ¿Qué dispone usted?

—Que mañana mismo sobre ellos.

—¿Cuál es el plan de usted?

—Muy sencillo: a ellos sin pérdida de tiempo. Ordene usted al don Mariano que aliste rancho para seiscientas plazas. Saldremos a las cinco de la mañana, se tomará el rancho a las doce o antes, y a las tres caeremos sobre Cunduacán. ¿Usted qué dice?

—¿Quisiera usted oírme?

—¿Y cómo no? si mi plan está sujeto a las observaciones de usted que ha de conocer palmo a palmo el terreno en que vamos a operar.

—Que lo conozco. Pues, en primer lugar, no pediremos el rancho a don Mariano. Scría el secreto de frustrar el golpe. El viejo machucho no es amigo nuestro. Todas sus simpatías están con los rebeldes, como que es antiguo liberal que militó bajo las banderas de Corzo, el caudillo de los rojos chiapanecos, según ya otra vez le indiqué. En el acto daría aviso al enemigo, que poniendo pies en polvorosa nos dejaría con tanto palmo. Si hemos de batirlo, creo que debemos de proceder de otra manera.

—A ver, diga usted, Antón.

—Mi parecer, si usted lo aprueba, se entiende, es que no salgamos tan precipitadamente. Podemos disponer de unos cuatrocientos hombres, dejando la cárcel y el hospital con sus respectivas guardias.

—Llevaremos artillería; cuando menos una pieza de artillería, para amedrentarlos si se llegan a parar.

—Los caminos están enfangados. La artillería nos va hacer pesada la marcha.

—Irá la más ligera. Ahí está el Sapo.

—Vaya; irá el Sapo. Mandaremos disponer el rancho en Mazaltepec, ahí nos son adictos; llegaremos a las once, saliendo de aquí entre siete y ocho de la mañana. Adelantaremos una guardia del Paso de González para evitar toda comunicación con el enemigo. A las tres de la tarde abandonaremos Mazaltepec y haremos alto en San José, y de ahí despacharemos una descubierta que vaya a reconocer la Trinidad.

“Podiera ser que los liberales hubieran resuelto ocuparla. Si tal sucede, en San José dividiremos las fuerzas: con doscientos hombres marcho por los ranchos de Santa, Isabel y Rancho Nuevo a cortarlos, y con diferencia de media hora, usted avanza de frente. Así, antes de cerrar la tarde los cogemos entre dos fuegos.

”No hay temor de que se escapen por su flanco izquierdo o su retaguardia, cubiertos de pantanos, ahora inundados, a menos que se transformen en lagartos. Si permanecen en Cunduacán, pernoctaremos en la Trinidad, con la debida cautela, y entre cinco y seis de la mañana les damos el albazo. Este sería mi plan. ¿Cómo lo encuentra usted?”

Arévalo repuso, sonriendo:

—¡Magnífico! Sólo que es irrealizable.

—¡Irrealizable!... ¿y por qué? —replicó Antón un poco mortificado.

—Porque todo su plan supone que el enemigo nos va a dar la cara, y no nos hemos de ver en ese espejo. A nuestra aproximación van a volar como palomas espantadas.

—Podrá ser, o así será —dijo Antón— pero yo creo que mi plan de batalla debe fundarse en el supuesto de que haya combate.

Aquí llegaban, cuando se presentó un ayudante, anunciando que un expreso llegado de Teapa tenía ur-

gencia de entregar en manos de general el pliego de que era portador.

—Alguna majadería —exclamó éste como si se sintiera contrariado—. Que pase.

Entró el mensajero, saludó respetuosamente y, alargando el pliego que ya traía en la mano, dijo:

—De parte del señor Prefecto de Teapa.

Rasgó Arévalo la cubierta con nerviosa impaciencia; leyó el pliego, y luego, con visible muestra de regocijo, frotándose las manos como quien alcanza el logro de un deseo, lo pasó a Antón, diciéndole:

—¡Alabado sea Dios! ahora sí parece que vamos a tener fiesta. Ya me fastidiaba tanta inacción. Lea usted.

Antón leyó el contenido, que decía:

“Teapa, octubre 30 de 1863.

(A las doce del día.)

En este instante se me presenta el Prefecto de Pichucalco que llega a escape. Hoy se ha levantado la población contra el Imperio. Acaudillan la sublevación los cabecillas Eusebio Castillo e Inés Cruz. Pido órdenes.”

—Ya ve, mayor, que no tenemos tiempo qué perder. Hay que impedir que se reúnan esos de Pichucalco con los de la Chontalpa. ¡A ellos!

—Sí, mi general, hay que impedirlo; pero eso no modifica nuestro plan. Los de Pichucalco necesitan, cuando menos, un día para organizarse. Caminando a marchas forzadas, cuatro etapas para llegar a Cunduacán, no antes del 4 de noviembre.

—¡Bien, muy bien! —prorrumpió Arévalo, poniéndose de pie y paseándose regocijado, a lo largo de la alcoba—. El día 1º los arrojamos de Cunduacán; ese mismo día caemos sobre Cárdenas, y ahí o en Huimanguillo, el día 2, los deshacemos por completo. ¡A ellos, mayor! ¡A ellos! Vaya, tendremos fiesta —repitió restregándose de nuevo las manos.

—Señor —observó Antón— hay qué contestar a Teapa.

—Sí: ahí hay papel. Hágame favor de escribir: “Defiéndase como pueda, si es atacado. Si huye usted, le fusilo.”

—¿No más? —interrogó el amanuense.

—¿Para qué más? Feche y firmo.

—¿Hora de marcha?

—La que dije, mayor.

—¿Las siete de la mañana?

—Las siete.

CAPÍTULO XVII

MADRUGADORES MADRUGADOS

Aquel día, 31 de octubre, todo era júbilo en el campamento de Cunduacán. Los tambores, restirados a su mayor templadura, redoblaban locamente inacabables dianas, emulándolos la corneta que se desgañitaba de alegría. ¿Qué motivaba tan estrepitoso regocijo?

Una nueva, digna de ser así celebrada. Acababa de recibirse el parte del levantamiento de la importante cabecera del Departamento de Pichucalco contra la Intervención extranjera. El Prefecto había huído rumbo a Teapa, abandonado por la pequeña guarnición que tenía a sus órdenes; se había hecho un buen botín de armas y municiones, y aquellos hijos de Chiapas se manifestaban deseosos de combatir por la patria, al lado de los republicanos tabasqueños.

Al efecto, activaban los trabajos de organización para emprender la marcha sin demora y venir a incorporarseles. Esto decía el parte llegado de Pichucalco, tan merecida y estrepitosamente celebrado en el campamento de Cunduacán.

Con esto se calmó la loca impaciencia en que ardían los soldados de Méndez, porque se les llevara sin tardanza sobre la capital; ardor que el caudillo iba templando con excusas paliatorias, cierto como estaba de la imposibilidad de tamaño intento, sin encontrar el desastre más completo.

El vino alegre el corazón del hombre o lo entristece, todo depende de la situación del ánimo, y como los republicanos desbordaban de contento, la ración de armada que aquella noche se les sirviera, alegrólos por extremo.

Excesivamente húmedas y relativamente frías eran las del término de aquel octubre, que los soldados prevenían encendiendo fogatas con los tueros que recogían a orillas del riachuelo. Al amor de las lumbradas, sentados sobre los sarapes tendidos al rededor, reían y cantaban las canciones patrióticas que por entonces resonaban en toda la extensión del país, en los campamentos republicanos; unas enardeciendo el patrio amor, otras ridiculizando a los personajes de la improvisada monarquía; cuáles deificando a los héroes de la defensa nacional; esotras denostando a Napoleón y a sus aliados.

De todos los grupos así formados, hacía se notar el en que el subteniente Leandro Adriano, acompañándose de una vihuela, a que hacía dúo la mandolina del sargento Jacinto López, hecha de concha de armadillo, improvisaba versos palpitantes de vida y actualidad. Nunca la indocta musa de "el bardo" de la brigada había fluído con más espontaneidad ni nunca había obtenido aplausos más ruidosos que los que sus compañeros le tributaban al final de cada verso, que acomodaba diestramente a motivos musicales ya conocidos. Habríase imaginado, tal era el encanto de su voz, que era el cisne despidiéndose de la vida. El entusiasta jcareo duró hasta las nueve de la noche. Media hora después el silencio más callado reinó en el campamento y en toda la villa, sólo interrumpido por el ¡alerta! de los centinelas que alternaba con el canto de los gallos. Ligera niebla cenicienta envolvía a la población, tan tenue, que en nada opacaba el brillo de las estrellas mudas y temblorosas, en el terciopelo azul índigo de la bóveda celeste.

Comenzaban a palidecer las constelaciones del horizonte oriental, cuando por el lado del caminc de la capital entraban a la villa, a paso regular, tres hombres montados. Al acercarse al primer cuartel fueron detenidos por la voz del centinela; salió el cabo de cuartel con una escuadra; reconoció a los arribantes y, recibido de uno de ellos el santo y seña, les dejó libre el paso. Dos de los jinetes pertenecían a la avanzada de la Tri-

nidad, y el que traían escoltado era, como lo dejaba ver su traje y montura, un simple vaquero.

Avanzaron hasta el Cuartel General; el oficial de guardia salió al encuentro de ellos y, luego de murmurar breve instante, aquél se introdujo al dormitorio de los dos caudillos, quienes a poco aparecieron en la sala, cuya oscuridad mal disipaba una lámpara de petróleo colocada en una rinconera. Ya los jinetes, vaquero inclusive, habían echado pie a tierra y, a indicaciones del coronel, penetrado en la sala.

—Aquí está este muchacho —dijo uno de los de la avanzada—. Abraham de la Cruz, vaquero de la Trinidad, que se nos presentó diciendo que tiene nuevas importantes que comunicar a usted, mi coronel.

Méndez y Magallanes, que se habían sentado frente a una pequeña mesa, invitaron al vaquero a que se acercara, y el primero le preguntó:

—A ver, hijo ¿qué ocurre? ¿Qué nueva nos traes?

—Pus, señor, que yo tampoco puedo ver a esoj ejtranjeroj, y el amo me dio permiso pa que viniera a avisarlej que ahí ejtán.

—¿Dónde? —interrogaron a una los dos caudillos.

—Pus ahí, en la Trenidá.

—A ver, dinos —tornó a preguntar Méndez— dinos todo. ¿Quiénes vienen? ¿A qué hora llegaron a la hacienda? ¿Como cuántos serán?

—Pus vienen esoj que manda don Arévalo y don Antoñito Pérez y loj demaj. Y serán... y serán... son muchoj, señor, puede que maj de quinientoj, yo no lo pude contar, y traen un cañón.

—Nos dispensan los honores de la artillería —interrumpió sonriendo Magallanes, con su voz atiplada de laringitis crónica.

—Ya vamos a tener nuestro cañón, compañero —le contestó Méndez con acento humorístico—. A ver, sigue tú, Abraham. ¿Qué más? Traen un cañón ¿y qué más?

—Y viene caballería; eso sí conté: croque no llegan a cuarenta. Y llegaron a boca de noche. Ijque van a salir como a ejtora, quizaj ya salieron pa caeles luego

encima. Si ya salieron y andan ligero de juro que a la salida del sol ya ejtán en el Jaguactal.

—Bueno, hijo. Aquí te quedas con nosotros. ¡Tenniente Moguel! —llamó Méndez.

—¡Prescnte! —contestó un oficial pálido y demacrado —¿qué manda mi coronel?

—Se hace cargo de este muchacho y me lo cuida. Ya sabes —continuó, volviéndose al vaquero— tu gala, si no nos engañas; si no, te castigo.

—Pus ¿y por qué he de engañar? Si no se juyen, yo también quiero mi jusil. Sé manijarlo. Ya he tirao puercos de monte y venaos y hasta un tigre bien grande que se había comío ya algunoj becerroj.

—Así me gustan los tabasqueños —díjole Méndez poniéndose de pie y golpeándole el hombro con agasajo—. El primer fusil que caiga, será para ti, Abrahamcillo.

Hizo retirar a éste bajo la guarda del ayudante Moguel; otro ayudante fue a llamar al mayor Ramírez, y cinco minutos después, éste y los dos caudillos se encerraban en la alcoba inmediata a tomar consejo.

Rápido fue, pues transcurridos otros cinco minutos, el mayor Ramírez se trasladaba en persona a los cuarteles y al toque de levante, las compañías se organizaban, tomaban su ración de armada y, alumbrados por la vacilante claridad de la luna menguante, se ponían en marcha hacia la boca del camino de la capital.

Cuando hubo marchado el último soldado, Méndez y Magallanes, seguidos de sus ayudantes y del vaquero Abraham, cuyos conocimientos topográficos habían querido aprovechar, tomaron el mismo rumbo, mudos y solemnes cual lo reclamaba e imponía el tremendo azar a que iban a aventurarse.

Don Rafael del Riego, que sobre madrugador, era sutil de oído, alcanzó a percibir el movimiento de los cuarteles. Vistióse rápidamente, se echó a la calle, llegó hasta una de las bocas de la plaza y, precaviéndose para no ser visto, se puso en acecho.

Observó que las tropas se dirigían hacia el oriente, y vio cuando los caudillos se desprendieron en la misma dirección. ¿A dónde irían? Por aquel rumbo, sólo podían dirigirse a uno de estos tres puntos: a la capital, o a Jalpa o Comalcalco. Pensó que lo primero no era imaginable, que aquellos harapientos distaban mucho de poder intentar el ataque de Villahermosa; si lo segundo, era señal de que los republicanos huían, lo que indicaba la proximidad de los imperialistas.

Movido por el deseo de salir de dudas, fue adelante maquinalmente, llegando hasta la iglesia de Cuculteupan, y desde allí descubrió claramente que las tropas se dirigían a la boca del Juahuactal. Su curiosidad creció de punto, y avanzó aún un poco más y, protegido por la sombra de un frondoso tamarido que crecía detrás de la iglesia, de donde se percibía distintamente el camino real en toda su anchura, que no era angosta, pudo ver que las tropas hacían alto y se iban desprendiendo en pequeñas secciones. No había duda: aquellos locos se apercebían al combate, que de seguro iba a empeñarse dentro de poco en aquel lugar.

Por cosa evidente tuvo del Riego que los liberales iba a ser despedazados y, admitiendo la eventualidad de que la refriega pudiera continuar dentro de la población, se dio cuenta de los riesgos a que los pacíficos habitantes de ella habrían de quedar expuestos, y sin vacilar emprendió a toda prisa el regreso a su casa, con la idea de poner en salvo a su adorada Rosalba de cualquiera contingencia posible.

Dio orden al mozo ensillara prontamente los dos únicos caballos con que se contaba: el suyo y el de Rosalba, y fuese a despertar a ésta y a dar cuenta a la señora de lo que ocurría y de la determinación que había tomado, que ella aprobó, encareciendo la ejecución.

—¿Y a dónde la llevas? —preguntó.

—A la Ermita, con la prima Socorro.

—Me parece bien. Idos, ídos, pues, sin perder tiempo; de mí no tengas cuidado.

—Haz tú que atraquen bien todas las puertas y que las atrincheren, y tú te estás quietecita aquí en tu cuarto hasta que pase la bola. o, en dejando a Rosalba, vuelvo a tu lado.

Y dicho esto, fuese a ver a su preciosa hija que ya se vestía rápidamente; padre e hija tomaron un ligero desayuno, ayudó a ésta a montar, que no necesitaba ayuda, ágil como una Hipólita, cabalgó a su vez y se dirigieron camino de la Ermita.

Andando, andando, Rosalba llevaba en la cabeza toda una creación en germen, y era la luz de aquel caos, nada menos que Antón Pérez.

Ella seguía con el más vivo interés la rápida carrera que el muchacho venía ganando en el nuevo movimiento político en que se había afiliado; entreveíalo llamado a cumplir altos destinos, y como inconscientemente operábase en su interior un fenómeno de regresión, que al par que movíala a atenuar su comportamiento para con Antón, iba restituyéndolo en la afición que por él sintiera allá en los no lejanos años de su pristina pubertad.

No, no lo había odiado, eso nunca; tampoco lo había despreciado; sus desdenes nacieron de la diferencia de posición social que los separaba, y nada más; pero ahora que Antón subía por su propio merecimiento, ahora que se iba igualando con los más encoquetados, muchos de los cuales acaso le quedarían muy por abajo, las distancias desaparecían, ya ella no tendría por qué avergonzarse del amor de Antón, ya no se rebajaba correspondiéndole y aun podía sentirse orgullosa de provocar la envidia de tantas que ambicionarían verse amadas del antes oscuro joven, ora erigido en notabilidad.

Decididamente, después del nuevo triunfo que aquel 1º de noviembre reservaba a Antón, había qué responderle, había qué identificársele para ascender junto con él en la escala de la jerarquía social, cuyos pedañes parecían aplanarse a los pies del afortunado mancebo. En estos pensamientos iba embebecido el

magín de la vanidosa Rosalba, cuando vino a turbarlos el ruido de una descarga de fusilería que tronó lejano a sus espaldas, y era el principio del combate entre republicanos e imperialistas. Don Rafael del Riego paró un momento su caballo, sacó la saboneta.

—Las siete en punto —dijo, y volviéndola a la bolsa, se continuó la marcha, cuando nuevas e ininterrumpidas descargas anunciaban que la acción se generalizaba. A esto vino a mezclarse con aquéllos un disparo de cañón.

—¡Ea! —tornó a decir del Riego— ahora sí que ya van a huir esos collones.

En aquel punto el rostro de Rosalba se dilató, una oleada de rosas tiñó sus mejillas y sus ojos brillaron como alumbrados de una luz interna. Bien a las claras se veía que el corazón de la hechicera joven desbordaba de regocijo.

Mas los collones no huían, antes las descargas se hacían cada vez más nutridas, dejándose oír dos nuevos estampidos de cañón. Sin que decreciera el fuego, el cañón ya no volvió a tronar. Pasó así un cuarto de hora, pasó media hora, y entonces los viajeros pudieron advertir que los disparos de la fusilería se alejaban en más rápida gradación de la que correspondía al espacio que iban recorriendo.

—¿Qué habrá pasado? —se interrogó del Riego—. ¿Y por qué no habrá vuelto a disparar el cañón? ¿Lo habrán perdido? ¿Y el alejamiento de los disparos? ¿Qué, sería posible que hubieran derrotado a Arévalo?

Al escuchar Rosalba estas reflexiones que su padre se hacía en voz alta, se puso pálida como una muerta, y con acento tembloroso, balbució:

—¡Dios mío! ¿qué, sería posible?

—Posible, sí, hija mía; . . . pero ¡quién sabe! . . .

Mudos continuaron su camino hasta llegar media hora después a la portada de la Ermita. Acercándose a la casa habitación, pudieron ver a doña Socorro que se paseaba con agitada impaciencia a lo largo de la amplia portalería.

Se adelantó a recibir a los visitantes, a quienes desde luego conociera, y sin dar tiempo a que se apearan, ni llamar a algún sirviente para que ayudara a Rosalba y recibiera las monturas, casi gritó con precipitada y emocionada voz:

—¿Qué ha habido pariente? ¿qué nuevas trae usted? ¿por qué dejó de disparar el cañón? ¿por qué se habrán alejado los tiros? Diga ¡por Dios!

Mientras se apeaba y acudía en ayuda de su hija, que permanecía como clavada en la silla, iba contestando:

—Prima, no entiendo lo que ha pasado. Salí como a las seis y media para poner a ésta en salvo de cualquier peripecia. La acción comenzó a las siete. El cañón de los nuestros hizo sólo tres disparos. Entendí que los liberales huían; pero la fusilería siguió tronando más tupido, y luego las descargas se fueron alejando como por el camino de la capital. A mí se me figura que nos han derrotado a nuestro intrépido Arévalo.

—¿Qué dice usted?... ¡Pero si eso es imposible!... —replicó doña Socorro, lívida y desencajada al escuchar a del Riego.

—¿Y por qué enmudeció el cañón? ¿Y por qué la fusilería se alejó en dirección de la Trinidad?

La señora, visiblemente contrariada por el comentario de del Riego, vaciló un instante, y luego con voz alterada por la vehemencia y con acento de triunfo:

—No, pariente. Eso no ha pasado. Se equivoca usted. La canalla ha huído en dirección de Jalpa, por eso las descargas se han alejado por el oriente. He ahí por qué el cañón enmudeció; no había necesidad de él para los fugitivos.

—Ciertamente —confirmó del Riego, sorprendido de la explicación tan atinada de doña Socorro—. No se me había ocurrido tal cosa y, sin embargo, eso es lo racional.

La persuasión del interlocutor contagió a la señora, que acaso no la tenía sino que hablaba bajo la sugestión de sus ansias, y se comunicó a Rosalba que, posada en un

sillón y toda compungida, asistía muda al diálogo. Un relámpago de alegría iluminó su bellissimo rostro y sintió discurrir por su cuerpo una corriente rápida y bienhechora, que la impulsó a ponerse de pie y a despojarse del ligero sombrero de fieltro plomo, que aún conservaba puesto.

—Pronto quedará todo confirmado; ya lo verá usted, Rafael —continuó doña Socorro—. Despaché a Julián Bravo a que observara bien lo que ocurriera y corriera a informarme. El muchacho es atrevido, y habrá sabido verlo todo muy de cerca.

Diciendo esto, movida de nerviosa impaciencia, salió al corredor en el justo momento en que un fornido mozo, cabalgando en brioso trotón, franqueaba la puerta de golpe de la hacienda y se adelantaba hasta las habitaciones.

—Venga, pariente; ven tú, Rosalba. Hablando de él, aquí lo tenemos ya —prorrumpió al ver llegar al mozo.

Corrieron al llamado de doña Socorro, padre e hija, en tanto que aquél arribaba, él y su bayo jadeantes y sudorosos, indicio de que el viaje se había efectuado a buen galope. Apeóse, aseguró el caballo a un poste, subió los cuatro escalones de ladrillo por donde se ganaba el corredor y, quitándose el sombrero, saludó.

—Buenoj diaj, señora ama; buenoj día, señor don Rafael; buenoj día, niña Rosalba.

—¡Habla, hombre, habla! —ordenó la señora con precipitación y abriendo ansiosamente los fulminantes ojos.

—Puj señora, sucedió.

—¡Qué sucedió, hombre; ya sabemos que hubo suceso. Dí, dí!

—Sucedió que el general Arévalo fue derrotado.

—¡Derrotado! —exclamaron a una doña Socorro, del Riego y la hija, aquélla y ésta poniéndose color de cera; del Riego, engraido en su interior, no de la derrota de los imperialistas, sino por haber atinado en sus conjeturas.

No obstante que la señora, petrificada por la inaudita nueva, no alentara al Julián Bravo a proseguir su relato, él se creyó obligado a continuar.

—Loj libéralej se embojcaron de madrugada en el Jaguactal.

—Sí, yo los vi —murmuró del Riego.

—Como a laj siete avanzó el general Arévalo con su gente, y en el acto se trabó la pelea.

—Sí —tornó a murmurar del Riego— a esa hora. Yo consulté mi reloj.

—Loj embocaoj loj cogieron a quema ropa y sobre seguro.

—¡ Infames! —articuló iracunda doña Socorro.

—Traían un cañón, loj libéralej se arrojaron sobre él y lo quitaron. Sólo pudo echar trej tiroj. Luego quitaron también el parque.

—¡ Cómo! ¿ también el parque? —exclamó azorado del Riego.

—Dijpuej ya no pudieron sojtenerse, y se retiraron a toda carrea pa la capital.

Doña Socorro no articulaba palabra, pasmada de sorpresa con la relación del mozo.

Del Riego preguntó:

—¿ Muchos muertos?

—Treintisiete de loj del general Arévalo; seij de loj de Méndej y Magallanej.

—¿ Algún conocido? —inquirió Rosalba, con voz temblorosa.

—No, niña. De loj de Méndej, un tal Adriano, que isque era subteniente de elloj. De la otra banda, puro soldado raso.

—¡ Oh! ¡ Dios mío! ¡ Dios injusto! —blasfemaba doña Socorro—. ¿ Y mis rezos? ¿ y mis misas?... ¡ De nada sirvieron!...

Y como arrebatada de un furor satánico se precipitó en dirección de la capilla, donde ardían hasta doce velas y otras tantas lámparas, en altares y repisas; se echó sobre ellas y fue apagándolas con impía demencia, mascullando conceptos más impíos aún.

Del Riego y Rosalba la habían seguido y se quedaron espantados de ver el estado de frenesí a que llegaba la parienta, que volvió a salir del pequeño santuario con la misma violencia con que en él entrara, refunfuñando.

—¡Y crea usted en Dios! ¡Fíese del Santo y no corra! ¡Castigo de nuestros pecados! ¡Como si esa canalla liberal fuera de santos! ¡Dios nos abandona, abandona su causa, ya veremos si nos pasamos sin su ayuda!

En esto se volvió bruscamente hacia del Riego y Rosalba que continuaban en su seguimiento y, encarándose con ésta, los ojos inyectados y cual si fueran a saltársele de las órbitas, díjole con acento que la cólera sofocaba:

—¿Sabes, sabes tú lo que sucede? ¿Sabes a qué se debe la desgracia de hoy? ¡A la soberbia de ése, de ése mal nacido, de ése Antón Pérez, que maldito sea, maldito sea el pardo del infierno que quiere igualárse-nos, que te pretende, que aspira a tenerte por mujer el muy puerco, para ser persona! ¡Ya se verá en ese espejo, aun cuando llegue a gobernar a Tabasco!... Sí hija mía. Dios castiga la vanidad de ese igualado, y nosotros lo resentimos. ¡Maldito él sea!

Rosalba oyó aquel estallido muerta de terror, y estuvo a punto de caer desmayada.

CAPÍTULO XVIII

CASTIGO DEL TRAIADOR

¿Qué había sucedido?

Don Rafael del Riego había visto a los republicanos llegar a la boca del camino de Villahermosa, por donde comprendió que iba a librarse por allí una acción de armas. El plan de resistencia que fuera rápidamente concebido, se reducía a buscar compensación a la inferioridad numérica, de pericia militar y de armamento, tomando al enemigo desapercibido, aguardándolo en emboscada.

Confió Méndez al mayor Ramírez el encargo de establecerla y puso a las órdenes de él al vaquero, a fin de que lo utilizara en los detalles que concernían al lugar escogido para el combate.

Una descubierta de cinco dragones avanzó a una legua de ahí, en tanto que el resto del pequeño escuadrón marchaba a cubrir la entrada de los caminos de flanco, por donde la villa podía ser invadida. Tomó Ramírez doscientos infantes y, por secciones de a cuarenta hombres, fuélos metiendo en el bosque, al abrigo de los *gimbales*,* que crecían con profusión al borde de aquel camino, siguiendo las indicaciones que pedía a Abraham, de modo que los ocultos en un lado no pudieran dañar a los del otro. Así quedó cubierta una línea de medio kilómetro.

A medida que se iba estableciendo, Méndez y Magallanes la recorrían, recomendando a los soldados:

* La gimba es una variedad de bambusa, de tallo apretado, de abundante ramazón y hojas menudas y duras y afiladas espinas.

—¡Ea, muchachos! No desperdiciar un sólo tiro, buena puntería, y el triunfo es nuestro.

Con los cien hombres restantes se formó una falsa batalla, cubriendo la boca del camino, tan a tiempo, que a poco se oyeron dos descargas lejanas. Era la descubierta que disparaba sobre la columna enemiga y recibía la respuesta. Replegóse aquélla, aportando herido al sargento Macedonio Gil. El combate iba a empezar.

Un cuarto antes de las siete avistóse el enemigo, quien a la presencia de la batalla que presentaban los republicanos, y que Méndez hacía evolucionar en zig-zags, fingiendo por esta estratagema superioridad numérica, se detuvo.

En aquel momento Antón se acercó a Arévalo.

—Pues no huyen —le dijo—. ¿A qué se atenderán?

—Mande toque de carga —respondióle— y ya verá cómo nos enseñan los talones.

—¿No sería mejor, para no exponernos a caer en una celada, ensayar la autoridad de nuestro cañoncito?

—Pues ensaye.

Ante la vacilación de los imperialistas, Méndez creyó oportuno provocarlos a fin de que acabaran de penetrar dentro de la emboscada; desprendió una cuarta de su línea, que se adelantó cosa de cincuenta metros y disparó. La provocación surtió su efecto. Contestaron los imperialistas y comenzaron a avanzar, precedidos de la pieza de artillería que lanzó su primera detonación con carga de bala rasa, acaso con el objeto de espantar a los bisoños republicanos, pues el proyectil voló sin puntería.

Una imprudencia malogró el total exterminio de la gente de Arévalo. Viendo el sargento Jacinto López por entre las ramas el avance del cañón, y que había sido cargado con saquillo de metralla, tomó la determinación de precipitarse sobre él, temeroso de que sus disparos pudieran alcanzar a sus queridos jefes, que amaba por igual a Méndez y Magallanes.

En el momento que comunicaba su intento a los diez soldados que le estaban directamente subordinados, el cañón hacía su segundo tiro. López ya no vaciló: se echó fuera del bosque, sus soldados le siguieron y se arrojó sobre la pieza de montaña. La distancia dio tiempo a los artilleros para cargarla de nuevo, ronzándola hacia el pelotón que formaba López con su guerrilla y, en el justo instante en que éste la alcanzaba, ardió el estopín, partió el disparo, el doble pelotón quedó envuelto en espesa humareda, no tan densa que no permitiera ver a los del temerario sargento cómo caían hechos trizas por la metralla.

Los sobrevivientes no echaron pie atrás, antes saltaron como leones, machete en mano, sobre los artilleros, que huyeron despavoridos, abandonando el cañón.

Un toque de dianas en la línea de Méndez celebraba la desordenada proeza, que había venido a denunciar la posición de la batalla. En el acto los imperialistas se formaron en dos hileras, dando frente a los lados del bosque, y comenzó un fuego desesperado. En tanto que el tiroteo de los agresores era dirigido al acaso, sobre la masa del monte, el de los agredidos era certero y sobre seguro, lo que determinaba serias bajas en las filas de los primeros, a los que sólo por instantes protegían las nubes de humo que envolvían el campo.

Advertido por Arévalo, sus cornetas dieron el toque de pecho a tierra, con lo cual ciertamente disminuyó el daño que los suyos recibían, pero resultaban más inciertos sus disparos, que partían en ángulo.

Así se prolongó la pelea por menos de una hora, cuando ya se agotaba la cortísima dotación de municiones de los republicanos. En este punto, el capitán Reyes Hernández, que mandaba la primera emboscada, descubrió que las mulas conductoras del parque enemigo venían por la orilla del camino, precisamente del lado en que se hallaba situado. Pensarlo y acometerlo, fue todo uno: blandiendo sus formidables collins lanzóse con los suyos sobre las acémilas, que los conductores abandonaron, presas de terror.

Al observar Antón Pérez lo que acontecía y, comprendiendo con clarísima percepción que la pérdida del parque significaba la consumación del desastre, arrancó su brioso corcel sobre los asaltantes, tres de los oficiales del Estado Mayor, que le estaban más cercanos, le siguieron, y empuñando y montando sus lefauchoux, cayeron con impetuosidad de huracán sobre la atrevida guerrilla de Hernández, que supo resistir a pie firme la violenta arremetida, ya asegurada dentro del bosque la valiosa presa.

El primer empuje fue tremendo; los caballos arrollaron la primera línea de la valla opuesta por Hernández; detonaron los revólveres; un soldado cayó muerto a la certera puntería de Antón Pérez, otro rodó mal herido, en tanto que un jinete, atravesado de parte a parte, perdía estribos y, recogido y echado en ancas por uno de los oficiales, era retirado del combate. Con esto, Antón se quedó con solo un compañero, haciendo frente a los cincuenta hombres del capitán Hernández, que los tenían rodeados y los acorralaban.

Veíase claramente que el intento de los republicanos era apoderarse de los dos campeones, para presentarlos como trofeo a su victorioso coronel, y se comprendía que la captura de Antón, a quien habían conocido durante la refriega, por las voces que sus compañeros le dirigían, constituía especial solicitud.

—¡No lo toquen! ¡No lo maten! —gritaba el capitán Hernández a los suyos—. ¡Hay qué agarrarlo! ¡Hay qué agarrar al Prefecto de la Chontalpa! ¡Este derrotó a nuestro coronel en Comalcalco!

Y los soldados obedecían. Mas hubo un momento en que la disciplina se relajó. En tanto que Antón se limitaba a impedir que se le acercasen, presentando su lefauchoux, el otro disparaba su arma, hiriendo a dos de los contrarios.

Arrojáronse sobre él enfurecidos tirándole machetazos, uno de los cuales le alcanzó la pierna izquierda. Al sentirse tan rudamente herido, le sobrecogió el miedo de la muerte y, no pensando ya más que en salvarse,

metió acicates a su corcel y salvó la triple hilera de soldados que lo circuían.

Antón quedó solo en la arena, en el preciso instante en que sus compañeros de armas, deshechos por completo, abandonaban el campo en fuga precipitada.

Era de ver al gallardo joven haciendo frente a la multitud que lo acorralaba, empeñada en hacerlo presa, que a haber querido matarlo, habríanlo cumplido con sólo proponérselo; mas ahora que lo tenían solo y a discreción, parecíales cosa fácil apoderarse de él, para entregarlo sano e inerme a la condigna venganza del caudillo.

Y sin embargo, no resultaba llano el intento; que Antón Pérez, secundado por su inteligente y valoroso alazán, hacía prodigios de agilidad para eludir la aproximación de sus enemigos y escapárseles a la primera coyuntura. El y su caballo semejaban terrífico centauro, radiante como un semidiós, en el centro de aquella singular refriega, en la que para nada intervenían las armas de combate.

Esta situación se mantuvo solamente por un minuto. Un soldado logró asir una rama de las riendas, mas le fue fatal su ardidez: partió un disparo de la diestra de Antón, y el soldado cayó exánime. Nunca tal aconteciera; un machete brilló, trazó tajando el aire rapidísimo arco, y cayó sobre el metacarpo de la mano de Antón que empuñaba el revólver, rebanándose con la instantaneidad de una guillotina, y dejándole sólo el pulgar; mientras, por el otro lado, le era asestado sobre la pierna otro machetazo, del que lo libró un brusco movimiento del corcel, no causándole otro daño que el de desprenderle la espada, cortados los tirantes de que pendía.

El noble animal se encabritó, dio un salto prodigioso, salvó a su jinete del círculo que lo apretaba y se lanzó a escape, camino de la Trinidad. Antón, instintivamente, habíase metido la mutilada mano, que echaba sangre a borbotones, entre el chaleco y la camisa,

improvisado cabestrillo, y se abandonó al arranque protector de su caballo.

Primero una descarga y luego tiros aislados le siguieron en su fuga. De aquélla sintió que un proyectil le había alcanzado en la pierna derecha, produciéndole agudísimo dolor, como si una barra candente le hubiera penetrado las carnes; de éstos, un golpe contundente sacudió su brazo herido. Y el corcel corría y corría... De pronto, la carrera se convirtió en cansado galope, el galope en vacilante andar, y de súbito paróse el animal, dos chorros de sangre se escaparon de sus narices, se estremeció y cayó a plomo... Estaba muerto.

A aquella hora Rosalba oraba mentalmente por la salvación de Antón Pérez.

CAPÍTULO XIX

EL FIN

En la caída, habíale quedado la pierna izquierda debajo del caballo. Por fortuna —por tal la tuvo Antón en aquel momento— la tierra, empapada de agua con las lluvias de la estación, carecía de consistencia y a cualquier presión se hundía. Pudo, pues, sacar fácilmente la pierna, y al tratar de retirar la otra sintiéndola como entumecida. Hizo esfuerzo para recogerla, y un dolor agudísimo le reveló que la herida que en ella recibiera se la había inutilizado.

Con efecto, el proyectil que le atravesara el muslo había sido una palanqueta de hierro, la cual habíale hecho pedazos el fémur, de modo que la pierna quedaba sólo unida al tronco por músculos y tendones. No pudiendo servirse del brazo derecho, cuya mano continuaba trayendo entre el chaleco y la camisa, allí adherida por los coágulos de la sangre que de la tremenda lesión manara a chorros, haciendo palanca con el codo del brazo válido, se incorporó y logró sentarse.

El agudo dolor que en aquel punto experimentó en el brazo derecho, hízole comprender que el golpe que ahí sintiera, cuando su generoso corcel lo traía a escape, no era menos que un balazo que llegó a alcanzarle de los disparos que sobre él llovieran. Le llamó la atención la insensibilidad que advertía en el espacio comprendido entre las dos heridas del órgano, y llevándose la mano a la superior, palpó que la herida había sido conminuta, haciendo pedazos el húmero.

En aquel instante vio claramente que estaba condenado a morir, ora a manos de los liberales vencedores, ora abandonado a sí mismo en el estado en que

se encontraba, pues no era verosímil que mano extraña viniera en su socorro, ya que de sus compañeros de armas nada tenía que esperar, que habían huído como con alas en los pies.

Por un movimiento instintivo echó una mirada atrás, y en lo que alcanza la vista, que no era gran cosa, a causa de una curva del camino, no descubrió alma viviente, mas imaginó que no tardaría en presentarse algún grupo de soldados enemigos, cuando menos al husmo del botín que pudieran atrapar. ¿Qué iba a ser de él en manos enemigas? Sería tratado sin misericordia; su cuerpo, brutalmente mutilado y objeto de ludibrio su cadáver; que los liberales, mandados por Gregorio Méndez, no podrían menos que vengar en él, Antón Pérez, lo que había hecho en Cuenduacán el día que tomó partido por el Imperio, y la sorpresa que había sabido darles en Comalcalco.

Tuvo horror de su última hora, y a haber contado con su espada, en aquel punto se la hubiera atravesado sin la menor vacilación, pero ni esa ni otra arma llevaba consigo; y no por amor a la vida ni miedo a la muerte, sino al modo con que ésta pudiera consumarse, determinó ganar el monte, internarse en él hasta donde sus fuerzas le alcanzaran, y allí esperar su agonía, que por espantosa que fuera en la soledad y el aislamiento, siempre lo sería menos que entregado al furor enemigo.

Volvió a echar una mirada atrás y, cerciorado de que nadie asomaba, hincando la rodilla izquierda en el suelo y apoyándose en el brazo útil, fue avanzando a rastras hacia la orilla del monte, que no distaba más de cuatro metros. Cuando fatigosamente la hubo ganado, fue escurriéndose con trabajo no escaso a través de la maleza, haciendo frecuentes paradas para tomar aliento, pues los esfuerzos que tenía que hacer en su marcha de reptil, determinaba abundante hemorragia de sus heridas, de modo que iba quedándose ya exangüe.

Su fatiga llegó a la impotencia; ya no le era dable ir más allá, mas en esto descubrió en un estrecho escampado, sólo poblado de malas hierbas, el tronco corpu-

lento de un bellote, cuyas salientes raíces, a manera de estribaduras, ofrecíanle un abrigo en qué esperar la muerte en postura menos indigna que echado en el suelo, como la última de las bestias. Reunió, pues, todo lo que de energía le quedaba, alcanzó el pie del tronco protector, y allí, entre raíz y raíz, acomodó el destrozado cuerpo.

En aquel punto le sobrevino un vértigo, y al volver en sí, sus oídos vibraban con zumbido agudísimo, sed febril resecábale boca y garganta, la respiración anhelante levantaba y hundíale el pecho y contraía y dilataba los pabellones de la nariz en precipitado movimiento isócrono. De sus embotados sentidos únicamente la vista no había sufrido trastorno, antes se manifestaba dotado de una agudeza como de nictálope: así que percibía los objetos clara y distintamente.

En cuanto a su cerebro, no obstante ser presa de intensa fiebre, funcionaba con lucidez extraordinaria y pudo darse cuenta cabal de su estado. ¿Qué hora sería? Nada se lo podía indicar, pues ignoraba en qué orientación había quedado en aquel su jamás concebido lecho de muerte. El sol, cuya marcha se percibía a través de las frondas, no podía servir de indicante en aquel momento por la oblicuidad de su curso hacia el Antártico. Esta situación se mantuvo por algún tiempo. La fatiga de Antón crecía, la sed lo torturaba, seguía oyendo el zumbido como de mil campanas a vuelo, hasta que, poco a poco, fue sumiéndose en bienhechor letargo.

Cuando volvió a cobrar sentido, la luz del día se apagaba, el crepúsculo flotaba como polvo de oro en las copas de los árboles, y la noche comenzaba a envolver el bosque en sus sombras. Y la noche se hizo al fin cerrada y tétrica en aquel lugar, sin que se percibiera más indicio de la existencia del universo que el parpadeo de una que otra estrella que se deslizaba fugitivo entre las tupidas ramas. Tal así era la callada lobre-guez que allí reinaba.

El desamparado quiso ensayar un cambio de postura porque la en un principio natural en que se colocara,

se le hacía por extremo inaguantable; mas al moverse, una punzada agudísima en las dos heridas arrancóle un quejido de angustia, que no llegó a exteriorizarse, sino que expiró ahogado en su reseca garganta. En medio de las tinieblas, su cerebro vagaba en torbellino ilógico.

Todo el pasado de su vida aun bien corta revivía en su memoria: de sus días de estudiante, saltaba al campamento de Atasta; de los bondadosos sacerdotes a quienes debía la educación que con tanto empeño le proporcionarían, a la odiosa figura de doña Socorro, a quien consideraba como su genio infernal; del colgado de Comalcalco meciéndose de la cuerda, a la seductora imagen de Rosalba, cuyo recuerdo, exento del amargor de sus desdenes, traíale consolador hechizo, que en vano trataba de mantener, pues la imagen, como obedeciendo a un fatal exorcismo, se borraba bruscamente para dar lugar a otras remembranzas, ya de la infancia, ya de la pubertad, y, cosa singular, de los sucesos de aquél día funesto, no apuntaba en sus visiones ni el más ligero asomo.

Sólo una vez en todo el tiempo en que tuvo conciencia de sus pensamientos, volvió a oír aquel lastimero lamento que escuchara la noche en que regresaba de su expedición de Tierra Colorada. Esta especie de delirio alternaba con desfallecimientos letárgicos causados por la debilidad creciente en que iba cayendo.

En algunos de sus momentos de clara lucidez llegó a representarse aquella escena de Cunduacán, frente a Gregorio Méndez, y las airadas increpaciones de éste tornaban a resonar en sus oídos, y entonces intentaba analizar los hechos que con ella se ligaban. ¡Traidor! —pensaba— traidor, no, que el Imperio era la salvación de la patria de las amenazantes usurpaciones del yanqui.

Cierto que los imperialistas mexicanos se ligaban al extranjero para realizar esa salvación, pero este extranjero era el amigo, era el hermano fuerte que venía en socorro del hermano débil, a luchar por un interés común: la defensa de la raza. El yanqui era el sajón, el extranjero execrado, el enemigo que venía a exterminar.

No; concluía, Gregorio Méndez no tenía razón, la causa del Imperio era la buena, era la nacional a la que debiera servir todo mexicano de corazón bien puesto.

Y en llegando aquí surgía la figura de doña Socorro, y su loco amor por Rosalba, y el ansia de hacerse digno de lograr la posesión de ella. ¡Qué larga aquella noche! Como que era el comienzo de la noche sin término. Más hubiera valido abandonarse a la furia de los enemigos; su suplicio habría sido corto, y aquella su agonía se prolongaba más allá de lo imaginable.

Vino a consolidar la idea de que en aquella selva no faltarían tigres, y alguno, atraído por el instinto, vendría en breve a devorarlo; y aun creyó percibir en las tinieblas el brillo de dos ascuas, y trató de exhalar un quejido para atraer a la fiera, pero el quejido no le salió del pecho, y las dos ascuas se apagaron.

La luna, en su segundo cuadrante, difundía una luz amarillenta a través de las copas, e imprimía a la noche un aspecto de infinita tristeza. Cuando vinieron los claros del alba, aquella luz funeraria fue palideciendo hasta quedar apagada por completo, y el cielo se tiñó de un vago rosicler que gradualmente fue encendiéndose a medida que el nuevo día se acercaba.

Un estremecimiento de hojas agitó las frondas al despertar de las aves que, después de sacudirse, emprendieron mudas el vuelo. Súbitamente tierra y árboles aparecieron envueltos en densísima niebla, como si una noche blanca hubiera substituído a la que acababa de expirar. La niebla fue enrareciéndose poco a poco, hasta tomar la forma de un cúmulo de telarañas sobrepuestas, por cuyas elásticas mallas se dejaba ver un sol de plata bruñida.

De repente las telarañas se escindieron en mil rasgaduras, cayendo al suelo, convertidas en tenue lluvia, y el día brilló en todo su esplendor. Los árboles lucieron la gala de su verdura, y las flores de las lianas y de los convólvulos abrieron sus cálices, empapados de rocío, a los tibios e incestuosos besos de su padre y amante el astro rey; en tanto que Antón Pérez, en una agonía que

parecía sin fin, yacía al pie del bellote, que indiferente desentunecía sus anchas y apampanadas hojas al calor solar.

Con efecto, Antón Pérez, arrinconado entre las raíces del árbol, en inmovilidad de muerto, concentraba la vida en sus ojos, asistía a su propia tortura, como esos eternos culpables que creó la inmisericordiosa fantasía del Alighieri. Exangüe, aniquilado, aun se sentía vivo; se lo acusaba su conciencia, lo habría denunciado a quien le hubiere visto el brillo de su mirada.

¿Qué implacable ley moral había quebrantado para que por una vitalidad portentosa su suplicio se prolongara en tan odiosa medida? ¿Haber amado con frenesí? ¿Haber aspirado a levantarse a esfera más alta de la en que naciera? ¿Haber soportado, tal vez hasta la indignidad, las esquivas y desdenes del ser humano a quien rendía culto? ¿Y qué no merecía Rosalba? ¿Y para qué la había hecho Dios tan hechicera? ¿Dónde estaba su pecado? ¿Acaso en haberse pasado de las banderas de la república a las oriflamas imperiales? ¿Y él era por ventura el único? ¿No mil próceres mexicanos propagaban y defendían la nueva causa, grata al cielo, como lo dejaba ver la rapidez con que cundía y se ganaba prosélitos? ¿No los ministros del Señor la sugerían en el confesionario y hasta la predicaban en el púlpito? ¿Pues no aquélla causa iba a ser la salvadora de la nacionalidad mexicana?... ¿A dónde estaba su pecado?

Así pensaba en sus momentos de lucidez el infeliz condenado, y luego se sumía en letárgicos desmayos, de los que, para su desventura, tornaba a recobrar. ¡Qué tardío y cansado se le había hecho el curso de las horas! Y el sol continuaba marchando con su acostumbrada presteza, y ganaba ya su mayor altura. Al cernirse sus rayos por entre las ramas, mentían en el suelo caprichosas blondas que algún golpe de viento complicaba en fatásticas deformaciones. El hada de la luz se divertía a solas con aquellos juegos.

Un instante alzó Antón la vista, y frente a él, parado en la penca de un cocoyol, se encontró conque, al fin,

contaba con un compañero en aquel escondrijo: era un zopilote que le miraba de hito en hito, moviendo el cuello acompasadamente, de arriba a abajo, en actitud de quien medita. La presencia de aquel ser animado causó a Antón un vago sentimiento de consuelo; que ya era mucho, al cabo de tanto y de tan absoluto abandono, ver en sus postrimerías que no estaba solo en la creación.

Cayó en esto en un síncope, que ya le sobrevenían con más frecuencia y cada vez más prolongados, signo de que su agonía iba tocando al desenlace, y al volver de él posó maquinalmente la vista en la palma, y vio entonces que ya no era uno solo, sino tres, los zopilotes que con el mismo movimiento de cuello y con no menos atención le miraban. Una idea siniestra y aterradora vibró en su entumecido cerebro: aquellas aves estaban allí en espera de su muerte para devorarlo. Y tomó horror a la muerte; un estremecimiento de pavor sacudió sus nervios, y anheló que aquella su misérrima vida se prolongara, con la esperanza de que algún semejante acertara a descubrirlo.

La conmoción nerviosa que produjera en él aquella idea, provocó un nuevo desmayo, y al reponerse, pudo ver que no eran tres, sino ya un número considerable de catartos, los que se posaban en la palmera y en los árboles inmediatos. Pensó que podían tenerlo por cadáver, y para hacerles ver que aun no lo era, trató de levantar y mover su brazo izquierdo, lo que logró con enorme esfuerzo. Los necrófagos parecieron comprender su error, pues se miraron unos a otros lanzando guturales gutzuceos.

Y la noche, último refugio a que se encomendaba Antón contra la posibilidad de ser agredido aún vivo, no daba señales de estar cercana. Ahora era su empeño conservar lo poco de vida que alentaba. Por el contrario, los buitres debían estar impacientes de hartarse con el prometido banquete que tenían ante sí, pues otros nuevos iban arribando y posándose en las copas vecinas, en las que formaban movedizas manchas negras.

Una, la más atrevida, se desprendió de la rama en que se posaba, al suelo y, a manera de explorar, fue acercándose cautelosamente a Antón, quien, adivinando en sus últimos destellos de lucidez el intento del ave, renovó el esfuerzo que antes hiciera y consiguió levantar y aun agitar su brazo y encoger la pierna no dañada, en los momentos en que el zopilote alargaba el cuello para descargar el primer picotazo.

Retrójose el necrófago, y dio unos cuantos pasos hacia atrás, pero ya no alzó el vuelo, con lo que alentados sus compañeros, fueron descendiendo uno a uno y poblando el estrecho escampado, en formación semicircular al rededor del bellote.

Acaso por instintivo respeto a la superioridad del hombre, reconocida por los demás animales aún viéndole ya impotente, la ronda de auras se mantuvo a cierta distancia del cuerpo de Antón, limitados a contemplarlo, ejecutando zalemas con la cabeza y gutzguceando con repetición. Una fantasía hoffmanesca habría fingido grupo de agonizantes en rezo, haciendo reverencias.

Mas esta actitud no fue duradera. Uno de los buitres se atrevió a lanzarse sobre la cabeza de Antón, quien aún tuvo energía para defenderse del ataque, alzando el brazo y golpeando al ave con el puño, que fue a pararse en el suelo, sin manifestarse espantada. El esfuerzo que Antón acababa de hacer fue en tal grado supremo, que cayó en nuevo síncope.

El mismo ardido catarto tornó a alzar el vuelo, esta vez no para echarse directamente sobre el moribundo, sino que se le cirnió un instante por encima de la cabeza y, viéndolo en inmovilidad absoluta, se alzó un tanto y luego se precipitó sobre el rostro de Antón, y le arrancó de una sola tenazada el ojo derecho.

El dolor de la ablación fue tan intenso, que la víctima no sólo volvió de su desmayo, sino que exhaló un quejido lastimero, que ahora resonó como el último grito del que expira exhausto en la tortura. Todavía pudo la víctima, por un movimiento maquinal de conserva-

ción, volver la cabeza del lado izquierdo, con lo que el ojo correspondiente quedaba protegido por el tronco mismo del árbol.

Luego sintió que la turba de zopilotes caía sobre él tirando de sus ropas, sin duda para descubrir las heridas, y por ahí comenzar a devorarlo. Y, en efecto, tal sucedía. La de la pierna fue la primera en sufrir el tenaceo de los picos, que tiraban de los músculos y tendones ya sin vida; la del brazo no tardó en sufrir la misma suerte, aunque algo defendida por el astrakán, que al fin rasgaron los buitres con no poca dificultad.

Bruscamente, Antón volteó la cara con una expresión horripilante de dolor, que ya no tuvo acento con qué expresar. Era que un poderoso pico había hecho presa del músculo branquial anterior, tirando de él con furia. Aquel movimiento involuntario fue fatal a Antón. Otras auras se le echaron sobre el descubierto rostro, y el ojo izquierdo le fue arrancado de un solo tirón. éste último sufrimiento del desventurado se acusó tan sólo por un temblor convulsivo de todos sus miembros. Sintió entonces como si una bóveda negra, muy negra, pesada, enormemente pesada, cayera sobre él; y luego le sobrevino profundísimo sentimiento de bienestar, quizás efecto de que ya sus nervios no podían llevar ninguna sensación al cerebro.

Entreabrió la boca que tornó a cerrársele y para siempre se hundió en el sueño de la noche sin término, en el amoroso regazo de la madre naturaleza, que recogía los restos de aquel organismo, su hechura, para disolverlo en sus elementos constitutivos y esparcirlos luego, como simiente de otros organismos, en el eterno surco de la vida.

Entre tanto, esa otra noche, la que con el sol engendra el tiempo y con él se lo divide, comenzaba a envolver la tierra, y los necrófagos, no acostumbrados a alimentarse en las tinieblas, fueron abandonando el cadáver de Antón y posándose en las ramas circunvecinas, aplazando su hartazgo para el siguiente día.

CAPÍTULO XX
EPÍLOGO TRÁGICO

El 4 de noviembre, muy temprano, apenas disipada la niebla matutina, dos individuos de aspecto vulgar y de no mejores trazas, cruzaban a pie la loma de la Trinidad y se endilgaban a la casa principal de la hacienda.

—Ya aprieta el hambre —decía el de mediana estatura al otro que era alto y delgado—. Cuatro horas de andar en ayunas. . . A bien que don Mariano es muy buena persona, y no va a dejarnos seguir camino con el estómago en un hilo.

—Poj de juro, mi teniente. Ni que juéramoj chicharra. Por Amaya quien soy, no tendría yo juerza pa llegar a la capitala.

Después de una corta pausa, prosiguió el que se nombraba Amaya:

—¿Poj no va ujté a crer, teniente, que llevo un poco de micdo? . . .

—¡Miedo! y ¿de qué? . . .

—De que el mayor me cajtigue por la pérdida de mi jusil.

—No sea usted tonto. Demasiado hace usted, simple cabo, con volver a la compañía, cuando tantos se habrán aprovechado de lo del Jahuactal pa no pensar más en colgado del hombro izquierdo, sin duda para que no le la guerra.

—Y qué ¿cómo ujté vuelve con su ejpada? dirán.

Con efecto, el teniente llevaba, en vez de al cinto, molestara al andar, un sable de munición.

—Pero yo soy oficial —replicó— y no es lo mismo salvar la espada que lleva uno ceñida al cuerpo, que un fusil, y más cuando se huye del enemigo.

En esto llegaban ya a la casa principal de la hacienda, por cuyo corredor, don Mariano, después de haber dado aquella mañana sus últimas órdenes a la servidumbre, se paseaba y, viéndolos venir, paróse para recibirlos, pues los había conocido como que eran vecinos de Cunduacán.

—¡Ola don Zenón, señor Amaya, ¿ustedes por acá? ¿qué viento? Yo les creía en la capital. Me alegro de verles, porque quiere decir que se salvaron del fuego, y ¡qué fuego, Dios mío, si aquella fusilada parecía redoble de tambores!

—La Virgen Santísima nos ayudó, señor don Mariano —contestó el teniente o don Zenón, como aquel acababa de llamarle—. Ya sabe usted la traicionada que nos hicieron esos ruines. Se emboscaron entre el gimbal, y nos cogieron de sorpresa. Perdimos nuestro cañón, el Sapo, y cuando todo se puso en confusión, los liberales salieron de la emboscada, se apoderaron de nuestro parque y ya no pudimos defendernos.

“Los nuestros echaron para acá, yo no me pude incorporar, me metí en una ceja de monte, y por allí me fui escurriendo, como una culebra, hasta que vine a salir cerca de la quinta de Oramas. Bajé al río, donde me encontré con este amigo que no se decidía a echarse al agua.

”Dimos con el vado, pasamos a la otra banda, nos metimos en el acahual y, siguiendo la trilla del ganado, después de tres horas de jender el monte, salimos al Bajo Grande, al sitio de mi compadre Juan Adorno, que nos tuvo escondidos.

”Ayer tarde supimos que los liberales, llenos de miedo de su inesperada victoria, se huyeron rumbo a Cárdenas—. Hizo una breve pausa, y luego prosiguió—: ¿Pero dónde se van a meter que no les demos alcance y nos las paguen caro?...”

—Y ya verán —agregó el llamado Amaya— quién ej el mayor Pérej y quienej somoj loj cunduacanecoj. Le juro por la Virgen del Carme que lej va a jualtá tierra pa juir.

—Vaya, que sea —murmuró don Mariano—. Y a todas estas —continuó con acento de solicitud— ustedes han de necesitar tomar algo. Todavía no hay de comer; pero no falta chocolate y una gruesecita de manteca.

—Si nos hace usted el bien... —dijo el teniente— cabalmente de eso veníamos hablando, como que estamos en ayunas.

Don Mariano se dirigió al interior a dar órdenes, volvió al lado de los dispersos, que ya sabemos lo eran don Zenón y Amaya; hízolos pasar a la sala, les dio asiento, y a poco aparecieron dos criadas trayendo asentadas en mancerinas de cedro sendas jícaras ventrudas, negras y lustrosas, rebosando de espumoso y humeante chocolate, cada una provista de media gruesa de manteca.

Los viajeros honraron merecidamente la doble obra de misericordia que en aquel punto ejercía don Mariano, y cuando hubieron apurado hasta los posos, se dispusieron a partir.

Preguntóles don Mariano si no querían llevar para ayuda de viático una pellita de posol con qué calmar la sed y el hambre que en su caminata habrían de resentir. Rehusó el teniente, asegurando que para la hora de fagina ya estarían en Mazaltepec, donde sin duda serían recibidos con agrado, como que allí moraba gente amiga de la buena causa.

Amaya, más precavido, aceptó, recibiendo instantes después, de manos de una criada una redecilla que contenía gacha de maíz, con más, una pancla, envueltas en hoja. Dijeron adiós al bondadoso huésped y partieron a buen andar.

Don Mariano se quedó viéndolos partir, dilatada la boca por una sonrisilla burlona, viniendo a distraerlo la voz de nuestro ya conocido Abraham.

—Señor amo —díjole— el becerro de la Noble hace doj día que no arriba. El animal ejtá desejpereo, queriendo salirse del chiquero. A mí me pascé que sería bueno soltarla quej ma juácil quella encuentre al hijo, si ej quejtá vivo.

—Tienes razón, Abraham —confirmó don Mariano—. Que la suelten y que monte un muchacho a caballo y la siga.

—Todoj andan en el rodeo —observó Abraham—. Iré yo en seguimiento.

—Bueno; anda tú. Llévate una bolina, cebadilla y aguarrás, por si acaso.

El muchacho fue a alistarse. Echó su silla vaquera a los no muy sanos lomos de un overo que habría emulado a Rocinante, tal andaba de flaco, pues don Mariano había tenido la cautela de poner a salvo la caballada mejor de la hacienda, para substraerla a las requisiciones de caballos a que la Trinidad, situada en medio del camino real, entre la cabecera de la Chontalpa y la antigua Villahermosa, quedaba expuesta.

Metió luego Abraham en unas árganas los recados de albeitería que el amo le indicara, las trabó a la cabecera de la silla, amarró la bolina y un peal a las correas de la anquera, y, ya listo, fue a dar su libertad a la desesperada Noble, la que franqueó presurosa la puerta del establo, partió a todo andar, sacudiéndose las ubres, gruesas como odre, y como si fueran a reventar.

A unos cincuenta metros y ya seguida de Abraham, paróse, levantó el testuz, venteo en todas direcciones, lanzó tres lastimeros mugidos, y prosiguió al trote largo en dirección del monte. Ya cerca de éste, tornó a pararse, irguió de nuevo la cabeza, volvió a ventear en todos sentidos, lanzó otros tres prolongados y quejumbrosos mugidos, y corrió a lo largo de la orilla del monte, oliendo la hierba.

Detúvose bruscamente, paró el oído y sin titubear se entró a través de la maleza, que, primero, con alguna facilidad, y luego más y más difícilmente, iba rehendiendo, agazapándose aquí, saltando acullá para salvar algún tronco caído que le obstruía la trilla por donde marchaba, siempre con la cabeza baja, echándola a uno y otro lado para librarse de que los cuernos se le enredaran en los bejucos o en las entrelazadas ramas

del inextricable breñal, sin detenerse un punto, aguijoneada por el sentimiento de la maternidad, más fatal y tenaz en el bruto que en la hembra humana.

Abraham, que seguía a la vaca artuña a corta distancia, pudo por algunos minutos no perder su pista; mas como, a medida que avanzaba, la maleza se hacía más y más tupida, comprendió que iba a hacerse imposible ir en pos del animal. Ya había tenido qué recurrir a su machete para abrirse paso, mas semejante tarea retrasaba su marcha y lo exponía a despistarse por completo.

Fiado en el perfecto conocimiento del terreno, que muchas veces y en todos sentidos había explorado, ya persiguiendo algún toro alzado, ya buscando becerros perdidos, ya al acecho de venados o puercos de monte, y hasta de tigres que, como vimos ya, contaba entre sus proezas cinegéticas la muerte de alguno, determinó buscar camino más practicable y, al efecto, escudriñó a su rededor.

No tardó en descubrir una estrecha vereda que se escurría tortuosa a través del bosque, y en ella se metió, imaginando que bien podía salir al atajo de la res por aquella senda que no dejaría de cruzarse con algunas otras.

El cálculo del mozo salió fallido, que al cabo de algún andar se encontró con que la tal vereda no tenía salida sino que, después de casi borrarse bajo la hierba, desaparecía por completo al término de un matorral. Probablemente en años muy atrás, la vereda había sido camino que condujera a un campo cultivado, ahora convertido en enmarañada maleza.

Empeñado ya en aquella dirección, no quiso Abraham volver atrás, antes se sintió alentado al vislumbrar alguna claridad detrás de la mota de monte que le cerraba el camino; así que, apeándose, machete en mano, trató de ir adelante, y lo consiguió con poco esfuerzo, hasta salir a un pequeño prado que atravesó, procurando orientarse en la dirección que había seguido la Noble.

Limitaba el prado, por el rumbo que el mozo seguía, un cenagal que costeó desechándolo a la izquierda, por donde seipeaba otra vereda, no más ancha que la palma de la mano, en los momentos precisos que oía mugir a la vaca en dirección un tanto desviada de la senda en que acababa de aventurarse.

—No voy mal —se dijo— y por aquí no he de apartarme mucho de la Noble.

Por desgracia, la vereda se torcía en dirección opuesta a la en que percibiera los mugidos, vereda que, como la anterior, después de cinco minutos de ir por ella, borraróse del todo, a la orilla de un acahual, afortunadamente poco espeso. Tornó a apearse y a recurrir a la ayuda de su machete, llevando a su montura del ronزال, y así avanzó un buen trecho.

De súbito, con esa agudeza de oído propia de la gente habituada a la soledad, creyó percibir un ruido sordo, como de golpe de viento en lejanas frondas. Detúvose, paró el sentido, y sonrió. No le cabía duda: aquel ruido era aleteo de zopilotes, ocupados en devorar alguna res muerta. ¡La Noble se ha equivocado, dijo para sí. Los chombos están allí de festín con el cadáver del becerro.

Y sin más vacilar, amarró su matalón a una rama y comenzó a abrirse paso con el tajante machete en la dirección en que oyera el aleteo, que, poco a poco, iba haciéndose más distinto, hasta percibir el áspero gutzguclear de los gallinazos. Avanzando, empezó a sentir la fetidez de carnes en pudrición y ya no tuvo ni sombra de duda de que era el cadáver del becerro de la Noble el que alimentaba la voracidad de los zopilotes.

Por fin, dio a un estrecho escampado, y no pudiendo descubrir lo que devoraban los pajarracos por haber salido del lado opuesto al en que en espesa ronda se agitaban, como tinta en hervor, se deslizó al sesgo para cambiar de frente. Manjar apetitoso debía de ser para las asquerosas aves el que se engullían, pues no obstante la singular agudeza de sentidos de que están dotadas, no sintieron la presencia del vaquero, quien ni con el

cambio de posición adelantó en su pesquisa, tan densa era la aglomeración de los famélicos catartos sobre la naturaleza muerta que estimulaba su apetito; así que, mientras con la mano izquierda asía Abraham la falda de su camisola de brin para taparse las narices contra la insoportable fetidez que impregnaba el aire, con la derecha cogió un garrote y lo lanzó violentamente sobre el negro hervidero de auras.

Asustadas por el brusco ataque, alzaron el vuelo en confuso y estrepitoso aleteo. Las más asustadizas, las más jóvenes, se engarbaron en los árboles vecinos; otras, menos tímidas, se pararon en las ramas más bajas, y otras, las más audaces o hambrientas, ni siquiera abandonaron el suelo, en el que se mantenían dando pequeños saltos, a quisa de desgarrada zarabanda.

Abraham lanzó un grito de horror al ver el objeto de que hacían pasto los necrófagos. Entre las pronunciadas aristas de dos salientes raíces de un bellote yacía un cadáver humano, espantosamente desfigurado. Fue acercándose cuanto más se lo permitía la asfixiante hediondez del cadáver, siempre tapada la nariz con la falda de la camisola, y su horror llegó al extremo.

Los labios habían desaparecido arrancados por las poderosas cizallas de los buitres, y las mandíbulas reían siniestramente, enseñando íntegras dos hileras de blancos y finísimos dientes; las hueras órbitas en que antes brillaran los ojos, parecían hitas en el abismo tenebroso de la nada; las desgarradas narices comunicaban al deforme rostro un aspecto grotesco, como de máscara de histrión; desde los párpados superiores al nacimiento del cabello, la piel había sido arrollada, y ni los cartílagos de las orejas, todo carcomidos, habían sido respetados.

El resto del cuerpo no inspiraba menos repugnante pavora: el chaleco de paño, como si una mano furiosa hubiera tirado de la solapa, estaba enteramente abierto, arrancada la botonadura; la camisa, que fuera blanca, ahora como revolcada en almagre, toda la falda echada fuera, veíase rasgada de pechera a orilla, para dejar desnudo el vientre, del que habían sido extraídos los

intestinos y las entrañas; el dormán de astrakán del que los acerados picos arrancaran algunos alamares, no defendió al brazo derecho de ser devorado casi por completo, como el pantalón de dril ruso tampoco protegió a la pierna derecha de sufrir la misma suerte.

Comprendió Abraham que aquellos horripilantes despojos pertenecían a persona de calidad por las fedéricas de charol que calzaba, lo lujoso de la chaqueta y la banda negra de burato que aun rodeaba la cintura, y no le cupo duda de que se trataba de algún jefe mortalmente herido en la acción del Jahuactal, que para escapar a la furia de los vencedores habíase refugiado en aquel bosque.

Olvidado de la Noble y de su becerro, pensó que lo que tenía qué hacer era ir a dar parte al amo del poco envidiable hallazgo que acababa de encontrarse, y para evitar que los zopilotes concluyeran su tarea de destrucción, después de ahuyentarlos a garrotazos, se puso a cortar ramas con que fue cubierto el cadáver. Hecho esto, se fue a recoger su rocín, montó y se encaminó a la hacienda.

Tartajosa la lengua por la emoción con que hablaba, dio cuenta de todo a don Mariano, que le abrumaba a preguntas para aclarar detalles, sin poder avanzar un punto en la tarea de atinar con quién pudiera haber sido aquella víctima. Certeza tuvo de que se trataba de un oficial imperialista de alta graduación, sin duda, cuya identificación era en aquel momento imposible de verificar, según resultaba del relato de Abraham.

Tras breve cavar, dijo al vaquero:

—Bueno: ahora hay qué ver de dar sepultura al muerto. Hay qué traerlo al camposanto.

—No se va a poder, señor —observó Abraham—. No se aguanta el jedor.

—Pues hay qué hacerlo —insistió don Mariano—. No hemos de enterrar en el monte el cuerpo de un cristiano, ni dejarlo allí a que acaben con él los animales...

Con las manos asidas por detrás y la cabeza baja paseóse don Mariano pensativo a lo largo del corredor en que pasaba esta escena, y volviéndose instantes después al vaquero que esperaba de pie, díjole:

—Mira: ya pensé. Apareja una mula, llama a dos muchachos que te ayuden. Ya están allí. Arregla unas angarillas; le pones de cama un petate, que no faltan en la bodega. A prevención lleven dos palas, procuren colocar el cadáver en las angarillas y mientras ustedes vuelven, se abrirá en el camposanto la sepultura.

Abraham fué a la bodega de donde salió con el petate, una pelota de hilo de sosquil y una aguja de arria; llamó a dos de sus compañeros, y de consuno procedieron a cumplir lo ordenado por el amo.

Pronto quedó todo listo. Echaron las extremidades libres de los largueros de la parihuela sobre los lomos de la mula aparejada, y, provistos de dos palas, Abraham tirando de la bestia, partieron.

El mozo, ya mejor orientado, pudo escoger punto menos difícil por dónde penetrar en el monte. El aleteo y el guztgucear de los necrófagos, junto con la fetidez del cadáver, llegaron a los sentidos de los vaqueros y, a poco alcanzaron el reducido escampado de la pavorosa escena.

Los compañeros de Abraham lanzaron una exclamación de sorpresa y espanto ante el cuadro que a su vista se ofrecía, y fue necesario ahuyentar de nuevo a las aves que en su famélico furor habían apartado las ramas con que el vaquero cubriera el cadáver, sobre el cual se amontonaran nuevamente, continuando el festín.

Discurrieron los mozos la mejor manera de cumplir su encargo, de modo de soportar la hediondez del muerto, y decidieron desenganchar las angarillas y, tomándolas por las extremidades de los largueros, empujarlas por debajo del cadáver para recogerlo en la cama. Puesta la parihuela a guisa de palanca, en la abertura más obtusa que pudieron, a fin de facilitar la operación, no tuvieron mayor dificultad en un principio, mas al llegar a la protuberancia de las posaderas, por más

esfuerzos que hacían, no lograban hacerlas entrar en la cama.

Impaciente Abraham, se determinó a arrastrar el cuerpo por las piernas y, conteniendo el resuello, puso manos a la obra. Agarró las dos piernas por la garganta de las federicas, dio un tirón... y ¡horror! logró su objeto, pero la pierna derecha desprendiéndose del tronco, le quedó en la mano, soltándola con la prontitud misma con que hubiera soltado una ascua, y retrocediendo espantado.

Lo principal estaba hecho. Las angarillas fueron enganchadas a la mula y partieron, Abraham siempre tirando de la bestia, y a uno y otro lado sus compañeros, libres así parcialmente de las pestíferas emanaciones del cadáver.

Como lo había dicho don Mariano, en tanto que Abraham y sus compañeros marcharon a recoger el muerto, él se trasladó al camposanto que distaba un medio kilómetro de las casas, precedido de cuatro mozos provistos de coas, palas y pisones, y escogiendo el lugar más apartado del cementerio, mandó abrir allí una huesa.

Mientras que los mozos abrían la tierra, sabiendo ya de qué se trataba, pues la noticia del hallazgo de Abraham había corrido por toda la hacienda, don Mariano se amparó a la sombra de un árbol contra los rayos del sol, que no por ser del moribundo otoño dejaba de quemar al vivo, yendo de rato en rato hasta la entrada del camposanto para atisbar el retorno de Abraham, y volviendo al punto en que se practicaba la fosa para hacer alguna indicación. Justamente cuando esta quedaba terminada, aparecían los portadores del muerto, que entraron y avanzaron hacia la huesa.

Don Mariano sacó de la bolsa de su blusa de listado un pañuelo empapado de alcohol, que a prevención llevara, y trató de acercarse a las angarillas, mas era tan fuerte la pestilencia que el cadáver despedía que, después de examinarlo un breve instante, volvió la

cara y se apartó, pensando en sus adentros quién habría sido aquella víctima.

Ordenó que avanzara la mula, de modo que las parihuelas quedaran encima de la fosa, y que, mientras se cortaba la costura de la cama, se mantuviera con una lía la cabeza del muerto para ver de que cayera lo más a plomo posible. Así se ejecutó. Sacó Abraham su cuchillo, procedió a cortar rápidamente la costura, un golpe sordo resonó en el fondo del hoyo, y seis palas se ocuparon en rellenarlo con no menor prontitud. Cuando estuvo colmada de tierra, cuatro pisones, subiendo y bajando alternativamente, con movimiento isócrono, como mazas de batanes, dejaron aplanada la tierra en un abrir y cerrar de ojos.

Así acabó Antón Pérez, Mayor de las tropas imperialistas en Tabasco, Prefecto político de la Chontalpa y presunto candidato a la posesión de la bella sin par Rosalba del Riego.

Aquella noche tuvo Abraham una horrible pesadilla. Soñóse transportado al lugar en que encontrara el deformado cadáver, hacia el cual, dando brincos y gutzguciendo de regocijo, avanzaba un verdadero ejército de zopilotes. En esto, el cadáver se irguió y, tendiendo los brazos, se le arrojó al cuello, implorando socorro. Abraham saltó de su lecho de tapextle, dio un grito y despertó despavorido, erizado el cabello y bañada la frente de sudor.

Fin de ANTÓN PÉREZ

JUANITA SOUSA

P R O L O G O

Hemos creído conveniente completar el volumen dedicado en esta colección a Manuel Sánchez Mármol con su novela *Juanita Sousa* que, además de ser muy poco conocida, tiene un lugar no desdeñable en nuestra historia literaria y cuya edición de 1901 es ya rarísima.

Es una sencilla historia de provincia. Sucede en Villahermosa, que el autor ha traducido por Urbela, población pintoresca de reducidas proporciones, con todos los encantos tropicales, su rica vegetación, sus jugosos frutos y sus flores que perfuman el ambiente. Una señorita de la mejor sociedad, con esa palidez lechosa tan frecuente en los climas cálidos, da título al libro. Su belleza es singular, y su indiscutida preeminencia la reconocen aun las mismas mujeres. La adornan las mejores virtudes. Amenaza su vida, en un plazo desconocido, un grave padecimiento del corazón.

Un viejo médico cuida de su salud desde hace años, y al hacerle un último reconocimiento ve que sus esperanzas no se han realizado. Esperaba que la naturaleza y la constitución de Juanita Sousa deshicieran por sí solas las causas de aquel padecimiento. Encuentra que los medicamentos son inútiles y considera que no queda más que prolongar la esperanza de que se realice un milagro. Aconseja ocultar su gravedad a la enferma; que sus padres no denuncien sus propias preocupaciones; hacerla vivir una vida tranquila y ahorrar todas aquellas impresiones violentas que pudieran agravar su mal.

La señorita va a casar con uno de los jóvenes más distinguido y acaudalados de Urbela. Este, para preparar la boda —como con tanta frecuencia sucedía en aquellas provincias orientales de México— en lugar de ir a la capital a comprar lo necesario, hace un viaje a París. Dos meses después vuelve por Nueva York, y muere al naufragar el barco que lo llevaba a Veracruz.

Al saber la noticia Juanita desmaya. Aquella impresión, que podría haberla matado, no hace más que entristecerla y abrir en su vida un vacío que no pueden llenar ni sus lecturas ni sus ocios. Al fin decide incorporarse al hospital de Urbela y dedicarse al cuidado de los enfermos. Sus padres descan oponerse, pero el médico que la cuida recomienda que no se la contraríe porque esa generosa ocupación puede distraerla y hacerla olvidar su padecimiento.

Durante varias horas al día trabaja en el hospital; se le arregla una habitación contigua a la de la administradora. Su dulzura y su bondad le conquistan el cariño de ésta, y la atención y el cuidado de los males ajenos le gana el agradecimiento y la devoción de los enfermos. En sus labores de enfermera y en sus lecturas en el patio de naranjos del hospital busca olvido y saludable tranquilidad.

Al morir el viejo doctor, que la ha atendido siempre y que era director del hospital, ocupa su puesto un médico joven, enérgico y lleno de vitalidad, bajo cuyas órdenes queda Juanita. Tiene cierto parecido con el novio que naufragó al venir de Nueva York, y aunque su filosofía lo inclina a una soltería permanente, acaba por enamorarse de Juanita. En ésta nace un sentimiento paralelo, que refuerzan las delicadas atenciones del nuevo

director y las muestras, discretas pero inequívocas, de su pasión. Este, como todos los que han planeado vivir para sí mismos una vida solitaria consagrada a su profesión, discute consigo mismo el alcance y la autenticidad de su pasión.

Acaba por declarar su amor. Juanita, ya también enamorada, ve una solución a su vida fracasada y se concierta el matrimonio. Tiene que dejar su trabajo en el hospital. Una tarde calurosa, después de bañarse, con el pelo suelto y en bata, lee un libro en el patio de naranjos del hospital. Llega el médico su prometido, la acompaña un momento en su lectura y después no resiste darle muestras de su pasión. Son tan efusivas que Juanita sufre un desmayo. El médico, que ignoraba su padecimiento, es informado por la solícita administradora del grave padecimiento del corazón que sufre la joven. Y en este momento termina la novela.

Fue la segunda que publicó Sánchez Mármol. Había escrito antes una narración corta, *El brindis de Navidad* (1871) y una novela de sátira política, *Pocahontas* (1882) que anda perdida en una edición de provincia y que nunca ha sido reeditada. El autor, educado en los novelistas españoles del siglo XIX, presenta en exactas y ordenadas perspectivas los escenarios de su narración, y con acusados perfiles, a la vez reales y sintéticos, a sus personajes. El viejo doctor, a quien las dolencias humanas no le han hecho perder su visión optimista de la vida, y el nuevo director del hospital, que a una enérgica determinación une cierta timidez en aceptar y reconocer sus propios sentimientos. Y principalmente Juanita Sousa, flor de invernadero, pintada con todos los matices que revelan su delicada y compleja perso-

nalidad, su callado estoicismo ante una vida que no renuncia a vivir y el azar de la muerte que la amenaza.

Admira, ya en esta primera novela, su capacidad de narrador sobrio y fácil, que presenta la realidad en sus rasgos esenciales y en una prosa dúctil y castiza que resuelve hábilmente todos sus problemas. Al igual que Rafael Delgado, pertenece al realismo moderado de la novelística española de su tiempo. Pero habría que agregar que es el de los narradores mexicanos que se atreve a presentar escenas de un realismo "crudo", que entonces sólo se encontraban en los escritores franceses de la escuela de Zola.

En su *Antón Pérez*, la larga descripción en que éste, mortalmente herido e imposibilitado para toda defensa, es devorado por los zopilotes, que se consideró "espe-luznante"; y en *Juanita Sousa* la pintura de los vicios, la suciedad en que se debate y la miserable muerte de una infeliz ebria, que muchos tuvieron por de "mal gusto". El se disculpaba diciendo que se había apegado a la realidad. Por los dos últimos capítulos de *Antón Pérez* y por los pasajes sobre la pobre enferma de alcoholismo que contiene *Juanita Sousa* hay que considerar a Sánchez Mármol como el primer novelista mexicano que, antes de Federico Gamboa, amplía los campos del realismo en la novela.

ANTONIO CASTRO LEAL

I

EL DOCTOR NOLASCO

El doctor Nolasco no había desesperado.

El año que había transcurrido de estar prestando los cuidados de su ciencia, que no era escasa, y de su no corta experiencia médica a aquella su simpática enferma, a la que se sintiera atraído a los comienzos y ahora ligado con singular afección, si no le había dado todo el fruto que se prometiera, habíale permitido alzar una punta del velo que cubría la misteriosa dolencia.

La enfermedad de Juanita tenía más de un motivo por qué interesar al que se echara sobre sí el propósito de combatirla y dominarla. Las dificultades son para los espíritus superiores imán de atracción irresistible, que solicita y embarga sus fuerzas en el empeño de superarlas; y aquel caso raro, tal vez excepcional, ofrecido a la observación del insigne doctor Nolasco, tenía absorbido por completo, aprisionando sus no comunes facultades entre el estudio de los especialistas y la meditación, llevándose ésta la mejor parte, sea dicha la verdad.

No era, sin embargo, un puro interés científico el que así adhería al doctor a su enferma; que la ancianidad más adusta no sabría ser indiferente a los encantos de la juventud y la belleza, y sabe Dios que Juanita Sousa era una beldad cumplida, en todo el esplendor de esa otra eterna belleza, la juventud; y sabe Dios que el doctor Nolasco, con sus setenta años a cuestas, poseía un espíritu rebozante de jovialidad que derramaba a su paso en palabras y gestos; pero de esa jovialidad que no procede del fermento de los años almacenados en

una vida, que se cree con derecho a todas las familiaridades y aún a las inconveniencias más groseras, sino de esa de buena cepa, hija legítima de un corazón bien nacido y de una experiencia ilustrada.

Médico por vocación ingénita, no se limitaba al estudio del hombre dentro de los límites de la fisiología; iba más allá: buscando los gérmenes de las dolencias que era llamado a combatir, penetraba en los dominios de la sicología, y pensaba que más de una de aquellas era determinada exclusivamente por una causa moral, concediendo a las de esta especie influjo importante en todos los casos patológicos. Reconocía la verdad absoluto del aforismo antiguo *mens sana in corpore sano*, que juzgaba, sin embargo, incompleto, y para completarlo, invertía sus términos.

Queda con esto dicho que el doctor había hecho estudio profundo de las pasiones humanas, por donde había llegado a penetrar los secretos de la esfinge. Conocía los influjos a que el hombre nace sujeto, de allí que sus labios no negaran una sonrisa de dulce compasión a la mayor de las flaquezas, y que aún llegara a absolver, en su foro interno, por supuesto, las más monstruosas aberraciones de la conciencia humana.

Después de un año de estudiar con tenacidad igual a lo abstruso del caso la dolencia de Juanita Sousa, venía el doctor aquel día a practicar el último examen de la paciente y a pronunciar la última palabra. Y no era que necesitara más observar ni más reconocer para pronunciar su fallo; su ciencia tenía ya formulado, mas sentía cariño tan profundo por aquella su enferma, y tenía, por otra parte, tan poca confianza en su saber, que acariciaba la ilusión de que aquel último reconocimiento podría proporcionarle motivo racional para rectificar su diagnóstico. ¡Tantas veces se equivocan los médicos!

La hora de la tremenda crisis había, pues, sonado para los padres de la enferma. De los tres hijos de aquel nido, formado al calor de la ternura más espontánea, Héctor, el mayor, había sucumbido gloriosamente, cum-

plidos apenas sus veintidós años, defendiendo en el Puente Nacional la honra de la patria contra la intervención extranjera; la segunda, Mercedes, había volado al cielo, arrebatada por una eclampsia, al descender sobre sus sienes la corona de la maternidad, y Juanita, última rosa abierta en aquel búcaro de amor, después de haber sufrido el mayor de los infortunios deparado a alma de mujer, y de salir con vida de la intensa fiebre que le sobreviniera al recibir el golpe fatal, quedaba en el mundo herida de dolencia misteriosa, como amenaza permanente de duelo y de tristeza para aquel hogar que cifraba únicamente en ella su embellecimiento y regocijo.

El doctor, que entraba en aquella casa como en la suya propia, fue recibido con visible agitación y sobresalto, y si Juanita hubiera presenciado ese momento, con eso habríale bastado para comprender que el mal cuya gravedad estaba siéndole disimulada, era un mal de muerte, y se hubiera sentido dichosa, porque la vida había venido a ser para ella carga difícil de llevar.

Avisada de la presencia del doctor, más por la respetuosa inclinación que hacía él experimentaba que por el deseo de recobrar la salud, Juana voló a su encuentro.

Diez y nueve años contaba. Era una mujer hecha y derecha: gallarda, de carnes bien nutridas, caídos y redondos los hombros, erguido el cuello, la cabeza modelada por el patrón del arte griego, coronada de profusa mata de cabellos de un castaño claro, blanca la tez, con esa blancura azulosa de la leche, ojos grandes, enormes, pareciendo así tal vez por la ligera sombra que los circuía, de forma de almendra, color leonado el iris y salpicado de manchitas de un castaño diáfano; nariz recta, boca breve y encendida, tirando al rojo violeta, que hacía resaltar la intensa palidez del semblante, el cual terminaba en una barba redonda y bien pronunciada, cuyo centro comprimía un profundo hoyuelo.

Al verla, el semblante del doctor se dilató hasta donde lo permitían las hondas arrugas que lo surcaban en todos sentidos, y sus pequeños ojos que reían al mirar,

se animaron de viva claridad. Ella, sonriendo melancólicamente, le alargó la diestra que el doctor tomó y retuvo entre ambas manos.

—Buenos días, doctor —dijo Juanita, con acento de un timbre musical y lleno de dulzura.

—Buenos días, hija mía —contestóle, percibiéndose en la entonación de sus palabras que su voz aspiraba a emular el cariño de sus manos. Ya vez que soy puntual a la cita.

—Es usted tan bueno!...

—Quien me hace bueno y diligente, eres tú, grandísima hechicera. Manos a la obra ¿estás dispuesta?

—Cuando usted mande.

Y dicho esto, que tenía lugar en la sala de recibo de los Sousa, hija, doctor y padres se entraron en la alcoba contigua. Una vez allí, el doctor, con paternal afabilidad, instaló a su enferma en un taburete, y la rogó se despojara del jersey que ceñía la parte superior de su cuerpo.

Cuando esa indicación quedó obsequiada, el doctor procedió, con la escrupulosidad de quien ejecuta un trabajo que reclama atención profunda y delicada hasta en el más insignificante detalle, a reconocer aquel juvenil y bellissimo busto, cuyo interior acaso encerraba ya los gérmenes de temprana muerte.

Ora palpaba y percutía, ora auscultaba y tornaba a percutir, sin perdonar un sólo punto de la región torácica y de las espaldas, con delicadeza tal, que aún cuando el doctor hubiera sido un joven, el pudor de Juanita no habría tenido el menor pretexto de rebelarse. Por lo demás, el doctor, aparte de su ancianidad, carecía de sexo en aquella exploración científica, y joven que hubiera sido, ni la redondez suavísima de aquellas espaldas, ni la aterciopelada morbidez de aquellos abultados senos, ni el tacto sedoso de aquella epidermis de blancura irreprochable, ni el tenue perfumado calor que de ellos se exhalaba habrían tenido poder de solicitar el más ligero asomo de sensualismo.

Concluído aquel trabajo, el doctor se irguió con dificultad, como si una carga más pesada aún que sus setenta años hubiera caído sobre sus espaldas. A pesar del esfuerzo que hizo para dominar su turbación, sus ojos no reían. Por fortuna, fueron sólo ellos los que la denunciaron por un breve momento, y temeroso de que la enferma hubiera podido advertirla, dijo al punto con aire de seguridad, golpeándola suavemente el hombro:

—Nada, hija mía; esto no vale nada. Todo se reduce a negocio de higiene pura.

Y procurando dar a su fisonomía un tinte de satisfacción, echándose hacia atrás los mechones de pelo blanco que cubrían sus húmedas sienas, únicos restos de la que un tiempo fuera cabellera profusa, púsose a hablar de cosas insignificantes. Luego aprisionó tiernamente una mano de su enferma entre las rugosas suyas, y golpeándola con suavidad, tornó a decirle:

—Eso no vale nada; asunto de higiene pura. Mucho reposo, mucho tranquilidad, y no más digital, ni más laurel cerezo.

Despidióse en seguida; el señor Sousa acompañóle hasta el portal, y al darse el último apretón de manos, dijo el doctor con acento conmovido:

—Mal estamos, Alonso; dentro de una hora espero a usted en casa.

En ganando la calle, sintió que se aflojaban las riendas que hasta allí refrenaran su emoción, exhaló un hondo suspiro y apretó el paso inconscientemente.

Juanita Sousa estaba irremisiblemente condenada a muerte.

El terrible diagnóstico habíase confirmado en toda su amenazadora verdad. No sólo había una lesión orgánica en el gran foco de la vida, sino que resultaba fatalmente complicada. El doctor habíase encontrado en presencia de un caso que, por lo raro, merecía el calificativo de singular. El corazón izquierdo estaba herido de hipertrofia concéntrica: la cosa era clara, aquel órgano iba a acabar por apocamiento; pero el proceso

del mal era largo, y la paciente podía llegar a alcanzar vida dilatada.

Desgraciadamente, el mal no se limitaba al ápice del corazón; a más del estrechamiento del ventrículo izquierdo, había descubierto en la parte posterior del cayado de la aorta un aneurisma que se desarrollaba rápidamente, comprimiendo de un modo perceptible las arterias yugulares, amenazadas de obliteración, a lo que probablemente se debía la palidez profunda del rostro de Juanita. Aquello sí era grave: la vida de la enferma quedaba a merced de cualquiera de los accidentes en que es fecunda la existencia humana, contra los que la previsión es impotente; ni cabe precaverlos. No quedaba más que una esperanza: la Gran Doctora. Casos, aunque muy contados, registra la ciencia en que hipertrofias y aneurismas han experimentado salvadora modificación por obra de la naturaleza misma, y ¿por qué no prometerse para aquella enferma tan interesante, la repetición del prodigio?

El señor Sousa acudió solícito y lleno de zozobra a la cita del doctor, quien, fiel al deber profesional, sin intentar disimular siquiera la turbación que lo embargaba, expuso al afligido padre el prospecto de infinitos riesgos a que se hallaba condenada la existencia de la muy amada hija. Explicóle cómo el temor de que ella llegara a vislumbrar la gravedad de su estado habíalo movido a suprimir toda medicación ulterior; que, además, digital y laurel cerezo, y cuanto más se inventara para combatir aquel mal, no pasaban de meros paliativos, debiendo echarse toda esperanza en brazos de la provida naturaleza que, dotada de recursos incomprensibles como inagotables, había ya más de una vez sanado a hipertrofos y aneurismáticos; que él, por su parte, se atrevía a confiar en el porvenir, pues Juanita era de constitución robusta, y a la edad que contaba, aún susceptible de un cambio afortunado.

—Mucho cuidado sí, Alonso —concluyó—. Nada que fatigue el cuerpo o preocupe el espíritu. Impedir toda conmoción fuerte, que las sacudidas morales traen

siempre en esa dolencia un desenlace fatal. No contrariarla; ni habría por qué, que es buena como un ángel. Dejarla vivir como quiera, sin resistencias ni objeciones. Un obstáculo cualquiera obstruiría la corriente, y por allí se iría la vida. Mucha serenidad por parte de ustedes, Alonso; ni una palabra, ni un gesto por donde pudiera descubrir que se la trata como a enfermo incurable. Prudentes precauciones; he ahí toda la terapéutica del caso.

El señor Sousa oyó aterrado aquella sentencia; compungióse su rostro, oblicuáronse sus cejas, su boca se arqueó y plegó hacia abajo, y dos lágrimas rodaron por sus ya marchitas mejillas.

El doctor le abrazó con la efusión de quien comparte una pena, y no lo dejó partir hasta que le vio cobrar aliento.

II

JORGE OLIVO

La pequeña ciudad de Urbela puede estar orgullosa de justificar su nombre. Limpia hasta la pulcritud, alegre, trascendiendo a los perfumes que exhalan en la primavera sus frondosos naranjales y en todo el año sus numerosos jardines, cuya rústica sencillez contrasta con la profusa variedad de flores que en multicoloras cascadas se desbordan por tapias y vallados; tiene por dosel, para mayor donosura, un cielo de índigo puro, y por asiento, un suelo alfombrado de menuda hierba en que el verde, frenético de vida, ostenta sus más caprichosos matices.

El agua, esa música de la vegetación, bulle por todas partes en surtidores y manantiales, y Urbela sería para el hombre el Edén perdido, si fuera capaz de recobrarlo. El marco es digno del cuadro; que si Urbela está orgullosa de ser cual es, más orgullosa tiene que sentirse de la beldad de sus mujeres, sanas, gentiles y de nacarada tez, en que parecen reflejarse los rosicleres de la encendida aurora.

Entre esas beldades, por tácito consentimiento, había otorgado la supremacía a Juanita Sousa, sin que ese fallo suscitara protestas ni aun en las de su propio sexo, que Juanita era una muchacha tan noble, tan afable y comunicativa, que los homenajes a ella tributados no podían provocar los celos o la emulación de la más encopetada y presuntuosa de las urbeleñas, y si alguna los experimentaba, tenía que guardárselos muy en el fondo, de miedo de atraer sobre sí la nota de envidiosa.

Es por demás decir que Juanita Sousa se había visto sitiada y acosada por numerosos pretendientes. Mariposas y abejas, atraídas por sus encantos, habían revoloteado y zumbado en su derredor; pero hubieron de tocar retirada luego que advirtieron que la palma gloriosa era adjudicada a Jorge Olivo, joven que por su apostura, brillante posición social, generosidad de carácter y educación correctísima, era justamente reconocido por el prototipo de la juventud masculina.

El matrimonio de Olivo con Juanita era un acontecimiento ya marcado en el futuro próximo de los anales de Urbela. Loco de amor, quiso intervenir en persona en los preparativos del suceso más importante de su vida, en que cifraba la suma mayor de dicha que el cielo podía otorgarle, y determinó hacer un rápido viaje a París.

Sesenta o setenta días de ausencia, si larga, parecióle sobrada a sus propósitos, y una noche, venciendo con dificultad las vacilaciones en que lo hiciera entrar la tímida oposición de su novia a la realización del proyectado viaje, después de estrecharle apasionadamente la mano que besó y tornó a besar con religioso transporte, se despidió de aquella casa que tanto caudal de ventura atesoraba para él y de los que bien pronto se prometía entrar en posesión eterna.

Aun cuando su alma estaba llena de la imagen de Juanita, cuantas veces, durante aquel viaje fugaz, tropezó con su cartera, otras tantas no dejó de sacarla y abrirla para contemplar la efigie de su amada, cuya sombra sin vida cobraba expresión y movimiento, realizando el recuerdo y la imaginación lo que a mano de artista no es dado reproducir.

Cada semana don Alonso Sousa recibía un telegrama del futuro yerno, anunciándole el punto a que arribaba, saludando y pidiendo informes de la que, a falta de familia propia, venía a colmar sus necesidades de afecto. Al cabo de cuarenta días participaba su retorno, que iba a efectuar por la línea Cunard y por la vía de Nueva York. Al leer el telegrama, Juanita, que había

vivido presa de honda melancolía durante aquella ausencia, sintió arder la sangre en sus venas, y la alegría más expansiva se retrató en su semblante.

Ocho días después Olivo comunicaba su llegada a Nueva York, y tres más tarde su embarque a bordo del *Mérida* de la compañía Alexander. Juana no cabía de contento. Sólo unos cuantos días la separaban del ser que era como el complemento de su vida, y en el que iba bien pronto a quedar fundida su propia existencia, para formar una sola, como forman una sola dos gotas de agua que se juntan. Sueños de dicha inefable, vagos presentimientos de emociones indefinibles que la lengua es impotente a descifrar, misterios luminosos que atraen, deslumbran y embriagan con embriaguez arrobadora, soplos de fuego y aroma, aleteos impalpables de melodías desconocidas, entumecimiento de los sentidos y anonadamiento del alma en goces sin nombre, tal era el mundo de ideas y sensaciones que mecían el espíritu de Juana al ver aproximarse el ansiado momento de su unión con Jorge.

Era un domingo. Como de costumbre, había asistido a la misa de seis, y allí en el recogimiento del templo, de hinojos ante la imagen de María, impetrando su intercesión, había elevado su alma pura en alas de la oración al Dios de las bondades y de las misericordias, en rendida acción de gracias por la felicidad que la deparaba y que ya saboreaba anticipadamente.

La piedad purifica los sentimientos: en la desgracia, es bálsamo consolador que inspira resignación; en la dicha, alegría intensa que radia al exterior por todos los medios de manifestación de que dispone nuestro organismo. Juana tornó a la casa rebosando de contento, y erró de sala a alcoba, de alcoba a comedor y de comedor a gabinete de lectura, como mariposa loca, que goza buscando distintos tonos de luz. Detúvose en el último, donde la madre leía un libro de devociones, en tanto que el padre ojeaba una enciclopedia.

Sobre un velador de tecali estaban aún prisioneros en sus fajillas los periódicos llevados aquella mañana.

Juanita se apoderó maquinalmente de uno, rasgó la faja y leyó. Era *El Correo del Comercio* del día anterior. Recorrió sus columnas distraídamente, sin parar atención en su contenido; de repente se detuvo; su rostro se cubrió de súbita lividez, un grito ahogado se escapó de su garganta y cayó a plomo, tendida en el suelo, como fulminada por descarga eléctrica. Los padres, atónitos, sobrecogidos, mudos y temblorosos, casi tan pálidos como Juanita, corrieron a ella, la examinaron con avidez, como queriendo penetrar con sus ojos en el interior de aquel cuerpo adorado y tocar con la mano la causa del terrible accidente, y les pareció que estaba muerta, que la vida se había escapado en el grito de angustia que acababan de oír.

En aquel instante de aturdimiento sólo la madre tuvo fuerzas para gritar:

—¡Un médico! ¡un médico, pronto! ¡el doctor Nolasco!

Y esposa y marido, levantando aquel cuerpo de azucena que pesaba como plomo, se ayudaron a transportarlo a la alcoba de Juanita, depositándolo con la mayor delicadeza en su propio lecho, operación a que ya pudieron asociarse las criadas de la casa, que habían acudido presurosas e inquietas a la novedad. El mensajero enviado al doctor Nolasco había sin duda volado, que un minuto después llegaba éste enjugándose la interminable frente bañada de sudor, cuyas incontables arrugas parecieron multiplicarse y ahondarse a la vista de la joven tendida en el lecho.

Conocía mucho: admirador más que de su belleza física, que era singular, de sus raras prendas morales, había venido asistiendo a su crecimiento y desarrollo con esa satisfacción propia de las almas elevadas que se encariñan por todo lo que es bueno y bello. Conocía toda la historia de la encantadora criatura, y participaba del contento de su próximo enlace con Jorge Olivo, joven distinguido y vástago único de una familia ya extinguida, con quien había cultivado la amistad más

estrecha. Sin articular una palabra acercóse al lecho y púsose a reconocer a Juanita.

—Es un síncope —dijo, pasados algunos instantes—. ¿Cómo ha venido esto?

Don Alonso y su mujer se miraron confusos; nada podían decir. Y mientras que el doctor aplicaba un pomito de éter a las narices de Juanita y formulaba de prisa una receta, informáronle de cómo había empleado la mañana, hasta el instante en que, con el periódico en mano, le sobrevino el brusco ataque.

—¿Y qué leyó? —inquirió de nuevo.

—No sabemos si leyó —contestaron a una voz.

—Venga acá ese periódico —repuso con marcada impaciencia.

Una criada fue al gabinete y volvió trayendo *El Comercio del Comercio*, que había recogido del suelo.

El doctor lo recorrió rápidamente, hasta tropezar con un suelto intitulado: "Horrible siniestro." Leyólo al vuelo y todo lo comprendió. El artículo decía así: "El mar acaba de ser teatro de un drama horroroso. El *Mérida*, que hace ocho días zarpó de Nueva York, con destino a este puerto y escalas, se incendió entre los cabos San Antonio y Catoche, pereciendo todos los pasajeros, que eran muchos, así como el capitán y todos los tripulantes." Luego se extendía en comentarios, deplorando el suceso y condoliéndose de las víctimas, entre las que, decía, "tenemos que lamentar a nuestro simpático y bien querido Jorge Olivo, que llena el alma de ilusiones, regresaba de Europa al país natal."

—¿Qué noticia tienen ustedes de Olivo? —volvió a inquirir el doctor, sin separarse de la cabecera de Juanita.

—Que dentro de dos días llegará a Veracruz —contestó el señor Sousa—. Tomó pasaje en el paquete americano.

—¿En el *Mérida*?

—Sí, doctor, en el *Mérida*.

—¡Ah!... exclamó con ahogada y lúgubre entonación.

No tuvo valor para más. Dobló el diario y lo tiró sobre el primer mueble.

Juanita exhaló un débil suspiro. El doctor renovó la aplicación del éter, e introduciéndole en la boca una cucharita, hizole tragar unas cuantas gotas del medicamento prescrito. El síncope terminaba, mas la postración de la paciente no disminuía en un ápice. Con los ojos mortecinos, entreabiertos, respirando por aspiraciones entrecortadas, inmóvil y siempre pálida, sin exhalar un quejido, permaneció por largos minutos. Cada diez, el doctor por su propia mano renovaba la ingestión de las gotas en la boca de la enferma, palpándole la frente con toda la palma de la mano y consultando el pulso.

Una hora después el rostro de Juanita se encendía y su cabeza inquieta se agitaba sobre la almohada, volteándola con la agitación de un péndulo loco. Parece que el doctor esperaba aquellos signos, pues sin vacilar sacó el termómetro y lo hizo colocar cuidadosamente en una de las axilas de la paciente, y como si temiera una indicación errónea, tomóla de nuevo el pulso, cuyos latidos contó reloj en mano.

La fiebre estaba allí. Se trataba de un acceso de perniciosa, para el doctor, perfectamente definido. Conocido el mal, no había que rebuscar el tratamiento. Pronosticar el desenlace era lo aventurado, que la ciencia médica es sólo oráculo de probabilidades, en cuyas afirmaciones va siempre implícito el "tal vez".

El doctor Nolasco que había puesto alma y sentidos en el cuidado de su bella paciente, vio coronados sus esfuerzos. A los siete días habíase determinado una intermitencia real, y a los doce anunciaba a los afligidos padres que no había ya peligro qué temer. La convalecencia tenía que ser lenta y rodeada de atenciones.

Pasaron meses. Juanita había vuelto a la plenitud de la vida, salvo que su color antes sonrosado, como el de todas las hijas de Urbela, habíase cambiado en palidez lechosa. El doctor Nolasco no estaba satisfecho, y sospechaba que alguna traidora dolencia se escondía tras de aquella palidez, que si bien hacía resaltar y sin-

gularizaba, por decirlo así, la belleza de Juanita, constituía la revelación de un desequilibrio, de una anomalía en su organismo, y el doctor observó con atención.

Llegó a sospechar fuera el corazón el sitio del mal embozado, y aunque exploró con solicitud, no logró descubrir nada. Pero el doctor Nolasco no era hombre que se dejara vencer así como así. Hizo paciencia, y ojo avizor, como el cazador que asecha y espía a la codiciada pieza, continuó observando y explorando. Por fin, un día creyó haber encontrado. Lo que había vislumbrado su ciencia, sus sentidos descubrieron. El mal estaba en el corazón.

Pero no se conformó, era necesario llegar a la certidumbre. Poco tiempo después, la aparición de ciertos síntomas fugaces que solían presentarse muy de tarde en tarde permitieron perfeccionar el diagnóstico. Fue entonces cuando se creyó obligado, más por pagar tributo a la autoridad de los libros que por propia convicción, a recurrir a la digital y al laurel cerezo.

Nadie llegó a traducir el mal que minaba la existencia de la interesante Juanita, ni sus padres mismos. El doctor guardó su secreto, con la esperanza de revocar su fallo. Por desgracia, su diagnóstico iba a verse plena e irrevocablemente confirmado.

III

EL HOSPITAL DE URBELA

La inmensa desgracia de Juanita había conmovido a toda Urbela, y hay que decir la verdad: ni el mérito de Jorge Olivo, ni la belleza de aquella dieron ocasión a la envidia a mostrarse ni aun por atisbos satisfecha de la obra del destino; pero como todo cambia en la vida, donde ni el dolor ni la dicha son eternos, luego que se vio a Juanita recobrar la salud, no faltó quien pensara que la juventud iba bien pronto a reconquistar su imperio sobre aquel corazón que latía en pleno ardor primaveral; en el que tal vez dentro de poco no quedaría más que una vaga y dulce recordación del novio infortunado. Gran médico es el tiempo para las heridas del alma, que por hondas que sean, acaban por cicatrizar. Heridas de amor en alma joven son, por otra parte, achaque ligero, que desaparece entre dos estaciones, porque la juventud tiene la misma necesidad de amor que el pájaro de aire.

Pasaron los meses y pasaron dos años, y Juanita Sousa, devuelta a la vida y a la salud, no reaparecía en el mundo. Los que estaban privados del derecho de verla en su propia casa, y lo deseaban, tenían que levantarse muy temprano los domingos y días de guardar para ir a la misa de seis en la Iglesia de la Soledad, que era a la que invariablemente asistía.

El doctor Nolasco hacía sus apariciones en la casa de los Sousa de diez en quince días, y habría deseado menudearlas a no retenerlo el temor de inspirar recelos a Juanita, cuyo estado no quería perder de vista. Con gran complacencia había advertido que el mal parecía estacionarse: la palidez persistía, cierto, pero no se obser-

vaba ni fatiga ni disnea. De seguro que la naturaleza iba a hacer el milagro. En cambio, en su mirada, en su sonrisa, se revelaba la más profunda tristeza, semejando en su juvenil hermosura a preciada planta exótica conservada al calor del invernadero. Parecía una beldad proscrita de otra región y otra existencia, errando sin objeto por nuestro mundo prosaico.

Un día fuese con el doctor mano a mano hasta el portón, y cuando éste iba a despedirse, le retuvo asiéndole dulcemente.

—Tengo necesidad de usted, doctor. Le pido mil perdones, pero no es mi culpa sea usted el único a quien pueda recurrir —díjole con voz tierna y suplicante.

—Habla, hija mía, habla sin reserva; no sabes cuán grande es el placer que experimento en saber que puedo serte útil —contestó con entonación paternal.

—No precisamente ahora, doctor. Usted necesita su tiempo para sus enfermos, para los que sufren, a quienes usted sabe aliviar por tantos medios. . .

—No tengo ahora enfermos que reclamen atención, hija mía; ruégote que te expliques.

—Bueno; si no causo perjuicio a nadie, sea como usted guste. Además, si otro pudiera hacer en vez de usted lo que voy a pedirle, sabe Dios que no le ocasionaría una nueva molestia; mas usted es mi protector y mi sostén; por usted conservo esta vida, que no es culpa de usted no sea menos amarga. Después de mis padres, es usted el único con derecho a mi afecto, y el único que puede servir de mediador entre ellos y yo.

—¿De qué se trata, pues, hija mía? —interrumpió el doctor con solicitud.

—De una cosa muy sencilla. . . y a la vez muy grave —contestó Juanita, con ligera sonrisa y aire de irresolución. Hizo una pausa y prosiguió—. Pero al fin es necesario que sepa usted de qué se trata. No he tenido ánimo de decirlo ni a mamá ni a papá. Temo que les cause serio disgusto. Usted, doctor, tiene el dón de decir y de hacer, y usted sabrá obtener sin contrariedad lo

que yo no sabría cómo solicitar. En fin, es una resolución tomada que no quisiera yo se frustrara.

Hizo otra pausa. El doctor escuchaba atentamente, apoyado en su grueso bastón, su *fidus Achates* de los últimos diez años, y reteniendo la huesosa barba, partida en dos verticalmente por una línea profunda, entre el pulgar y el índice de la otra mano, se daba apretositos isócronos.

—Hace mucho tiempo pienso en ello —continuó— me he hecho objeciones, he combatido la idea, pero ha persistido cada vez con más intensidad y vivo con ella clavada entre ceja y ceja. Es necesario salir del paso.

Volvió a detenerse; el doctor creyó que debía alentarla, y dando a su voz la expresión más agasajadora de que podía disponer su ya reducida gama, dijo:

—Adelante, hija mía. Solamente lo imposible no es posible. ¿Cómo no habríamos de complacerte?

—Ya no hay conventos, doctor; y es el caso que si los hubiera, tal vez no me decidiría por ese género de muerte; la vida me pesa, me cansa, soy un ser inútil; mensajero de la tristeza, el duelo va conmigo; no tengo derecho a ninguna alegría ni puedo alegrar a nadie. La muerte me reclama...

—¡La muerte! —murmuró el doctor—. Ella vendrá, hija mía, ella vendrá por ti, después de que ella me haya llevado a mí; pero es necesario esperarla, no buscarla. No nos es permitido presentarnos en el cielo antes de que ella, que es la conserje, nos llame en nombre del que reparte la vida y gobierna los soles. Este mundo es la antesala, y hay que aguardar a que nos toque el turno de ser recibidos en audiencia. Tú no debes, no puedes morir, Juanita.

—No es que yo esté impaciente de vivir; estoy impaciente de la vida de inutilidad que arrastro. No hay ya conventos, decía, mas hay desgraciados a quienes socorrer y consolar. Tampoco hay aquí Hermanas de la Caridad, pero si las hubiera, no tengo valor para tanto. Dejar a mis padres para siempre... no, eso no. Cuando

yo muera, Dios lo querrá entonces; pero yo no quiero quererlo.

Se detuvo, hizo una larga aspiración, y como si deseara abreviar y expresar su propósito en una sola frase, prosiguió:

—En nuestro hospital hay muchas desgraciadas sin amparo a quienes no vendría mal una enfermera, y yo quiero ser esa. Usted como director del establecimiento puede arreglar sin dificultad mi ingreso allí, y como el mejor amigo de mis padres y mío obtener el consentimiento de ellos. ¿No es verdad? —concluyó con acento de la más dulce súplica.

El doctor titubeó algunos instantes, parpadeó como quien llama en su auxilio una inspiración de momento, y tomando una de las manos de Juanita, repuso:

—La cosa no es tan sencilla como a primera vista parece, hija mía. Veremos los reglamentos; en todo caso por allí no hay mucho que temer. Pero ¿y tus buenos, tus cariñosos papás? ¿Cómo abandonarlos? ¡Oh! no, eso sería condenarlos sin piedad a la mayor tortura. Tú, su esperanza, su regocijo, su dicha ¿cómo privarlos del único bien que les queda en la vida?

—Todo eso lo he pensado y reflexionado; todo eso ha estado girando en mi cabeza días y noches enteras. Y como deseo no causar pena a mis padres que tanto me aman, y cuyo contento suple al mío, que ya es imposible, he creído que todo podía conciliarse. Que puedo servir a las pobres enfermas que gimen desamparadas de afecto en los lechos del hospital, sin apartarme por completo del lado de mi tierna y cariñosa madre y de mi generoso y sin igual papá. ¿Verdad que así quedaríamos todos complacidos?

—Parece que sí, hija mía —respondió con visibles señales de vacilación—. Eso es: estarías en el hospital en las horas de trabajo, durante el día, para luego volver a tu casa, que no dejaría de ser tu mansión. Eso es... parece que así podría conciliarse todo.

—¿Y qué los enfermos, no sufren, no tienen necesidad de servicio y consuelo durante la noche? Yo creía

lo contrario, y como mi objeto es ser realmente útil a esos desgraciados...

—Pero ¿y tus padres? Y ¿cuándo ellos se enfermen?...

—Pero mis padres también son la humanidad, que para mí empieza por ellos. Ellos antes que nadie; cuando sufran del cuerpo o del alma, estaré al lado de ellos. El deber me lo dicta y el afecto me lo reclama. Oh, doctor, mis padres antes que nadie— replicó Juanita con cierta impaciencia.

—¡Un cambio completo de vida! Dificilillo es el caso, pero... veremos, veremos... Tal vez todo pueda arreglarse.

—¿Y si no se arreglare? ¿Qué haré de mí? El marasmo me mataría, porque no tengo fuerzas para soportar esta vida de inutilidad en que vegeto.

Y notando el doctor que en el acento de Juanita vibraba algo de despecho, temeroso de que su actitud indecisa le produjera alguna sobreexcitación, se apresuró a tranquilizarla diciéndola:

—¿Y cómo no arreglarse? Eso corre de mi cuenta, hija mía. Has hecho bien en venir a mí. Mañana mismo volveré; hablaré con Alonso, persuadiré a tu buena madre, los convenceré a los dos, y tus deseos quedarán cumplidos. Respondo de ello.

Juanita, con el rostro radiante de contento, relampagueando la alegría en sus ojos y la sonrisa en los labios, apretó con ambas manos la libre del doctor, murmurando con acento de transporte:

—¡Gracias! ¡Gracias mil veces, doctor querido! ¡Cuánto bien me hace usted!

El doctor se fue pensando de qué arte se valdría para salir adelante en el empeño que acababa de contraer; que no veía como asunto fácil, pues conocía a fondo el cariño y adhesión profunda que los padres de Juanita la profesaban. Era necesario cavilar, inventar y hasta recurrir a ardides, acaso. Lo que no era posible era dejar frustrados los propósitos de Juanita; que contrariedad semejante amenazaba seriamente desenlazarse

por terrible fracaso. Y el doctor caviló y fraguó, y no abandonó su cerebro al sueño hasta que hubo fijado con precisión el plan de que se serviría para complacer los deseos de su enferma.

Al día siguiente, después de practicar las visitas más indispensables que su bien poblado *carnet* reclamaba, fuese a casa de los Sousa, a quienes expuso sin rodeos las pretensiones de Juanita, de las que se declaró partidario.

Ponderó la necesidad de complacerla, la conveniencia de la distracción que a sus facultades proporcionarían los trabajos a que quería consagrarse, lo provechoso que había de ser aun para dominar su propia dolencia que se familiarizara con el espectáculo de los sufrimientos humanos, que fortalecerían sus nervios, la irían gradualmente preparando a resistir emociones fuertes, y agregó todo cuanto podía concurrir a facilitar la solución que a la dificultad buscaba, asegurando que nada había que temer del ingreso de Juanita al hospital, porque allí la tendría constantemente a la vista, pronto a cualquiera emergencia.

Los conturbados consortes no acertaban, sin embargo, a decidirse por el sacrificio que aquel trance les imponía. Y cediendo el terreno palmo a palmo, ante las tenaces instancias del doctor, regando con lágrimas su pasiva resistencia, sólo capitularon a condición de que el doctor hallaría manera de dejar sometida a su enferma caprichosa a artificios que les permitiera retenerla con frecuencia en la casa.

—Inventaremos enfermedades —murmuró el doctor, estregándose las manos de contento, por haber llegado a término— inventaremos achaques: cada quincena, cada semana, un accidente. Harán ustedes el turno —concluyó sonriendo— una vez la señora, otra Alonso, y así, hasta que pasado el capricho, hastiada de ver úlceras y deformidades, que para eso no hay como un hospital; desencantada de la inutilidad de sus afanes en favor de ingratos que más enfermos del alma que del cuerpo, repugnan el médico, rechazan el medica-

mento y reciben con faz torva, si no amenazante, al ángel de caridad que va a propinárselo, un día hallará que nada hay tan dulce, tan santo, tan digno de amor y adhesión como el hogar paterno, y se irá quedando aquí al lado de ustedes, adormecida al tierno halago de los autores de sus días.

Quiso el doctor que Juanita quedara en aquel mismo momento instruida del triunfo alcanzado. Hízola acudir y allí, en presencia de sus padres, que a su vista no pudieron reprimir las lágrimas, la impuso de que por fin consentían en que realizara su determinación.

Juanita, dirigiendo una mirada de reconocimiento al doctor, se echó en brazos de la madre, colmándola de besos, y luego fue a los de don Alonso, cuya frente besó y volvió a besar. Conmovidos todos por aquella escena en que ellos mismos eran los actores, vertían lágrimas de ternura.

Resuelto el ingreso de Juanita al hospital en calidad de enfermera, quedó fijado para ocho días más tarde, mientras el doctor y don Alonso se ocupaban en el arreglo de su conveniente instalación.

IV

JUANITA ENFERMERA

El hospital de Urbela, como casi todas las casas de la ciudad, es un edificio de un solo cuerpo, formando un cuadrado regular de unos cinco mil metros de superficie. Su entrada la constituye un pórtico de estilo sencillísimo, terminado el cual se abre una ancha calle, embaldosada de piedra, flanqueada por dos robustas paredes que suben hasta el cielo raso, pintado de blanco, de donde, suspendido de una cadena, pende enormísimo farol.

En el centro de la pared de la izquierda se abre un gran arco en cuya cavidad está incrustada la botica. A aquella calle de entrada confluyen, a uno y a otro lado, y por otros dos arcos más pequeños, dos anchas galerías. En la izquierda se encuentran, en primer término, a la mano siniestra, las habitaciones del administrador y practicantes, pasadas las cuales, se abre a la derecha otro enorme arco, por donde se penetra en la gran sala de enfermos, compuesta de unas treinta camas.

El otro lado, la galería de la derecha, está distribuido de el mismo orden. A la diestra se encuentran las habitaciones destinadas a la administradora; sigue luego otro departamento sin destino, y luego unos pequeños salones para enfermas delicadas o de distinción, abriéndose enfrente y en el centro el gran arco que da acceso a la sala de enfermas.

En Urbela, que es ciudad pequeña, y si bella, no rica, no hay más que un solo asilo para la humanidad doliente, dividido como se ha visto, en dos grandes secciones o departamentos: el de la derecha, destinado a mujeres, y el de la izquierda, a varones.

Siguiendo la ancha calle de entrada y franqueada una sencilla verja de hierro, se encuentra el primer patio en el que un jardincillo, cuidado si no con arte, con exquisito esmero, ostenta las profusas galas de la flora de Urbela, regocijadas al susurro de rústica fuente, que figura tazón festonado de acantos, en cuyo centro brota espesa mata de ricardias que a través de sus mármócos alcatraces lanza bullentes chorros de agua.

Al término del flanco derecho se halla la cocina, modelo de instalaciones de las oficinas de su especie, pues fuera de ella no se percibe ni ingratos olores ni ruidos desapacibles. Su existencia la revela la culebra de azulado humo que huye retorciéndose por su chimenea, y el apetitoso perfume de las viandas que suele traer de allí algún tentador soplo del viento. Detrás de la cocina hay un segundo patio, mucho mayor que el primero, cuyos cuatro lados se hallan protegidos por hileras de copudos naranjos, de apretadas y verdinegras hojas donde la primavera prende corimbos de azahares, o decora el otoño con el encendido oro de los frutos en sazón.

El centro de este patio ocúpanlo una pequeña pila, a la que surte de agua estrecho pitón, y dos amplios bancos circulares de piedra, situados simétricamente a los lados opuestos de la pila. De ellos, uno sirve de arriate a añosa y corpulenta higuera que, no obstante su visible ancianidad, conserva lozanía juvenil, extendiendo sus múltiples y angulosas ramas a seis metros a la redonda. Probable es que otra planta semejante hubiera existido en el otro banco, pero ya no se descubren señales de ella.

A esa pequeña pila acuden a chapuzarse las palomas que habitan el palomar erigido en forma de apagador sobre el muro que cierra el espaldar del establecimiento. El silencio y soledad que reina en este segundo patio convida a la meditación y al esparcimiento del alma; silencio y soledad sólo interrumpidos por el sordo rumor que produce el frotamiento de las hojas de los naranjos, ligeramente sacudidos por el viento de la tarde,

por el tenue murmullo del hilo de agua que gargariza el pitón de la fuente o por el zumbido de los colibríes que al caer la tarde recobran el blando nido fabricado en las ahorcaduras de la higuera, o de las aquerontias de los laurelrosas, que en busca de luz vuelan del vecino jardín.

Tal es el lugar en que Juanita Sousa iba a quedar voluntariamente recluida, quizás por el resto de sus días.

Estudiada por el doctor y don Alonso la instalación que más convenía al carácter, educación y propósitos de la huésped, fue escogida la pieza baldía hita a la de la administradora. Componíase de un saloncito y de una alcoba que recibía la luz por una ventana, abierta a dos metros del suelo.

Esta pieza comunicaba con la de aquélla por una puerta que había sido condenada, pero cuyas barras se arancaron para restablecer la comunicación, a fin de que en cualquier accidente la administradora, que no cabía de gozo al tener noticia de la distinguida compañera que iba a proporcionársele, pudiera acudir en auxilio de Juanita.

Saloncito y alcoba fueron visitados por esa hada de la alegría que se llama la limpieza: el agua corrió a cántaros por su pavimento y las escobetas hicieron su oficio, hasta dejar sonriendo las junturas de las baldosas, recibiendo los muros copioso baño de blanco jalbegue. Como Juanita no había de recibir más que a sus padres y, en alguna eventualidad, al doctor Nolasco, la alcoba se destinó a cuarto de baño y vestidor, y el saloncito, cuya puerta de la galería iba a ser condenada, a dormitorio.

Todo el lujo de mobiliario que consintió se trasladara de sus habitaciones domésticas a aquella su celda, fue un lavabo inglés con luna veneciana, y una pequeña cama de bronce, frontera a la cual se colocó amplia cómoda de nogal, sobre la que fueron alineados los libros a cuya lectura tenía Juanita más afición. La piedad estaba allí representada por un Lavalle y un Kempis,

y la literatura profana por *Los Mártires*, *El Manuscrito de mi madre*, *Las Doloras*, *El libro de versos*, de Acuña, dos tomos de Bécquer, el autor predilecto de Juanita, y por el periódico literario de Urbela *La Guirnalda*, al que estaba abonada solo por leer los ensayos que una inteligente amiga suya publicaba allí, bajo el emblemático seudónimo de "Larva".

Encima de la cómoda, suspendida de grueso cordón azul que sostenía un clavo romano, púsose la *Mater dolorosa*, copia felicísima del cuadro de Paul de Larroche, que Juanita reverenciaba con fervor, acaso más artístico que piadoso, si pudiera concebirse divorcio entre la piedad y el arte, cuando se rinde culto al dolor magistralmente reproducido.

Tan pronto como todo estuvo listo para recibir a la preciosa enferma, una mañana muy temprano, después de oída una misa extraordinaria en la Soledad, Juanita, acompañada de sus padres y del doctor, fue conducida a su nuevo domicilio, y allí empeñosamente encomendada a las atenciones de la administradora, quien en presencia de la joya de belleza con que se la ponía desde aquella hora en íntimo y permanente contacto, no supo reprimir las demostraciones del regocijo más vivo.

En cambio, los padres de Juanita se esforzaban en vano por disimular la honda pena que experimentaban y que sus afligidos semblantes estaban denunciando. La despedida, por más que la separación que la motivaba no tendría nada de absoluta, pues día a día iban a estarse viendo padres e hija, fue dolorosa, y si la resolución de Juanita no hubiera sido el resultado de un propósito tenaz, habría desistido de él en aquel punto, y recobrada su mantilla, habría vuelto a salir por donde había entrado, sin apartarse de los seres que representaban el único vínculo de amor que a la tierra le retenía.

Esto acontecía por el mes de junio. El doctor Nolasco había tenido cuidado de instruir menudamente a la administradora de la calidad de la joven que a sus

atenciones se asociaba, y de la solicitud con que debía evitarle toda impresión fuerte, capaz de producirle alguna conmoción profunda.

—Padece de hipertrofia, complicada con aneurisma —la dijo— posible es que sane; pero sólo meramente posible, y para lograrlo es necesario proceder con ella como quien cuida de una tela de araña que un golpe de viento puede desgarrar. Por eso ha habido que doblegarse a su obstinación en venir aquí a cuidar enfermas, cuando ella es la mayor de todas las aquí encerradas.

Y la administradora, habitualmente atenta a las indicaciones del doctor Nolasco, que eran para ella como oráculos, escuchó esta vez con religioso recogimiento, que así lo reclamaba la gran simpatía que en su corazón se había conquistado Juanita Sousa.

Era la administradora, Lupita, como todo el mundo la llamaba, una mujer ya entrada en años, frizando en los cincuenta; pequeña de cuerpo, recia de carnes, de aspecto dulce, si bien revelando un gran fondo de seriedad; afable en sus maneras, activa como la abeja y alerta a todo como la avizora corza. Contra lo que comúnmente acontece, llenaba cumplidamente las funciones a que estaba consagrada. Era el tipo ideal de la administradora de nosocomio. Juanita iba a tener en ella una segunda madre.

Luego que se esparció en Urbela la noticia del ingreso de Juanita al hospital, no hubo quien no admirara su heroica resolución; pero hubo quienes no la aplaudieron. La juventud masculina urbeleña pensó que aquello pasaba de la medida; justo y santo que Juanita hubiera llorado la fatal desgracia de su prometido: digno de un corazón noble guardarle ternísimo recuerdo, mas era llevar las cosas a un romanticismo inverosímil sacrificar a ese recuerdo una juventud radiante, una belleza singular y prendas morales que solas habrían bastado para hacer el ornamento del hogar más severo. Al modo de ver de los donceles, Juanita quebrantaba su destino, pues Dios no podía haberla mandado al

mundo para otra cosa que para labrar la felicidad de un mortal, para ser esposa y madre modelo, que no en balde había sido hecha trasunto de belleza y de virtudes.

Lo demás era pura extravagancia, que sus padres debieran de haber combatido si hubieran sido capaces de un acto de energía. Por el contrario, a las bellas urbeleñas faltaba lengua para encomiar los propósitos y fuerza de voluntad de Juanita, que nada tenía que hacer ya en el mundo, después de la trágica muerte de Jorge Olivo. Su destino estaba bien manifiesto; aquello no había sido obra de la maldad humana, sino de la Altísima Providencia.

La gente adulta y pensadora de la ciudad compartía esta última opinión, mas por razón diversa. En la acción de Juanita encontraban elocuentísima protesta contra el materialismo de la época. Ella demostraba que el corazón humano seguía siendo nido de afectos profundos, de nobles resoluciones y de altos e inquebrantables propósitos, puesto que en medio del embrutecimiento del siglo, aquella joven, herida por la fatalidad en la parte más delicada de su corazón, en vez de conmover a la sociedad con un rasgo de desesperación, o de condenar a olvido la memoria del novio sin ventura, se resolvía por un empeño levantado y generoso, consagrando al servicio de la desgracia los días de su vida.

Juanita, que ni siquiera imaginaba que sus actos estaban dando pasto al público decir, desde el primer día de su entrada al hospital no se ocupó más que de cumplir la vocación que a aquel asilo del dolor había llevado, estudiando la mejor manera de hacerse útil. Conocidas que le fueron las necesidades del servicio y puesta al corriente por la solícita Lupita de la economía del establecimiento, pudo ya hacer la distribución de su tiempo, hasta dónde cabía, dado que esa distribución quedaba sujeta a las anormalidades propias de la vida de hospital, en la que no es posible adivinar lo que va a acontecer en la hora que vendrá. Las en-

fermedades no avisan a los pobres el momento en que van a sobrevenir, ni en qué minuto van a agravarse y a reclamar atención más esmerada.

La encantó haber hallado aquel jardín, pero la encantó más el patio de los naranjos. Habría entretenimiento para sus horas desocupadas: cultivaría flores a las veces y a las veces solazaría el espíritu al arrullo de los rumores de aquel patio lleno de poesía.

Desde el día siguiente las pocas enfermas que había en el hospital experimentaron el influjo de la asistencia de Juanita. Fue como un baño de luz celestial que sobre ellas descendía, para dulcificar sus padecimientos y comunicarlas fortaleza. A juicio de ellas, aquel ser angelical no podía haber venido allí sino enviado por el Dios de las consolaciones.

También los rosales del jardín sintieron la presencia de la bella hospitalera, y al experimentar las primeras caricias de su mano, debieron haberse estremecido orgullosos de que ya hubiera ojos dignos ante quienes hacer gala de su gaya lozanía, y delicado sentido a quien ofrendar sus embriagadores perfumes. Hasta las palomas supieron que tenían ya su Providencia, por la inusitada lluvia de arrozos con que en la tarde de aquel día fueron obsequiadas, que habrían de ver renovarse en las sucesivas.

Nada halló Juanita en el hospital que no respondiera cumplidamente a sus deseos; pero sintió dos predilecciones: la una, hacia aquella Lupita, en cuyos ojos acababa de percibir los destellos de una afición casi materna, y la otra, hacia el patio de los naranjos que parecía hecho para llenar las necesidades más íntimas de su alma. El solemne recogimiento de aquel lugar solicitaba el espíritu a las libres expansiones del ensueño, y nada más adecuado a la situación del alma virginal de Juanita, que abandonada sin objeto definido a los devaneos de la juventud, propendía a los éxtasis melancólicos y a los vagos arrobamientos.

Aquella tarde misma se acogió al arrimo de la tendida higuera, y sentada en el banco de piedra soltó el

vuelo a su fantasía que un largo espacio anduvo divagada, olvidada de sí misma, por el mar sin playas del ideal. Tal así en las tibias tardes de verano, los delfines, obedeciendo al libre impulso del regocijo, desapercibidos de temor, huyen, saltan, se sumergen y vuelven a aparecer, luciendo sus apizarrados dorsos hasta perderse en el apartado horizonte del mar en calma.

V

LUPITA LA ADMINISTRADORA

Tenemos a nuestra Juanita en plena posesión de su enfermería.

Antes de la visita matinal del doctor, váese al jardín, de donde, después de la riega y poda, torna a su alcoba trayendo un haz de las flores que le son más caras, que arregla en un tiesto de mayólica, única pieza decorativa de la cómoda de nogal, con lo que la atmósfera de aquel recinto, aseado con femenil nimiedad, se siente saturada de un perfume ambarino.

Al caer la tarde, cuando las faenas de enfermera no reclaman su presencia al lado de alguna paciente, armada de uno de sus libros favoritos se refugia en el patio de los naranjos, y posada en el arriate de la higuera se entrega a la lectura, a que viene a poner término la sombra de la noche que se levanta, y le acontece con frecuencia que al abandonar aquel retiro, ya bien entrada la noche, a la hora que Lupita acude por ella para tomar la cena, no conserva memoria de lo que leyó.

Cuando no hay enferma de gravedad, Juana y Lupita se juntan en el saloncito de ésta, y allí departen a veces horas enteras, alimentando la plática la verba de la administradora que cuenta a su joven compañera algún detalle de su vida o la entretiene con las discretas observaciones del trato social, que en su condición de solterona ha podido recoger.

El saloncito en que discurren estas horas de dulce intimidad no tiene de particular, fuera de su alegre limpieza, sino que revela por sí solo las circunstancias de la moradora. Las paredes blanqueadas a la lechada,

lucen una faja o friso celeste, ribeteado de una raya de almazarrón. Su mobiliario se compone de media docena de sillas de caoba con respaldo de lira y asiento de rejilla, un ancho canapé con asiento y respaldo de cordobán, que debió ser en sus buenos tiempos verde botella, pero que ahora tira a negro, y dos sillones tan anchos que en uno podrían instalarse sin incomodidad hasta dos personas, con asiento de baqueta roja, timbradas en sus orillas de ojitas de calabaza, con adornos afiligranados, y en medio del respaldo el escudo nacional, el águila rampante de culebra, sobre el nopal azteca.

Los brazos de estos sillones son anchos y encorbados en las extremidades hacia abajo, y con acanaladuras como para que los dedos de las manos queden perfectamente acomodados y en completo descanso. En uno de los ángulos de la salita hay una gran rinconera de caoba con pie de tritón, sobre la cual arde constantemente una lamparilla de aceite, con velador azul, en honor de la Virgen de Guadalupe, cuya efigie cuelga de un grueso clavo español.

El dormitorio de Lupita, separado de la pieza anterior por un cancel de manta, pintado como las paredes, se compone de una cama de caoba, de columnas salomónicas; de un armario de cedro amarillo, y de un aguamanil de la misma madera. Este sobrio y heterogéneo mobiliario denuncia con harta elocuencia el modesto origen de la administradora.

Cada pieza de aquellas, con excepción de la media docena de sillas y la rinconera, que compró en dos diferentes almonedas, representan algún recuerdo de familia. El canapé y los sillones, datan del abuelo paterno; la cama, de la abuela de la misma línea; el armario, de la abuela materna: no habiendo allí más señal de la fortuna de sus padres que el chillante cromo de la Virgen de Guadalupe, única memoria material que de la madre le quedara, pues la lamparita es uno de tantos de los cien obsequios que le lleva hechos el doctor Nolasco.

En el humildísimo estrado que constituían el amplio canapé y las dos poltronas, era donde Juana y Lupita hacían sus cotidianas veladas, en las que, según se ha dicho, ésta hacía el gasto principal, refiriendo pasajes de su vida de medio siglo o de las personas con quienes había compartido la intimidad del hogar.

Como Juanita se gozaba con los relatos de su cariñosa compañera, no hubo menudencia de que no la enterase.

Contóle que no había sentido grande afición a la vida conyugal, sino que, como toda mujer, había tenido su amor. Que había amado, joven todavía, a un hombre de buenas condiciones físicas, al que creía sin tacha; pero que un día fue enterada de una infamia por él cometida, engañando a un huérfano para apoderarse de su fortuna, que no era escasa, y aquello bastó y sobró para darle el portante. Que sus dos hermanas más habían sido casadas, con negra estrella: los maridos eran unos rematados pillastres: el uno, dado a las aventuras amorosas, padecía el contrasentido de atormentar a la esposa con celos insultantes, haciéndola vivir a la turca, recluída entre las cuatro paredes de su casa, por cuyas ventanas jamás la luz tuvo permiso de entrar; el otro, fue un tahir impenitente, de vena condenada, que no sabía más que perder y robar el fruto de los desvelos de la hacendosa mujer para llevarlo al tapete verde.

Tuvo también un hermano que hizo la desgracia de otra mujer. La cuñada era dechado de virtudes domésticas, pero el hermano ¡qué bellaco más insigne! No se conocía viniera de tales padres. Hay que convenir en que el peral puede dar bellotas. Aquel bendito Pedro fue la mismísima piel de Judas. Tuvo la perra satisfacción de que la esposa, a quien no merecía besar siquiera la suela del zapato, pasara la vida llorando, y llorando muriera de consunción, devorada por los disgustos a que la tenía sin misericordia sometida, y que le conllevaba llena de santa resignación.

Con semejante experiencia no había para qué edificarse con el amor de los hombres. El mejor merecía

estar quemado, ya que no todos colgados de las tripas del más santo.

Juanita se dejaba arrastrar de momento por los arranques líricos con que Lupita solía terminar este tema de sus conversaciones. Compadecía a las víctimas de su indefenso sexo pero, recobrada luego, se hacía cargo de que había de haber alguna exageración en las apasionadas narraciones de la administradora. Tenía contra la absoluta verdad de ellas su propia observación: la paz y el amor reinaban sin eclipses en la casa paterna; conocía matrimonios felices y, sobre todo, el recuerdo de su malogrado Jorge se levantaba indignado a protestar con irresistible elocuencia contra los conceptos pesimistas de Lupita, a quien alguna vez se permitió, por vía de objeción, hacer la siguiente pregunta:

—¿Quiere decir, Lupita, que no hay hombres de corazón: que la mujer está condenada a vivir huérfana del más poderoso de los afectos del alma?

—No tanto, niña. Hay hombres buenos y nobles; hay quienes se desviven por hacer la ventura de la mujer amada; pero la fortuna está en dar con ellos. En ese juego del amor las mujeres vamos a ciegas. Aventuramos la suerte de nuestra vida y tal vez la de la vida futura, con los ojos vendados; en tanto que ellos, los pícaros hombres, juegan sobre seguro: para nosotras, el azar; para ellos la certeza de la dicha, si saben hacerse aceptar, y los muy ladinos aciertan siempre, de la mujer cuya posesión codician. Con los ejemplos que tuve a la vista no había porqué aficionarme a correr el albur de un marido; el corazón me decía que iba a errarlo, y me abstuve.

—Es verdad que de muchacha y aún ya grande sufrí cierto malestar interior que me causaba desvelos y malos sueños, y hasta algo de hipocondría; un deseo indefinible, como si me faltara alguna cosa que completara mi ser; como la necesidad de algo que amara con el alma, que fuera algo propio mío sin ser yo misma; una cosa que yo no comprendía, que ni siquiera

acertaba a adivinar. Mas ese deseo se apagó con la edad; y si algo queda de él, está ya realizado ahora que la tengo a usted cerca de mí. . .

Y diciendo esto, tomó una mano de Juanita que besó con efusión maternal, caricia a que esta correspondió con las demostraciones del cariño más expansivo.

Día a día los padres de Juanita acudían a visitarla; día a día el doctor estaba pendiente de ella, y cuando menos una vez por quincena era llevada a la casa paterna, solicitada por la noticia de algún quebranto de salud de la mamá o del papá, noticias que en un principio recibía con zozobra, pero que luego que comprendió que eran inocentes y afectuosas ficciones inventadas para retenerla, las escuchaba sonriendo, haciendo como que se dejaba engañar.

Empero estos ardides no dejaban vislumbrar siquiera el resultado que los amantes padres y el doctor se habían prometido. Pasadas algunas horas o a lo más un día, Juanita, satisfecha de que en la casa paterna reinaba la salud más perfecta, que nunca la disfrutaron más sólida los Sousa que por aquellos tiempos, se apresuraba a tornar al hospital a reasumir sus tareas de enfermera.

Era tal el contento que revelaba el exterior de Juanita, que en el cerebro del doctor iba ya echando raíces la idea de que habría de verla completamente sana, figurándosele a veces que el rostro de la joven tomaba tintes ligeramente rosados. Pudo haber error en esta observación: el cariño sabe engendrar singulares espejismos; la luz es una hada caprichosa, y el doctor tenía la vista muy debilitada. El tiempo traería la verdad.

Una mañana de los términos de agosto, cuando el doctor, acompañado de la administradora y de Juanita, salía de practicar la visita de la sala de enfermas, cerróles el paso de la galería una camilla conducida por dos robustos mozos y custodiada por un gendarme. En el fondo yacía una mujer de aspecto demacrado, cárdenos y espumantes los labios, el rostro tachonado de

placas amaratas, entreabiertos los vidriosos y sanguinolentos ojos, y no dando otra señal de vida que el áspero estridor de sus apretados dientes.

A la vista de aquella horripilante aparición, el doctor, alzando las cejas, echando hacia adelante el labio inferior y meneando la cabeza como quien se resigna a una contrariedad prevista, exclamó:

—¡Hum!... Aquí tenemos ya a esta. Cero y van tres, y a las tres va la vencida. No le dije, Lupita; estos ebrios son incorregibles. ¡Otra vez la Chicha! Si le digo a usted... Lo siento por esas infelices de la sala a quienes va a aburrir con su perpetuo habloteo. Esta será la última... De aquí al gran viaje... A ver, Lupita, como se le arregla por ahí un rincón en donde menos moleste. Luego, ya sabe usted: un clavo saca otro clavo. Sustituiremos el alcohol con opio, una borrachera por otra. Voy a poner la receta en la botica, y luego, en las mañanitas y en las nochecitas, la consabida copita de cognac o si lo prefiere la muy perdida, de tequila. A estos hijos de la caña no se les puede destetar de repente, hay que irles retirando la mamadera poquito a poco. ¡Maldito vicio! Hay que hacerles el remedio con su propia tentación. Por eso es más fácil ver volar a un elefante, que curar a un boto.

Disparado ese breve desahogo, el doctor se marchó, quedando ocupadas la administradora y Juanita en la instalación de la Chicha, apodo con que, a falta de nombre conocido, era designada la infeliz ebria. La traslación de la camilla al lecho que en la sala se le destinara, no fue operación fácil. El vestido, hecho todo un guiñapo, churriento y pringoso, despidiendo olores nauseabundos, más acentuados aún por los vapores alcohólicos que se exhalaban del cuerpo de la ebria, impedía levantarla con libertad. Era necesario asirlos cuidadosamente, para no ofender la honestidad, que apenas si aquellos harapos disimulaban la desnudez de quien los llevaba encima.

En presencia de aquel ejemplo de femenino degradación, Juanita sintió herida el alma; pero lejos de que

le inspirara desprecio la envilecida Chicha, moviéndola a compasión profunda y se formó el propósito de consagrarla atención esmerada, concibiendo la esperanza de verla curada y corregida. Ardua era la empresa y soberana la fuerza de voluntad indispensable a vencer la repugnancia que su ejecución había menester.

A poco de que le fueron cambiadas las ropas, se apoderó de la Chicha un temblor general, comenzó a gesticular horriblemente; palabras roncadas, entrecortadas y trémulas se escapaban de su boca: la lengua no le paraba: lamíase los labios en todos sentidos, como si quisiera mitigar el ardor de viva quemadura, sobreviniéndole en seguida copiosos vómitos verdosos.

La administradora instaba a Juanita a que se apartara de aquel asqueroso lecho, pero Juanita se hacía sorda, y ayudaba a la Chicha en los esfuerzos que hacía para arrojar la emponzoñada baba que la estaba ahogando. La ebria fue cobrando conocimiento, y al sentir los agasajos con que la mimaba Juanita, fue tal la afección que por ella experimentó de súbito que ni medicación ni alimentos aceptó si no le eran en lo sucesivo ministrados por "el ángel", como delirante o vuelta en sí dio en llamarla.

Era verdad que en los accesos de delirio, que se producían con frecuencia, la Chicha alborotaba en la enfermería, desvelando a sus otras compañeras. Además, en esos accesos la daba por proferir palabras de baja estirpe, y olvidada de todo sentimiento de pudor, se arrancaba las ropas descubriendo partes de su cuerpo no hechas para ser dadas en espectáculo. Esta circunstancia agravante, que ofendía la natural delicadeza de la enfermera, en vez de causarla aversión hacia la *briaga* moviéndola a mayor compasión, y, queriendo evitar a las otras pacientes las mortificaciones que aquella les causaba, se empeñó con el doctor en que fuera trasladada a una de las salitas de distinción, quien sólo accedió, y no sin resistir, por ser Juanita quien lo solicitaba.

Pero la Chicha no tenía remedio. Apenas se levantaba de una reincidencia, comenzando a andar con paso vacilante, y trémulo el cuerpo, poníase en acecho de la menor inatención sobre ella para procurarse, recurriendo a estratagemas las más complicadas, alguna bebida embriagante que apuraba con avidez. Y tornaba a recaer, a dar alaridos espeluznantes, y a buscar rincón a qué acogerse, para huir de las sombras amenazadoras que la perseguían de muerte, estado que duraba hasta que acudía Juanita, a cuya presencia calmábanse el pánico o los furores de la ebria, como si un poder magnético obrara benéficamente sobre ella.

Era visto que si aquel mal hubiera tenido remedio, era Juanita quien había de curarlo; desgraciadamente el mal era incurable, y a pesar de las protestas que, pasado un acceso de delirio, hacía a "su ángel", con voz temblorosa, balbuciente y apagada, de que no volvería a oler licor, era el caso que tal vez sin olerlo, tornaba a ingurgitarlo a las mayores dosis que le era dado obtenerlo, hasta lograr a veces caer desplomada en estado comatoso, laxas las carnes como las de una limaza, en el mismo punto en que tragaba a hurtadillas el último sorbo, denunciando el escondite en que había cometido el último desliz el hervor estertoroso de su respiración.

La Chicha, por la incorregible frecuencia de la embriaguez, fue llegando a un estado de postración tal, que más que ser humano, parecía el espectro de la imbecilidad.

VI

LA MUERTE DEL DOCTOR NOLASCO

Era una tarde del mes de diciembre. Gruesos nubarrones encapotaban el cielo de Urbela que, como inmensas aves siniestras, volaban hacia el sur, empujadas por un impetuoso cierzo. Un desgraciado albañil, caído de lo alto de un andamio y mortalmente lesionado, acababa de ser conducido al hospital. El doctor Nolasco, avisado del accidente, acudía a poco, y con el afán y solicitud que realzaban los quilates de su saber, proveía a la curación del infortunado menestral. En situaciones semejantes, el doctor, olvidado de sí mismo, ponía todas sus facultades al servicio del dolor.

Las contusiones habían sido rudas. el cráneo partido y un fémur horriblemente resquebrajado. Otro hubiera procedido en el acto a la amputación de la pierna, el doctor Nolasco sabía que practicándola, el infeliz menestral iba a quedar imposibilitado de ejercer su oficio. Era muy joven y por tanto probable salvar aquel miembro, y de eso trató con todo el empeño de que su alto temple era capaz.

La operación fue lenta, y cuando estuvo terminada, la noche había sobrevenido. Al salir del hospital, sin más precaución que la de levantarse el cuello de la levita y abotonarla hasta la barba, sintió súbito enfriamiento. El cierzo continuaba soplando y caía una tenue llovizna. Cuando llegó el doctor a su casa tiritaba. Metióse en su cuarto de dormir, y ordenó a Lorenza, la vieja criada que le servía de ama de llaves, que le preparara una taza de té, orden que fue ejecutada con la celeridad de quien sirve por añeja afección, que no por interés.

—A ver el coñac, hija —balbuceó el doctor, dando diente con diente.

La criada obedeció, permitiéndose formular esta observación, que por el tono con que fue dicha, podía traducirse por cariñosa reprimenda.

—Pero, señor, con este tiempo de perros por la calle... ¡No descansar día ni noche, llueva o truene! ¡Ay, Jesús! Eso es tentar a Dios.

El doctor guardó silencio; apuró la taza de té alcoholizado, se metió en el lecho y se arropó.

Lorenza, que habitaba la pieza inmediata, estuvo atenta y ya bien avanzada la noche se durmió con el sueño ligero del perro guardián. Cuando aun distaba de apuntar el día despertó creyendo haber oído toser al reverenciado amo. Paró el oído, y no le quedó duda: a intervalos frecuentes el doctor tosía, con una tos fatigosa. Quiso penetrar a su dormitorio, pero la detuvo el temor de causarle desagrado y aguardó impaciente. La tos persistía con tenacidad y ya no esperó más la fiel Lorenza. El primer albor del día comenzaba a disipar las tinieblas, cuando se atrevió a entrar en la estancia del doctor, pretextando que había creído ser llamada. El doctor, que debía sentirse en grave situación, aceptó aquella solícita oficiosidad, y con voz debilitada y un tanto trémula, dijo a Lorenza:

—Manda advertir a Josefina que estoy indispuerto.

La criada, pronta a obedecer, preguntó al enfermo si deseaba algo más.

—Nada, hija; que venga Josefina.

El mozo Felipe, que con Lorenza constituía todo el personal de la servidumbre del doctor Nolasco, corrió a dar el aviso.

La señora Josefina era hija única del doctor, casada con un rico propietario que habitualmente residía en el campo, consagrado al fomento de sus labores agrícolas. Cuando una criada entró a su alcoba a darle la mala nueva de la enfermedad del doctor, se lanzó fuera del lecho, vistióse precipitadamente y, dando un beso al rollizo chicuelo, que en sueño profundo reposaba en

una camita contigua a la de ella, partió desaladamente.

Halló al buen padre ardiendo en calentura, ansiosa la respiración, pareciendo que las ventanas de las narices no eran suficientes a la entrada y salida del aire respirado. El pulso no latía, vibraba con agitación febril. Quedó desolada.

—¿Qué tienes, buen padre? —murmuró besándole la frente, que sintió bañada de un sudor pegajoso.

—Nada, hija querida —contestó con voz áfona, reteniendo con dificultad un acceso de tos; pero sonriendo con dulzura—. Nada, hija, sino que esta vela se apaga. Ya lleva años de estar ardiendo.

La tos estalló, y luego que hubo calmádose, prosiguió:

—Es bueno que venga tu marido.

—Antes que todo, un médico.

—Es inútil, hija mía. La cosa es seria.

—El doctor Villalar... Te quiere tanto... Se enojaría si no se le hiciera venir en el acto.

—Es inútil; pero haz lo que quieras. Lo mismo da —repuso con acento solemne. La tos volvió de nuevo. Josefina corrió a ordenar fuera a llamarse al doctor Villalar, tornando, sin perder un instante, a la cabecera del enfermo padre.

—No olvidemos a los demás —díjola, no bien hubo vuelto a su lado—, manda a avisar al compañero Beleña que no podré practicar la visita.

El doctor Beleña era el subdirector del hospital de Urbela, y a casa de él fue enviado el mozo Felipe, luego que regresó seguido del doctor Villalar.

Rayaba éste en los veintiocho años. Su presencia en Urbela era sólo conocida del doctor Nolasco y de su familia, compuesta de su hija única Josefina y de su yerno. Era de talla mediana, fornido, de andar resuelto, tez ligeramente encendida, anunciando un enérgico temperamento sanguíneo: barba y bigote negros, que llevaba a estilo de Torcuato Tasso, tal como lo representa Eugenio Delacroix; boca, bien delineada, en forma de arco, de labios abultados y rojos; nariz un tanto aqui-

lina, de ventanas movibles; ojos grandes, casi salientes, negros, defendidos por largas y arqueadas pestañas, y coronados de cejas atezadas, algo espesas, que tendían a unirse en el entrecejo; frente amplia, levantada en las sienes y encuadrada por una cabellera negra, abundante y levemente rizada.

Bastaba con verle para adivinar en él un temperamento fogoso, y si la majestad de su frente no hubiera corregido el resto de su fisonomía, habríanselo atribuido inclinaciones al sensualismo. Vestía correctamente y se atraía el favor de las gentes a primera vista. Educado en la Escuela de Medicina de México, a los veinticinco años había concluido su brillante carrera de estudios. Dotado de cierto espíritu aventurero y contando con medios holgados de subsistencia, apenas obtenido el título, habíase puesto a correr el país, del uno al otro extremo, sin haber encontrado centro que respondiera a sus deseos, para fijarse en él.

Cerca de dos meses hacía que había llegado a Urbela, provisto por toda recomendación de una carta que su maestro el doctor Vértiz puso en sus manos para el doctor Nolasco, condiscípulo predilecto del famoso anatomista y cirujano. La carta era tan concisa como expresiva: "Trátalo y juzgarás", decía, y el doctor Nolasco había tratado a Pablo de Villalar, y habíalo juzgado digno de tal maestro, y experimentaba satisfacción singular en recibir las visitas del joven doctor, que eran para el anciano motivo de entretenimiento científico.

Si Villalar era para todos simpático por el aspecto, conquistábase por su trato la estimación y el cariño de sus compañeros de profesión, que su hondo saber no era ostentoso sino que lo realizaba la modestia más ingenua. Sólo cuando en el curso de una conversación científica se excitaba su temperamento, revelaba todo el caudal de conocimientos y de talento que atesoraba y la persuasiva elocuencia de que estaba dotado. Su estilo era pictórico, y aún en los temas más áridos dejaba

vislumbrar los destellos de una imaginación viva y creadora, que denunciaban al poeta.

Venido a Urbela, movido por el deseo de encontrar lugar que satisficiera los apetitos de su espíritu para fijar en él su residencia, había encontrado en la pequeña ciudad lo que buscaba. Enemigo del bullicio atronador e impertinente de los grandes centros y aficionado a los encantos de la naturaleza, la tranquila existencia de Urbela, su vegetación lujuriosa, sus bullidoras aguas, los aromas, y la soñolienta música de su atmósfera, habíanlo cautivado y resueltolo a echar raíces en aquella privilegiada tierra.

Quizás Urbela poseía algo que más influyera en la determinación de Pablo de Villalar: sus bellas mujeres; él mismo no hubiera podido afirmarlo. Y no es que en su concepto no fuera la mujer el ente máspreciado de la creación, sino que habiendo leído, demasiado joven aún, cuando sus ideas personales todavía no se delineaban con precisión, *El buey suelto* de Pereda, había tomado a la letra y con excesiva buena fe la doctrina del insigne montañés que hace del médico una especie de cenobita, en pleno torbellino mundano, reñido a muerte con los goces conyugales, para ser el galeote esclavizado al servicio de la humanidad doliente.

Nadie, ni el propio Villalar, podía estar seguro de que en el fondo de su organismo no dormitara la protesta más enérgica contra el celibato. Habíale impresionado la exposición de aquella doctrina, si paradójica, llena de los atractivos de una narración palpitante y, sin darse el trabajo de analizarla, habíase declarado partidario de ella y formado el propósito de vivir en perpetua soltura. Y aún pudo ser que fuera parte a esa resolución oculta sed de deleites de un temperamento ardiente, incapaz de satisfacerse con las limitadas promesas de la monogamia. En una palabra, no se sabía si era el hongo o el parásito lo que germinaba en aquella naturaleza cuyo desarrollo fisiológico había retardado una tenaz consagración al estudio. La ocasión se encargaría de descifrar el enigma.

Competente apreciador del excelso valer del doctor Nolasco, sintió brotar en su seno el sentimiento de la adhesión más profunda hacia él, y durante los dos escasos meses que llevaba de residir en Urbela no había frecuentado otra amistad que la del sabio anciano, viviendo hasta entonces retraído de las demás gentes de la ciudad, donde apenas era conocido.

Por eso, al acercarse al lecho del ilustre enfermo y al persuadirse de la imposibilidad de detener la marcha y el funesto desenlace de la doble neumonía catarral que estaba devorando aquella preciosa existencia, experimentó punzante amargura, y no dejó de indignarse contra una ciencia cuya única virtud consiste en declararse impotente para luchar con las fuerzas deletéreas de la nada.

El doctor Nolasco recibió a su joven compañero con una dulce sonrisa, que podía traducirse "gracias por tu presencia, pero toda lucha es en vano", pues a la perspicacia del viejo médico no pudo haberse escapado la expresión de tristeza que instantáneamente nubló la fisonomía de Villalar.

—Unas cucharaditas de tártaro entibiado vendrían muy bien ¿no es verdad? —interrogó al paciente. El doctor Nolasco sonrió por toda respuesta.

—Luego —prosiguió— la quinina podrá ayudarnos mucho; pero sobre todo, hay que decidirse inmediatamente por los vejigatorios.

El anciano se esforzó por contener la ansiedad de su respiración y, mirando dulce, pero fijamente a Villalar, con el acento de la convicción más profunda, le replicó:

—Inútil, inútil todo. ¿A qué engañarse?

—Ningún esfuerzo es inútil para combatir un mal —objetó el joven.

—Salvo cuando se sabe que es inútil el esfuerzo —repuso el paciente, volviendo a sonreír con dulzura.

—No puede decidirse *a priori* que determinado esfuerzo sea inútil cuando está indicado por la ciencia.

Diciendo esto Villalar llamó en su auxilio con la mirada a la señora Josefina, la que, acariciando la vene-

rable cabeza del anciano, surcadas las mejillas de lágrimas, suplicó con voz sollozante:

—Ah, padre mío, accede a la indicación del doctor... Sí, papáito; háglo por mí, háglo por tu Fernandito...

El doctor Nolasco, que cada vez sentía mayor dificultad para emitir la voz, hizo un esfuerzo violento, congestionándose el rostro, y con marcada señal de impaciencia, dijo:

—Sólo la ignorancia tiene el privilegio de creer y esperar contra la realidad —Fijó en Villalar una mirada de reconvención, y continuó—. ¿A qué querernos engañar a nosotros mismos? Pero puesto que soy el paciente, apelo a la lealtad de sus convicciones. Si usted piensa que los cáusticos pueden volver a la vida órganos ya muertos, haga usted el milagro.

El joven médico bajó la cabeza confundido y no insistió más. Josefina, sentada a la cabecera del papá, ahogaba sus sollozos.

*

Don Alonso, entrando con precipitación y jadeante en el gabinete de labor de su esposa, prorrumpió con voz sofocada:

—Que no lo sepa Juanita...

—¿Qué acontece, pues?

—Que nuestro gran doctor se muere.

—¿Quién?

—¡Quién otro que el doctor Nolasco! Estaba de corrillo en la botica de *La Esperanza*, cuando el criadito del doctor llegó con una receta que llevaba la nota de urgente, y mientras era despachada, el muchacho nos dijo con acento térmulo que el doctor no había dormido en la noche, que Josefinita y el médico se hallaban a su cabecera y que había podido comprender que estaba muy grave. Volé a la casa de nuestro amigo. Anoche, al salir del hospital de asistir a un infeliz albañil caído de un andamio, con el crudo tiempo que hacía, contrajo una pulmonía fulminante, y se muere sin remedio.

—¡Que desgracia tan grande! —articuló aterrada la señora—. ¡Qué va a ser de nuestra Juanita!...

—En el acto voy al hospital a traerla. Fíngete enferma; es preciso evitar un golpe de sorpresa.

—Poco tendré que hacer para estarlo —murmuró la señora, cuyo rostro se había descompuesto.

Salió don Alonso, y veinte minutos después regresaba trayendo del brazo a Juanita, que acudió con premura, cierta de que esta vez no se la mistificaba.

La mamá, que realmente se había puesto mala, habíase recogido a su alcoba, donde la encontró Juanita sentada en una buetaca, vendada la cabeza y pálida la color. Corriendo hacia ella, echóle al cuello los brazos y la cubrió de besos, preguntándole con inquietud cual era su mal.

—No gran cosa, hija mía. Algo del estómago ha de ser, porque siento una especie de mareo.

—Y ¿qué dice el doctor?

—No creo valga la pena molestarlo. Acabo de tomar una tisana. Esperaremos un poco.

Juanita no quedó tranquila. En aquel momento el papá penetraba en la alcoba, y dirigiéndose a él, díjole:

—Papá, es preciso que el doctor vea qué es lo de mamá.

Don Alonso y la señora cambiaron una mirada de inteligencia, y el interpelado contestó:

—En efecto, hija; ya había pensado en ello y voy en persona a traerlo.

Media hora más tarde volvía a entrar en la alcoba, que a no haber estado a media luz habría impedido a don Alonso ocultar lo demudado de su semblante.

—Hoy no contaremos con el doctor —dijo, procurando dar a su voz la entonación habitual—. Está padeciendo de un resfriado que lo retiene en cama.

—La salida de anoche —murmuró Juanita—. ¡Qué hombre tan generoso! En tratándose del prójimo, nada le importa su persona ni sus años. Lo de mamá acaso sea también un resfriado; voy a prepararla un sudorífico.

Apenas salió, acercóse don Alonso a su esposa y balbució a su oído.

—¡Fatal! ¡Fatal! El doctor se muere.

—Disimulemos, por Dios.

—Sí, disimulemos; pero prevengamos el golpe.

Al siguiente día la madre de Juanita despertó muy nerviosa. La hija insistió en que volviera a llamarse al médico; la madre, sin oponerse, dijo que su indisposición carecía de importancia; pero se aprovechó aquella coyuntura para ir previniendo el acontecimiento temido. Don Alonso fue a tomar informes, y volvió trayendo la nueva de que el doctor continuaba mal, y que tenía alguna calentura. Juanita se mostró algo preocupada y aventuró la idea de que pudiera ser cosa mayor.

—Todo es de temerse a su edad —dijo don Alonso, con solemnidad estudiada.

A cada momento acudía a saber novedades del enfermo, las que momento por momento se hacían más alarmantes, y se apresuraba transmitir las a hurtadillas a su consorte, a fin de que Juanita no las recibiera sino prudentemente preparadas para no causarla una impresión peligrosa. A las criadas de la casa se impuso la consigna de no cometer la menor indiscreción.

Dos días después el doctor entraba en agonía, y al momento mismo en que el sol se hundía en el ocaso, aquel ser lleno de abnegación y entereza, rodeado de los suyos, que no tenían bastantes lágrimas para llorar su inmensa desgracia, penetraba a los dominios de esa otra noche sin término, cuyas sombras sólo al ánimo del sabio no sobrecogen.

La muerte del célebre médico fúe duelo general para Urbela, y hubo que adoptar infinitas precauciones para impedir que llegara a conocimiento de Juanita, retenida en la casa paterna a fuerza de ardides hábilmente combinados.

Hay acontecimientos que hacen dudar de la ingratitud. El entierro del doctor Nolasco fue de ellos. La población entera fue su cortejo, y si la gente encopetada se distinguió por el aparato que desplegara para honrar

la memoria del gran médico, la pobre y humilde clase del pueblo rindióle culto más conmovedor: el del copioso llanto con que regó aquella apoteosis de la virtud.

Para Juanita, su protector seguía en cama, agravándose lentamente.

El triste presentimiento de que podía no levantarse más de aquella cama fue gradual y naturalmente entrándole en el cerebro. Sabía que el doctor no era inmortal, y que llevaba encima una pesada carga de años. Aunque la mamá podía darse por completamente restablecida, Juanita no mostraba empeño en volver al hospital. Estaba triste, muy triste, llorando allá en su interior la pérdida del bondadoso amigo.

VII

PABLO DE VILLALAR

Cuando en la noche que siguió al entierro del doctor Nolasco, Pablo de Villalar se acogió al lecho, después de consagrar largo espacio al recuerdo de los méritos del ilustre anciano, vino a su mente una idea. Pues que había determinado radicarse en Urbela, la muerte del respetable amigo abría campo a su vocación profesional y a sus ansias de un estudio práctico. La dirección del hospital prometía una extensa clínica, y no podían retraer al joven médico de aspirar a obtenerla las esperanzas de un concurso en oposición, que aunque modesto, estaba persuadido de su competencia para entrar en lucha.

Durmióse, pues, con esa idea y, obedeciendo a su carácter resuelto, ocupó las primeras horas del siguiente día en procurarse informes respecto de los requisitos exigidos para presentarse en oposición. Supo con no escasa sorpresa que en Urbela puestos semejantes al que aspiraba no se alcanzaban por concursos, sino por el valer de influencias y a favor de intriguillas de aldea. Careciendo de relaciones en el lugar, no tenía valimientos de qué echar mano, y lo de intrigar, repugnaba profundamente a su espíritu levantado.

De seguro el doctor Nolasco no había debido a medio semejante la dirección del hospital; pero el doctor Nolasco era hijo de Urbela, y eso lo explicaba todo; que cuando se poseen ciertas virtudes raras, y el doctor era rico en ellas, puede serse profeta en la propia tierra. Mas Villalar no se arredró; había resuelto hacerse candidato a la dirección del hospital, y no se devanó mucho los sesos para hallar el camino. Sabía bien que donde el

mérito suele naufragar, el influjo político sabe llevar a puerto, y él podía utilizar una influencia de ese género. Su condiscípulo de Preparatoria y amigo de intimidad el Lic. Artuña era secretario y valido del Ministro de Gobernación, y aquel mismo día, con la franqueza con que abordaba todas sus empresas, dirigió al amigo extenso telegrama informándole de sus aspiraciones y pidiéndole su ayuda.

Antes de las veinticuatro horas el telegrama era contestado: el gobernador del Estado habíase comprometido a apoyar las pretensiones de Villalar cerca de la Junta de Caridad, y se constituía garante del éxito. Momentos después, recibía la visita del secretario del gobernador, quien acudía a confirmarle la respuesta del amigo y a invitarlo a que aquel mismo día endilgara memorial a la Junta de Caridad, solicitando la dirección consabida. El mismo secretario ofreció que vendría a recogerlo, para ser él propio quien lo presentara. Villalar no vaciló y, antes de que el día hubiera expirado, la solicitud había sido depositada en manos del presidente de la Junta.

La Junta fue convocada para dentro de tercero día, y abierta la sesión, comenzó por tratar de los honores que debían tributarse a la memoria del ilustre director difunto, en lo que, justo es decirlo, la Junta se puso a la altura que reclamaban los merecimientos del doctor Nolasco.

Como la lógica lo requiere, el presidente hizo recaer en seguida la deliberación sobre la necesidad de proveer el puesto vacante, y con ese motivo, hiperbolizando sobre los talentos médicos de Pablo de Villalar, lo lanzó como candidato suyo; y creyendo que era la mejor táctica para ganar la partida de un solo lance, porque aplazándola temía que sobrevinieran dificultades, mandó que la secretaría leyera la solicitud de Villalar, pieza que pecaba de lacónica, limitándose a pedir se le otorgara la vacante dirección del hospital, porque era médico y porque se creía apto para desempeñarla.

El gobernador, imaginando que le bastaba comprometer en favor de Villalar a los miembros más respetables de la Junta de Caridad, no curó de ver a cada uno de ellos. De los nueve que la constituían había conferenciado solo con cuatro, y los restantes mostrábase poco dispuestos a sufragar en pro del joven médico, y el éxito habría fracasado, si el presidente, al advertir la ineficacia de su casi elocuente peroración, no hubiera deslizado la frase de que el Jefe del Estado manifestaba vivo interés en que Villalar no quedara desairado. Pero esa frase no fue el "ábrete sésamo". Mortificados los del segundo grupo de que se les tuviera en menos, cuatro de ellos formularon resueltamente su oposición: mas el quinto, que era de temperamento acomodaticio, de esos que flotando entre dos aguas nunca se definen, fincando todo su afán en no marcar sus opiniones, dando siempre la razón a todos, quedando con todos bien y poseyendo admirables recursos para encontrar medios entre el sí y el no, mantuvo indecisa la victoria entre uno y otro bando.

—Que el joven doctor Villalar poseía gran caudal de conocimientos en su arte —alegaba el presidente.

—No tenemos la prueba —contestaba uno de los del contra.

—El doctor Nolasco lo afirmaba, y fue el médico a quien llamó a su cabecera —argüía otro del pro.

—Y sabe tanto, que no pudo combatir con éxito el catarro del doctor —replicaba otra voz.

—Y aunque fuera cierto que sabe mucho —agregaba un tercero— y que la enfermedad del doctor Nolasco fuera mortal, eso y más que todo eso no daría razón para despojar al doctor Beleña de los derechos que tiene adquiridos a suceder en la dirección del hospital al difunto de quien fue leal y constante compañero.

Este argumento era contundente, y no hallándole réplica los del grupo gobiernista, comprendieron que no les quedaba otro arbitrio de triunfar que el de la abrumadora elocuencia de los números. Todos habían expresado una opinión franca y resuelta; sólo uno, el

señor de los acomodamientos, habíase guardado de dar su dictamen; pero en cambio pudo observar el presidente que había estado asintiendo con movimientos de cabeza a las razones de los villalaristas, sin advertir que idéntico asentimiento había prestado a los impugnadores del candidato oficial. Animado por esa impresión equívoca, el presidente declaró que el asunto podía darse por suficientemente discutido, y que iba a procederse a la votación.

El incoloro pidió la palabra para declarar que a su parecer aun no había acuerdo entre los miembros de la Junta, y que era muy conveniente que ese acuerdo se estableciese, a fin de que las lenguas murmuradoras no fueran a decir que la Junta estaba anarquizada y que los agentes de la caridad se andaban a la greña entre sí.

Esta salida reanimó el debate que fue degenerando en disputa, de la que no se entendía otra cosa que las recíprocas pullas con que los contendientes se zaherían y de que el incoloro sacaba provecho, terciando a cada golpe como conciliador. Es seguro que en su mente lucubraba una solución a aquel conflicto, de manera que todos resultaran triunfantes, y no bien se produjo una de esas intermitencias, frecuentes en los altercados y hechas como para que el genio de la discordia cobre nuevos ímpetus, pero que también la razón suele saber aprovechar para hacerse oír, el incoloro, satisfecho de haber encontrado una transacción en aquella extremidad, dijo con voz reposada:

—Creo que no nos hemos querido entender. Soy el primero en reconocer el mérito del joven doctor Villalar, que no en balde ha merecido la recomendación de hombre público tan eminente como nuestro patriota gobernante; mas eso no rebaja en un ápice los merecimientos del no menos distinguido doctor Beleña, cuyos títulos a suceder al doctor Nolasco nadie podría discutir. Por fortuna ambos méritos me parecen perfectamente conciliables. ¿Cómo? De una manera bien sencilla: nuestro hospital está dividido en dos departamentos:

el de varones y el de mujeres ¿por qué no establecer una dirección para cada departamento? De ese modo ambos candidatos tendrán la suya, y se cortará toda dificultad enojosa.

La solución propuesta cayó como agua en llamas. La serenidad volvió súbitamente a los ánimos y, por un movimiento de sorpresa, sin reflexionar en si la ejecución de la idea apuntada cabía o no dentro de las atribuciones de la Junta, todos le dieron su aquiescencia, colmando de elogios al inspirado mediatante, quien lejos de engreírse con el triunfo obtenido, se deshizo en lisonjas a sus compañeros, atribuyendo a sus juiciosos debates la sugestión del pensamiento que tan benévolutamente, como que al fin era obra de ellos, acababan de acoger.

Aprobada la idea, se trató de decidir a quién se encomendaría la sala de varones y a quien la de mujeres, provocando esta dificultad nuevo desacuerdo. El señor de las transacciones quiso que la decisión se encomendara a la suerte; mas esta vez su consejo no fue seguido, llevando el triunfo los opositores de Villalar, que en el empeño de postergarlo se afanaron porque el departamento de varones, que era el que a los ojos de la Junta merecía mayores atenciones, se confiara al doctor Beleña. En caso de tener que sacrificarse algún interés humanitario en aquel percance, no habían de ser los del sexo fuerte los que lo resintieran.

Cuando todo estuvo acordado, levantada el acta de la sesión y extendidos los nombramientos de los dos directores, el secretario se inclinó al oído del presidente y murmuró algunas palabras, señalándole algún artículo del reglamento.

Tomó de manos de éste el cuaderno impreso, leyó para sí, y dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Buena la hemos hecho! Hemos estado infringiendo la ley. Aquí tenemos el artículo 16 del reglamento que dice: “La dirección del hospital correrá a cargo de un director y de un subdirector, que sustituirá

a aquel en sus impedimentos." Todo lo hecho peca contra esta disposición.

—¡En efecto! —articularon algunas voces.

El hombre de las soluciones sonrió, y con magistral autoridad, habló así:

—En poca agua habíamos de ahogarnos... Contra ese texto tenemos el artículo 64 que da a la Junta la facultad de reformar el reglamento. Pues hacemos la reforma en el sentido que acabamos de deliberar y acordar, y punto concluido.

—Pero de todos modos —objetó uno— tendríamos que aplazar el acuerdo de hoy para cuando la reforma esté hecha.

—No veo la razón. Puesto que la Junta tiene facultad de reformar el reglamento, la reforma queda de hecho consumada desde hoy, y en la próxima sesión se formalizará en el acta correspondiente, y ya con esa acta de reforma se revalidará el acuerdo de este día.

Concluyente debió haber parecido a los caritativos de Urbela el razonamiento del avisado compañero, pues todos lo confirmaron con un solemne "está bien", quedando en aquel punto levantada la sesión.

Cuando Villalar recibió la comunicación en que se le participaba su nombramiento de director de la sala de mujeres, y no del hospital mismo, experimentó viva contrariedad, traduciendo aquel acuerdo como signo de marcada desconfianza de sus aptitudes facultativas. Su primer movimiento fue el de renunciar al empleo acabado de obtener; mas luego reflexionó que habiéndose provocado por gestión suya aquel desenlace, por más que fuera inesperado, no podía rehusarlo sin antes conferenciar con el gobernador que se había dignado apoyar sus pretensiones, sin otro motivo que la recomendación recibida de aquel señor Ministro; que, por otra parte, si la Junta de Caridad había intentado deprimirlo, no concediéndole el puesto solicitado, sino antes dividiéndolo en dos, ya probaría con la evidencia de los hechos lo injustificado de semejante agravio. Mejor que le pusieran un émulo en la otra sala, así tendría

ocasión de probar sus fuerzas, estando seguro de llevarse la palma.

Fuése, pues, al gobernador, quien le informó de la causa que había motivado se dividiera la dirección del hospital, que él habría evitado si hubiera podido prever las dificultades que iban a suscitarse.

Cuando supo Villalar que el hospital estaba provisto de un subdirector, cuyos derechos a la sucesión del doctor Nolasco había perjudicado por su empeño en adquirir para sí el puesto vacante, se arrepintió de su intento, sintiendo sublevarse en su interior el espíritu de rectitud que gobernaba sus actos, y en la imposibilidad moral de declinar el cargo obtenido, formóse el propósito de rendir al doctor Beleña todos los homenajes que un hombre educado puede tributar a otro, sin menoscabo de la dignidad personal. La verdad es que si en su mano hubiera estado deshacer lo hecho, sin aparecer inconsecuente o sospechoso de soberbia, por no habérsele otorgado lo mismo que solicitó, habríalo efectuado sin vacilación y aun con regocijo: tanto así le podía haber realizado un deseo con perjuicio de tercero.

Antes de las veinticuatro horas todo Urbela sabía lo acontecido en el seno de la Junta de Caridad, cuya conducta fue generalmente censurada, por la injusticia cometida para con el doctor Beleña, y a todos picó la curiosidad de conocer al favorecido aventurero Pablo de Villalar, apenas entrevisto por algunos en la casa del doctor Nolasco.

Este acontecimiento no podía ser en modo alguno indiferente a la familia Sousa. Retenida Juanita en la casa paterna, mientras se mitigaba el profundo sentimiento que le causara la muerte de su benévolo protector que, primero presentida, había adivinado luego su consumación por sólo su poder intuitivo, al que sus padres dejaron prudentemente en libertad de elaborar la conciencia del hecho, iba llegando el momento de que reentrara al hospital. Más de una vez había ya insinuado esa intención, movida por el buen deseo de reasumir su

dedicación al cuidado de las enfermas, y, sobre todo, al de la desgraciada Chicha, que, según los informes que la administradora en persona le llevaba cada tercer día, había cometido aun una reincidencia más, y ora frenética, ora gemebunda, no cesaba de llamar en su auxilio a "su ángel". Don Alonso y su consorte llegaron a discutir la actitud que convenía tomar para con el nuevo director de la sala de mujeres a cuyo servicio estaba su hija voluntariamente adscrita.

Opinaba la señora porque don Alonso fuera a hacer visita a Villalar, para recomendarle a Juanita; mas el señor Sousa juzgaba algo incorrecto el paso, fundado en que, no siendo conocido suyo el nuevo director, no era del mejor tono tomar semejante iniciativa, con tanta mayor razón cuanto que, perteneciendo la hija al personal del hospital, a aquel tocaría tomar informes de ella y de ahí necesariamente nacería el comercio de relaciones con él; que lo derecho era esperar el natural curso de los sucesos, no habiendo nada que justificara un apresuramiento, pues el estado de Juanita, lejos de infundir alarma, inspiraba confianza, habiendo soporado sin accidente el rudo golpe de la muerte del doctor, a quien tanto quería.

Este parecer prevaleció, y en la tarde del mismo día en que Villalar entrara en el ejercicio de sus funciones, obedeciendo a las ya vivas instancias de Juanita, sus padres la reconducían al hospital, y era recibida por Lupita con demostraciones del mayor contento.

En los quince días que durara su ausencia de aquel lugar, nada había cambiado en ella. La palidez era la misma; sólo examinándola atentamente hubiera podido advertirse que en sus labios jugueteaba con frecuencia una leve sonrisa y que, apagado un tanto el brillo de sus ojos, radiaban miradas de éxtasis, reflejándose en su semblante la satisfacción íntima de su alma y la celestial pureza de sus pensamientos. Era acaso que Juanita sentía acercarse el día de la redención. El doctor Nolasco la había dicho: "La muerte vendrá por tí, luego que me haya llevado a mí: pero es necesario esperarla,

no buscarla". La primera parte de aquella promesa se había cumplido, y ahora esperaba tranquila y paciente su turno.

En los momentos en que la administradora recibía a su encantadora compañera, el doctor Villalar había entrado a practicar su visita respectiva, que era la primera que hacía a sus enfermas, porque la de la mañana habíala empleado en la toma de posesión de su encargo, y en platicar larga y afectuosamente con su compañero el doctor Beleña, con quien fraternizó desde el primer momento declarándolo el único y verdadero director del hospital, de quien se limitaría a ser solícito colaborador; honores que el viejo subdirector declinó con las muestras del mayor agradecimiento, quedando prendado del fino trato de su joven codirector.

Informado por el practicante de turno que la Chicha se hallaba en estado alarmante, a consecuencia de su último deslíz, quiso comenzar por ella, y penetró en la salita de distinción que le estaba destinada. La ebria yacía toda encogida en su lecho, con la respiración hervorosa y estremeciéndose a cada instante como si estuviera sometida a sacudimientos eléctricos. Cuando el doctor se acercó a ella y la tomó el pulso, abrió desmesuradamente los ojos, y en aquella actitud de azoramiento, poseída de horrible temblor, se puso a dar alaridos desgarradores, que interrumpía por el grito de "¡mi ángel! ¡mi ángel!" Villalar interrogó con la mirada al practicante.

—Es que llama a la señorita Juanita, única a quien respeta aquí, y de quien sólo acepta medicinas y alimentos.

—Y ¿dónde está esa señorita?

—No está en el hospital; tres días antes de que muriera el doctor Nolasco se la llevaron a su casa.

—Llame usted a la administradora, porque es imposible que nos entendamos con esta desgraciada.

El practicante obedeció y, encontrando a la administradora y a Juanita juntas, informólas de lo que ocurría. Las dos volaron al cuarto de la Chicha, en el que

Juanita, llevando aun el vestido de faya negra que no había tenido tiempo de mudarse, penetró sin parar atención en la presencia del médico, yendo derechamente hacia la enferma. Verla ésta y calmarse, fue todo uno: cesaron las convulsiones, tendióla los brazos, y los alaridos se convirtieron en una especie de risa estridente y sacudida, acompañada de abundantes lágrimas.

El sol de enero se acercaba al ocaso; por la ventanilla que daba luz y aire a la pieza, penetraba un haz de rayos de ese sol de invierno que alumbra sin calentar, el que, hiriendo de lleno el rostro de Juanita, la circundó de un limbo luminoso. El doctor Villalar, a la vista de aquel semblante cuya purísima blancura realzaba el negror del traje, comunicándole los destellos de una belleza inencarnada la onda de luz que la bañaba, quedóse atónito sintiendo como un sacudimiento interior.

Cuando Juanita alzó los ojos para verle, creyó ser juguete de una alucinación. Pablo de Villalar era la repetición completa de Jorge Olivo, y, visto a la escasa claridad de la salita, si alguna diferencia de detalles existía que no fuera la del estilo de la barba y los bigotes que Olivo llevaba a la manera de Miguel de Cervantes, no era en aquel momento perceptible. Al cruzarse por la primera vez la mirada de Juanita con la de Villalar, ambos experimentaron cierta confusión. Este fue el primero en hablar.

—Por lo visto, esta pobre mujer sólo puede vivir al influjo de usted. Reclama mucho cuidado.

Juanita no pudo contestar de momento; en la voz del joven doctor había sentido vibrar de nuevo el timbre de la de su Jorge. Tuvo que hacer un esfuerzo poderoso para disimular su emoción y, pasados algunos segundos, contestó:

—Sí, señor. La pobrecita sufre horribilmente.

No se habló más. El médico examinó detenidamente a la Chicha, y fue a continuar su visita en la sala, sin haber tenido valor de volver la cara para ver a Juanita.

Aquella noche Villalar no logró conciliar el sueño sino muy avanzada la hora. La figura ideal de la enfermera estuvo por mucho tiempo flotando ante sus ojos, como la aparición misteriosa de un ser incorpóreo. En cuanto a Juanita, después de haber hecho una última visita a la Chicha, que había caído en estupor, se acogió a su alcoba, oró como de costumbre y, al depositar sobre las almohadas su cabeza ya soñolienta, la última cosa que percibió al desvanecerse en su espíritu el mundo visible, fue la cara de Jorge Olivo, con barba a la Torcuato Tasso.

VIII

NUEVOS AMORES

Al despertar vio Villalar con sorpresa que el péndulo de bronce que descansaba en su escritorio marcaba las ocho, hora que había fijado para sus visitas matutinas al hospital. Estregóse los ojos, echóse fuera del lecho, se vistió a prisa, tomó un ligero desayuno y se dirigió a pasos acelerados al nosocomio.

Andando, quiso recordar qué enfermas eran las que más cuidado reclamaban, mas resistióse la memoria a fijarse en lo que él deseaba, reproduciéndose en su imaginación, con tenacidad singular, aquel rostro de azucena coronado de cabellos color de hoja seca que, en la tarde anterior, había brillado a sus ojos atónitos, mágicamente bañado del haz de luz que caía de arriba. Y por más que se empeñaba en poner su atención en objeto distinto, la visión persistía, continuaba flotando en los aires, ni más ni menos como después de haber mirado al sol instantáneamente, su imagen, cien y cien veces repetida, sigue embargando la retina.

En llegando al hospital se detuvo un breve momento a saludar al boticario, atrayendo su mirada, sobre la mesa de despacho, un cuaderno impreso, con cubierta de color, que en letras gordas llevaba este título: *La Guirnalda*.

—Es nuestro periódico literario que circula los domingos —dijo el farmacéutico al advertir que Villalar paraba mientes en el cuaderno— y del que la señorita Sousa es suscriptora.

Esta aclaración estaba demás, pues ya el joven doctor había leído el nombre de Juanita Sousa, escrito con lápiz en la cabeza de la cubierta.

—¿La señorita Sousa? —interrogó, por más que comprendiera que el nombre pronunciado se refería a la hechicera pálida, cuya belleza habíale tan vivamente impresionado.

—La señorita Juanita Sousa; la que por puro sentimiento de filantropía vive aquí consagrada a las enfermas. Ayer todavía regresó de su casa. Fue llevada en los días de enfermedad del doctor Nolasco, de quién fue muy querida. Quince días hará de ello. Yo creí que no volvería; pero ya la tenemos aquí. Es un ángel de bondad, tanto como de belleza. Sólo ella puede gobernar a la Chicha.

Villalar oyó toda aquella rápida relación con señalado interés; mas como estaba en retardo, por más que deseara su continuación, determinó cortarla en aquel punto, dirigiéndose a la visita. Había dado sólo algunos pasos cuando se encontró con una pareja compuesta de una dama y caballero: eran don Alonso y su señora, que salían de visitar a la hija. Villalar se descubrió con la respetuosa gracia que en situaciones semejantes sabía él manifestar. Don Alonso correspondió al saludo, en tanto que la señora echa una estatua, quedóse asombrada, fija la vista en el airoso joven. Por su parte, el marido no demostró menor admiración, y no continuaron su marcha sino cuando Villalar hubo desaparecido, entrando en la galería de la derecha. El boticario percibió aquel movimiento que atribuyó a pura curiosidad.

Cuando estuvieron los esposos fuera del hospital, la señora se paró deteniendo a don Alonso en cuyo brazo se apoyaba.

—¿Has visto? —murmuró con azoramiento.

—¡Qué parecido más completo! —contestó el marido, con expresión idéntica—. Parece su resurrección.

Y siguieron andando silenciosos.

La señora de Sousa iba pensando, visiblemente preocupada. De repente se detuvo, y dijo con premura.

—Somos unos imbéciles. Debemos volver al hospital. ¿No comprendes cuán tremenda impresión va a causar

a Juanita el encuentro con ese joven tan completamente parecido a nuestro caro Olivo?

—En efecto, volvamos.

Y diciendo y haciendo, empezaron a desandar el camino recorrido.

Al verlos entrar de nuevo, el boticario experimentó cierta sorpresa.

La pareja se acercó al despacho y, dirigiéndose la señora al boticario, dijo:

—Quisiéramos merecerle la gracia de que vea usted si nuestra hija acompaña a la visita. Tenemos que comunicarle algo de interés.

—Con mucho gusto, señora. ¿Ha de venir aquí o pasarán ustedes a su habitación?

—No, sólo le hablaremos en el caso de que no se halle ocupada, es decir, que no esté en la visita. Si está no diga usted nada, no hay urgencia, después podemos decirle de qué se trata.

—Voy al punto.

Un minuto después el boticario regresaba e informaba a los inquietos esposos que la visita acababa de salir del cuarto de la Chicha, pasando a la sala, y que la señorita, acompañada de la administradora, precedía al doctor.

La señora de Sousa dirigió a su marido una mirada interrogadora; luego volviéndose al boticario preguntó:

—Pero ¿usted la vio?

—Que sí la vi... —contestó el farmacéutico, ligeramente mortificado de que se pusiera en duda su aserto, sin poder adivinar de qué provenía aquella pequeña impertinencia— como que en los momentos que salían del cuarto de la Chicha, la señorita me miró, dispensándome el favor de saludarme.

La señora volvió a interrogar con la mirada a don Alonso, ambos dieron las gracias al boticario y partieron de nuevo.

La señora continuaba pensando: aquello era extraño ¿sería que a causa del terrible incidente que Juanita experimentara al saber la desgracia de Olivo, se había

borrado de su memoria la fisonomía de su prometido? Esta idea se desvaneció al punto; su corazón de mujer decía que eso era imposible: estaba segura de que el recuerdo de Olivo se mantenía palpitante en la memoria de Juanita; que nada que con él se relacionara podía serle indiferente, y que no era imaginable no hubiera percibido al primer golpe de vista el completo parecido de Villalar con el infortunado Jorge.

Otra idea emergió entonces en su cerebro. Pensó que la presencia del joven doctor, por causa de esa misma semejanza, habíale producido gran impresión, y de esta sospecha brotó espontáneamente una serie de deducciones que debieron haberla causado regocijo, según la expresión de contento que se pintó en su fisonomía. Si de aquella impresión resultaba el despertar del corazón de Juanita a los goces de la vida, si llegaba a prendarse de aquel apuesto joven médico y éste se enamoraba de ella, cosa más que verosímil, a menos que el tal joven fuera refractario al sentimiento de la belleza, y nada había en su exterior que lo hiciera sospechar, entonces ¡cuánta dicha!

Juanita volvería a tener apego a la vida; su juventud recobraría su gentileza; el mundo volvería a sonreírle, el hechizo de la felicidad le devolvería la salud del cuerpo, y la hija desertada de la familia sin que nadie lo impidiera, porque así lo reclamaba la necesidad de someterse a sus caprichos, la hija llorada como condenada fatalmente a sucumbir de una dolencia tenida por incurable, tornaría a hacer las delicias del paterno hogar, herido hasta allí de inacabable tristeza, convirtiéndose así tanto manantial de inquietudes en mar de inagotable ventura.

Haciéndose la señora estos castillos, llegó a la casa la matrimonial pareja, y apenas entrada en ella, don Alonso, que durante el camino no había desplegado los labios, temiendo sin duda que sus palabras dieran en oídos indiscretos, exclamó:

—¡Pero qué cosa más extraordinaria! Diríase que Jorge Olivo ha vuelto a la vida.

—¡Qué parecido, Dios mío! No tienes idea de cuánta ha sido mi inquietud, temiendo el primer encuentro de nuestra Juanita con ese joven médico.

—Y ya ves, nada ha acontecido. Nuestra hija está ya resignada, y no sé por qué se me hace que la muerte del doctor Nolasco ha venido a imprimir a sus ideas el sello definitivo. Creeríase que le es indiferente vivir; pero esperará tranquilamente a que la hora fatal suene para ella. ¿No has advertido el tinte que ha tomado su fisonomía desde aquel suceso? ¡Qué quietud de espíritu, cuánta conformidad revela! —y diciendo esto sus ojos se humedecieron.

—Tal vez tengas razón —contestó la señora, en cuyos párpados brillaron dos lágrimas, sin atreverse a confiar a su marido las ilusiones que venía acariciando, de miedo que fuese a desvanecérselas.

Tocante a Juanita, su despertar de aquel día fue plácido. Hasta donde el contento cabía en su corazón, sintióse contenta, y viniendo a su memoria el recuerdo de la tarde anterior, pensó en aquel joven médico tan extraordinariamente parecido a su Jorge, tanto que aun en el timbre de su voz creyó encontrar semejanza, no pudiendo resistir a esa primera impresión sin emocionarse, que ella tuvo el prestigio de evocar del mundo de los recuerdos cuanto en la memoria de Juanita había de dulcemente ideal, al par que de doloroso. Por lo mismo que Villalar venía a revivir por la reminiscencia los ensueños de ventura en que en mejores días habíase mecido su alma, despertóse en ella el interés más vivo por examinar fría y cuidadosamente si el parecido que había creído descubrir era sólo hijo de la ilusión o respondía a una singular realidad, lo que determinó ejecutar aquella mañana misma.

Atenta al golpe de las ocho, cuando Villalar entró a la visita ya Juanita llevaba tiempo de estar al lado de la administradora esperando la llegada de director. Todo lo que éste se sintió turbado al nuevo encuentro con Juanita, sintióse ésta dueña de sí, de forma que pudo confrontar a sus anchas la figura de Villalar con

la imagen de Jorge Olivo que guardaba viva en la memoria.

Hubo de resultar del examen algunas rectificaciones, en tal modo ligeras que sólo venían a confirmar la regla de la variedad infinita en la naturaleza, la cual no produce dos cosas idénticas. Que la tez de Villalar tenía cambiantes cobrizos de que carecía la de Olivo; que la mirada de aquél era menos dulce que la de éste; que el pelo del médico era más negro y la nariz menos aguilena que la del otro; que era Villalar más fornido que Olivo; en fin, que éste resultaba ganando en la comparación, con una sola desventaja, la de la voz, debiendo convenirse en que la de Pablo era de timbre más armonioso y de más volumen que la de Jorge, de donde provenía que el acento de aquel fuera más varonil, al par que más halagador.

El joven doctor, atento sólo a dominar su turbación, no advirtió que había estado siendo objeto de minucioso aunque discreto examen por parte de Juanita, y más de una vez, al fijar en ella su mirada, experimentó una emoción de cuya naturaleza no sabía darse cuenta.

Aun cuando había hecho intención de provocar al boticario a que continuara el relato referente a la Sousa luego de terminada la visita, temeroso de que su curiosidad fuera equivocadamente traducida, fué sin intentarlo, dejándolo para mejor ocasión.

Lupita, que asistiera del principio al fin al segundo y tercer encuentro de Juanita con Villalar, creyó descubrir en la fisonomía de éste, en la expresión de sus miradas y aun en la entonación de su voz algo que no correspondía al estado de un ánimo sereno; mas no lo atribuyó a otra causa que a la situación en que se encontraba colocado respecto de una joven de las condiciones de Juanita, a la que empezaba a conocer. Por la noche, a la hora de la reunión de las dos compañeras en la salita de la administradora, ésta se ocupó, como de la cosa más natural del mundo y sin idea premeditada, de hablar del nuevo director.

—¿Qué le parece, Juanita, de nuestro joven director?

—Qué ha de parecerme sino que es de aspecto simpático y de finos modales.

—¿Verdad que su figura es apuesta?

—¡Vaya que si lo es! Y qué bien le va la barba negra con el color del semblante y con esos sus ojazos de azabache...

—¡Que ojos! Cuando miran de repente parecen relampaguear.

—A la verdad que hasta tanto no diré. No he podido percibir la expresión de su mirada.

—Como que se conoce que anda cortadillo ante usted. Yo estuve observándole; no acierta a ver a usted fijamente.

—Yo no lo he advertido; pero se explica. Es bastante joven y apenas me conoce.

—Dicen que tiene un talentazo mayúsculo. Yo digo que podrá ser; pero como el doctor Nolasco ¡cuándo!...

—Como ése no hay otro —dijo Juanita, exhalando hondo suspiro.

—La verdad es que con la medicina que ha mandado a la Chicha, se ha logrado que entre en sosiego.

—No hubiera hecho menos el doctor.

Giró luego la plática sobre cosas de menos sustancia, hasta que llegó la hora de dormir.

Tampoco aquella noche fue para Pablo de Villalar propicia al sueño. Antes de que sus párpados se cerraran, tuvo que hacer muchos cambios de postura en el lecho. Evidentemente algo que no se precisaba en su conciencia, turbaba el funcionamiento de su organismo.

IX

EL COMPROMISO

Los días pasaron. Villalar padecía de frecuentes distracciones durante la visita de su sala, quedándose a cada momento absorto contemplando a Juanita, cuya belleza crecía a sus ojos a medida que más la iba conociendo. Gozo inefable experimentaba pensando en ella, y sus horas dedicadas al estudio o a la meditación eran usurpadas por la imagen de la joven que no consentía que otra idea distinta ocupara un punto el cerebro del médico, a quien más de una vez aconteció darse cuenta de que no había dormido toda una noche, al ver sobre la cerrada ventana de su alcoba la raya blanquecina por donde se escurría la luz de un nuevo sol. Experimentaba entonces pesada opresión al pecho y un profundo y sombrío vacío interior hasta allí nunca sentido, como si su ser estuviera mutilado por aquella parte por donde la vida puede realizar los más dulces ensueños del espíritu.

Parecíale que no estaba en relación completa con el mundo, y que hasta entonces había tenido una concepción incompleta de la existencia. Aquello era la revelación del dualismo que todos los seres llevan en germen como llamados a cumplirlo.

Fue Lupita la primera en descubrir que Villalar estaba enamorado de Juanita, sin atreverse a hacer a ésta la menor insinuación. Juanita, por su parte, había advertido la manera algo extraña con que el joven médico se conducía para con ella, y aun hubiera adivinado qué sentimiento era el que la inspiraba, si hubiese sido capaz de imaginarse que podía aún vivir para el amor.

Así como la razón obra sobre el sentimiento y puede dominarlo, el sentimiento puede tomar ventajosos desquites sobre esa maestra y señora de nuestras facultades. En Villalar el sentimiento había comenzado a actuar sobre su razón, obligando a ésta a llamar a examen aquellas ideas recibidas que con el sentimiento pugnan, y descubrió sin mayor esfuerzo, que su teoría celibataria era profundamente falsa, porque al primer golpe de vista se le ofreció el espectáculo de la creación entera, en la que desde la escala más inferior hasta la más elevada de los seres; desde el mineral hasta el organismo más perfecto, todas las especies tienden con irresistible atracción al aparejamiento para crecer o multiplicarse.

Busca el átomo al átomo para formar la molécula; la molécula se justapone a la molécula para constituir el informe peñasco; la flor lozana, llama de amor de la planta, arroja el sutil polen reproductor en el tálamo de la flor hermana; la bestia, ebria de deseo, se precipita frenética sobre la hembra para comunicarle los gérmenes de la especie, y así en una elaboración cada vez más complicada, de contacto en contacto, por un eterno movimiento copulativo, van los seres reproduciéndose y perpetuándose y manteniendo la armonía del universo.

¿Qué significación tendría el sentido de la maternidad del que la naturaleza dotó a la mujer si no estuviera predestinada a la fecundación? Y ¿cómo podría cumplirse ese destino si fuera dado al hombre sustraerse a los incentivos del femenino hechizo? De donde concluía Villalar que la ley de amor es una ley providencial de conservación, sin la que desequilibrado el universo rodaría en los abismos del caos. Y ¿por qué caso de excepción el médico habría de quedar emparedado dentro de sí mismo, bivalvo impropio privado del derecho de expandir su propio ser? ¿Por ventura sus funciones científicas pueden reputarse incompatibles con los deberes y los goces de la familia? ¿No sería más racional pensar que lejos de que al médico deba negarse la participación de esos goces y deberes, conviene que sa-

borée los unos y sienta el peso de los otros, como doble garantía para la sociedad a cuyo servicio vive?

Pues que el médico es un hombre y su corazón no queda aniquilado en el anfiteatro anatómico ¿cómo no habría de apetecer la posesión de la belleza de la mujer del prójimo, de la hija del cliente, con quienes por necesidades de salud se le pone en íntimo contacto? ¿Qué poder sería bastante a dar seguridades de que la tentación no le haría traspasar los límites del simple deseo o a lo sumo del conato? Sólo la igualdad de condición con sus semejantes.

Casado el médico, no le aquejaría la ansiedad del goce prohibido que tan irresistiblemente obra en las determinaciones humanas. Teniendo derecho a la fruición de los placeres conyugales, carcería hasta de pretexto para codiciar la de los que la moral condena, y su misma condición de casado cohibiría los ímpetus de un sensualismo demasiado vivo, aun cuando no fuera por otra razón que la del miedo a la ley del diente por diente y ojo por ojo. Esposo, sabría cuánto es delicada e inefable la posesión exclusiva de la propia mujer; y padre, sentiría cuánto es intensa la afección de ternura hacia los hijos; y al acudir a socorrer al niño o al joven, a cuya cabecera la madre llora, mientras el padre se desespera, interpretando fielmente sentimientos a que no sería ajeno, sabría con el más anheloso empeño, corresponder a la misión que está llamado a cumplir. Tales eran las reflexiones que venían a la mente de Villalar, quedando en resumidas cuentas reducida a mera paradoja la doctrina del autor de *El buey suelto*.

Determinado a adquirir las noticias que apetecía de Juanita Sousa, abordó una mañana al boticario, aprovechando explicaciones que tenía que hacerle para la preparación de un medicamento prescrito a la Chicha.

—Apenas puede concebirse —díjole— la consagración de la señorita Sousa a los cuidados de esa desventurada. ¡Dejar su casa por atender a una ebria!

—No, señor. Cuando la ebria vino al hospital, ya la señorita Sousa estaba aquí. Sí, bien lo recuerdo, como

que la causa de tanta abnegación fue una gran desgracia que la sobrevino.

—Ah ¿y qué desgracia fue esa?

—Estaba próxima a casarse; su novio volvía, no recuerdo bien si de Europa o de los Estados Unidos, cuando pereció en el mar.

—¿Y quién era él? —interrumpió con ansiedad el joven médico.

—Aguarde usted que me acuerde. Se llamaba... se llamaba... José; no... Jaime..., tampoco... Ah, eso es: se llamaba Jorge Olivo.

—Y usted le conoció? ¿Cómo era él? ¿Era de aquí?

—De aquí era, mas no le conocí. Yo andaba entonces por Puebla. Luego supe algo de esa triste historia, parte por el señor Nolascó y parte por la señora Guapulita.

Sintió Villalar que la sangre le afluí a al corazón, dilatándosele como si le llegara a la garganta, hasta donde vibraron sus precipitados latidos. Algo de aquella emoción no escapó a la mirada del boticario, sin poder comprender la causa.

—¡Pobre señorita Juana! —continuó—. ¡Pero qué buena es! Casi tan buena como bella. Ya la conocerá usted bastante.

—Tan buena como bella... —repitió el joven director, con aire de habersele ido los bártulos.

Ni oyó ni preguntó más. Fuese todo cabizbajo y distraído, sin conciencia de otra sensación que la de cierto amargor en el paladar y de opresión al pecho. Había errado su camino avanzando una cuadra más de la dirección que debía seguir, percatándose de ello al encontrarse frente a la botica *La Esperanza*. En aquel punto recordó que tenía que hacer un ensayo con el cloridrato de morfina, de que se carecía por el momento en la botica del hospital.

La Chicha había caído en un estado de insomnio permanente, acompañado de delirio. Grima daba verla. Su enflaquecimiento había degenerado en una flaccidez tímica; las mejillas, los párpados inferiores y los múscu-

los del brazo, colgábanle como bolsas henchidas de un líquido verdino, dibujándose al través de aquella piel gelatinosa los huesos de la cara; los ojos, coloreados de un tinte bilioso, parecían querer escaparse de las órbitas; los labios resecos y fungosos tendían a mantenerse abiertos; la nariz y las orejas, faltas de coloración, se traslucían como cartílagos muertos.

Era su andar convulsivo e incierto; sus brazos anquilosados habían perdido la fijeza de sus movimientos, semejando más que humanos, miembros de una momia automática. Villalar estaba persuadido de la imposibilidad, no ya de curarla, sino de alejar el momento en que aquel espectro caería para no levantarse más. Con todo, movido a compasión o acaso deseoso de acreditarse de solícito para con ella a los ojos de Juanita, tan empeñada en socorrerla, andaba inventando remedios que aplicarla; y como concibiera la idea de que el cloridrato de morfina pudiera ser de éxito contra el delirante insomnio en que la *briaga* estaba sumida, entró a la oficina de *La Esperanza* con el objeto de procurarse el medicamento.

Son las boticas lugar de obligada tertulia, donde, menos que de química y farmacia, se habla, más de lo que se debiera, de cosas más para calladas que difundidas. Entre los tertulianos de aquella hora no había otro conocido verdadero de Villalar que su codirector el doctor Beleña, pues a don Alonso Sousa, que allí se encontraba, conocíalo sólo de vista, por aquel encuentro con él y su señora habido a la salida del hospital.

—¡Hola! por acá, compañero. ¿Qué de nuevo? —dijo el doctor Beleña, abordándole.

—Que nos falta en el hospital cloridrato de morfina y vengo a procurármelo. Quiero hacer aquel experimento que a usted indiqué.

—*In anima vili*. El eterno problema de usted, la Chicha, siempre la Chicha. Déjela morir en paz, compañero; para ella no hay más remedio que el hoyo. Los esfuerzos de usted se estrellarán contra esa naturaleza viciada hasta las raíces. Hay gentes que nacen

con su destino hecho, y borrachos conozco para quienes la vista del ilota ebrio, después de la primera mona, lejos de enmendarlos, habríales servido de estímulo para ir a pegarse a la espita.

Y notando que no había saludado a ninguno de los contertulios, agregó con viveza, señalando a los que iba nombrando:

—Aquí tiene a nuestro don Alonso Sousa, a don Enrique del Bosque, a don Simeón Pedreñal. . .

Cada uno de los designados fue acercándose por su turno a saludar al joven médico, que declaró no haberlos antes conocido, y sólo de vista al señor Sousa.

—¡Cosa más singular! —prosiguió el doctor Beleña—. No conocer al padre de su encantadora enfermera. . . al papá de la linda Juanita. . .

Al oír Villalar nombrar de aquella forma a la señorita Sousa, sintió que la sangre se le agolpaba al rostro y, venciendo con dificultad su turbación, cambió algunas frases de cortesía con aquellos individuos de su nuevo conocimiento, y, obtenida la medicina que solicitaba, se apresuró a partir.

Don Alonso no quiso perdonar aquella ocasión, y yendo hacia el joven médico, expresóle en palabras rebosantes de sinceridad, el gran placer que experimentaba poniéndose en relación con él, concluyendo por invitarlo a pasar a su casa, donde su presencia no podía menos que ser grata. Villalar, para quien aquella invitación ponía colmo a sus deseos, aceptó con vivas muestras del gozo más intenso.

La primera intención de Villalar fue no dejar pasar aquel día sin presentarse en casa de los Sousa; mas reflexionó luego en que tal apresuramiento no estaba bien justificado, y determinó dejar la visita para la noche del siguiente día. En la tarde, más de una vez vinole la idea de anunciar a Juanita que había hecho ya conocimiento con su padre, y que se proponía ir a presentar sus homenajes a su madre, y más de una vez desistió de ella, pensando que no había motivo para

tal anticipación y que sería de más efecto dar la noticia después de verificada la visita.

Al día siguiente estuvo esperando ansioso la llegada de la noche, y luego de bien entrada, después de haberse fijado el plan de conducta que debería observar en aquella primera visita, se dirigió si contento, llevando en su interior un sentimiento indefinible de desasosiego.

La acogida que obtuvo fue de lo más lisonjera. Ciertamente que Villalar era uno de esos hombres nacidos para agradar, en quienes si el exterior previene favorablemente, la palabra seduce y las maneras cautivan; pero también entraba por mucho en aquella acogida el apasionado deseo de los Sousa de obligar al joven director del hospital a que dispensara a Juanita las más delicadas atenciones.

Una primera visita, aun entre personas hechas al trato mundano, trae consigo a sus comienzos inevitables reservas sugeridas por el tacto moral, que no gusta de que las almas se abran y se dejen penetrar al primer movimiento. Esa reserva puede ser o ligera bruma que se disipa al calor de las primeras palabras, o densa capa de hielo que el trato mismo suele engrosar más y más. Todo depende de la atracción mutua que se despierte entre las personas que por primera vez se ponen en contacto.

Inútil decir que el encogimiento de Villalar y la reserva de los Sousa duró lo que un parpadeo. Sintiéndonse recíprocamente simpáticos, al cuarto de hora de estarse tratando parecían viejos conocidos. Don Alonso, que propendía a las expansiones francas, más de una ocasión quiso hablar de su adorada Juanita; mas la señora supo desviar a tiempo los intentos del marido, con una destreza que, con ser femenina, no hay para qué calificarla de consumada. La señora de Sousa tenía seguramente sus razones para no querer que la conversación girara por aquel rumbo, que luego de ido Villalar expuso en dos palabras. La delicadeza imponía aquella reserva. El doctor era un joven y su posición para con Juanita en el hospital no dejaba de ser difícil.

La prudencia aconsejaba mantener cierta frialdad entre el jefe del hospital y la enfermera, que hasta cierto punto estábale subordinada.

Además, una vez lanzada la conversación por aquel camino, iba a hacerse necesario hablar de la enfermedad de Juanita, lo que llevaría naturalmente a ocuparse de los orígenes de la dolencia, y eso habría sido hacer confidente al médico de intimidades que afectaban tan al vivo al corazón de la hija. Aquel era terreno vedado, y sólo la necesidad podía justificar se penetrase en él. ¿Existía por el momento esa necesidad? No; el estado de Juanita no infundía zozobra chica ni grande. Fueron esas las convincentes razones que la señora de Sousa expuso a su consorte. Otras llevaba en el coleteo, que sin duda reputó por cosa discreta ocultarlas aun al propio marido, por la misma razón que no le había confiado las ilusiones que en su magín brotaron el día aquel del encuentro con Villalar.

Al acercarse éste a Juanita en la mañana del inmediato día, sintió que los latidos del corazón se le aceleraban y que se le demudaba el semblante. Titubeando entre si hablaría a la joven de la visita hecha a su casa o si sentaría mejor callar, resolvióse al fin por el primer extremo, y como acontece en indecisiones semejantes, no aguardó coyuntura, ni preparó la entrada sino que *ex-abrupto* dijo:

—Anoche tuve la honra de presentar mis homenajes a su señora madre.

—Ya lo sabía. Esta mañana me anunció la señora mi madre esa agradable noticia. Por mi parte, estoy muy agradecida a la distinción que nos ha dispensado usted.

—No hay de qué. Por el contrario, soy yo quien debe estar agradecido. Se siente uno tan bien en aquella atmósfera... Se conoce que allí reina la dicha. Para que fuera perfecta —agregó irreflexivamente— sólo usted falta allí.

Al escapársele estas palabras se puso rojo hasta las orejas; y queriendo corregirse, añadió al instante:

—Perdone usted, quise decir que únicamente obedeciendo al impulso de una caridad extraordinaria, pudo dejarse por este hospital, donde nada hay que inspire el deseo de vivir, una mansión tan llena de encantos.

—Sólo que se equivoca usted, señor doctor —contestó Juanita con expresión severa—. Es por razón de egoísmo y de caridad que estoy aquí. Yo amo a mis padres como no he amado ni amaré cosa alguna en el mundo. No quisiera yo ser juzgada mala hija. . .

—Vuelvo a pedir a usted mil perdones —repuso Villalar lleno de confusión—. Es que, la verdad, la hora que duró mi visita parecióme tan corta. El señor su padre don Alonso me invitó ayer a visitarlo. . . Estaba en la botica de *La Esperanza*, cuando entré allí en busca de un medicamento para esa desgraciada que tan justamente llama a usted su ángel. . . El señor Beleña estaba allí también, y él me dispensó el honor de presentarme al señor su padre.

Comprendiendo Juanita el apuro en que pusiera al joven por el tono con que le había contestado, acudió en su ayuda, dando otro sesgo al diálogo:

—Dios ha de premiarle el interés que ha tomado por salvar a esa pobre mujer. . .

—Mi premio estaría otorgado con complacer los deseos de usted —pensó Villalar.

—Por desgracia, todo el empeño de que soy capaz habrá de ser infecundo —murmuró con la palabra.

—¡Infeliz! Así opinaba el señor. Nolasco.

—Y aquél podría realizar imposibles.

Allí concluyó aquel primer cambio de pensamientos entre Juanita y el joven médico, que no sabía que su presencia en la casa de don Alonso Sousa había sido motivo de alborozo para la señora. Y habíalo sido de todas veras, pues todavía Juanita no tomaba el desayuno cuando recibía de la madre el siguiente billetito:

“Hijo adorada: Anoche hemos tenido de visita al joven doctor Pablo de Villalar. El director de tu sala es un sujeto digno de la mayor estimación. No hemos querido hablarle de ti.”

Nada le decía la madre del gran parecido de Villalar con Jorge: ¿no lo habría descubierto? No era imaginable. ¿Por qué, pues, no hacer a él alusión alguna? Reflexionó y comprendió que su cariñosa y perspicaz madre habría querido evitarle recuerdos dolorosos.

La preocupación del joven doctor iba creciendo al correr de las horas, cual crecen y se agigantan las sombras cuando acaba el día. No se sentía bien. El insomnio velaba a su cabecera, y en el silencio de la noche, cuando la creación recogida en sí misma apaga todos los ruidos como para que sean mejor escuchadas las voces de la razón y la conciencia, Villalar se llamó a cuentas. ¿Qué significaba aquella inquietud que por primera vez en su vida se había apoderado de él? ¿Qué las perturbaciones fisiológicas que venían aquejándole? ¿Qué aquel latir apresurado de su corazón, en determinadas circunstancias, y aquel desusado ir y venir de su sangre, ora agolpándose en aquella noble entraña, ora subiéndole a la cabeza?

La explicación la tenía ante sí; mas no quería verla, y buscando en el fondo de su conciencia, como el buzo que seguro de dar con el tesoro oculto en el lecho del mar, goza anticipadamente con el hallazgo, tras de breve ensimismamiento, volvió a la vida exterior, asida la preciosa margarita que deseaba descubrir. No había duda, estaba enamorado. El alado diosillo había dado en el blanco, y la flecha había penetrado muy hondo en el corazón aún virgen del joven médico, que ya experimentaba los efectos del bienhechor veneno. Singular sentimiento era aquel que tenía el divino prestigio de hacer deliciosas las torturas mismas que causaba. ¡Cuánta, pues, no sería la dicha que prometiera cuando, compartido por igual entre dos seres, fuese como rosas sin espinas, como miel sin picor, como perfume sin ponzoña!

Muchas mujeres bellas llevaba vistas Villalar; con no pocas había cultivado amistosas relaciones, y ¿por qué no se había enamorado de ninguna y ahora venía a sentirse cautivado por una joven a quien apenas

conocía? Ese problema sico-fisiológico era para atolondrar al más avisado. Verdad que, bien vistas las cosas, no era tan abstruoso el problema, que Juanita Sousa era uno de esos tipos de belleza creados para atraer y hechizar a aquellos para quienes la beldad física tiene seducción irresistible, más que por la suave plasticidad de las formas, la correcta curvatura del contorno, la armonía del colorido y el fulgor de la mirada, por la exteriorización de una belleza síquica, arrobadora, inefable, que nadie sabría definir, y que difundida hasta en el aire mismo que rodea a los privilegiados seres a quienes es otorgada, los convierte en objeto de incondicional adoración.

Y bien, amaba a Juanita; pero ese hecho complejo era misteriosa esfinge que guardaba hondísimos secretos, en el fondo de los cuales se escondía la felicidad suprema o la mayor de las desventuras. En el gran laboratorio de la naturaleza, el amor es crisol en que de la fusión de dos seres resulta la unidad. ¿Le sería aleable Juanita?

Al hacerse esta pregunta vino a su memoria la última plática con el boticario. Juanita había amado a otro, a otro que estaría siendo su venturoso poseedor, sin el azaroso accidente que le hizo perecer. Y después de aquel amor, que debió ser intenso, apasionado, absoluto, como que de su no realización resultó el rompimiento de aquélla con el mundo, viniendo, sin duda a falta de conventos, a refugiarse entre los poco atractivos muros de un hospital, ¿era posible que reviviera en su corazón ese sentimiento? No, no era posible. El corazón de Juanita estaba bien muerto para el amor, y todo lo que de ese afecto queradaba en su alma, pertenecía al mundo de los recuerdos, pertenecía por entero a la memoria de aquel feliz Jorge Olivo. Sí, feliz, porque aun después de muerto continuaba reinando en el corazón de su encantadora prometida.

En llegando a este punto, Villalar sintió punzante dolor en el alma. Envidioso de la suerte de Olivo, hubiérase deseado muerto, a condición de vivir amado

en el corazón de Juanita, y algo parecido a los celos, esos inseparables verdugos del amor, roían sus entrañas, desesperanzado de llegar a ganarse el afecto de la mujer adorada.

Las pasiones verdaderas tienen de peculiar que libres o contrariadas crecen sin cesar hasta apoderarse por completo del individuo que las resiente: son como el océano que ora invade e inunda la playa sin estrépito, al influjo de la marea; ora irritado la anega furibundo, azotado por la tormenta. La pasión del joven médico, no obstante su calidad de unipersonal y no comunicada, participa de esas dos formas de crecimiento, porque si bien ningún elemento extraño la combatía, él propio la suscitaba obstáculos con la idea de que no era probable que Juanita, después de su primer amor, fuera accesible a un segundo apasionamiento. La experiencia aun no había enseñado a Villalar que en la mujer el primer amor suele ser a la pasión verdadera, lo que un simulacro a la batalla misma; es el uno revelación e imagen de aquel sublime sentimiento; la otra, el sentimiento mismo, con toda la embriaguez de sus dichas y con todo el horror de sus torturas.

Cada día que pasaba, Villalar sentía que su naciente amor había echado una nueva raíz, agravándose más y más su sufrimiento, sin atreverse a buscarle el necesario remedio, embargado por el temor de verse repelido.

Un sentimiento de exquisita delicadeza obligábalo, con no poco esfuerzo, a refrenar las manifestaciones de su pasión en el hospital, solamente reveladas por el ligero temblor que alteraba su voz en sus primeras palabras de cada visita o por la expresión de su mirada, cada vez que la fijaba en la angelical enfermera. En cambio, frecuentaba la casa de ésta, cuidando no faltar en las ocasiones que ella concurría allí a ver a sus padres.

El ojo perspicaz de la señora de Sousa advirtió bien pronto el interés que el joven doctor mostraba por Juanita, interés que debía nacer de una causa asaz poderosa, como que acontecía que aun hablando con otras personas, aquélla absorbía sus miradas. Y la señora

de Sousa saboreaba satisfacción íntima al percibir que su corazón de madre no la había engañado, y que las ilusiones que fraguara iban en camino de realizarse. Sólo una duda la atormentaba: ¿era posible que su hija correspondiera al sentimiento de que Villalar daba bien a las claras señal de hallarse animado? Con el tacto propio de una mujer no vulgar, que era además de eso, madre, trató de inquirir en el corazón de la hija, y no creyó encontrar otra cosa que simpatía hacia el joven, en la que debía entrar por mucho el parecido de éste con Jorge Olivo, del cual madre e hija hablaron ya sin rebozo. Al entender de aquélla, eso era bastante, y andando, andando, no era difícil que se llegara a la eclosión de otro sentimiento más profundo.

Llegaron las fiestas del Carnaval, y a Villalar llovíanle invitaciones para asistir hoy a una tertulia, mañana a un concierto, al día siguiente a un baile o a una reunión humorística; mas no obstante que eran reforzadas por las vivas instancias de algunos jóvenes, flor y nata de la sociedad urbeleña, que habían procurado captarse la amistad del joven facultativo, a ninguna se prestó a concurrir. Si en ellas no había de encontrar a la que había venido a ser hechizo de su vida y perpetuo devaneo de su imaginación ¿qué iba a buscar a esas fiestas?

Su humor fue poniéndose taciturno. Retraído de todo trato que no se relacionara con Juanita Sousa, llegó a parecer huraño a las gentes de su comercio. Día a día iba sintiendo la apremiadora necesidad de poner término a la ansiedad en que vivía, y en el naufragio de sus esperanzas, cien veces recurrió a la pluma, para que ella realizara lo que su lengua no tenía valor de intentar, y cien veces rompió el papel, a la hora de decidir la forma en que lo haría llegar a manos de la mujer amada. Condenando la delicadeza verificarlo en el hospital, del que era jefe, no quedaba otro recurso que aprovechar las visitas a la casa paterna. Mas aquí surgía un problema aterrador; si la joven no estaba dispuesta a corresponder a sus sentimientos, ¿en qué insondable

abismo iba a hundirse su existencia! En la inverosímil hipótesis de resultado semejante, Juanita abandonaría el hospital para no estar en contacto con un ser que amenazaba a su reposo, quedando así privado de la dicha de verla, con la que, a falta de otra más completa, acaso lograría conformarse y no tomar horror a la vida; y quién sabe si a fuerza de paciente constancia llegaría a la apetecida conquista!

Era, pues, preciso esperar, y hacer modo de ir paulatinamente insinuándose en el corazón de Juanita. Nada revelaba que ésta hubiera hasta allí advertido la inclinación profunda que había despertado en Pablo de Villalar; mas examinado el caso especulativamente, no era dable imaginarse hubiera escapado a su perspicacia o a ese sentido misterioso que se desarrolla en la mujer objeto de amoroso culto. Podrá ella no corresponder al amor que ha inspirado, pero no ocultársele que lo ha inspirado. Diríase que el amor, a semejanza de ciertos fluidos que desarrollados en un cuerpo hacen sensible su presencia por el influjo que ejercen sobre los cuerpos vecinos, tiene el dón de hacerse sentir sobre la persona con quien tiende a ponerse en comunicación. La ciencia aun no ha podido explicar este fenómeno sico-fisiológico; pero no es por ello menos real.

Toda la novedad que se revelaba en la personalidad de la joven, era la agravación de su habitual melancolía por accesos atáxicos. Solía sobrevenir más comunmente a la hora en que retirada en el patio de los naranjos, posada en el banco de piedra de la higuera, volteado sobre su seno el libro abierto que creía estar leyendo, su espíritu se entregaba a divagaciones indefinibles. Puesta la vista en el espacio azul, con esa fijeza indeterminada propia de quien está absorbido por la meditación, sucedía que los ojos se le arrasaran en lágrimas, que corriendo lentas y silenciosas por sus blanquísimas mejillas allí quedaban evaporadas. ¿Lloraría, por ventura, aquella alma purísima su ausencia del cielo o su orfandad en la tierra?

Resuelto Villalar a asegurar el éxito de su amor, no trató ya más que de ir allando las dificultades que pudieran oponérsele, de manera que la felicidad a que aspiraba no se malograra por algún acto de indelicadeza o de falta de tacto. Necesitaba que Juanita supiera que la amaba, antes que sus labios lo declararan: necesitaba estar seguro de que su amor no la sería indiferente, porque tan sólo así érale dado prometerse suerte propicia.

Averiguado por él que la joven oía la misa de los domingos en la iglesia de la Soledad, determinó asistir a ella. El primer domingo, con el ansia de no faltar, fue demasiado temprano. Nadie había aún en el templo. Para hacer hora, dio un rodeo; mas cuando volvió la misa había comenzado, y Juanita, arrodillada muy cerca del presbiterio, pareció a los ojos del enamorado Pablo el arcángel de la piedad. Mientras ella oraba al Ser de los seres, él se arrobaba contemplándola, con tanta mayor libertad, cuanto que no teniéndola de frente, no había peligro de turbarla, ni de llamar la atención de los asistentes. El templo cobijaba en aquellos instantes dos cultos diferentes: el de la religión y el del amor. Los dos iban a Dios: el uno, directamente; el otro, por el intermedio de una criatura, reflejo de la Eterna belleza.

Terminada la misa, Villalar vaciló un momento sobre si esperaría dentro o fuera de la iglesia el paso de la joven, mas sin decidir nada conscientemente, recogió su sombrero, salió y sin detenerse se dirigió a su casa. Ese movimiento no fue tan rápido que Juanita no advirtiera la presencia del doctor en aquel sitio consagrado al culto cristiano. ¿Qué buscaría allí? se preguntó la joven. Los médicos no pecan de creyentes y no había de ser por cierto un sentimiento de piedad religiosa la causa de aquella visita a la iglesia de la Soledad.

Juanita halló pronto la explicación; probablemente el médico era aficionado a bellas artes y habría venido a examinar las esculturas y los cuadros de la iglesia, ya porque le indicaran que había cosas dignas de llamar la atención, ya porque él, por un impulso espontáneo de

curiosidad artística, hubiera determinado ir a registrar dentro de aquellos muros si había algo que mereciera ser visto y admirado. En cuanto a la hora escogida para tal visita, parecía obvio que teniendo ocupadas todas las del día, aquella era la que menos podía distraerle de sus habituales atenciones. No había más.

Al siguiente domingo resolvió Villalar que si llegaba a la iglesia antes que Juanita, esperaría a la puerta.

Llegó, pues, según había imaginado, y púsose de plantón en el atrio. Pasado un breve momento, temiendo inmutarse a la vista de la joven y que pudiera ser observado por otros ojos que los de ella, penetró en el templo, cuya penumbra poníalo al abrigo de miradas importunas. A poco apareció la Sousa, envuelta en un mantón negro que hacía más intensa la blancura de su rostro. Villalar, sofocado por los latidos del corazón, fijó en ella una mirada de inmensa ternura, que la joven sintió penetrarle como efluvio sutil y enervador. Sus nervios se conmovieron, y perdida un instante la conciencia de que iba pisando las baldosas de la iglesia, creyó que se desvanecía. El doctor salió también aquella mañana antes que Juanita, e iba por la acera de la calle con la cabeza llena de zumbidos.

La joven no quería prestar atención a la voz del alma que le gritaba: "Véne aquí por ti", pero esa voz la llevaba vibrante en el cerebro, como lleva el ave la flecha con que acaba de ser herida.

La piedad amorosa del doctor no desmayaba. Su ídolo era ya objeto de culto permanente, pues a más de los encuentros en el hospital y en la iglesia de la Soledad, cuidaba de que sus visitas a la casa de los Sousa coincidieran con las que la hija hacía a sus padres.

Había llegado a comprender que Juanita aceptaba sus rendimientos; salvo que el amor que ciega estuviera engañándolo, haciéndolo tomar en sentido favorable apariencias falaces. Entonces tornó a venirle la idea de recurrir a la pluma para buscar la decisión de su suerte. Pidió consejo a la noche, y afirmado su propósito, fuese a su escritorio, sacó de un portafolio un plieguito de

papel, impregnado de un discreto olor de violetas, y escribió. Leyó luego, rasgó aquel plieguito, sin duda no satisfecho de su contenido, y sacó otro nuevo, y por tres veces consecutivas las hojas siguientes tuvieron la suerte misma de la primera.

Con los codos sobre la mesa y la frente oprimida entre ambas manos, permaneció inmóvil algunos minutos. Hay goce hasta en los tormentos mismos del amor, y Pablo de Villalar pasaba en aquella hora por una de esas crisis en que se encuentra deleite en aquello mismo que hace padecer. Por fin salió de su enajenamiento, sonrió con dulzura, tomó de nuevo la pluma, y escribió, sin parar, un plieguito tras otro. Lo que salió de aquel arranque fueron unos versos rebosantes de sentimiento, de ardor poético y de lirismo delicioso.

Se titulaba *Mi Ideal*, y en ellos, después de hacer el retrato acabado del ángel de sus delirios, pintaba con el colorido más vivo y con femenil delicadeza, la pasión de que estaba poseído; leyó, volvió a sonreír y puso al pie las consabidas * * * del incógnito. Iba ya a doblar el papel, cuando le vino la reflexión de que pudiera Juanita calificar de vergonzante aquel modo de dárselo a conocer; quiso poner su nombre entero, más pensó que denunciarse al público como hacedor de versos, podía redundarle en perjuicio profesional, que el vulgo no concibe cómo el verdadero médico pueda vivir en tratos con la divina Musa, por lo que, entre los dos extremos que deseaba evitar, optó por poner al pie de la composición sus iniciales, signando *P. de V.* *Mi Ideal* fue a dar en derechura a la redacción de *La Guirnalda*, cuyas páginas se engalanaban con ella el domingo inmediato, impresa dentro de un marco de rosas, pensamientos y claveles.

La acostumbrada asistencia a la misa no falló, no falló el encuentro de los dos jóvenes en el templo, ni falló tampoco la recíproca turbación de ambos.

Quando Villalar fue a la visita del hospital, Juanita acudió llevando enrollado en una mano el periódico literario, justamente por la página en que estaba la

poesía. Al advertirlo el médico, sintió como si una ola de dicha lo hubiera soliviantado. Eran manifiestos los signos de que su amor había hallado benévola acogida. Precisaba, pues, terminar y recoger el fruto bendecido, con tanto afán y con zozobra tanta codiciado.

A la noche volvió a sentarse al escritorio; salió de nuevo del portafolio el papelito perfumado, y escribió esta vez con firmeza. Dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo, y sin hacer cuenta de que no era posible que saliera Juanita del hospital a aquella hora, se encaminó a la morada de los Sousa, soñando que allí la encontraría, y no comprendió su alucinación, sino cuando hubo franqueado el umbral de aquella casa, en donde el médico era recibido ya como visita de confianza.

Pasaron dos días durante los cuales más de una tentación había venido a Villalar de depositar su esquila en manos de Juanita, reteniéndolo siempre el temor de incurrir en una inconveniencia. Lo cierto es que su satisfacción era plena, pues el menos sagaz habría advertido que el corazón de la joven no era indiferente a la pasión que había inspirado, y cuando las miradas de ambos se cruzaban, tan profunda ternura vertían, que el encuentro de ellas era como la comunicación y compenetración de dos almas hechas la una para la otra. Entonces el pecho de Villalar levantábase henchido de ventura, y experimentaba sentimiento semejante al del náufrago que, pasados los horrores del siniestro y la especulación de una muerte segura, escucha en la vecina playa el canto de los marinos, el chapoteo de los remos que empujan las barcas entrajadas y aun el timbre de voces amigas, en tanto que los enhiestos mástiles, las empinadas torres y los empavesados semáforos del puerto, animados de una alegría antes no advertida, parecen avanzar con los brazos abiertos para darle la bienvenida.

Suele el acaso resolver lo que el afán y la previsión en vano intentaron, y el acaso vino en ayuda del enamorado doctor. Rumiando el goce que de su unión con Juanita se prometía, una noche fue turbado en sus deli-

quios por un llamado a la casa del señor Sousa, que reclamaba sus cuidados profesionales. Acudió presuroso y encontró a don Alonso recogido en su lecho, junto al cual se encontraban esposa e hija. Con la solicitud de quien obra bajo los impulsos del afecto, reconoció al enfermo, que se quejaba de insoportables dolores en el hipocondrio derecho. Creíase atacado de un cólico hepático; mas el facultativo, después de minucioso examen, declaró que era una simple neuralgia del hígado, que en breve iba a ceder. Recetó, vino el medicamento y cinco minutos después de ingurgitada la primera dosis, entró en calma el paciente, recobrando el libre ejercicio de sus órganos.

Crejó Villalar conveniente ministrar una segunda dosis; tomó por su mano el frasco que contenía la medicina, Juanita acudió presurosa con la cuchara en que debía ser aquella vertida; mas fue tal el temblor que se apoderó de la diestra del médico, que el líquido se derramaba fuera del recipiente. Entonces Juanita intentó asir el frasco, y al ejecutarlo, la mano del doctor quedó bajo la de ella. A la suavísima presión de aquella mano tibia y aterciopelada, sintió como si una corriente bienhechora fluyera por todo su cuerpo; fijó en la joven una mirada de inmenso amor, idéntica expresión brilló en los ojos de ella, y ambos quedaron un instante en suspenso, unidas las almas en una caricia de celestial arrobamiento. Esta emoción fue tan rápida, que a duras penas pudo percibir algo de ella el ojo avizor de la señora de Sousa.

Como después de tomada la segunda dosis del medicamento el enfermo se quedara dormido, la señora invitó al doctor a pasar al salón, donde instalados en unión de Juanita, hablaron del accidente sobrevenido en la salud de don Alonso, que Villalar calificó de ligero, como lo demostraba la facilidad con que había sido combatido.

Creyendo la señora oír la voz de su marido, pidió permiso al doctor para ir a cerciorarse en persona.

“Esta vez o nunca”, pensó Villalar al quedarse a solas con Juanita, y sin más vacilar, completamente olvidado de la esquila que llevaba preparada en el bolsillo, díjola con acento ahogado y tembloroso:

—Juanita, pido a usted mil perdones; pero me es imposible vivir callado por más tiempo, y sólo en este lugar podría explicarme con usted. ¿Me oirá usted sin enojo?

La joven con voz no menos trémula, le contestó:

—¿Enojarme? ¿Y por qué? Debemos a usted tantas bondades. . .

—Nada he hecho; pero mucho que fuera —continuó el doctor, animándose— estaría sobremanera compensado con la dicha que me ha procurado el trato de. . . ustedes. Yo no tengo derecho alguno a pedir nada; cuanto aquí se me otorgue, cuanto usted me conceda, será favor, gracia y ventura para mí. . . Cuando se está como estoy yo, la razón no sirve para nada, y todo se interpreta en el sentido de lo que se apetece. . . Tal vez por eso haya yo creído que no es para usted un secreto la situación de ánimo que guardo. . . Los sentimientos que usted ha hecho germinar en mi alma, despertada del sueño en que tranquila reposaba, al bendecido. . . sí, bendecido, cualquiera que sea el resultado, al bendecido y bienhechor influjo de usted.

Hizo una pausa, fijó una mirada intensa, profunda, llena de ansiedad en los ojos de Juanita, que los bajó turbados, y prosiguió:

—Mucho tiempo he luchado. . . Primero no sabía lo que pasaba en mí. . . no atinaba con la causa del trastorno que en todo mi ser resentía. . . Sabía sólo una cosa: que la imagen de usted ya en la vigilia, ya en el sueño, flotaba ante mis ojos, la llevaba impresa, como la estoy llevando en mi alma. . . Nunca había amado, y cuando comprendí la naturaleza de la pasión que en mi pecho ardía y quién la había encendido, gocé y desesperé, y quise sofocarla, pero en vano, que en ella se ha concentrado mi vida toda. . . Y ya no puedo más, y es ella la que me sofoca y se desborda fuera de mí, y

me da valor para declarársela y echarla a los pies de usted, y para esperar de sus labios mi sentencia de vida o muerte, de ventura o de desesperación. . .

Juanita, que había escuchado con la cabeza inclinada y la mirada baja, aquella explosión del amor de Villalar, alzó la frente. Sus ojos estaban inundados de lágrimas; pero su boca sonreía con expresión tal de ternura y de dicha, que traduciéndola el doctor en el único sentido traducible, se apoderó de una mano de la joven, y comprimiéndola apasionadamente, como si se viera libre de un peso abrumador, prorrumpió, más bien que dijo:

—¡Gracias! . . . ¡infinitas gracias! . . . Ahora ya puedo vivir.

Juanita, recobrada de aquel instantáneo abandono, volvió a ser mujer. Retiró la mano que aprisionaba la de su enamorado, e iba a intentar una salida que aun pusiera en duda su tácita correspondencia, mas Villalar le salió al paso:

—Comprendo ahora, Juanita, que la dicha suprema puede matar. Tanta es la que proporciona, que no me cabe en el alma, que ella es bastante a llenar, no la limitada capacidad de un ser, sino el universo mismo. Los cielos se abren para mí. Creo en un Dios bueno: usted me lo revela y me lleva hacia él. Bendita sea usted, encantadora Juanita.

Detenida en su camino, anonadada por aquella expansión de amor sublime, sólo acertó a murmurar:

—Pero yo no me pertenezco. . .

Estas palabras produjeron efecto singular en el doctor que, demudado, se quedó mirando a la joven con ojos azorados. Había venido a su memoria la historia de Jorge Olivo, a la que creyó iba aquella a referirse. Juanita, asustada de la impresión que acababa de producir en el ánimo de su amado, prosiguió inmediatamente:

—Quiero decir que no puedo, que yo no debo aceptar nada ni comprometerme a nada, sin contar con la

buena voluntad de mis padres, a quienes deseo no causar la menor contrariedad.

—¡Ah! Por lo que es eso, nada más debido. Yo me explicaré con ellos. Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?... No sea usted arrebatado, Villalar; ahora mismo es imposible, y más que imposible... inconveniente.

El doctor, engreído de verse por la primera vez familiarmente tratado por el ángel de sus delirios, respondió:

—Aturdido, debía usted decir. Pues todo es obra de usted, Juanita. Convenido que hoy toda explicación es inconveniente; pero mañana...

En aquel momento volvía a entrar en el salón la señora de Sousa.

—Sigue dormitando, doctor —dijo, viniendo a recobrar su asiento—. La medicina de usted parece obra de encantamiento.

—Es que la indisposición no ha tenido importancia. Un simple capricho de los nervios.

Villalar prolongó su visita hasta la media noche y, al despedirse, dijo con énfasis, devorando a Juanita con los ojos:

—Hasta mañana...

—Hasta mañana, doctor —repitieron madre e hija, acompañando ésta sus palabras de una sonrisa de inteligencia.

En efecto, el mundo parecía angosto al corazón del joven médico, que dilatado dentro del pecho ansiaba expandirse en los espacios sin límites, ebrio de la felicidad de que se sentía poseído. La luna, que caminaba a su segundo cuadrante, difundía una claridad argentada, comunicando a los objetos esa vaguedad de formas que idealizándolos, saca la fantasía del mundo visible, para llevarla a la región donde imperan el ensueño y las imágenes sin cuerpo. Aquel espectáculo, que el silencio de la avanzada noche hace más solemne, adecuábase por extremo a los reclamos del espíritu de Villalar, que se abandonó por completo a las fruiciones del hondo

bienestar que engendra el deseo satisfecho. Vagó mucho tiempo por las calles y plazas de Urbela, y los gallos menudeaban ya, cuando recobró su habitación para entregarse al sueño. El venturoso joven cayó en su lecho como hipnotizado, lo cual no impidió que a las cinco de la mañana estuviera en pie, ágil y contento como un pájaro, cual si hubiera dado al reposo las horas acostumbradas.

Ver a los padres de Juanita fue su primer pensamiento. Lástima que no pudiera acudir inmediatamente; pero pasada la visita del hospital, allá se iría zumbando, sin necesidad de escoger hora de etiqueta, que para eso contaba con el pretexto de la enfermedad de don Alonso.

En el hospital informóle la administradora que la señorita Juana había sido llamada la noche anterior a la casa paterna, por enfermedad, al parecer grave, del señor Sousa, a donde la había acompañado. Lupita se creía obligada a imponer de ello al director, no sólo por ser el jefe del departamento, sino porque, conociéndolo perdidamente enamorado de Juanita, no podía menos de interesarle la noticia. Villalar le contestó que ya lo sabía, por haber asistido a don Alonso, cuya enfermedad carecía de importancia, y que podía dársele por completamente bueno. En esta breve plática pudo advertir la administradora el singular regocijo que radiaba en la fisonomía del médico.

Del hospital fué en derecha a la casa de los Sousa, recibéndole la señora.

—Su enfermo, muy bien, doctor —dijole— en estos momentos anda por el jardín con Juanita.

—Mucho lo celebro, y tanto más cuanto que la última circunstancia me servirá para poder tratar con ustedes del asunto más grave de mi vida.

—¡Tanta distinción! Le agradezco esa prueba de confianza.

Entretanto se dirigían a la sala, y una vez posesionados de sus asientos, dándose codo con codo, sin aguardar a que se le invitara a explicarse. Villalar habló así:

—Si yo conociera menos la perspicacia femenina, pensaría que iba a sorprenderle lo que deseo comunicar a usted; pero sospecho que en ello no hallará usted más novedad que el hecho mismo de la confidencia. —Tomó aliento, y continuó—. Amo a la adorada hija de usted con el ardor y apasionamiento de que corazón de hombre es capaz. Desde que la conocí, fue para mí la revelación plena de un lado de la existencia humana, el más precioso, sin duda, que hasta allí no conocía, o mejor dicho, no había sentido. La delicada situación en que me hallara colocado respecto de ella, en el lugar por ella escogido para consagrarse a una vida de sublime filantropía; la circunstancia de que mi corazón despertaba al sentimiento del amor, y aun alguna otra consideración, me impusieron reserva, y se entabló en mí una lucha sorda, cruel, martirizante, entre las timideces de la razón y los ímpetus del sentimiento. Y de cada esfuerzo que la primera hacía para cohibir y acallar los arranques y exigencias del segundo, salía más vencida. Persuadida de que érale imposible resistir más, dejó triunfante al sentimiento, y desde allí ya no hubo para mí otra aspiración que la de hacer adivinar a su hechicera Juanita la infinita pasión que me había inspirado, ni otro empeño que el de procurar hacérmelo acepto, como que en ello cifraba yo la posibilidad de vivir. Adivinó ella, y creí no serle antipático; mas no bastaba eso; faltaba que me fuera dado abrirle mi corazón de par en par, sin lastimar en un ápice los dictados de la conveniencia, y eso ya no dependía de mi voluntad, era asunto de ocasión. Cuando más se exacerbaban mis sufrimientos, se presentó esa ocasión, y anoche tuve la dicha de explicarme con ella. No me rechaza; no me dijo que me amaba, pero no necesitaba decírmelo, porque yo vi mi ventura reflejada en la expresión de su semblante. Sí: me ama su adorada Juanita, mas sobre todas las cosas ama a ustedes con reverencia, y me declaró que nunca se comprometería sin que ustedes prestaran su pleno consentimiento. Pedíla permiso para tratar hoy mismo del caso, y autorizóme a hacerlo, y

comienzo por usted de hecho pensado, porque siempre se siente uno menos embarazado al confiar a una mujer, y a una mujer que es madre, un negocio de la especie del que a mí me preocupa tan hondamente, que a nuestro igual que, con ser padre, no por eso deja de ser hombre. Además, entra por mucho el interés egoísta en hacer de usted la primera en el conocimiento de mis pretensiones. O soy un bolonio rematado, ya que no un fatuo, o creo haber ganado alguna simpatía de parte de usted y presumiendo que no llevaría usted a mal tenerme por hijo, quiero sea usted quien me patrocine ante el señor don Alonso, y prepare el buen éxito de mi causa. ¿Qué dice usted señora? ¿Estaré equivocado?

La señora de Sousa, sin poder disimular el agrado con que recibía aquella declaración, contestó:

—Que yo estimo a usted, doctor, es cosa bien clara, que no tengo por qué ocultar. Por mi parte, acojo con satisfacción sincera la pretensión de usted, y prepararé a Alonso para que se explique con él; mas bueno es que usted sepa que nuestra Juanita es mayor de edad, y dueña, por consiguiente, de su suerte. Lo que ella quiera, llevará nuestra sanción, que en cuanto a mí, tratándose de la elección que de usted ha hecho, es incondicional.

—¡Cuánto bien me hace usted, señora! Ser feliz, ya es mucho; mas sentirse feliz y lisonjeado, es fortuna excepcional. —Y advirtiéndole que don Alonso y Juanita entraban en la sala, agregó rápidamente, poniéndose de pie:— Y ¿cuándo cree usted que deba yo hablarle?

—Eso queda a elección de usted.

—Pues esta misma noche.

—Ya ve usted qué campante, doctor —dijo don Alonso, saludando a Villalar que había ido a su encuentro—. Tan bueno, que ahora me ocupaba en jardinear, bajo la dirección de su enfermera, que ha hecho grandes progresos en el arte.

—Si yo no entiendo nada —murmuró Juanita, cuyos pómulos se sonrosaron ligeramente a la aproximación del joven médico.

Sentáronse todos y entraron en amena plática, durante la cual Pablo no dejó de contemplar a Juanita, la que, en cambio de aquella adoración, enviábale frecuentes miradas de dulzura inefable, acompañadas de sonrisas hechiceras.

Al despedirse el médico, la señora de Sousa indicó a su marido que tenía que tratar con él de un asunto grave, echando sobre su bella hija una mirada sonriente, cuya intención estaba por demás, pues la joven comprendía perfectamente cuál era ese grave negocio. Para dejarlos en completa libertad, escabullóse del salón. La señora, tomando de la mano a su marido, lo llevó a un confidente y arrellanándose en él, díjole a media voz:

—La cosa es hecha. ¿Te atreverías a dudar?

—¿Qué cosa? —preguntó sorprendido don Alonso.

—¡Hombre! ¿Esas tenemos? No te hagas el zote...

—Pues no caigo...

—Pues, mis sospechas. ¿No te lo había dicho? Pablo... el doctor, está apasionado de Juanita...

—Ya lo sospechaba yo también. ¿Y qué? ¿Ha hablado? ¿Qué dice Juanita?...

—Allá voy, hombre: espérate; óyeme. Ella también lo ama. Anoche se explicaron aquí; hoy vino, en primer lugar, por verte; es decir, fue ese el pretexto; en realidad, por revelarme sus relaciones amorosas con Juanita, por pedirnos su mano. Yo le dije que ella es mayor de edad, que ni tú ni yo podíamos contrariarla, y le agregué con toda franqueza, que siendo él su elegido, yo aprobaba con gusto, y que en cuanto a ti, que tú dirías. No ha querido abordarte desde luego; me ha suplicado le sirva de medianera, y esta noche vendrá a verte.

—Y tú ¿qué piensas?

—Pero si ya te lo dije; si ya él lo sabe...

Don Alonso exhaló un suspiro, guardó breve silencio, y murmuró:

—¡Pobre hija mía! Con tal que pueda ser feliz...

—¿Y por qué no lo sería? Pablo... el doctor es un caballero.

—Sí que lo es; nada temo de él: es que nuestra hija parece predestinada a la desgracia...

—¡Qué cosas tienes, Alonso! ¿Lo dices por la fatalidad del pobre Olivo? Pero ¿quién no tiene contratiempo en su primer amor?

—Tienes razón. Es que la quiero tanto... Y bien, la casaremos, sea.

—¡Y ya verás qué dichosa va a ser! Ya volveremos a verla alegre y placentera, como en aquellos venturosos días.

—Dios lo haga, hija. ¿Dices que Villalar me verá esta noche?

—Sí, esta misma noche.

—Bueno. Ahora sí creo que es llegada la hora de que lo impongamos de la enfermedad de Juanita.

—Y ¿con qué objeto?

—¡Y me lo preguntas!... Pues no va a ser su marido?...

—Pero ¿no ves que tendremos que ir a parar en la historia de Jorge? ¿Y si eso le mortifica? Ustedes los hombres tienen sus rarezas. Para ustedes no basta que la mujer amada esté fuera del alcance de toda sospecha, sino que exigen que su corazón no haya sentido inclinación por ningún otro hombre. El amor en ustedes es la soberbia del egoísmo, y se figuran que una joven ya no es pura, por haber jugado con otro al primer amorcillo. ¡Bobos que son! Como si una pasión tal cual esa pudiera encenderse en el pecho de una adolescente, que acababa de soltar las muñecas, como en el de la mujer cumplida: como si un leño verde ardiera lo mismo que uno seco... ¡Vaya que son ustedes!... En cuanto a la enfermedad de Juanita, téngola ya por curada; si algo queda de ella, la dicha que va a disfrutar hará el resto. El doctor Nolasco preveía este desenlace, y además, Villalar es un médico de cuenta. Mira, Alonso, y si Villalar, al saber esas historias se resfriara, y nuestra hija llegara a advertirlo, como no podría menos

que suceder, porque la calidad del amor que se inspira no se oculta a ninguna mujer ¿cuál sería el resultado? Ella ama a Pablo y comprende ser amada locamente por él; echa a esa hoguera el hielo del desencanto... y ¿qué sucedería? Ponte en el caso. Nuestra hija no resistiría a tamaño golpe.

—Hallo que tienes razón. Arreglaremos, pues, este asunto, o mejor dicho, lo aceptaremos tal como se presenta, y que las cosas se vayan desenlazando por su camino.

A la noche no faltó Villalar. Conferenció con don Alonso, primero a solas y luego con la concurrencia de la señora, y se convino que, consultada la voluntad de Juanita, se fijaría definitivamente la época del matrimonio, que el doctor ansiaba porque se difiriera lo menos posible; y como las conveniencias y el buen parecer exigían que la joven no continuara en el hospital, se previno al amante que no volvería a él sino para hacer su despedida, caso de que ella deseara llenar esa formalidad.

Consultada Juanita por sus padres, después que ellos le expusieron, no sin calurosos encomios del mérito de Pablo de Villalar, la buena voluntad con que habían acogido su solicitud, les declaró que el joven médico habíala interesado y despertado de nuevo su corazón al sentimiento del amor. Que en un principio no creyó que fuera precisamente amor lo que por él sentía; pero que si en un principio no lo era, la delicada asiduidad de Villalar, el sincero apasionamiento con que la trataba, llegó a hacer, acaso de una simple inclinación afectuosa, un amor verdadero; que creía hallaría la felicidad al lado de él; mas que no había premura en formalizar su unión, y que comprendiendo no ser conveniente continuara en el hospital, estaba dispuesta a ir a despedirse de Lupita y de sus enfermos al siguiente día.

Volvió el doctor a la noche, y, aprovechando los ya prometidos novios los estudiados movimientos que el señor y la señora Sousa hacían para dejarlos en libertad

de hablarse, entablaron un cuchicheo en que las palabras vibraban más en el alma que en el oído.

Urgía el médico por que el matrimonio no se aplazara, y ella, aun cuando abundaba en idéntico deseo, pagando tributo a las pudibundeces de su sexo, quería que se difiriera, arguyéndole con que para ser tan dichosa como se sentía, no había necesidad de precipitar nada. Villalar insistía en no aceptar un plazo mayor de medio mes, y ella reclamaba dos; por último, haciendo Juanita aparentes concesiones, convinieron en que dentro de un mes se verificara la formalidad de la unión, porque en cuanto a la verdadera, sus almas fundidas en una, no necesitaban unirse más.

Fue Juanita al otro día, acompañada de sus padres, al hospital, y allí confió a la administradora el cambio que iba a experimentar su existencia.

—Me duele —díjola Lupita— la separación de usted. De ella sólo podrá consolarme la felicidad de que va usted a disfrutar, porque el corazón me dice que ha de ser usted completamente feliz. Y no me sorprende —agregó— un desenlace que ya estaba yo esperando. Yo descubrí la primera que el doctor se había apasionado perdidamente de usted, y aunque usted merece muchísimo, siendo un joven de tanta distinción, y tan apuesto, y tan delicado como entendido, natural era que acabara por conquistar el cariño de usted.

—¡Oh! sí. Siento que le amo con toda mi alma, y que voy a encontrar al lado suyo la dicha que yo me consideraba ya sin derecho a esperar en la tierra. Ahora —agregó— hay que alentar a esa desventurada para que no le cause daño mi separación. Pablo me dice que no tiene remedio y que no le queda mucho tiempo de vida. Le he pedido llevarla a mi lado luego que nos casemos, para que pueda yo seguirla curando y muera cerca de mí, y Pablo, que es tan bueno, ha accedido sin ningún esfuerzo. Entretanto, la recomiendo con empeño a las caritativas atenciones de usted. Vamos a verla.

Apenas la Chicha atisbó a "su ángel", fue a su encuentro tan aprisa como su vacilante andar se lo permitiera, y un vago reflejo de alegría se pintó en su rostro, que falto de músculos y de sangre, ya no podía expresar emoción alguna. Juanita la recibió en sus brazos, le anunció que iba a dejarla únicamente por algunos días y que pronto vendría para llevársela consigo y no separarse más de ella. La Chicha se echó a llorar y no sin algún esfuerzo logró Juanita separarse de su lado.

Pintar el idilio de la casa de los Sousa durante el período de hiperestesia amorosa en que se encendieron los dos amantes, fuera empresa vana por irrealizable. El amor no se pinta ni se traduce. Puede el arte más afortunado interpretar alguno de sus momentos, mas no trasladarlo íntegro al papel, al lienzo o al mármol. Sus celestiales arrobamientos y sus anonadoras embriagueces, sólo se revelan al sentido íntimo. Echemos, pues, el velo de Isis a los coloquios de Pablo y de Juanita y que los iniciados comprendan.

Villalar, poseído de actividad febril, preparaba todo, sin perdonar el detalle más minucioso, para su matrimonio que habría de efectuarse el 25 de abril. Un cheque de cinco mil pesos enviados al amigo, el secretario del Ministro, fue destinado a los regalos de boda, y ocho días antes de la fecha señalada para ella, todo se encontraba listo.

Antes de que transcurrieran veinticuatro horas de la despedida de Juanita al hospital, no había en Urbela quien no hablara del suceso y de las cercanas bodas, que sólo hallaron reprobación en el círculo de la juventud femenina.

—¡Miren la hipocritona! —decía una— pues no nos había hecho creer que su aparente abnegación era homenaje rendido a la memoria de su desgraciado novio!

—¡Tonta! —decía otra—. Eso era mientras se hallaba sucesor.

Por este tono se informaban todos los juicios acerca de Juanita Sousa, y cuando más si hubo una dama

piadosa que quisiera atenuar el enorme pecado de la joven, murmurando entre sonrisa y sonrisa:

—La verdad es que el sucesor es el retrato vivo de aquel pobre Jorge.

X

LA ÚLTIMA TARDE

En su desamparo, la briaga era llevada tarde con tarde, por un movimiento instintivo, al patio de los naranjos, lleno para ella con el recuerdo de "su ángel". Una de tantas acertó a ver en uno de los ángulos a una mujer que con la cara vuelta hacia el muro se echaba al colete el contenido de una especie de bolsa larga y estrecha: no de un solo sorbo, sino a tragos regulares y medios, indicando el chasquido peculiar que producía con la lengua, después de cada deglución, el deleite que experimentaba en aquel saboreo.

Ora que sintiera los callados pasos de la Chicha, ora que por precaución, temerosa acaso de ser sorprendida en su faena, volviera con frecuencia el rostro al fondo del patio para saber si era observada, ello fue que ver a aquella mujer y apurar de una sola embestida lo que la bolsa contenía, fue obra de un abrir y cerrar de ojos. Dilatáronse los de la Chicha, y más aprisa de lo que acudiera al encuentro de Juanita el día de la despedida, se dirigió hacia la escondida libadora, que no era otra que una soldadera convaleciente de vergonzosa dolencia.

—Si no me das, te denuncio —dijo a la cuartelera cuando ya estuvo junto a ella, con acento como de porcelana grietada.

—Si ya no hay nada. . . —Y para apoyar su aserto, tendió al aire verticalmente la bolsa, que no era otra cosa que un pedazo de intestino de res, del que no fluyó ni una gota, indicando el fuerte y repulsivo olor que despedía, que había estado lleno del aguardiente más vil.

—Pues te voy a acusar.

—¡No por Dios! Si me hubieras pedido a tiempo. . . Mira, cállate y mañana a esta hora tendrás una igual a ésta.

—Sólo así; pero si me engañas. . .

Otra soldadera solía visitar a la enferma y era quien la proveía de aguardiente, introducido de contrabando al hospital. Asegurada la tripa a la pretina, debajo de las sayas, metíala así, burlando toda vigilancia, para el mayor solaz y contentamiento de la amiga que, privada de los demás goces del desenfreno a que las gentes de su clase viven habituadas, se consolaba con aquella grosera libación.

Al siguiente día hizo la provedora dos visitas al hospital, y a las cinco de la tarde, la soldadera seguida de la Chicha, se acogía al propio rincón que el día anterior y, alzándose las faldas, sacaba dos gruesas tripas, de las que dio una a aquélla. La vida volvió a relampaguear en los ojos de la briaga, sus temblorosos dedos deslizaron, no sin alguna dificultad, uno de los extremos del envase, el cual se empinó con avidez, sorbiendo del líquido toda la cantidad que podía caberle en la boca. Retuvo el buche un instante; tragó; se saboseó; se lamió los labios, y contempló luego la singular vasija con fruición bestial.

Deseosa de paladear la embriagadora bebida sin que nadie la encontrara, escondiéndose entre el muro y un naranjo; sentóse al pie de éste, y recostada en el tronco, siguió tragando a poquitos. Un cuarto de hora duraría su deleite, y cuando hubo exprimido la última gota de la tripa, quiso levantarse; afirmó el pie derecho en el suelo, hizo el esfuerzo de pararse, pero el cuerpo le pesaba tan enormemente que no pudo suspenderse, antes resbalando el pie, cayó de costado. Intentó recobrar su anterior posición, más ahora le pesaba la cabeza como un mundo, y ya no acertó a moverse. Sobrevino el sopor alcohólico, y comenzó a roncar con el ruido propio de un caldero en ebullición.

Entrada la noche, la Chicha no parecía. Inquieta por su desaparición, la administradora púsose a buscar con afán, y ayudada de las enfermeras, alumbraron por todos los escondrijos. Por fin, al cabo de largo escudriñar, dieron con la briaga, que yacía como muerta, habiendo cesado hasta el estertor de su respiración. Levantáronla en vilo, para lo que no tuvieron que hacer esfuerzo mayor, que apenas si quedaba humanidad en aquel cuerpo, y se la llevaron a su habitación. Vino un practicante y declaró que nada era posible intentar sobre aquella materia inerte, y que debía esperarse a que saliera de su sopor para ver qué se hacía, con lo que ya habría tiempo para que el director determinara.

La enfermera puesta al cuidado de la ebria fue muy temprano a despertar a Lupita para anunciarla que aquélla estaba muy mala. Una fetidez cadavérica ahogaba al penetrar en el cuarto de la Chicha, que imposibilitada de ponerse en pie, había convertido su lecho en recipiente de sus necesidades menores y mayores. Aquello era inmundado. Se procedió a instalarla a costa de mil trabajos, de modo de hacer lo menos repugnante posible su lamentable estado, y hecho, se apresuró la administradora a ir a participar a Juanita lo que ocurría, pues quería aparecer a sus ojos sin la menor culpa de aquel accidente. Juanita no vaciló e informando a la mamá del motivo de su temprana salida, fuese al hospital acompañada de Lupita. Allí la encontró Villalar a la cabecera de la enferma, a la que declaró atacada de una enteritis aguda, a la que no resistiría. No obstante, correspondiendo a las instancias de su novia, que llena de aflicción le rogaba viera si era posible salvar a la desventurada Chicha, asegurándola que todo esfuerzo se estrellaría en aquella naturaleza completamente agotada, prescribió una poción, tan sin efecto, que después de habérsela ingurgitado con harta dificultad, la depuso en seguida. Quejándose con lastimeros ayes, llevándose las manos al vientre, como si algo la abrasase allí, y cada vez que fijaba sus extraviados ojos en Juanita, le rodaban dos lágrimas por la aperga-

minada tez. El doctor intentaba a cada momento nuevos recursos; pero en vano. Todo lo más del día lo pasó atendiendo, al parecer, a la Chicha; en realidad, absorbido en la contemplación de su cada vez más adorada Juanita, pues en cuanto a aquélla, sabía que pronto la muerte iba a extinguir la escasa vitalidad que la quedaba.

A las cuatro de la tarde se anunció a Villalar que el gobernador en persona deseaba hablar con él. Acudió sin demora y, sin que el personaje le diera más tiempo que el necesario para cambiarse un apretón de mano, le dijo:

—Se le ha buscado, doctor, por todas partes, inútilmente. Acabo de saber que está usted aquí, y he volado a verle. Mi mujer está malísima. Necesito de los servicios de usted ahora mismo.

—A las órdenes de usted, al instante. Permítame usted sólo ir a recoger mi sombrero.

—La esposa del gobernador está mala —dijo a Juanita— voy al punto a verla. Te suplico que te apartes de este espectáculo horripilante, pues tu sacrificio es enteramente inútil.

—¡Cómo he de dejarla así, a la hora de su agonía! . . .

—Tendrás tiempo, vida mía, de verla aún mañana. Todavía le quedan horas de vida.

—Te digo, Pablo, que no. ¡La infeliz! Ve a atender a esa señora, que aquí me encontrarás.

Villalar salió impaciente, llamó a un practicante, a quien dio el encargo de ir a decir a la señora de Sousa que viniera a llevarse a Juanita, y montando en la carretela del gobernador, partió en su compañía.

Fue instruido en el tránsito de que se trataba de una primípara, que llevaba ya algunas horas de labor.

Toda la noche la pasó Villalar en fatiga, sin poder apartarse del lado de la parturienta. A la madrugada logró calmarla, retirándose a su casa, acabado de cansancio; diciendo al esposo que nada serio había que temer, que era asunto de mera espectación, y que si

algo ocurría, que se le llamara al punto. Eran las cinco de la mañana.

Llegado a su casa, escribió dos esquelas: una a Juanita (sospechando que la madre no habría logrado arrancarla del lado de la agonizante briaga), en la que le anunciaba a qué hora se había retirado de casa del gobernador, y prometiéndole con apasionada ternera, que acudiría a verla tan pronto estuviera libre, a la que puso doble cubierta: la interior sobrecartada a su novia, y a la exterior a la administradora; la otra esquela fue dirigida al doctor Beleña, rogándole atendiera aquella mañana a sus enfermas, explicándole la causa que le impediría practicar su visita matutina. Llamó al criado, entrególe las dos esquelas y le ordenó fuese a llevarlas antes de las siete. El sueño lo abrumaba y apenas le dio tiempo para desvestirse.

La voz del criado que le llamaba, le despertó:

—Señor —le dijo— el señor gobernador ha venido con ésta dos veces, y me ha exigido despierte a usted.

—Allá voy, contestó. —Consultó el reloj: eran las nueve escasas.

Vistióse rápidamente y salió. El gobernador estaba allí, paseándose en el vestíbulo, con marcadas señales de impaciencia.

—Perdone usted, doctor, pero no puedo ver sufrir a mi pobre Elena, y hace una hora ha vuelto a ponerse mala. Ruégole venga conmigo.

—Estoy a las órdenes de usted. Mas tranquilícese; esto acontece generalmente a todas las primerizas.

Para otro que no hubiera sido profundo conocedor del arte, el estado de la gobernadora habría sido alarmante; para Villalar, no. Las dificultades provenían principalmente de una educación demasiado mimada y de una constitución debilitada por la anemia, esa gran castigadora de los goces de la pereza.

La primípara se moría de miedo más que de otra cosa.

Como el doctor lo sospechara, Juanita no había consentido en apartarse del lado de la Chicha, a pesar

de las vivas instancias de la madre por llevársela consigo. Creíase obligada a pagar el último tributo de correspondencia a la singular adhesión que despertara en aquel ser extraño, trastornado por el vicio, a cuya agonía estaba asistiendo con pena, considerándose hasta cierto punto culpable de ver anticipada. "Si mi matrimonio se hubiera adelantado por cinco o seis días siquiera, decíase, no habría habido ocasión para este accidente".

La mayor parte de la noche pasola cerca de la moribunda y, después de breves horas de descanso, muy de mañana todavía, tornó a recobrar aquel puesto. Allí estaba acompañada de Lupita cuando el conserje del hospital entró a poner en mano de ésta, en nombre del director, la esquila que habíale sobrecartado. Rasgó la cubierto con cierta inquietud, y sólo halló dentro la rotulada "A la señorita Juana Sousa." que, entre intranquila y sonriente, pasó a las de la joven. Leyóla y comunicó su contenido a Lupita.

La agonía de la Chicha se marcaba por momentos. Vino el doctor Beleña y declaró que antes que expirara el día la enferma dejaría de existir. La administradora se empeñó desde aquel instante en apartar de allí a Juanita, que resistió, hasta que por fin, a las cuatro de la tarde, cediendo al cansancio ocasionado por la tensión nerviosa en que se había mantenido, hubo de plegarse a las exigencias de la benévola Lupita, segura de que si su Pablo llegaba, no tenía necesidad de recomendar se la diera inmediato aviso.

Al retirarse a su alcoba como sintiera irritación sofocante, determinó tomar un baño tibio, que la calmó, produciéndole grata languidez. Vistió una bata de muselina crema, que la iba a las mil maravillas, comunicando a sus formas un tinte de vaga idealidad. Más que mujer parecía la seductora visión de un ensueño. Tomó en seguida de sobre la cómoda y al acaso un libro, que resultó ser el segundo tomo de Bécquer, y se encaminó hacia el sitio de su predilección, el patio de los naranjos.

Sentóse en el banco de la higuera; divagó su fantasía breves instantes al susurro de las frondas estre-mecidas por ligera brisa, sobre cuyas cimas el sol ya declinante, arrojaba un baño de oro que momento por momento iba haciéndose más intenso y circunscrito; abrió luego el libro a la ventura, por el párrafo que comienza: “El amor es poesía; la religión es amor”, y leyó. Al llegar a estas palabras: “La soledad es muy hermosa... cuando se tiene junto alguien a quién decirselo”, sonrió, dejó caer sobre el banco la mano que sostenía el libro, levantó la frente, entrecerró los ojos y se quedó abstraída, a la manera de quien acaricia un goce íntimo... Estuvo así un corto espacio, mas creyó percibir rumor como de pasos cautelosos, abrió los ojos con sorpresa, volviéolos rápidamente en la dirección que indicaba el vago ruido, y se escapó de sus labios esta exclamación gozosa:

—¡Pablo!...

Era en efecto el doctor que iba hacia ella.

Las cinco de la tarde serían cuando Villalar vio con satisfacción cumplidos sus pronósticos. La esposa del gobernador salía felizmente del trance. Apenas se encontró libre, como se apresuró a acudir al lado de Juanita. Lo más verosímil era hallarla aún en el hospital, bien que creyera que la Chicha hubiera ya expirado. Al entrar le informó el boticario que la agonía se prolongaba: fuése, por tanto, sin vacilar al cuarto de la agonizante, a cuya cabecera encontró sola a la administradora. Fijó una mirada en aquella y haciendo un gesto que quería decir: “aquí ya no hay nada”, preguntó por Juanita.

—Infinitos esfuerzos tuve necesidad de emplear para apartarla de aquí, sólo cuando ya no podía más lograr mi empeño. Hace algo más de una hora que se retiró, y sospecho que ha de andar por su lugar favorito. Voy a mandarla prevenir.

—No, no; de ninguna manera, iré yo en persona.

Villalar se dirigió al patio de los naranjos; atravesó el jardín, y sin que fuera bastante a detenerlo la ener-

vadora fragancia con que embalsamaban aquella atmósfera las mil flores que al fecundador influjo de la primavera abrían sus pétalos a los halagos del viento de la tarde, siguió hasta el segundo patio, donde descubrió a Juanita en la actitud en que la dejamos.

En el ¡Pablo! con que fue por ella recibido, vibraban mezcladas emociones. Había en esa exclamación, sorpresa, gozo y llamamiento, y a ella respondió Villalar avanzando, con un ¡Juanita! que resonó como callada explosión de dicha.

Tendiéronse las manos, miráronse y, por un momento que fue una eternidad de ventura, permanecieron encadenados por el tacto y la mirada, contemplándose con arrobamiento embriagador, en una recíproca y doble comunicación de su ser; que si las manos asidas fundían en uno el calor de aquellas vidas, aquellos cuatro ojos hitos, trasmítanse el fluido luminoso de los dos espíritus que los animaban.

Juanita, con un movimiento lleno de gracia, se echó a un lado la aun húmeda cabellera que flotaba sobre sus hombros, y se recogió el vestido algo extendido sobre el banco, como convidando a Pablo a que se sentara, quien sin hacerse repetir la invitación, se posó al lado de su novia.

—¿Qué lees, amor mío? —díjola, queriendo alcanzar el libro que había quedado del lado opuesto.

—Curiosillo... —murmuró la joven sonriendo e intentando impedir el movimiento de Villalar.

—Curiosidad, no; interés debieras decir. ¿Crees acaso que no me interesan tanto como tú misma, tus actos y tus pensamientos?

—Pues mira qué leía. —Y abriendo el libro por la página en que concluyera su lectura, púsolo ante los ojos de Pablo, señalándole las palabras que motivaron su interrupción.— ¿Ves? —prosiguió— al llegar aquí pensé que Bécquer tiene mucha razón.

En aquel momento Pablo percibió el perfume peculiar de carne femenina que exhalaba el cuerpo limpio y virginal de su novia, y entrecerrando los ojos y aspi-

rándolo con todos sus pulmones, como si hubiera querido absorber todos aquellos efluvios, murmuró emocionado:

—Sí, ¿Habrà soledad más deliciosa que esta en que se encuentran nuestras almas, para hablarse de su amor y comunicarse sus ideas y sus sentimientos? ¡Oh, cuánta ventura! Vivir así, es vivir en cielos que la fantasía sedienta de dicha ni concibió siquiera!... ¡Oh, Bécquer, sublime Bécquer!...

—Que así vivamos siempre... —dijo Juanita a media voz, suspirando con ansiedad.

—Siempre así, vida mía... —Y tomando una mano de la joven, llevóla a sus ardorosos labios, y la acarició con un largo y comprimido beso. Juanita se estremeció de gozo.

El sol se había puesto ya. Un fugitivo crepúsculo franjeaba de oro el ciclo, en el que algunas estrellas comenzaban a cintilar con brillo mortecino. Las hojas de los naranjos, sacudidas por un vientecillo discreto, producían tenue susurro, semejando cuchicheo de seres misteriosos ocultos en las frondas, que de cuando en cuando venían a reforzar a intervalos irregulares algunas ráfagas. Una de tantas arrojó sobre el rostro de Pablo una buena porción de la ya enjuta cabellera de Juanita, cuyo roce, acompañado del aroma de savia juvenil que despedían las hebras sin aderezo, prodújole una sensación de deleite indefinible. Sobreexcitado su temperamento fogoso, no acertó a resistir a tamaña tentación, y cogiendo con entrambas manos la cabeza de la joven, puso atrevidamente un beso de fuego en aquella boca angelical. Juanita vibró de pies a cabeza; un flúido enervador discurrió por todo su cuerpo, y una emoción nueva, profunda, embriagadora, meció su espíritu en voluptuoso letargo.

La noche subía, y el patio de los naranjos dormitaba en una plácida semioscuridad.

A aquel primer beso, siguió otro que ya no sonó aislado, sino que se encontró y confundió con el que de los encendidos labios de Juanita se escapaba, tímido y

pudoroso, hasta donde puede alcanzar el imperio de la timidez y el pudor de una mujer ebria de pasión.

La fiebre se apoderó de Villalar. Ciego, irreflexivo, arrastrado por la inmensa ola de dicha en que se sentía envuelto, ciñó con un brazo el talle de Juanita, que estrechó loco de amor, y atrayéndola hacia sí, juntó su abrasado rostro con el de ella, confundiéronse sus alientos, y olvidados un punto de cuanto les rodeaba, de la vida y de su personalidad misma, sin más conciencia que la de aquel momento supremo, abandonáronse al diluvio de pasión que los ahogaba en torrentes de inefable voluptuosidad.

Juanita muda, temblorosa, anonadada al influjo de las innagotables caricias de su amado, en el espasmo de la dicha exhaló un débil quejido. Al advertir Pablo que ya no le eran correspondidas, paralizáronse sus ardientes arrebatos y descubrió sorprendido que Juanita se había quedado desmayada en sus brazos. Lleno de ansiosa inquietud trató de volverla en sí; besó nuevamente aquella boca llena de promesas arrobadoras, y viendo frustrados sus empeños, aturdido y poseído de zozobra, cargó con el divino cuerpo, y se encaminó hacia el edificio. Al atravesar el jardín, dio voces:

—¡Lupita!... ¡Lupita!...

La administradora que en aquel instante buscaba en su armario un vestido que poner al cadáver de la Chicha, acudió presurosa, trayendo en la mano una gruesa bujía, en el instante en que Villalar pisaba el umbral de su habitación.

Lupita veía sin comprender. Entró Villalar y depositó a Juanita en el amplio canapé que ya conocemos. La suelta cabellera quedábale colgando del mueble al suelo como una cascada de oro derretido; sus entreabiertos ojos estaban vueltos hacia arriba, en actitud de éxtasis: una vaga y dulce sonrisa dilataba sus húmedos y rojos labios, que dejaban entrever los blanquísimos y brillantes incisivos superiores; su rostro, tan blanco como la azucena purísima, tenía la expresión de la más celestial beatitud.

Mientras el doctor examinaba todo turbado, consultando el pulso y palpando la región cardíaca, Lupita se acercó y alumbró el rostro de Juanita. Quedó aterrada. La palmatoria estuvo a punto de escapársele de la mano, y prorrumpió en esta exclamación, ahogada por los sollozos:

—¡ Ay! ¡ Dios mío! ¡ La enfermedad!

—¿ Qué enfermedad? —dijo Villalar rápidamente, con voz sorda y temblorosa.

—¡ La aneurisma! . . .

Por un movimiento súbito, Villalar soltó el brazo de Juanita; irguióse; comprimió sus sienes con ambas manos, y lanzando una interjección gutural, estrangulada, desgarradora, más que grito humano, rugido de bestia herida, cayó desplomado sobre el sillón mismo en que, no muchos días antes, Juanita confiara a la administradora sus sueños de ventura.

Villahermosa, agosto de 1890.

Fin de JUANITA SOUSA

INDICE

	<i>Página</i>
<i>Prólogo</i> , de Francisco J. Santamaría	VII
Datos biográficos	XV
Bibliografía	XVII
Dos cartas sobre <i>Antón Pérez</i>	XIX
Carta de Joaquín Baranda	XXI
Respuesta de Sánchez Mármol	XXXV

ANTON PEREZ

I. Antón Pérez	3
II. El Padre Reyes	9
III. Rosalba del Riego	15
IV. La vieja Cunduacán	21
V. Fogueo	29
VI. El corazón no razona	37
VII. El "Regalo"	51
VIII. Tormento	59
IX. Crueldad sobre crueldad	71
X. El general don Pedro Baranda	79
XI. El gobernador Dueñas	89
XII. Conato de rebelión	99
XIII. La traición	107
XIV. Sánchez Magallanes y el capitán Gregorio Méndez	121
XV. Firmeza inquebrantable	133
XVI. Impacencias de Arévalo	149
XVII. Madrugadores madrugados	165

	<i>Página</i>
XVIII. Castigo del traidor	177
XIX. El fin	183
XX. Epílogo trágico	193

JUANITA SOUSA

<i>Prólogo</i> , de Antonio Castro Leal	207
I. El doctor Nolasco	211
II. Jorge Olivo	219
III. El hospital de Urbela	227
IV. Juanita enfermera	235
V. Lupita la administradora	243
VI. La muerte del doctor Nolasco	251
VII. Pablo de Villalar	261
VIII. Nuevos amores	273
IX. El compromiso	281
X. La última tarde	313

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EL DÍA 30 DE ABRIL DE 1974, EN LOS TALLERES DE

UNIÓN GRÁFICA, S. A.

*Av. División del Norte, 1521-A
México 13, D. F.*

ESTA EDICIÓN CONSTA DE 3,000 EJEMPLARES Y
100 EN PAPEL ESPECIAL NUMERADOS.

Nº 2079

COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

DIRECTOR: DR. ANTONIO CASTRO LEAL

1	SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, <i>Poesía, teatro y prosa</i> ...	\$ 18.00
2	CARLOS DE SIQUENZA Y GÓNGORA, <i>Obras históricas</i>	18.00
3	IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, <i>Clemencia y La Navidad en las montañas</i>	18.00
4	J. F. RAMÍREZ, <i>Vida de Motolinía y otros estudios</i>	18.00
5	MANUEL JOSÉ OTHÓN, <i>Poesías y cuentos</i>	20.00
6	RAFAEL DELGADO, <i>Los parientes ricos</i>	25.00
7-10	F. J. CLAVIJERO, <i>Historia antigua de México</i> . 4 vols. ...	80.00
11	JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, <i>La parcela</i>	20.00
12	SALVADOR DÍAZ MIRÓN, <i>Poesías completas</i>	18.00
13-17	M. PAYNO, <i>Los bandidos de Río Frio</i> . 5 vols.	100.00
18-19	V. RIVA PALACIO, <i>Monja y casada, Virgen y mártir</i> 2 vols.	30.00
20-21	V. RIVA PALACIO, <i>Martín Garatuza</i> . 2 vols.	30.00
22-23	ALFONSO REYES, <i>Simpatías y diferencias</i> . 2 vols.	40.00
24	CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, <i>La chiquilla</i>	20.00
25-26	V. RIVA PALACIO, <i>Los piratas del Golfo</i> . 2 vols.	30.00
27	LUIS G. URBINA, <i>La vida literaria de México</i>	20.00
28-29	LUIS G. URBINA, <i>Poesías completas</i> . 2 vols.	40.00
30-32	ANTONIO DE ROBLES, <i>Diario de sucesos notables</i> . (1665-1703), 3 vols.	60.00
33-34	VICENTE RIVA PALACIO, <i>Memorias de un impostor</i> . 2 vols.	30.00
35	LUIS G. URBINA, <i>Cuentos vividos y crónicas sonadas</i> ..	18.00
36	JUSTO SIERRA, <i>Cuentos románticos</i>	20.00
37-38	SERVANDO TERESA DE MIER, <i>Memorias</i> . 2 vols.	40.00
39	I. T. CUÉLLAR, <i>...</i>	...



ict

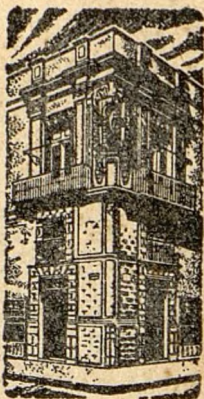
SEP

RED ESTATAL DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS DE TABASCO

REB/018

88 IGNACIO RODRÍGUEZ GALVÁN, *Poesía y teatro* 30.00

EDITORIAL PORRUA, S. A.



LIBRERÍA PORRÚA
1900-1974

JUSTO SIERRA Y ARGENTINA
CIUDAD DE MÉXICO

Nr: 19150

Adm
L. S. S.
30 0